LA DOLOROSA PASION

DE

N. S. JESUCRISTO,

SEGUN LAS MEDITACIONES

DE SOR ANA CATALINA EMMERICH,

religiosa augustina del convento de Agnetemberg de Dulmen,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

Mandada imprimir por los M. Rdos. PP. de la misma Orden Fr. Miguel Huerta, ex-general, y Fr. Manuel Buzeta, actual comisario general de las misiones de Filipinas.

IMP. DE LA ESPE[illegible] D. A. P. DUBRULL,
ca[illegible], pral.

1865.

J. SUBIRANA.
Puerta ferrisa, 16.
BARCELONA.

INDICE.

	Págs.
Licencia del Ordinario	7
Introduccion	8
Vida de sor Ana Catalina Emmerich	11

Ultima cena de Jesucristo.

Prólogo	93
Preparacion de la Pascua	96
El Cenáculo	99
Disposiciones para el tiempo pascual	103
Del cáliz y de la santa cena	106
Jesus va á Jerusalen	111
Última Pascua	114
El lavatorio de los pies	122
Institucion de la Sagrada Eucaristía	126
Instituciones secretas y consagraciones	133
Noticia sobre Melquisedech	140

La dolorosa Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.

Prólogo	145
Jesus en el monte de las Olivas	148
Judas y su tropa	186
Prision de Jesus	195
Medidas que toman los enemigos de Jesus	212
Ojeada sobre Jerusalen	216
Jesus delante de Anás	222

Págs.

Tribunal de Caifás..... 228
Jesus delante de Caifás..... 231
Nuevos ultrajes en casa de Caifás..... 242
Negacion de Pedro..... 245
María en casa de Caifás..... 250
Jesus en la cárcel..... 255
Juicio de la mañana..... 260
Desesperacion de Judas..... 264
Jesus conducido á presencia de Pilatos..... 268
Palacio de Pilatos y sus alrededores..... 272
Jesus delante de Pilatos..... 278
Orígen del Via Crucis..... 287
Pilatos y su mujer..... 290
Jesus delante de Herodes..... 294
Jesus conducido de Herodes á Pilatos..... 303
Flagelacion de Jesus..... 309
María mientras la flagelacion de Jesus..... 317
Interrupcion de las pinturas de la Pasion..... 319
La infancia de San José interrumpe las visiones de la Pasion..... 328
Coronamiento de espinas..... 333
Ecce-Homo..... 336
Reflexiones sobre estas visiones..... 340
Jesus condenado á muerte de cruz..... 343
Jesus lleva su cruz..... 352
Primera caida de Jesus debajo de la cruz..... 357
Segunda caida de Jesus debajo de la cruz..... 359
Simon Cirineo.—Tercera caida de Jesus..... 362
Verónica y el sudario..... 364
Cuarta y quinta caida de Jesus.—Las hijas de Jerusalen..... 369
Jesus sobre el Gólgota.—Sesta y sétima caida de Jesus..... 371
María y sus amigas van al Calvario..... 375
Jesus desnudo y clavado en la cruz..... 378
Exaltacion de la cruz..... 384
Crucifixion de los ladrones..... 386
Jesus crucificado y los dos ladrones..... 388

Págs.

Primera palabra de Jesus en la cruz..... 392
Eclipse de sol. — Segunda y tercera palabra de Jesus..... 395
Estado de la ciudad y del templo.—Cuarta palabra de Jesus en la cruz..... 399
Muerte de Jesus.—Quinta, sesta y sétima palabra sobre la cruz..... 407
Temblor de tierra.—Aparicion de los muertos en Jerusalen..... 412
José de Arimatea pide á Pilatos el cuerpo de Jesus..... 420
Abertura del costado de Jesus. — Muerte de los ladrones..... 422
Algunas localidades de la antigua Jerusalen..... 426
Descendimiento..... 432
El cuerpo de Jesus embalsamado..... 439
Jesus metido en el sepulcro..... 449
Vuelta del sepulcro.—José de Arimatea preso... 451
Sobre el nombre del Calvario..... 454
La cruz y el lagar..... 457
Estracto de una vision anterior..... 460
Aparicion á la muerte de Jesus..... 464
Los judíos ponen guardia en el sepulcro..... 469
Los amigos de Jesus el Sábado Santo..... 471
Jesus baja á los infiernos..... 477
La noche antes de la Resurreccion..... 486
José de Arimatea puesto en libertad..... 488
La noche de la Resurreccion..... 489
Resurreccion del Señor..... 495
Las Santas mujeres en el sepulcro..... 497
Relacion de los guardias en el sepulcro..... 506
Fin de estas meditaciones para la Cuaresma..... 510

Apéndice.

Relacion sobre Longinos..... 512
Relacion sobre el centurion Abenadar..... 516

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS D. JOSÉ DE LORENZO Y ARAGONÈS, PRESBÍTERO, CONSEJERO REAL DE INSTRUCCION PÚBLICA, DIRECTOR DEL REAL MONTE DE PIEDAD DE ESTA CORTE, Y VICARIO ECLESIÁSTICO DE LA MISMA Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el libro titulado LA PASION DOLOROSA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO *segun las meditaciones de sor Ana Catalina Emmerich*, mediante que de nuestra órden ha sido examinado, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid y mayo cuatro de mil ochocientos sesenta y cinco.

DR. LORENZO.

Por mandado de S. S. I.,
LDO. JUAN MORENO.

✠
Lugar del sello.

INTRODUCCION.

Las meditaciones siguientes ocuparán quizás un lugar honroso entre muchas obras iguales, fruto del amor contemplativo de Jesus; pero no pretenden tener un carácter de verdad histórica, y nosotros debemos declararlo solemnemente. Desean solo unirse á tantas otras representaciones de la Pasion dadas por artistas y escritores piadosos: á lo sumo se pueden mirar como las piadosas meditaciones de Cuaresma de una religiosa devota narradas sin arte y escritas con sencillez segun su relacion, á la cual ella misma dió solo un valor puramente humano, y que comunicó por obediencia y por órden reiterada de sus respetables directores espirituales. El conde Leopoldo de Stolberg proporcionó al que escribe estas líneas el conocimiento de esta religiosa: el dean Bernardo Overberg, su director estraordinario, y el Obispo Miguel Sasler, que habia sido su consejero y su consolador, la han escitado á contar en detalle

lo que sentia; este último señor, que la ha sobrevivido, se interesó vivamente en la redaccion y publicacion de las notas recogidas á su lado. Estos ilustres difuntos, de piadosa memoria, estaban en continuo comercio de oraciones con ANA CATALINA, *á quien amaban y respetaban á causa de las gracias eminentes que Dios le habia concedido. El redactor de este libro ha hallado el mismo estímulo á su trabajo y una simpatía no menos viva hácia el último Obispo de Ratisbona, el Sr. Wittmann. Este Pastor, tan esclarecido por sus estudios particulares y por su propia esperiencia sobre los medios de la gracia en ciertas almas absortas en Jesucristo, tomaba parte la mas viva en todo lo concerniente á* ANA CATALINA: *despues, instruido del trabajo que ocupaba el redactor de este libro, lo exhortaba con instancias á darlo al público: "Dios (le decia con frecuencia) no os ha comunicado en balde esas noticias: Él tiene sus miras en ello. Comuníquenos V. algo, que podrá ser provechoso á muchas almas." A estas exhortaciones añadia el ejemplo de algunos escritos de esa especie, cuya utilidad habia sido eficaz para él y para otros en el curso de su vida. Se complacia en llamar á esas almas privilegia-*

das la medula de la Iglesia, *segun la espresion de San Crisóstomo*, medula enim hujus mundi sunt homines sancti, *y él favorecia en cuanto podia la publicacion de su vida y de sus escritos.*

Conducido por un amigo benévolo á la cama de este santo Obispo moribundo, el redactor de este libro no podia esperar ser conocido de él, pues solo habia tenido con él una conversacion de algunos minutos: sin embargo, le saludó afectuosamente y le exhortó á continuar su trabajo para gloria de Dios, y le dió su bendicion. Animado por autoridades tan respetables, hemos cedido á los ruegos de muchos amigos que temen á Dios, publicando las meditaciones sobre la Pasion de una pobre religiosa á quien Dios habia concedido la gracia de ser sencilla é ignorante como un niño, perspicaz, sagaz, llena de luces profundas y de un celo heróico, pero siempre olvidándose de sí misma, fuerte en Jesucristo solo, sumergida en la humildad mas perfecta y en la mas completa abnegacion. Añadiremos aquí una corta relacion de su vida, reservándonos publicar un dia su biografía mas detallada.

VIDA

DE

SOR ANA CATALINA EMMERICH.

Ana Catalina Emmerich, hija de Bernardo Emmerich y de Ana Hiller, pobres y piadosos campesinos, nació en el lugarcito de Flamske, á legua y media de Coesfeld, ciudad del obispado de Munster, el 8 de setiembre de 1774; fue bautizada en la iglesia de Santiago de Coesfeld. Su infancia tuvo mucha semejanza con la de la venerable Ana Garzias de San Bartolomé, con la de Dominica del Paraiso, y la de algunas otras contemplativas pertenecientes á la gente del campo. Su Ángel de la Guarda se le aparecia bajo la figura de un niño: el Buen Pastor venia á ayudar á la pobrecita pastora, á la cual se presentaba bajo la figura de un pastorcito. Desde su infancia la fue revelada la Historia Sagrada en diferentes visiones. La

Madre de Dios, la Reina del cielo se presentaba á ella en el prado, como una mujer llena de belleza, de dulzura y de majestad, la ofrecia su ternura y su proteccion, y le llevaba su Hijo Divino para que participase de sus juegos. Algunos Santos hacian lo mismo, y venian á coger afectuosamente las coronas que tejia para el dia de su fiesta. La niña estrañaba todo esto menos que si una princesa y su corte se hubieran bajado hasta ella. Mas tarde no le causaba ninguna sospecha; la inocencia establecia para ella relaciones mas íntimas con Jesucristo, su Madre y los Santos, que con las personas mas afables del mundo. Los nombres de padre, de madre, de hermano, de esposo, le parecian espresar las relaciones íntimas entre Dios y el hombre, pues el Verbo Eterno habia escogido una madre sobre la tierra para ser nuestro hermano, y esos títulos no eran á sus ojos unas palabras vanas.

Siendo niña, hablaba con sencillez de lo que habia visto, y la buena gente que la rodeaba escuchaba con admiracion sus relaciones sobre la Historia Sagrada; pero algunas veces interrumpida por sus preguntas y sus advertencias, callaba. En medio de su

sencillez pensaba que no era conveniente hablar de tales cosas; que los otros callaban lo que les sucedia, y que de ese modo era menester hablar poco; decir solo *sí* ó *no*, *alabado sea Jesucristo*, etc., etc. Todo lo que le habia sido revelado era tan claro, tan luminoso, tan saludable, que creia ella que lo mismo sucedia á todos los niños cristianos; y los otros que no lo contaban, le parecian mas discretos y mejor educados; y ella calló para imitarlos.

Desde sus mas tiernos años tuvo un don particular, que se encuentra en las historias de Santa Sebyllina de Pavía, de Ida de Lowain, de Úrsula y Benincasa, y de algunas otras almas piadosas: el don de distinguir lo que es malo ó bueno, santo ó profano, bendito ó maldito, en las cosas materiales ó en las espirituales. Siendo todavía niña, traia del campo plantas saludables, cuya virtud conocia ella sola, y las plantaba alrededor de su casa ó de los sitios donde trabajaba y rezaba, y, por el contrario, arrancaba todo alrededor las yerbas venenosas, y, sobre todo, las que se usan en las prácticas supersticiosas y en los hechizos. Cuando pasaba por un sitio donde se habian cometido

grandes pecados, huia ó rezaba y hacia penitencia; conocia igualmente los sitios benditos y santificados; se hallaba feliz en ellos, y daba gracias á Dios. Cuando un sacerdote pasaba con el Viático, aunque fuera á una grande distancia de su choza ó del sitio donde guardaba su ganado, se sentia atraida hácia aquel lado, corria y se arrodillaba en el camino, y adoraba la Santa Eucaristía. Distinguia los objetos sagrados y profanos; sentia una cierta aversion hácia los lugares donde habia sepulturas de paganos, y, al contrario, se sentia atraida hácia los restos de los Santos, como el hierro hácia el iman. Conocia las reliquias de los Santos hasta el punto de contar, no solo particularidades de su vida ignoradas, sino tambien la historia de la reliquia que le presentaban y de los diversos sitios que habia corrido. Tuvo toda su vida un comercio íntimo con las ánimas del purgatorio; todas sus acciones, todas sus oraciones se dirigian á las ánimas; sentia con frecuencia que la llamaban á su socorro, y recibia algun aviso cuando las olvidaba. Con frecuencia, siendo jóven, la despertaban en medio del sueño una multitud de almas, y en las noches mas frias de invierno seguia

con ellas, los pies desnudos y en medio de la nieve, el *Via-crucis* que va hasta Coesfeld. Desde sus primeros años hasta su muerte no cesó de consolar enfermos, de curar llagas y úlceras, de dar á los pobres lo poco que poseia. Tenia una conciencia muy delicada; el pecado mas ligero la afligia hasta el punto de enfermar, y la absolucion era para ella una resurreccion.

Todos los dones que habia recibido no la impedian de emplearse en sus trabajos, aun los mas penosos: es de observar que un cierto grado de intuicion profética no es raro en su patria. Su escuela interior era la mortificacion y el trabajo; se encerraba en los límites estrictos de lo necesario en cuanto á la comida y al sueño; pasaba muchas horas en oracion cada noche, y en el invierno se arrodillaba al raso sobre la nieve. Se acostaba en el suelo en unas tablas dispuestas en forma de cruz. Comia y bebia lo que los otros no querian; los mejores pedazos eran para los pobres y los enfermos, y cuando no sabia á quién darlos, los ofrecia á Dios con una fe sencilla, rogándole se los diera á alguno mas necesitado que ella. Si habia alguna cosa que ver ó que oir que no fuera con-

cerniente á Dios ó á la Religion, ella evitaba bajo cualquier pretesto modesto ir á donde los otros corrian, ó si se encontraba en él, cerraba los ojos y los oidos. Acostumbraba á decir que toda inutilidad era pecado, y que cuando se rehusaba á los sentidos cualquiera cosa de esa especie, se hallaba centuplicado para la vida interior, lo mismo que la poda da mas fertilidad á la viña y á los árboles frutales. Desde su juventud tuvo constantemente visiones simbólicas, que se encadenaban una con otra, y que la acompañaban por todas partes, en las que el término de su vida, los medios para llegar á él, sus penas, sus peligros, sus combates futuros, se le mostraban en parábolas.

Á la edad de diez y seis años, un dia que trabajaba en el campo con sus padres y sus hermanas, el sonido de la campana del convento de la Anunciacion de Coesfeld despertó su deseo secreto de entrar en el claustro con tal violencia, que cayó sin sentido; y habiendo sido llevada á su casa, tuvo una enfermedad de languidez, que duró bastante tiempo. Á la edad de diez y ocho años fue á Coesfeld á aprender el oficio de costurera, y despues de haber pasado dos años, volvió á

casa de sus padres. Pidió el ser admitida en las augustinas de Borken, en las trapistinas de Darfeld y en las clarisas de Munster; pero su pobreza y la de aquellos conventos fueron un obstáculo. Á la edad de veinte años, habiendo economizado veinte thalers (setenta y cinco pesetas) que habia ganado cosiendo, se fue con esta suma, verdadero tesoro para una pobre del campo, en casa de un piadoso organista de Coesfeld, cuya hija habia conocido en su primera residencia en este pueblo. Ana esperaba que en aprendiendo á tocar el órgano encontraria medio de ser admitida en un monasterio.

Pero su deseo irresistible de servir á los pobres y de socorrerlos no le dejó ningun tiempo para aprender la música, y poco despues se despojó de todo, de tal manera que su buena madre tuvo que llevarle pan, leche y huevos para ella y para los pobres, con quienes los repartia. Entonces su madre le dijo: «Nos causas mucho disgusto á tu padre y á mí con el deseo de separarte de nosotros para ir á un convento; pero siempre eres mi hija querida; cuando veo en casa el sitio donde te sentabas, mi corazon se parte al pensar que has dado tus economías y que

ahora estás en la miseria; pero yo te traigo con qué mantenerte algun tiempo.» Y Ana Catalina le respondió: «Sí, querida madre, no me ha quedado nada, porque era la santa voluntad de Dios que otros fuesen socorridos por mi mano; y como yo les he dado todo, El debe tener cuidado de mí, y Él sabrá ayudarnos á todos.» Vivió algunos años en Coesfeld en medio del trabajo, de las buenas obras y de la oracion, teniendo siempre la misma direccion interior. Era como un niño dócil y silencioso en manos del Ángel de la Guarda.

Aunque en este compendio de su vida omitimos muchas circunstancias interesantes, hay una que no debemos pasar en silencio. Á la edad de veinticuatro años recibió una gracia que el Señor ha concedido sobre la tierra á muchas personas consagradas al culto especial de su Pasion dolorosa; es esta el padecimiento corporal y visible de los dolores de su Santa Cabeza con la corona de espinas. Nosotros citaremos sus propias palabras: «Cuatro años antes de mi entrada en el convento, poco mas ó menos, por consecuencia en 1798, me hallaba hácia medio dia en la iglesia de los Jesuitas de Coesfeld, y

estaba arrodillada delante de un Crucifijo; estando absorta en la meditacion, sentí de pronto un calor dulce y vivo, y yo vi venir del altar donde estaba el Santísimo Sacramento en el tabernáculo, mi Esposo celestial bajo la forma de un jóven resplandeciente. Su mano izquierda tenia una corona de flores, su mano derecha una corona de espinas, y me las presentó ambas para escoger. Tomé la corona de espinas, Él me la puso sobre la cabeza, y yo la apreté con las dos manos; entonces desapareció, y yo volví en mí con un dolor violento alrededor de la cabeza. Salí de la iglesia, que iban á cerrar. Una de mis amigas, que estaba arrodillada á mi lado, podia haber observado algo de mi estado; al llegar á casa le pregunté si no veia alguna herida en mi frente, y le hablé en términos generales de mi sueño y del dolor violento que le habia seguido. Ella no vió nada esteriormente, pero nada estrañó de lo que yo la dije, porque sabia que estaba algunas veces en un estado estraordinario, cuya causa no comprendia. Al dia siguiente mi frente y mis sienes estaban muy hinchadas y yo padecia horriblemente. Estos dolores y esta hinchazon volvieron con frecuencia, y

duraron algunas veces dias y noches enteras. Yo no observé sangre alguna alrededor de la cabeza, hasta que mis compañeras me advirtieron que me pusiera otro gorro, porque el mio estaba lleno de manchas coloradas. Las dejé que pensaran lo que quisieran, y me compuse mi peinado de modo que cubriera la sangre que caia de mi cabeza; lo hice así hasta en el convento, donde una sola persona lo descubrió y guardó fielmente el secreto.»

Muchos otros adoradores contemplativos de la Pasion de Nuestro Señor han recibido la misma gracia de sufrir los dolores de la corona de espinas, despues de una vision igual, donde se les habia ofrecido la eleccion de dos coronas: citaremos solo Santa Catalina de Sena y Pasithea de Crogis, religiosa de Santa Clara de la misma villa, que murió en el año 1617. Las mismas circunstancias se presentan con alguna leve mutacion. En fin, el escritor de estas páginas ha visto muchas veces, en medio del dia, y de muy cerca, correr la sangre sobre la frente y la cara de Ana Catalina Emmerich, en cantidad suficiente para calar la ropa que tenia alrededor del cuello.

Su deseo del claustro fue al fin satisfecho. Los padres de una jóven que deseaban tener las augustinas de Dulmen, declararon que no dejarian á su hija entrar en el convento si no se recibia al mismo tiempo á Ana Catalina: el pobre convento consintió, aunque con dificultad, á causa de la indigencia absoluta de esta última. El 13 de noviembre de 1802, ocho dias antes de la fiesta de la Presentacion de la Vírgen, tomó el hábito de novicia. Los conventos de nuestro tiempo no ponen á prueba la vocacion de las novicias con el rigor y la severidad de la antigua regla; pero la Providencia suplió para Ana á este defecto con rudas pruebas, á las cuales no podia mostrarse demasiado reconocida. Las penas y las privaciones que uno se impone por amor de Dios, bien solo, bien en union con otros, son fáciles de soportar; pero la cruz mas semejante á la de Jesucristo es aceptar sin murmurar y con amor, acusaciones, afrentas y castigos injustos. Dios permitió que en el año de su noviciado fuese sometida, sin que la voluntad de nadie contribuyese, á todos los rigores por los cuales la hubiera hecho pasar una sabia maestra de novicias, en el tiempo de

la mayor severidad de la Orden. Aprendió á mirar á sus compañeras como instrumentos de Dios para su salvacion: otras muchas cosas se le aparecieron mas tarde bajo este punto de vista. Mas como esta escuela de la cruz era necesaria para su alma ardiente, Dios tuvo cuidado de dejársela para toda su vida.

Su situacion en el convento era triste bajo muchos aspectos. Ninguna de sus compañeras, ningun sacerdote, ningun médico podia comprender su estado. Habia aprendido á ocultar los dones maravillosos que habia recibido cuando vivia con la gente del campo; pero no podia ser lo mismo ahora, que se encontraba en contacto perpetuo con una multitud de religiosas, escelentes y piadosas sin duda, pero cuya curiosidad se aumentaba siempre, y que estaban animadas contra Ana de una especie de envidia espiritual. Despues, el espíritu apocado del convento y la completa ignorancia que en él habia de los fenómenos por los cuales la vida interior del alma puede manifestarse en lo esterior, le atraian sobre sí una serie de vejaciones, que eran tanto mas penosas, cuanto que estos fenómenos se producian siempre

bajo la forma mas rara y mas singular. Oia todo lo que se decia contra ella, aunque fuese á la otra estremidad del convento, y estas conversaciones se clavaban en su corazon como dardos agudos. Lo soportaba todo con paciencia y amor, sin dejar ver nada de lo que sabia. Algunas veces la caridad la hacia echarse á los pies de alguna religiosa que murmuraba de sus acciones, y pedirle perdon llorando. Con ese motivo la sospechaban de escuchar á las puertas : odios secretos se descubrian sin poderse esplicar cómo, y se sentian penetradas de cierto temor, de cierta inquietud involuntaria delante de Ana.

Cuando la regla de la Orden, que era para Ana una ley sagrada, se quebrantaba en algun punto, veia en espíritu todas las transgresiones, y algunas veces, llevada por el espíritu interior, aparecia de pronto en el sitio donde la regla habia sido infringida por falta al precepto del silencio ó al voto de pobreza, y citaba, sin haberlo aprendido antes, el pasaje de la regla relativo á la circunstancia. Esto la hacia importuna para las que se descuidaban, y su presencia era para estas como la aparicion de un espíritu.

Dios le habia concedido el don de las lágrimas en alto grado; pasaba horas enteras en la iglesia llorando en su presencia sobre los pecados y la ingratitud de los hombres, sobre los sufrimientos de la Iglesia, sobre las imperfecciones de la comunidad y sobre sus propios defectos. Mas estas lágrimas de una sublime compasion, nadie podia comprenderlas, nadie mas que Aquel en cuya presencia las derramaba: los hombres las atribuian á un capricho, á una incomodidad, ó á otro motivo de esta especie. Su confesor le habia mandado recibir la Santa Eucaristía con mas frecuencia que las otras, porque su deseo ardiente de este pan espiritual la ponia algunas veces casi á la muerte. Esta disposicion de su alma escitaba la envidia, y la trataban algunas veces de *hipócrita*.

La echaban en cara con frecuencia el favor que la habian hecho admitiéndola en el convento, siendo una pobre é ignorante mujer del campo. La idea de que ella era para las otras una ocasion de pecado, la era muy dolorosa, y no cesaba de pedir á Dios que hiciera recaer sobre sí la pena de esta falta de caridad. Tuvo una grande enfermedad, que principió en la Natividad de 1802

por un dolor violento de corazon. Este dolor no cesó aun despues de su cura, y lo sufrió en silencio hasta 1812, época en que recibió en un éstasis, en ese mismo sitio, la marca esterior de una cruz, como lo diremos mas adelante. Su debilidad y su mala salud la hacian mirar mas bien como una carga que como una utilidad para el convento, lo que contribuia á que no la mirasen con benevolencia. Sin embargo, trabajaba y servia sin cansarse; amaba á todas sus hermanas, y jamás fue tan feliz como en esta época de su vida, pasada en las privaciones y en las penas de toda especie.

El 13 de noviembre de 1803, de edad de veintinueve años, pronunció sus votos solemnes y se hizo la esposa de Jesucristo en el convento de Agnetemberg de Dulmen. «Cuando pronuncié mis votos, mis parientes se mostraron llenos de bondad para mí. Mi padre y mi hermano mayor me trajeron dos piezas de tela. Mi padre, hombre piadoso, pero severo, que me habia visto entrar en el convento con repugnancia, me habia dicho al tiempo de nuestra separacion que pagaria gustoso mi entierro, pero que no daria nada para el convento; cumplió su palabra: esta

pieza de tela era la mortaja de mi entierro en el claustro.»

«No me acordaba jamás de mí, decia ANA; no pensaba mas que en Jesucristo y en mis santos votos: mis compañeras no me comprendian, y yo no podia esplicarles el estado en que me hallaba. Dios las ha ocultado muchas gracias que me ha concedido, sin lo cual ellas hubieran tenido de mí la idea mas errónea. Á pesar de todos los dolores y de todos los padecimientos, jamás tuve mas riqueza interior; mi alma estaba inundada de felicidad. Tenia una silla sin asiento y otra sin respaldo en mi celda, y sin embargo estaba para mí tan llena y tan magnífica, que creia ver en ella el cielo todo entero. Con frecuencia, por la noche, llevada por el amor y la misericordia de Dios, yo me exhalaba en palabras ardientes y llenas de familiaridad afectuosa, como tenia costumbre de hacerlo desde mi infancia; me espiaban y me acusaban de atrevimiento y de temeridad hacia Dios. Una vez respondí que me parecia mas temerario recibir el cuerpo del Señor sin haber conversado así familiarmente con Él, y me reprendieron severamente. En medio de todo esto,

vivia en paz con Dios y sus criaturas. Cuando trabajaba en el jardin, los pájaros venian á mí, se ponian sobre mi cabeza y sobre mis espaldas, y cantábamos juntos las alabanzas de Dios. Veia siempre á mi lado al Ángel de mi Guarda; y aunque el espíritu maligno me asaltara y buscara medios de aterrarme por todos lados, no podia hacerme mucho mal. Mi deseo de la Santa Eucaristía era tan irresistible, que con frecuencia por la noche salia de mi celda y me iba á la iglesia, si estaba abierta; en el caso contrario, me quedaba en la puerta ó cerca de la pared, aun en el invierno, arrodillada ó prosternada, los brazos estendidos ó en éstasis. El capellan del convento, que tenia la caridad de venir temprano para darme la comunion, me hallaba en ese estado; mas cuando se acercaba y abria la iglesia, yo volvia en mí, me acercaba con ansia al comulgatorio, y encontraba á mi Señor y mi Dios. Cuando estaba encargada de las funciones de sacristana, me sentia de pronto como trasportada; subia á los sitios mas elevados de la iglesia, sobre las cornisas, los frontones y molduras de albañilería, á donde parecia imposible humanamente subir. Entonces lo limpiaba y compo-

nia todo. Me parecia siempre que habia sobre mí espíritus bienhechores que me elevaban y me sostenian. Esto no lo estrañaba, porque estaba acostumbrada á ello desde mi infancia: no estaba nunca mucho tiempo sola, y lo hacíamos todo juntos familiarmente. Solo entre ciertos hombres me hallaba sola, hasta el punto de llorar como una niña que quiere volver á su casa.» Omitimos algunos otros fenómenos notables de su vida estática, exhortando solo al lector á comparar lo que acabamos de contar con la vida de Santa Magdalena de Pazzis. Ahora pasemos á sus enfermedades.

Siendo de una constitucion delicada y poco robusta de cuerpo, se habia dedicado desde su infancia á la mortificacion, al ayuno, á velar, á orar por la noche al cielo raso: añádase á eso los trabajos mas penosos del campo en todas las estaciones del año, y la fatiga del estado singular en que se hallaba casi siempre. En el claustro continuó trabajando en el jardin y en la casa, mientras sus trabajos y sus padecimientos espirituales se iban aumentando; de suerte que no es estraño que estuviera enferma con frecuencia; pero sus enfermedades tenian todavía

otra causa. Hemos sabido, por observaciones exactas hechas por espacio de cuatro años, y por confesiones tímidas que Ana no pudo menos de hacer, que en el espacio de su vida, una grande parte de sus enfermedades y de sus dolores, sobre todo mientras estuvo en el convento, que fue la época mas activa de su vida espiritual, le venian porque tomaba los padecimientos de los otros. Tan pronto pedia la enfermedad de alguna persona que no sabia sufrir con paciencia, y la aliviaba de todos sus males ó de una parte de ellos tomándolos para sí, como queriendo expiar algun pecado ó poner un término á algun padecimiento, se entregaba á Dios, y el Señor, aceptando su sacrificio, la permitia esta expiacion en union con los méritos de su Pasion, bajo la forma de alguna enfermedad correlativa del pecado que queria borrar. Así tenia que sufrir las enfermedades suyas propias, los males que aceptaba de los otros, ciertos dolores para borrar los pecados de los demas, y aun las faltas y la negligencia de tal ó cuál porcion de la comunidad cristiana, y con frecuencia algunos padecimientos en satisfaccion por las ánimas del purgatorio. Todos estos sufrimientos se

presentaban en su cuerpo como una enfermedad propia, con síntomas los mas opuestos y los mas variables, y bajo este aspecto estaba entregada al médico que, con su ciencia terrestre, se empeñaba en curar males que eran su vida. Con ese motivo, decia: «El reposo en los padecimientos me ha parecido siempre el estado mas apetecible para el hombre. Los Ángeles mismos nos tendrian envidia, si la envidia no fuese una imperfeccion. Pero el sufrimiento, para que sea provechoso, debe aceptar con paciencia y gratitud los consuelos y los remedios dados á contratiempo, y todo otro peso que se añada á la cruz. Yo misma no conocia del todo mi estado, ni con qué tenia relacion. Aceptaba mis padecimientos en espíritu, y debia combatirlos corporalmente. Yo me habia abandonado enteramente á mi Esposo celestial, y su santa voluntad se cumplia toda en mí; pero yo era de este mundo, á donde hay un órden y una ciencia terrestre que yo debia dejar obrar sin murmurar. Aunque hubiera conocido bien mi estado, y aunque hubiera tenido el tiempo y la facultad de esplicarlo, no hubiera habido nadie que pudiera comprenderme. Un médico,

sobre todo, me hubiera tenido por loca, y hubiera duplicado sus costosos y penosos remedios. Así he sufrido mucho toda mi vida, y sobre todo en el convento, á causa de los remedios dados fuera de propósito. Con frecuencia, cuando me habian puesto en la agonía, Dios se compadecia de mí, y me enviaba algun socorro sobrenatural que me curaba. »

Cuatro años antes de la supresion de su convento fue á Flamske á hacer una visita de dos dias á sus padres. Mientras permaneció allí, fue una vez á arrodillarse y á orar muchas horas delante de la cruz milagrosa de San Lambert de Coesfeld. Pidió á Dios por la paz y la union de su convento, le ofreció á este fin la dolorosa Pasion de Jesucristo, y le pidió que le hiciera sentir una parte de los tormentos que su Esposo celestial habia sufrido sobre la cruz. Desde esta oracion, sus manos y sus pies estaban abrasando y llenos de dolores : tenia una calentura continua, á quien ella atribuia los dolores en las estremidades; porque Ana no se atrevia á pensar que sus ruegos hubiesen sido oidos de Dios. Con frecuencia estaba en la imposibilidad de andar, y el dolor de las

manos no le permitia ciertos trabajos que hacia en el jardin.

El 3 de diciembre de 1811 el convento fue suprimido y la iglesia cerrada. Las religiosas se dispersaron cada una por su lado. Ana Catalina se quedó pobre y enferma. Una criada caritativa del convento la sirvió por amor de Dios. Un sacerdote viejo, emigrado, que decia la misa en el convento, se quedó tambien. Estas tres personas, las mas pobres de la comunidad, no salieron del convento hasta la primavera de 1812. Ana estaba todavía enferma, y la trasportaron no sin dificultad. El sacerdote encontró un pequeño alojamiento en casa de una pobre viuda del pueblo; Ana tambien encontró en la misma casa un cuartucho en el piso bajo, cuyas ventanas daban á la calle. Allí vivió, siempre enferma, hasta el otoño de 1812. Sus arrebatamientos en la oracion y el comercio espiritual que tenia con el mundo invisible, eran aun mas frecuentes. Iba á ser llamada á un estado que no conocia bien, y no hizo mas que abandonarse dócilmente á la voluntad de Dios. El Señor, en aquella época, quiso marcar su cuerpo virginal con las llagas de su cruz y de su crucifixion; escándalo para

los judíos, locura para los paganos, lo uno y lo otro para muchos de los que se titulan cristianos. Desde su juventud habia pedido al Salvador que la imprimiese fuertemente su Santa Cruz en el corazon, á fin de no olvidar jamás su amor infinito para con los hombres: mas no se habia acordado nunca de un signo esterior. Rechazada del mundo, lo pedia con mas ardor que nunca. El 28 de agosto, fiesta de San Augustin, patron de su Orden, mientras hacia esta peticion en su cama, arrebatada en un éstaxis y los brazos tendidos, vió venir á ella un jóven resplandeciente, como su Esposo celestial se le aparecia algunas veces; y este jóven hizo sobre su cuerpo, con la mano derecha, el signo de una cruz ordinaria. Con efecto; desde entonces tuvo sobre el epigastrio una marca parecida á una cruz. Eran dos bandas cruzadas, de tres pulgadas de largo y de media pulgada de ancho. Mas tarde la piel se levantaba en este sitio como despues de una quemadura, y se abria dejando salir un humor ardiente y sin color, bastante abundante muchas veces para calar algunos paños. Estuvo mucho tiempo sin saber lo que era, creyendo solo tener un sudor copioso. Jamás

reconoció la significacion particular de este signo.

Algunas semanas despues, haciendo la misma peticion, vió la misma aparicion, que le presentó una pequeña cruz de la forma descrita en las historias de la Pasion. La cogió con ardor, la apretó fuertemente contra su pecho, y la devolvió. Ana decia que esta cruz era blanda y blanca como la cera; pero al principio ignoró que le hubiera resultado un signo esterior. Poco tiempo despues, habiendo ido con la nieta del ama de su casa á visitar una ermita vieja cerca de Dulmen, cayó de pronto en un éstasis, y perdió el sentido; despues, habiendo vuelto en sí, fue llevada á su casa. Como el dolor y el escozor que sentia en el pecho se aumentaban cada dia, vió la figura de una cruz de tres pulgadas de largo, que estaba aplicada sobre el esternon, y que parecia colorada sobre la piel. Habiendo comunicado su vision á una monja, con la cual estaba muy unida, se comenzó á hablar mucho de sus estados singulares. El dia de los difuntos, 2 de noviembre de 1812, salió por la última vez, y se llegó con mucho trabajo hasta la iglesia. Desde esta época hasta el fin del

año, parecia que estaba siempre en el momento de espirar, y recibió los últimos sacramentos. Por la Natividad se le apareció encima de la cruz que tenia en su pecho una pequeña marca de la misma forma, de modo que figuraba una doble cruz partida. Esta cruz echaba sangre todos los miércoles hasta poderse estampar en un papel. Despues fue el viérnes. En 1814 este sudor de sangre fue mas raro; solamente la cruz estaba todos los viérnes de color de fuego. Sin embargo, todavía echó sangre mas tarde, y particularmente el Viernes Santo; pero ya no se hacia caso. El 30 de marzo de 1821, el que escribe estas páginas vió la cruz, de un encarnado muy vivo, sudar sangre por toda su estension. En el estado ordinario estaba sin color, y se distinguia solo por algunas grietas de la piel. Algunas otras almas contemplativas han recibido estígmates iguales de la cruz; entre otras, Catalina de Raconis, Marina de Escobar, Emilia Bichieri, Juliana Falconieri, etc., etc.

Recibió las señales de la cruz en los últimos dias del año 1812. El 29 de diciembre, á las tres de la tarde, se hallaba en su cuarto muy mala, acostada sobre la cama, pero los

brazos estendidos y en el estado de éstasis. Meditaba sobre los padecimientos del Salvador, y le pedia que la hiciese sufrir con Él. Rezó cinco Padrenuestros en honor de las cinco llagas, redobló su fervor y se sintió muy inflamada. Entonces vió una luz que bajaba sobre sí, y distinguió en ella la forma resplandeciente del Salvador crucificado: sus llagas resplandecian como cinco soles luminosos. Su corazon estaba conmovido de dolor y de gozo al ver las santas llagas: su deseo de sufrir con el Señor adquirió una violencia estremada. Entonces de las manos, de los pies y del costado de la aparicion salieron rayos triples de color de sangre, que acababan en forma de una flecha y que vinieron á clavarse en sus manos, en sus pies y en su costado derecho. Los tres rayos del costado acababan en punta de lanza. Así que la hirieron, la sangre saltó de las heridas. Estuvo todavía mucho tiempo sin conocimiento, y cuando volvió en sí, no supo quién habia bajado sus brazos. Vió con sorpresa la sangre que corria de la palma de las manos, y sintió dolores violentos en los pies y en el costado. La hija del ama de la casa habia entrado en el cuarto, habia visto sus

manos llenas de sangre, y lo habia contado á su madre: esta corrió asustada, y le preguntó qué habia sucedido, y Ana Catalina le rogó que no dijera nada. Despues de haber recibido las llagas, sintió que un cambio se habia operado en su cuerpo: el curso de la sangre parecia haber tomado otra direccion, y se dirigia con fuerza sobre las llagas. Decia Ana: «Esto es indecible.»

Debemos á un singular incidente el conocimiento de las diversas circunstancias citadas. El 15 de diciembre de 1819 tuvo una vision circunstanciada de todo lo que le habia sucedido hasta entonces; pero presentada de tal suerte, que creyó que era de alguna otra religiosa que habia pasado lo mismo que Ana, y que suponia que vivia á poca distancia. Contó todos estos detalles con un vivo sentimiento de compasion, y humillándose profundamente, sin saberlo, ante sí misma. Era muy tierno el oirla decir: «Ya no debo quejarme: he visto los padecimientos de esta pobre religiosa: su corazon está rodeado de una corona de espinas: ella la soporta tranquilamente y sonriéndose. Es vergonzoso que yo me queje, porque ella tiene que llevar una carga mas pesada que la mia.»

Estas visiones, en las cuales conoció despues su propia historia, se repitieron muchas veces, y por ellas se descubrieron los detalles de todas sus llagas, que jamás hubiera dado de un modo tan sencillo, porque jamás hablaba de ellas, por humildad; y cuando sus superiores espirituales le preguntaban de dónde provenian esas heridas, respondia á lo sumo: «Yo espero que vendrán de Dios.» Los cortos límites que nos hemos impuesto no nos permiten tratar aquí de la estigmatizacion en general. Conocemos en la Iglesia Católica un número bastante considerable de personas piadosas que, desde San Francisco de Asís, han llegado á ese grado de amor contemplativo de Jesus, espresion la mas sublime de la union con sus padecimientos, designada por los teólogos bajo el nombre de *Vulnus divinum. Plaga amoris viva.* Ha habido lo menos cincuenta conocidos. Verónica Giuliani, de la Orden de las capuchinas, que murió en Citta di Castello en 1727, es la última de ese número que ha sido canonizada (el 26 de mayo de 1831). Su biografía, publicada en 1810, da una descripcion del estado de las personas estigmatizadas, que tiene mucha conexion con nuestra Ana Catali-

NA. Las mas conocidas de nuestros dias son las dominicanas Colomba Schamolt, que murió en Bamberg en 1787; Magdalena Lorger, que murió en Hadamar en 1806, y Rosa Serra, capuchina de Orieri, en Cerdeña, estigmatizada en 1801; Josefa Kumi, del convento de Wensen, cerca del lago de Wallenstadt, en Suiza, la cual vivia aun en 1815, pertenecia á esta clase de personas, pero no nos acordamos bien si tenia las llagas.

ANA CATALINA, no pudiendo ya andar ni levantarse de la cama, llegó pronto á no comer ni poder tomar mas que agua con un poco de vino, y despues nada mas que agua: algunas veces, pero muy raras, el zumo sacado de una cereza ó de una ciruela: volvia inmediatamente todo alimento fuerte, aunque fuese en muy pequeña cantidad. Esta imposibilidad de tomar alimento, ó mas bien esta facultad de vivir sin mas que con agua, ha tenido algunos ejemplos, segun la opinion de los médicos sabios. Los teólogos verán en la vida de los contemplativos que muchos estaban largo tiempo sin tomar otro alimento que la Sagrada Eucaristía. Citaremos, entre otros muchos, San Nicolás de

Flue, Santa Lidwina de Schiedam, Santa Catalina de Sena, Santa Ángela de Toligno, Santa Luisa de la Ascension, etc., etc.

Todos los fenómenos que se manifestaban en Ana Catalina estuvieron ocultos para todos los que la trataban mas de cerca, hasta el 25 de febrero de 1813, que una casualidad los hizo conocer á una antigua compañera de convento de la enferma. Á fines de marzo, todo el mundo hablaba de Ana en el pueblo. El 23 de marzo, el médico de aquel sitio la sometió á un exámen; se convenció de la verdad contra su modo de pensar; dió testimonio de lo que habia visto, y se hizo su médico y su amigo hasta su muerte. El 28 de marzo la autoridad eclesiástica envió á su lado una comision para tomar informes desde Munster. Con esta ocasion, la enferma ganó la benevolencia de sus superiores y la amistad del difunto dean Overberg, que desde entonces le hacia cada año una visita de algunos dias, y fue el director de su conciencia y su consolador. El consejero medicinal de Druffel, que presenciaba los informes como médico, no cesó jamás de venerarla. Dió en 1814, en el periódico de medicina de Salbourg, una relacion detallada de

los fenómenos observados en Ana Catalina, á la cual remitimos al lector. El 4 de abril, M. Garnier, comisario general de policía, francés, vino de Munster para verla: y habiendo sabido que no profetizaba y que no hablaba de materias políticas, declaró que la policía no tenia nada que ver con ella. En 1826 se hablaba de Ana en Paris con respeto y emocion.

El 22 de julio de 1813, Overberg vino á verla con el conde Stolberg y su familia. Estuvieron á su lado dos dias. Stolberg, en una carta impresa muchas veces, atestó la verdad de los fenómenos observados en Ana Catalina, y manifestó su veneracion para con la misma. Fue su amigo todo el tiempo de su vida, y su familia no cesó jamás de recomendarse á sus ruegos. El 29 de setiembre de 1813, Overberg trajo á verla á la hija de la princesa Gallitzin, que murió en 1816. Los dos vieron con sus propios ojos correr la sangre abundantemente de sus llagas. Esta mujer de alta distincion repitió su visita, y hecha despues princesa de Salm, estuvo constantemente ella y su familia en comunion de oraciones con Ana Catalina. Otras muchas personas de todas condiciones en-

contraron del mismo modo consuelo y edificacion al lado de su cama.

El 23 de octubre de 1813 la trasportaron á otra habitacion que daba á un jardin. El estado de la pobre religiosa era cada dia mas penoso. Las llagas fueron para Ana, hasta la muerte, orígen de dolores indecibles: no fijaba su pensamiento en las gracias que atestiguaban, pero los hacia servir de mérito para su humildad, considerándolos como una cruz pesada de que estaba cargada por sus pecados. Su pobre cuerpo debia tambien predicar de Jesus crucificado. Era difícil continuar siendo para todos un enigma; un objeto de sospecha para la mayor parte; de respeto, mezclado de temor, para muchos, sin dejarse llevar de la impaciencia, de la irritacion ó del orgullo. Se hubiera ocultado con gusto del mundo entero, pero la obediencia la obligó pronto á someterse á los juicios diversos de un gran número de curiosos. Padeciendo los dolores mas crueles, habia perdido ademas la propiedad de sí misma, y se habia vuelto como una cosa que cada uno creia tener derecho á ver y juzgar con frecuencia sin utilidad para nadie, y con gran perjuicio de su cuerpo y de su alma, por el

reposo y el recogimiento de que la privaban. Las preguntas indiscretas que se la hacian iban muy lejos, y se vió á un hombre muy grueso, que podia apenas pasar por la escalera, quejarse de que esta persona, que debia estar espuesta en un camino á la curiosidad pública, vivia en un sitio de una entrada tan penosa. En otros siglos, las personas que estaban en este estado sufrian en secreto un exámen de la autoridad espiritual, y cumplian su penosa carrera bajo la proteccion de los santos muros; pero nuestra pobre amiga habia sido espulsada del claustro al mundo en una época de orgullo, de indiferencia y de incredulidad: gratificada con las insignias de la Pasion, le era preciso llevar su túnica de sangre delante de hombres que no creian en las llagas de Jesucristo, y menos en las que solo eran una imágen suya. Así esta mujer, que durante tantas horas de su juventud habia orado delante de las estaciones dolorosas de Cristo ó delante de una cruz puesta sobre un camino, se habia vuelto ella misma como una cruz puesta sobre la via pública, insultada por los unos, cubierta de lágrimas de arrepentimiento por otros, considerada como un obje-

to del arte por muchos, coronada de flores por manos inocentes.

En 1817, su anciana madre vino del campo para morir á su lado. Ana Catalina la mostró su amor filial en sus consolaciones y en sus oraciones, y le cerró los ojos con sus manos selladas el 13 de marzo del mismo año. La herencia que dejó la madre bastaba para la hija, que lo legó todo entero á sus amigos. Se componia de tres proverbios. «Señor, que vuestra voluntad se haga y no la mia.—Señor, dadme paciencia, y despues herid con fuerza.—Si esto no es bueno para la olla, es bueno, al menos, para ponerlo debajo.» El sentido de este último proverbio era: «Si esto no puede mantener el cuerpo, se puede quemar para cocer la comida; este dolor no mantiene mi corazon, pero sufriéndolo con paciencia, yo puedo aumentar el fuego del amor, el cual nos hace útil esta vida.» Con frecuencia repetia estos proverbios, y entonces se acordaba de su madre. Su padre habia muerto antes.

El que escribe estas líneas tuvo conocimiento de su estado por una copia de la carta de Stolberg, citada mas arriba, y por un amigo que habia pasado algunas semanas

cerca de la enferma. En setiembre de 1818 fue convidado por el Obispo Sailer á reunirse con él en casa del conde de Stolberg, en Westfalia; estuvo primero en Sondermuhelen en casa de este último, que lo recomendó á Overberg, el cual le dió una carta para el médico de Ana Catalina Emmerich. Le hizo su primera visita el 17 de setiembre de 1818: ella le permitió pasar cada dia algunas horas á su lado, hasta la llegada de Sailer, y le mostró desde luego una confianza tan sencilla y tan cordial, que nadie le habia dispensado otra semejante. Conocia sin duda que le hacia una limosna espiritual bien preciosa, contándole sin reserva las pruebas, los gozos y los dolores de toda su vida. Le trató con la mas generosa hospitalidad y sin ninguna reserva, porque él no ofendia su humildad con una admiracion escesiva. Le abria todo su interior con la misericordia benévola de un piadoso solitario que ofrece por la mañana las frutas y las flores que se han abierto por la noche en su jardin á un viajero cansado, el cual, habiendo perdido su camino en el desierto del mundo, lo halla cerca de su ermita. Toda en Dios, lo hizo como un hijo de Dios, sin sospecha, sin des-

confianza, sin objeto particular. Que Dios se lo recompense.

Su amigo escribia cada dia lo que observaba en ella, ó lo que ella le contaba de su vida interior ó esterior. Todas sus comunicaciones, notables tan pronto por una sencillez pueril como por una profundidad sorprendente, dejaban presentir todo lo profundo y lo sublime que descubrió mas tarde cuando fue claro que lo pasado, lo presente y lo venidero, la santificacion, la profanacion y el juicio formaban constantemente delante de Ana, y en Ana misma, un drama histórico y alegórico, al cual el año eclesiástico daba el motivo, las divisiones y las escenas, porque tal era el hilo que unia los ruegos y los padecimientos que ofrecia en holocausto por la Iglesia militante.

El 22 de octubre de 1818 Sailer vino á verla, y, habiendo observado que vivia detras de una taberna, y que jugaban á los bolos debajo de su ventana, dijo del modo jovial y profundo que le era propio: «Esto está bien; esto debe de ser así; la religiosa enferma, la esposa de Nuestro Señor vive en una taberna, encima de un juego de bolos, como el alma del hombre dentro de su cuerpo.»

Su entrevista con Ana Catalina fue tierna: era un hermoso espectáculo el ver estos dos corazones abrasados del amor de Jesucristo, y dirigidos por la Gracia y caminos tan diversos, encontrarse al pie de la Cruz, cuya imágen visible la llevaba uno de los dos. El viérnes 23 de octubre, Sailer estuvo solo á su lado casi todo el dia; vió salir la sangre de su cabeza, de sus manos y de sus pies, y Ana encontró en él grandes consolaciones en cuanto á sus trabajos interiores. Él le recomendó que le comunicara al que escribe esto todo sin reserva, y al efecto habló con el director ordinario de Ana Catalina. La confesó, la dió la comunion el sábado 24, y continuó su viaje hasta la residencia de Stolberg. Al volver, pasó un dia con Ana, al principio de noviembre. Fue su amigo hasta su muerte, rogó siempre por esta, y la pidió sus oraciones. El que escribe estas páginas estuvo hasta enero; volvió en mayo de 1819, y continuó sus observaciones casi sin interrupcion hasta la muerte de Ana Catalina.

Esta piadosa mujer pedia á Dios constantemente que le quitara las llagas esteriores á causa de la perturbacion y de la fatiga que la causaban, y sus ruegos fueron oidos al fin

de siete años. Hácia el fin de 1819 la sangre salia rara vez de sus llagas, y despues cesó enteramente. El 25 de diciembre las costras de los pies y de las manos se cayeron, y se veian cicatrices blancas, que se volvian encarnadas ciertos dias: en cuanto á los dolores, siempre fueron los mismos. La marca de la cruz y la llaga del costado fueron con frecuencia visibles como antes, pero con irregularidad. Tuvo siempre en dias fijos la dolorosa sensacion de la corona de espinas alrededor de la cabeza. Entonces no podia apoyar su cabeza en ninguna parte ni tocarla con la mano, y estaba largas horas, y algunas veces noches enteras, sentada en la cama, sostenida con almohadas, pálida, lamentándose de dolor. Este estado se acababa con un flujo de sangre mas ó menos abundante alrededor de la cabeza. Algunas veces estaba empapada su toca sola; otras la sangre le corria por la cara y el cuello. El Viernes Santo, 19 de abril de 1819, todas sus llagas se abrieron y echaron sangre, y en los dias siguientes se cerraron.

Hubo una informacion rigurosa sobre su estado, hecha por médicos y naturalistas. Para esto la encerraron sola en una casa es-

traña, en donde estuvo desde el 7 hasta el 29 de agosto: este exámen no produjo ningun resultado ulterior. La llevaron á su casa el 29 de agosto: desde entonces la dejaron en reposo hasta su muerte, escepto algunas incomodidades privadas y algunos insultos públicos. Con este motivo Overberg le escribió las palabras siguientes: «¿Qué os ha sucedido personalmente de que podais quejaros? Yo hago esta pregunta á un alma que no desea nada mas que asemejarse á su Esposo celestial cada vez mas. ¿No habeis sido tratada con mas dulzura que vuestro Esposo? ¿No debe ser un motivo de gozo para vos, segun el espíritu, el que os hayan ayudado á ser igual á Él, y por consecuencia mas agradable? Habeis padecido muchos dolores con Jesucristo; pero hasta ahora los insultos habian sido escasos. Con la corona de espinas no habíais recibido el manto purpúreo, ni el vestido de escarnio, ni aun menos el grito *¡Que muera! ¡Que sea crucificado!* Yo no dudo de que estos sentimientos sean los vuestros. ¡Alabado sea Jesucristo!»

El Viernes Santo, 30 de marzo de 1820, su cabeza, sus pies, sus manos, su pecho y su costado echaron sangre. Uno de los que

la rodeaban, sabiendo que se aliviaba aplicándole alguna reliquia, habia puesto contra sus pies un paño que habia servido para envolver una, y la sangre de sus llagas llegó hasta este paño. Por la tarde, habiéndole puesto el mismo paño con las reliquias sobre el pecho y sobre la espalda, porque sufria mucho, dijo de pronto en un estado de éstasis: «¡Cosa singular! Yo veo á mi Esposo celestial reposar en su sepultura en la Jerusalen terrestre: ademas yo lo veo vivo en la Jerusalen celeste, en medio de muchos Santos que lo adoran, y en medio de esos Santos veo yo una persona que no es Santa, una religiosa. La sangre corre de su cabeza, de su costado, de sus manos, de sus pies, y los Santos están encima de sus miembros, que vierten sangre.»

El 9 de febrero de 1821 estuvo en un éstasis mientras el entierro de un sacerdote muy piadoso. La sangre corrió de su cabeza y de la cruz de su pecho. Uno la preguntó: «¿Qué teneis?» Y Ana respondió sonriéndose, y como saliendo de un sueño: «Estábamos cerca del cuerpo. He perdido la costumbre del canto de la Iglesia, y el *De profundis* me ha hecho una impresion muy grande.» Tres

años despues murió en el mismo dia. En 1821, algunas semanas antes de Pascua, contó que le habia dicho en su oracion: «Ten cuidado: tú sufrirás el dia verdadero de la Pasion, y no el dia designado este año en el Calendario eclesiástico.» El viernes 30 de marzo, á las diez de la mañana, cayó sin conocimiento. Su cara y su pecho se inundaron de sangre: su cuerpo apareció cubierto de heridas, que parecian provenir de azotes: al medio dia se puso en forma de cruz, y sus brazos se estendieron hasta dislocarse. Algunos minutos antes de las dos, sus manos y sus pies echaron gotas de sangre. El Viernes Santo, 20 de abril, estuvo en una contemplacion tranquila. Esta escepcion notable pareció un efecto de la proteccion divina, pues en la hora en que sus llagas echaban sangre ordinariamente, vinieron muchos curiosos incrédulos, que querian atraerle nuevas incomodidades publicando lo que hubieran visto; pero que contribuyeron, contra su intencion, á tranquilizarla, diciendo que ya no echaba mas sangre.

El 19 de febrero de 1822 fue tambien advertida que sufriria el último viernes de marzo y no el Viernes Santo. Sintió con fre-

cuencia escozores en el sitio de las llagas. Los viernes 15 y 29 la cruz del pecho y la llaga del costado echaron sangre. Antes del 29 le pareció mas de una vez que un torrente de fuego se precipitaba de su corazon á su costado, y por los brazos y las piernas hasta las llagas, que estaban encarnadas é inflamadas. El jueves 28, por la tarde, estuvo en una contemplacion relativa á la Pasion, hasta la tarde del viernes. Echó sangre por el pecho, la cabeza y el costado: todas las venas de sus manos estaban hinchadas, y en medio habia un punto doloroso y húmedo, aunque la sangre no corria. No salió sangre de las llagas hasta el 3 de marzo, dia de la Invencion de la Santa Cruz. Tuvo tambien una vision sobre el descubrimiento de la verdadera cruz por Santa Elena. Creia estar acostada en la fosa cerca de la cruz. Por la mañana echó mucha sangre por la cabeza y el costado; por la tarde, por las manos y los pies, y le parecia que probaban sobre ella si era la verdadera Cruz de Jesucristo, y que su sangre daba testimonio.

En 1823, el 27 y el 28 de marzo, Jueves y Viernes Santos, tuvo visiones sobre la Pasion, y mientras tanto echó sangre por todas

sus llagas con dolores agudos. En medio de estos padecimientos mortales, cuando no tenia su espíritu presente, tuvo que hablar y responder sobre todo lo concerniente á su casa: como si hubiera estado con fuerza y en sana salud, lo hacia sin murmurar, aunque estaba casi moribunda. Esta fue la última vez que su sangre dió testimonio de su union con los padecimientos de Aquel que se sacrificó todo entero por nosotros todos.

La mayor parte de las circunstancias de la vida estática que vemos en la vida y en los escritos de Santa Brígida, Gertrudis, Matilde, Hildegarda, Catalina de Sena, de Génova, de Bolonia, Colomba de Rietti, Lidwina de Schiedam, Catalina Vanini, Teresa de Jesus, Ana de San Bartolomé, Magdalena de Pazzis, María Villana, María Buonomi, Marina de Escobar, Crescencia de Kaufbeuern y de otras muchas religiosas contemplativas, se manifiestan tambien en la historia de la vida interior de Ana Catalina Emmerich. El mismo camino le fue marcado por Dios. ¿Habia llegado Ana al término como estas santas mujeres? Dios solo lo sabe: debemos pedir que así sea, y nos es permitido esperarlo. Los lectores que no conocen la

vida estática, segun los escritos de los que la han tenido, hallarán los detalles sobre esto en la introduccion de Goerres á los escritos de Enrique Suso, publicados en Ratisbona en 1829.

Como los cristianos celosos, para trasformar su vida en un culto perpetuo, buscan en su trabajo diario la representacion simbólica de algun modo de honrar á Dios, y se lo ofrecen en union con los méritos de Jesucristo, no debe parecer estraño que los que pasan de la vida activa á una vida de padecimientos y de contemplacion, vean algunas veces sus trabajos espirituales bajo la forma de las ocupaciones terrestres en que empleaban antes sus dias. Entonces sus actos eran oraciones; ahora sus oraciones son actos, siendo la forma la misma. Así es que Ana Catalina, en su vida estática, veia la serie de sus oraciones por la Iglesia bajo la forma de parábolas, sacadas de la agricultura, de la cria de los ganados, del oficio de tejedor ó de costurera. Todos estos trabajos se distribuian, segun su significacion, en las diversas épocas del año ordinario y eclesiástico, y se cumplian bajo la invocacion y con el socorro del Santo de cada dia y la apli-

cacion de la gracia especial de las fiestas correspondientes á la Iglesia. La significacion de este círculo de símbolos tenia relacion con toda la parte activa de su vida interior. Un ejemplo esplicará nuestras palabras. Cuando Ana Catalina, siendo muchacha aldeana, arrancaba una mala yerba, pedia á Dios que arrancara la zizaña del campo de la Iglesia. Si sus manos estaban picadas de las ortigas; si tenia que hacer el trabajo de los obreros negligentes, ofrecia á Dios su pena y su fatiga, y pedia en nombre de Jesucristo que los Pastores de las almas no se cansasen, y que ninguno dejara de trabajar con ardor. Así su trabajo diario era una oracion.

Ved aquí ahora un ejemplo de su vida contemplativa y estática. Habia estado enferma muchos dias y en un éstasis casi continuo, en el cual gemia muchas veces y con sus dedos hacia los movimientos de una persona que arranca yerba. Una mañana se quejó de escozor y de picor en las manos y en los brazos, y cuando los miraron de cerca, los vieron cubiertos de hinchazones iguales á las que produce la picadura de las ortigas. Entonces rogó á algunas personas co-

nocidas que unieran sus ruegos á los suyos para cierta intencion. Al dia siguiente sus dedos estaban doloridos é inflamados como despues de un trabajo escesivo: habiéndole preguntado la causa, respondió: «¡Ah! he tenido que arrancar tantas ortigas en la viña, porque los que estaban encargados de ello arrancaban solo la cabeza, y yo tenia con mucho trabajo que arrancar las raices de un terreno pedregoso.» El que la preguntaba, habiendo reprendido á los trabajadores negligentes, se quedó lleno de confusion de oirla responder: «Vos érais de ese número; los trabajadores que arrancan solo la cabeza de las ortigas y dejan subsistir las raices, son los que rezan con negligencia.» Se supo mas tarde que habia pedido por todas las diócesis que le habian sido presentadas bajo la imágen de viñas abandonadas á donde habia que trabajar. La inflamacion verdadera de sus manos prueba la estirpacion simbólica de las ortigas, y se debe esperar que las iglesias que le habian sido designadas por las viñas, sintieron el efecto de su oracion y de su trabajo espiritual; pues si es verdad que la puerta está abierta para el que llama, debe estarlo sobre todo para los que llaman

con tanto ardor que sus dedos están heridos.

Reacciones iguales del espíritu sobre el cuerpo se hallan con frecuencia en la vida de las personas sujetas al éstasis y que participan de la fe. Santa Paula, segun San Gerónimo, visitó los Lugares Santos en espíritu como si los hubiera visto corporalmente: lo mismo sucedió á Santa Colomba de Rietti y á Santa Lidwina de Schiedam, cuyo cuerpo conservó la marca de este viaje espiritual: Ana sintió todas las fatigas de un viaje penoso, se hirió los piés, y tuvo en ellos señales que parecian causadas por piedras ó por espinas; en fin, se torció un pie que la hizo sufrir mucho tiempo corporalmente. Conducida en este viaje por su Angel de la Guarda, le oyó decir que esas heridas corporales eran una señal de que habia sido arrebatada en cuerpo y en espíritu. Iguales lesiones materiales se veian tambien en Ana Catalina pocos instantes despues de algunas de sus visiones. Lidwina comenzaba su viaje estático, segun su buen Angel, por la capilla de la Vírgen delante de Schiedam: Ana Catalina comenzaba los suyos por seguir su Angel á la capilla vecina de su casa, ó al camino de la cruz de Coesfeld. Sus viajes á

la Tierra Santa los hacia por los caminos mas opuestos; algunas veces daba vuelta á la tierra cuando su marcha espiritual lo exigia. En el curso de sus viajes, desde su casa hasta los paises mas lejanos, socorria mucha gente, y ejercia con ellos las obras de misericordia espirituales y corporales: esto se hacia con frecuencia en parábolas. Al fin del año volvia á hacer el mismo camino, veia las mismas personas y contaba su progreso espiritual ó su retraso. Todo este trabajo se dirigia á la iglesia ó al reino de Dios en la tierra. El objeto de estas peregrinaciones diarias que hacia en sueños, era siempre la tierra prometida que ella observaba con los mayores detalles, y que veia tan pronto en su estado actual como en el estado en que aquella se encontraba en las diversas épocas de la Historia Sagrada; pues lo que la distinguia de las otras personas de la misma categoría era la gracia inaudita de una intuicion directa de la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento, de los personajes de la Sagrada Familia y de todos los Santos, hácia los cuales se dirigia su espíritu. Ana veia la significacion de todos los dias de fiesta del año eclesiástico bajo el aspecto del

culto y de la historia. Vió y contó dia por dia, describiendo los pormenores y nombrando los sitios, las personas, las fiestas, las costumbres y los milagros, los años de la predicacion de Jesus hasta la Ascension, y la historia de los Apóstoles muchas semanas despues de la venida del Espíritu Santo. No miraba todas estas visiones como un goce espiritual de su alma, sino como un campo fértil lleno de méritos de Jesucristo, y que no se habia aun puesto en producto: se ocupaba en espíritu con frecuencia, en reclamar para la Iglesia el fruto de tal ó tal pena del Señor; suplicaba á Dios que aplicara á su Iglesia los méritos del Salvador, que eran su herencia, de los cuales ella parecia tomar posesion en su nombre de una manera llena de sencillez.

Jamás traducia sus visiones á la vida cristiana esterior, y menos las atribuia ninguna autenticidad histórica. Esteriormente no conocia ni creia mas que el Catecismo, la historia popular de la Biblia, los Evangelios de los domingos y de las fiestas, y el Calendario, que parecia á sus ojos el libro mas rico y mas profundo; pues él le ofrecia en unas cuantas hojas el hilo conductor con el cual

iba atravesando el tiempo, pasando de un misterio de redencion á otro, y solemnizándolo con todos los Santos, para recoger los frutos de la eternidad á su tiempo, conservarlos y distribuirlos en su peregrinacion alrededor del año eclesiástico, á fin de que la voluntad de Dios se cumpliera así en la tierra como en el cielo. No habia jamás leido el Antiguo ni el Nuevo Testamento; cuando estaba cansada de contar sus visiones, decia algunas veces: «Leedlo en la Biblia,» y estrañaba mucho oir que eso no se encontraba en ella; y añadia: «Pues hoy se oye decir sin cesar que todo está en la Biblia, que no se debe leer mas libro que ese, etc., etc.»

La verdadera ocupacion de su vida fue el padecer por la Iglesia y por algunos de sus miembros, cuyo desamparo veia en espíritu, ó que le pedian oraciones, sin saber que esta pobre religiosa enferma tuviera alguna cosa mas que ver con ellos que rezar un Padrenuestro, ignorando, sobre todo, que sus padecimientos espirituales y corporales venian á ser los suyos, y que debia luchar contra los dolores mas terribles, sin ser socorrida, como las contemplativas de otro tiempo, por las oraciones de una comu-

nidad religiosa. En el siglo en que vivia no tenia otro socorro mas que el de los remedios del médico. Cuando luchaba así contra algunos padecimientos, por los cuales se habia sustituido á otra persona, volvia los ojos hácia los padecimientos de la Iglesia, y sufriendo por un enfermo, ofrecia al mismo tiempo sus penas por la Iglesia entera.

Ved aquí un hecho notable de esa especie. Por espacio de muchas semanas se vieron en ANA síntomas de una tísis en último grado: irritacion estremada del pulmon, sudores que calaban toda la cama, tos arraigada, espectoracion continua, y calentura violenta sin interrupcion; se esperaba cada dia su muerte, ó, por mejor decir, se deseaba: tan horribles eran sus padecimientos. Se observaba en ANA una lucha estraña contra una grande facilidad á irritarse. Si sucumbia un instante, derramaba lágrimas, sus padecimientos se aumentaban, y no podia vivir sin reconciliarse por medio del sacramento de la penitencia. Luchaba siempre contra la aversion á una persona que estaba separada de ANA desde muchos años. Se desesperaba al observar que esta persona, con la cual no tenia nada que ver, la tenia siempre

delante con malas disposiciones de toda especie, y lloraba amargamente en medio de una gran perturbacion de conciencia, diciendo que no queria pecar, que debian ver su dolor, y otras cosas poco inteligibles para los que las oian. Su enfermedad se fue aumentando y se creyó que iba á morir. En el mismo momento uno de sus amigos se quedó sorprendido al verla levantarse de pronto y decir: «Rezad conmigo las oraciones de los agonizantes.» Hizo lo que le decia, y Ana respondió con una voz asentada mientras la Letanía. Á poco rato se oyó tocar á muerto, y una persona vino á pedirle por su hermana que acababa de morir. Ana Catalina pidió con interes los detalles de su enfermedad y de su muerte, y su amigo oyó la descripcion mas exacta de la tísis que habia tenido Ana Catalina. La difunta habia estado primero tan atormentada y tan inquieta, que parecia no poderse preparar á morir; pero hacia quince dias que estaba mejor: se habia reconciliado con Dios, y antes con una persona con quien estaba reñida; en fin, habia muerto en paz, y acompañada de todos los sacramentos, con la asistencia de aquella misma persona. Ana Catalina dió una limosna

para su entierro. Sus sudores, su tos y su calentura desaparecieron; estaba como un hombre rendido de cansancio que se ha mudado de ropa y se ha acostado en una cama fresca. Su amigo la dijo: «Cuando habeis tenido esta enfermedad sobre vos, esa mujer se puso mejor; su odio contra la persona de que se hablaba era el solo obstáculo de su reconciliacion con Dios. Vos tomásteis este odio sobre vos misma; ella ha muerto reconciliada, y vos estais en buen estado. ¿Os hallais todavía inquieta con motivo de esa persona?—Dios me preserve de estarlo, respondió Ana; eso me parecia muy irracional; pero, ¿cómo no sufrir cuando la punta sola de un dedo sufre? Todos somos un solo cuerpo en Jesucristo.—Gracias á Dios por haber recobrado un poco de tranquilidad, le dijo su amigo.» Ana se sonrió, y contestó: «No durará mucho tiempo; hay otras que me esperan.» Entonces se volvió, y quedó tranquila.

Pocos dias despues sintió dolores agudos en todos los miembros, y todos los síntomas de una hidropesía del pecho se manifestaron. Descubrimos la enferma por quien sufria, y veíamos que sus padecimientos disminuian ó aumentaban de pronto considerablemente,

segun que los de Ana Catalina crecian ó cesaban. Así la caridad la hacia tomar sobre sí las enfermedades y aun las tentaciones de otros, á fin de que los que de este modo socorria pudieran prepararse á la muerte. Tenia que sufrir en silencio para ocultar las miserias de su prójimo y para no pasar por una loca; tenia que aceptar con paciencia los socorros de la medicina para estas enfermedades que no eran suyas, y los reproches por las tentaciones de los otros; en fin, tenia que pasar por una mujer pervertida á los ojos de los hombres, para que las personas por quienes sufria aparecieran convertidas á los ojos de Dios.

Un amigo muy afligido estaba sentado á su lado; de pronto tuvo un éstasis, y se puso á orar en alta voz: «¡Oh mi buen Jesus! dejadme llevar un rato esta piedra tan pesada.» Su amigo la preguntó qué tenia. «Estoy en el camino de Jerusalen, dijo, y hay un pobre hombre que va arrastrando con una piedra enorme sobre el pecho.» Y despues añadió: «Dadme esa piedra; vos no la podeis llevar mas; dádmela.» De pronto cayó sin conocimiento, como oprimida de un peso enorme. En el mismo instante su amigo sintió

su pecho libre de la pena que lo oprimia, y le sucedió una alegría estraordinaria. Cuando la vió en un estado tan triste, la preguntó qué tenia: Ana le miró sonriéndose, y le dijo: «No puedo estar aquí mas tiempo; pobre hombre, tomad vuestra carga.» Al momento toda la afliccion de este hombre volvió á su corazon, y habiendo Ana vuelto á su estado precedente, continuó su viaje en espíritu hasta Jerusalen.

Contaremos todavía un hecho notable de su actividad de espíritu. Una mañana dió á un amigo un saquito lleno de harina de centeno y huevos, y le descubrió una casa en donde vivia una pobre mujer tísica, con su marido y dos niños. Debia decir á la mujer que con aquello hiciera unas puches, que serian buenas para el pecho. Cuando al entrar en la choza este amigo sacó el saquito de debajo de su capa, la pobre madre, que estaba abrasada con una calentura ardiente, y tendida en un jergon en medio de sus hijos casi desnudos, lo miró con ojos ardientes, tendió hácia él sus manos lívidas, y le dijo con voz temblorosa: «¡Oh Señor! ¡Dios es quien os envia, ó la hermana Emmerich! Me traeis harina de centeno y huevos.» Esta

mujer, enternecida, lloró, tosió é hizo seña á su marido que respondiera por ella. Este dijo que Gertrudis habia tenido un sueño muy agitado la noche precedente, y habia hablado durmiendo: que habiéndose despertado, le habia contado así su sueño: «Me parecia estar contigo á la puerta de casa; la piadosa monja ha salido de una casa vecina, y te he dicho que la miraras. Se ha parado delante de nosotros, y me ha dicho: «¡Ah »Gertrudis, tienes el semblante de estar muy »enferma! Yo te mandaré harina de centeno »y huevos; eso es bueno para el pecho:» entonces he despertado.»

Tal fue la simple relacion de este hombre; mostraron vivamente su gratitud, y el que les habia llevado la limosna de Ana Catalina salió de la casa conmovido. Cuando la vió, no le dijo nada de todo esto; pero algunos dias despues Ana le envió á la misma casa con un presente igual, y él le preguntó cómo conocia á aquella mujer. «Ya sabeis, le respondió, que yo rezo por la noche por todos los que sufren; quisiera ir á ellos para ayudarlos, y sueño ordinariamente que voy de una casa de dolor á otra, y que así los ayudo como puedo. Así he ido en sueños á

casa de esta pobre mujer, que estaba á su puerta con el marido, y le he dicho: «¡Ah »Gertrudis, tienes semblante de estar muy »enferma! Yo te mandaré harina de centeno »y huevos: esto es bueno para el pecho.» Así lo hice con vos por la mañana.» Las dos habian estado cada una en su cama y soñado lo mismo, y el sueño se habia verificado. San Agustin, en la *Ciudad de Dios*, cuenta un hecho igual de dos filósofos que se visitaron en sueños y esplicaron algunos pasajes de Platon, habiendo dormido cada uno en su casa.

Esos padecimientos y ese género de actividad eran como un rayo cuya luz alumbraba toda su vida. El número de trabajos espirituales y de padecimientos simpáticos que desde el mundo en que vivia penetraban en su corazon abrasado del amor de Jesucristo, era infinito. Como Santa Catalina de Sena y otras contemplativas, sentia con toda la fuerza de una profunda conviccion que el Salvador le arrancaba el corazon del pecho, y que ponia el suyo por algun tiempo en su lugar.

La relacion siguiente puede dar una idea del simbolismo profundo que la dirigia inte-

riormente. Una parte del año 1820 trabajó en espíritu por algunas parroquias: sus oraciones estaban representadas bajo la forma de diversos trabajos penosos de un viñador. Á esto hace alusion la historia de las ortigas, referida mas arriba. El 6 de setiembre su conductor la dijo: «Tú has cavado, podado, atado la viña: tú has quemado las malas yerbas para que no puedan nacer jamás; despues te has marchado llena de gozo, y has dejado reposar tu oracion: prepárate ahora á trabajar bien desde la Natividad de la Vírgen hasta San Miguel; la uva madura, y es menester guardarla.» Entonces me condujo á la viña de San Liborio, y me mostró las viñas en que habia trabajado. Mi trabajo habia prosperado: las uvas coloreaban y crecian, y el mosto corria hasta el suelo en algunos sitios. Mi conductor me dijo: «Cuando la vida se manifiesta en las personas de piedad, tienen que combatir, están oprimidas, sufren la tentacion y la persecucion. Es menester plantar un seto para que las uvas maduras no sean destruidas por los ladrones ó por los animales que representan la tentacion y la persecucion.» Entonces me enseñó á levantar una pared con piedras

amontonadas y á formar alrededor un seto espeso de espinos. Como mis manos echaban sangre con este rudo trabajo, Dios, para animarme, permitió que la esencia y la significacion de la viña y de algunos árboles frutales me fuesen reveladas. La verdadera cepa es Jesucristo, que debe crecer en nosotros: todo sarmiento inútil debe cortarse para no dispersar la savia, que debe trasformarse en vino, y en el Santísimo Sacramento, en la sangre de Jesucristo. La poda de la viña se hace con ciertas reglas que me han sido reveladas. Es, en un sentido espiritual, la privacion de todo lo superfluo, la penitencia y la mortificacion, para que la verdadera cepa crezca en nosotros y produzca frutos, en lugar de la naturaleza corrompida, que no produce mas que sarmientos y hojas. Se poda con reglas fijas: consiste únicamente en suprimir en el hombre ciertas varas exuberantes; arrancar de raiz una mutilacion culpable. La poda no debe jamás atacar el tronco, que ha sido plantado en la humanidad por la intercesion de la Vírgen Santísima para toda la eternidad. La verdadera cepa une el cielo á la tierra, la divinidad á la humanidad: lo que es humano debe ser poda-

do, á fin de que solo lo divino pueda crecer. Yo vi tantas cosas relativas á la viña, que un libro tan grande como la *Biblia* no podria contenerlas. Un dia que padecia horriblemente del pecho, pedí á Dios que no me hiciera llevar una carga superior á mis fuerzas; entonces mi Esposo celestial se me apareció, y me dijo: «Yo te he acostado sobre mi lecho nupcial, que es un lecho de dolores, y te he dado por vestidura y por joyas los padecimientos y la expiacion: debes sufrir; no te abandonaré; estás atada á la cepa; no te perderás.» Entonces me sentí consolada en medio de mis dolores. Tambien me ha esplicado por qué en las visiones relativas á las fiestas de la familia de Jesus, por ejemplo, á la de Santa Ana, de San Joaquin, de San José, etc., veo siempre la iglesia de la fiesta como un tallo de una cepa. Lo mismo es en la fiesta de San Francisco de Asís, de Santa Catalina de Sena y de todos los Santos estigmatizados.

«La significacion de mis dolores en todos los miembros me fue esplicada en la vision siguiente: vi un enorme cuerpo humano mutilado horriblemente y elevado hacia el cielo: no tenia dedos en los pies ni en las

manos: el tronco estaba cubierto de horribles heridas; algunas estaban frescas, y echaban sangre; otras cubiertas de carne muerta. Un lado entero estaba negro, gangrenado y carcomido. Yo sentia en mí todos estos padecimientos, y entonces mi conductor me dijo: «Es el cuerpo de la Iglesia, el de todos los hombres y el tuyo.» Despues, mostrándome cada herida, me indicaba con el dedo una parte del mundo: vi una infinidad de hombres y de pueblos separados de la Iglesia, cada uno de su manera, y yo sentí esta separacion tan dolorosamente como si se hubieran separado de mi cuerpo. Entonces mi conductor me dijo: «Aprende la significacion de tus padecimientos, y ofrécelos á Dios con los de Jesucristo por los que se han separado. Un miembro debe llamar al otro, y sufrir para curarlo y atarlo al cuerpo. Cuando son los mas próximos los que se separan, es la carne que se arranca del pecho alrededor del corazon.» Yo pensé en mi sencillez que se trataba de hermanos y de hermanas que no están en comunion con nosotros: pero mi conductor añadió: «¿Quiénes son mis hermanos? Los que guardan los mandamientos de mi Padre. Los mas próximos al corazon

no son los mas cercanos en la sangre, sino los mas próximos en la sangre de Cristo, los hijos de la Iglesia que caen.» Él me enseñó que el lado negro y gangrenoso se curaria pronto; la carne corrompida que habia crecido alrededor de las heridas representa los heréticos, que se dividen conforme crecen; la carne muerta es la imágen de los que están muertos espiritualmente, y que no sienten nada: las partes trasformadas en hueso representan los heréticos obstinados y endurecidos. Yo vi y sentí así cada llaga y su significacion. El cuerpo llegaba al cielo. Era el cuerpo de la Esposa de Jesucristo. Este espectáculo era bien triste. Yo lloraba amargamente, pero afligida y fortificada al mismo tiempo por el dolor y la compasion, me puse á trabajar con todas mis fuerzas.»

Sucumbiendo bajo el peso de la vida y del trabajo que le habia sido impuesto, suplicaba diariamente á Dios que la libertase, y se la veia con frecuencia así al borde del sepulcro; pero siempre decia: «Señor, no mi voluntad, sino la vuestra. Si mis ruegos y mis padecimientos son útiles, dejadme vivir mil años; pero que muera antes que ofenderos.» Entonces recibia órden de continuar

viviendo: se levantaba con su cruz, y la llevaba siguiendo al Señor. De cuando en cuando el camino de su vida le era mostrado; se dirigia hácia lo alto de una montaña, á donde habia una ciudad resplandeciente: la Jerusalen celeste. Con frecuencia creia haber llegado al lugar de beatitud que estaba cerca, y su gozo era grande. Pero de pronto se veia separada de él por un valle; por todas partes habia que sufrir, que trabajar, que ejercer la caridad. Era menester enseñar el camino á los que se perdian, levantar á los que se caian, algunas veces llevar paralíticos, y arrastrar por fuerza á los que se resistian: eran otras tantas nuevas cargas que se unian á su cruz. Entonces andaba mas difícilmente, se doblaba bajo el peso, y caia al suelo.

En 1823 repitió con mas frecuencia que de ordinario que no podia cumplir su trabajo en la situacion en que se hallaba; que sus fuerzas no bastaban; que necesitaba un convento tranquilo para vivir y morir. Añadia que Dios la llamaria pronto á Él; que le habia pedido que la permitiera obtener por sus ruegos en el otro mundo lo que su debilidad la impedia de acabar en este. Santa Catalina

de Sena, poco antes de morir, habia hecho una oracion igual. Ana Catalina habia tenido antes una vision sobre lo que podian producir sus ruegos despues de su muerte con relacion á ciertas cosas que no existian en su vida. El año 1823, que fue el último en que Ana corrió por entero el círculo del año eclesiástico, le dió trabajos infinitos. Quiso cumplir todo su trabajo, y así es que cumplió la promesa hecha anteriormente de contar toda la Pasion. Fue el objeto de sus meditaciones de la Cuaresma de este año, las cuales componen el presente volúmen. Su parte no fue menos grande en el misterio fundamental de este tiempo de penitencia que en los misterios de cada uno de los dias de fiesta de la Iglesia: si la palabra *tomar parte* significa bastante la relacion en virtud de la cual Ana daba un testimonio visible al misterio celebrado en cada fiesta por una alteracion en su vida espiritual y corporal, leed con este motivo el capítulo de este libro titulado *Interrupcion de los cuadros de la Pasion.*

Todas las ceremonias y las fiestas de la Iglesia eran para Ana algo mas que la consagracion de un recuerdo. Veia el fundamento histórico de cada solemnidad como

un acto de Dios operado en el tiempo para reparacion de la humanidad decaida. Aunque estos actos divinos le aparecian con el carácter de la eternidad, conocia que para aprovechar al hombre en la esfera estrecha y medida del tiempo, era menester que tomara posesion de ellos por una serie de monumentos sucesivos, y que para esto debian de ser repetidos y renovados en la Iglesia en un órden establecido por Jesucristo y el Espíritu Santo. Todas las fiestas y las solemnidades eran para sus ojos gracias de la eternidad que volvian en épocas fijas cada año eclesiástico, lo mismo que los frutos de la tierra vienen en su época cada año. Recogia con un celo infatigable estos frutos de gracia, los conservaba, y los ofrecia por todos los que no cuidaban de atesorarlos. Así como su compasion para el Redentor crucificado habia sido acogida por Dios, y le habia merecido el ser marcada con las llagas de la Pasion como un sello de amor el mas perfecto, así siempre que la Iglesia y los afligidos padecian, sus padecimientos se reproducian en su cuerpo y en su alma. Y todo esto pasaba sin que lo supiera nadie de los que la rodeaban, y sin que Ana tuviera

mas conocimiento que el que tiene la abeja de su trabajo: mientras que cuidaba y cultivaba como una jardinera fiel y diligente el jardin fértil del año eclesiástico, vivia de sus frutos, y los distribuia; animaba sus fuerzas y las de los otros con las flores y las yerbas que en él cogia, ó, por mejor decir, ANA era en él una sensitiva, un mirasol, una planta maravillosa, en donde se producian, sin el concurso de su voluntad, todas las estaciones del año, todas las horas del dia, todas las variaciones de la temperatura.

Al fin del año eclesiástico 1823, tuvo por la última vez una vision relativa á las cuentas de aquel año. Diversos símbolos le representaron las negligencias de la Iglesia militante y de sus servidores; vió cuántas gracias no habian sido cultivadas ó recogidas, y cuántas se habian perdido. Le fue enseñado que el Redentor habia puesto para cada año en el jardin de la Iglesia un tesoro completo de sus méritos, para suplir á todas las necesidades y á todas las expiaciones. Las gracias despreciadas, disipadas ó perdidas (y habia bastante para levantar al hombre mas decaido, para libertar el ánima del purgatorio mas olvidada), debian de ser pe-

didas con el mayor rigor, y la Iglesia militante estaba castigada de esas negligencias y de esas infidelidades de sus servidores, con la opresion de sus enemigos y con humillaciones temporales. Estas revelaciones exaltaban en el mas alto grado su amor para la Iglesia, su Madre. Pasaba dias y noches orando por ella, ofreciendo á Dios los méritos de Jesucristo, y pidiendo misericordia. En fin, reconcentró todas sus fuerzas, y se ofreció á tomar sobre sí el pecado y el castigo, lo mismo que un niño que se presentase ante el trono del Rey para sufrir el juicio hecho contra su madre. Le fue dicho entonces: «Ve cómo estás llena de miserias, tú que quieres satisfacer por los otros;» y ANA se vió con terror en una triste imágen llena de imperfecciones infinitas. Pero la impetuosidad de su amor se mostró todavía con mas instancia en estas palabras: «Sí, estoy llena de miserias y de pecados, pero soy vuestra esposa, ¡oh mi Señor y mi Salvador! Mi fe en Vos y en la redencion que viene de Vos, cubre todos mis pecados con vuestro manto real. Yo no os dejaré hasta que acepteis mi sacrificio, porque el tesoro abundante de vuestros méritos no está cerrado para ningu-

no de los fieles.» Al fin su oracion fue singularmente enérgica: era para oidos humanos como una querella y una lucha con Dios, á que la llevaba el atrevido impulso del amor. Cuando su sacrificio era aceptado, su actividad cesaba por algun tiempo, y estaba ocupada con la repugnancia de la naturaleza humana contra los padecimientos. Cuando habia sostenido este combate, los ojos fijos sobre el Redentor en el jardin de los olivos, los dolores que soportaba de toda especie eran indecibles. La vimos con frecuencia estar muchos dias sin conocimiento, como un cordero al morir. Si la preguntábamos cómo estaba, abria los ojos para sonreirse, y decia: «¡Estos dolores son tan saludables!»

Al principio del Adviento sus dolores se calmaron con dulces visiones sobre los preparativos de viaje de la Vírgen Santísima, y despues sobre todo su viaje á Belen con San José. Ana los acompañaba cada dia en las posadas, ó iba delante para procurarles alojamiento. En ese tiempo cogia pedazos viejos de tela, y por la noche, en medio del sueño, hacia pañales, camisas y gorros para los niños de las mujeres pobres que estaban de parto. Por la mañana veia con sorpresa

todas las cosas compuestas en su armario. Esto le sucedia todos los años por la misma época; pero este año tuvo mas fatiga y menos consuelo. Así, en la hora del nacimiento del Salvador, que era ordinariamente para Ana un momento de gozo, se arrastró con mucho trabajo en espíritu hasta el niño Jesus en su pesebre, y no le llevó otro presente mas que mirra, ni otra ofrenda mas que su Cruz, con el peso de la cual cayó como muerta á sus pies. Parecia que acababa su cuenta terrestre con Dios, y que se entregaba por la última vez por todos los hombres afligidos espiritual y corporalmente. Lo poco que se pudiera saber de esta sustitucion á los diversos padecimientos de los otros, toca en lo incomprensible. Ana decia con razon: «El Niño Jesus no me ha traido este año mas que una Cruz é instrumentos de martirio.»

Desde entonces se concentró cada dia mas en sus padecimientos, no habló casi nada, y aunque continuaba viendo los viajes de Jesus en su predicacion, indicaba á lo sumo en pocas palabras la direccion de su marcha. Una vez preguntó de pronto con una voz que apenas se percibia: «¿Qué dia es hoy?». Habiéndole respondido que era el

14 de enero, añadió: «Dentro de pocos dias habré contado toda la vida del Señor; pero esto ya no me es posible.» Estas palabras parecieron tanto mas estrañas, cuanto que no parecia saber de qué año de la predicacion de Jesucristo estaba su espíritu actualmente ocupado. En 1820 habia contado la historia del Salvador hasta la Ascension, habiendo comenzado por el 28 de julio del tercer año de la predicacion de Jesus; despues volvió al primer año de la vida de Jesus, y habia continuado hasta el 10 de enero del tercer año de la predicacion. El 27 de abril de 1823 hubo, á causa de un viaje que hizo el escritor, una interrupcion que duró hasta el 21 de octubre. Siguió el hilo de la historia á donde lo habia dejado, y continuó hasta las últimas semanas de su vida. Cuando habló de algunos dias que faltaban, su amigo no sabia hasta dónde llegaba la historia, porque no habia coordinado lo que escribia. Despues de su muerte se convenció de que si Ana hubiera podido hablar los catorce últimos dias de su vida, la narracion habria vuelto al 28 de julio del tercer año de la predicacion, y, por consecuencia, al sitio donde habia comenzado en 1820.

Su estado cada dia se hacia mas alarmante. Ana, que ordinariamente sufria en silencio, daba gemidos; tal era la fuerza de sus dolores. El 15 de enero dijo: «El Niño Jesus me ha traido en su Natividad grandes dolores. Me he encontrado de nuevo en el pesebre de Belen. Él tenia calentura, y me enseñaba sus padecimientos y los de su Madre. Estaban tan pobres, que tenian un pedazo de pan por todo alimento. Me ha dado dolores todavía mayores, y me ha dicho: «Tú eres mia, tú eres mi esposa: sufre como »yo he sufrido, y no preguntes por qué.» Yo no sé lo que será ni si durará mucho tiempo. Yo me abandono enteramente á mi martirio, que sea menester vivir ó que sea menester morir. Yo deseo que la voluntad secreta de Dios se cumpla sobre mí. Estoy tranquila, y tengo consuelo en mis penas. Esta mañana aun era muy feliz. Bendito sea el nombre del Señor.»

Sus dolores se aumentaron todavía, si es posible. Sentada sobre su cama, los ojos cerrados, se lamentaba con una voz apagada, y se caia á uno y otro lado. Si se acostaba, se ahogaba: su respiracion se precipitaba: todos sus nervios y sus músculos temblaban

y se agitaban de dolor. Su garganta estaba abrasada, su boca hinchada, sus mejillas coloradas con la calentura, sus manos pálidas como el marfil. Las cicatrices de las llagas brillaban como la plata sobre su piel estirada; su pulso daba 160 á 180 pulsaciones por minuto. Aunque no podia hablar á causa del esceso de sus padecimientos, todas sus obligaciones estaban presentes á su espíritu. El 26 por la tarde dijo á su amigo con una voz casi estinguida: «Hoy es el dia noveno; es menester pagar la vela y la novena á la capilla de Santa Ana.» Era una novena que habia mandado hacer por su intencion, y temia que las personas que la rodeaban la olvidasen. El 27, á las dos de la tarde, recibió la Estremauncion. Por la noche, su amigo, el escelente cura de H..., rezó al lado de su cama: fue esto de tanto consuelo para Ana, que le dijo: «¡Cuán bueno y cuán bello es todo esto!» Y despues: «¡Dios sea mil veces bendito y alabado!»

La proximidad de la muerte no destruia enteramente la union maravillosa de su vida con la de la Iglesia. Habiéndola un amigo visitado el 1.° de febrero por la noche, se habia colocado detras de su cama sin ser

visto, y escuchaba con grande compasion sus gemidos y su respiracion fatigosa. De pronto no oyó nada, y creyó que estaba muerta. En este momento la campana que anunciaba los maitines de la fiesta de la Purificacion, comenzó á tocar. Era el principio de esta fiesta el que habia arrebatado su alma en un éstasis. Aunque su estado era siempre muy alarmante, algunas palabras afectuosas sobre la Vírgen Santísima salieron de su boca en la noche y en el dia de la fiesta. Á las doce, dijo con voz alterada ya por la muerte: «No habia estado tan bien desde hace mucho tiempo. Ocho dias hace que estoy enferma, ¿no es verdad? Ya no sé nada de este mundo tenebroso. ¡Oh qué luz me ha hecho ver la Madre de Dios! Me ha llevado á su lado, y hubiera querido estarme allí.» Aquí se recogió un momento, y despues dijo poniéndose el dedo en la boca: «Pero yo no debo hablar de eso.» Desde entonces decia que todo lo que podian decir en su elogio redoblaba sus padecimientos.

Los dias siguientes estuvo peor. El 7 por la noche, encontrándose mas tranquila, dijo: «¡Ah Jesus! mil gracias por el tiempo de mi vida. Señor, que vuestra voluntad se haga,

y no la mia.» El 8 de febrero por la noche un sacerdote rezaba al lado de su cama; le besó la mano con gratitud, le rogó que asistiera á su muerte, y le dijo: «Jesus, vivo por Vos y muero por Vos. ¡Señor, bendito seais; ya no veo, ya no oigo!» Queriendo mudarla de postura para aliviarla, dijo: «Estoy sobre la cruz; pronto se acabará; dejadme.» Habia recibido todos los Sacramentos; pero queria confesarse de una falta ligera de que se habia acusado muchas veces; esta falta era probablemente de la misma especie que ese pecado de su infancia de que se habia acusado con frecuencia, y que consistia en haber entrado por cima del seto del jardin de su vecino, y haber mirado con envidia unas manzanas caidas de un árbol; «porque, gracias á Dios, decia, no las habia tocado.» Esto le parecia una violacion del décimo mandamiento. El sacerdote le dió una absolucion general: Ana hizo un movimiento para estenderse, y se creyó que se moria. Se acercó á su cama una persona que decia haberle causado pena con frecuencia, y le pidió perdon. Ana la miró sorprendida, y la dijo con un acento de verdad muy espresivo: «No hay nadie sobre la tierra contra quien yo tenga algo.»

En los últimos dias, como se esperaba á cada momento el verla morir, habia con frecuencia amigos en el cuarto que precedia al suyo. Estando ellos hablando muy bajo, y de modo que ANA no pudiera oirlos, de su paciencia, de su fe y de sus otras virtudes, oyeron de pronto su voz moribunda que decia: «¡Ah! por el amor de Dios, no me elogieis; eso me tiene aquí, porque tengo que sufrir doble. ¡Oh Dios mio; ved aquí nuevas flores que caen sobre mí!» Veia siempre lás flores como el símbolo y el anuncio de algun dolor. Despues añadió: «Dios solo es bueno: todo se ha de pagar, hasta el último maravedí. Yo soy pobre y llena de pecados; yo no puedo pagar ese elogio sino con dolores unidos á los de Jesus. No me elogieis, dejadme morir en la ignominia con Jesus sobre la cruz.» Boudon, en la *Vida del P. Sevein*, trae un hecho igual de un moribundo que parecia que ya no oia y que rechazó todo elogio pronunciado á su lado.

Pocas horas antes de su muerte, que imploraba con frecuencia por estas palabras: «¡Señor, socorredme; venid, Jesus mio!» un elogio pareció chocarla, y protestó con energía por el acto de humildad siguiente:

« Yo no puedo morir si tantas buenas personas piensan bien de mí por error: decid, pues, á todos que soy una miserable pecadora. ¡Ah si pudiera gritar de modo que todos supieran cuán pecadora soy! Soy menos que el buen ladron que estaba en cruz cerca de Jesus, pues él y todos los que vivian entonces no tenian que dar una cuenta tan terrible como nosotros, que tenemos todas las gracias concedidas á la Iglesia. » Despues de esta declaracion, pareció tranquilizarse, y dijo al sacerdote que la consolaba: « Ahora tengo tanta paz y tanta confianza como si jamás hubiera cometido un pecado. » Sus ojos se dirigian con amor sobre la cruz puesta al pie de su cama: su respiracion era precipitada, bebia con frecuencia, y cuando le presentaban el Crucifijo, le besaba solo los pies por humildad. Un amigo que lloraba de rodillas al lado de su cama, tenia el consuelo de presentarle el vaso de agua para humedecerse los labios. Habiendo puesto sobre el cobertor su mano, donde brillaba la cicatriz blanca de su llaga, él se la cogió, y como interiormente deseaba tener una señal de adios de su parte, Ana le apretó ligeramente la suya; su cara tranquila y serena tenia una gravedad sublime; era

la espresion de un atleta que habiendo hecho esfuerzos inauditos para llegar al término, cae y muere al coger la corona. El sacerdote rezó de nuevo á su lado las oraciones de los agonizantes, y ANA se sintió advertida de que se acordase delante de Dios de una jóven y piadosa amiga de quien eran los dias. Dieron las ocho: respiró mas tranquilamente algunos minutos, y gritó tres veces con un gemido profundo: «¡Señor, socorredme! ¡Señor, Señor, venid!» El sacerdote tocó la campanilla, y dijo: «¡Se muere!» Muchos parientes y amigos que estaban en la pieza contigua entraron en el cuarto y se arrodillaron para rezar. ANA tenia en la mano una vela encendida, que sostenia el sacerdote. Dió todavía algunos ligeros suspiros, y su alma pura se salió de sus castos labios con la vestidura de esposa para precipitarse llena de esperanza ante su Esposo celestial, y para unirse al coro de las vírgenes que acompañan al Divino Cordero por todas partes. Su cuerpo inanimado se hundió poco á poco en las almohadas, á las ocho y media de la noche, el 9 de febrero de 1824.

Una persona que se tomó mucho interes por ANA durante su vida ha escrito lo si-

guiente: «Despues de su muerte, me acerqué á la cama; estaba recostada sobre las almohadas del lado izquierdo; encima de su cabeza estaban colgadas en cruz, en un rincon, las muletas que le habian preparado sus amigas en una ocasion en que Ana habia podido dar algunas vueltas por el cuarto. Al lado habia un cuadrito al óleo representando el tránsito de la Vírgen Santísima, que le habia dado la princesa de Salm. La espresion de su cara era sublime: estaba retratada en Ana toda una vida de sacrificios, de paciencia y de resignacion; parecia haber muerto por amor á Jesucristo en el ejercicio de alguna obra de caridad para con los otros. Su mano derecha reposaba sobre el cobertor; esta mano, á la cual Dios habia dado la gracia inaudita de conocer y tocar todo lo que era santo, todo lo consagrado por la Iglesia, gracia que quizás nadie recibió jamás en igual grado, gracia cuyos resultados podian ser incalculables, con tal que se hiciera de ella un uso sabio, y que, sin duda, no habia sido dada á una mujer del campo solo para distraccion espiritual. Yo cogí por última vez esta mano marcada de un signo tan venerable; este instrumento espiritual que

seguia detras del velo de la naturaleza toda sustancia santificada para reconocerla y honrarla aun en un grano de arena; esta mano bienhechora, laboriosa, que tantas veces habia dado de comer al hambriento y vestido al desnudo; esta mano estaba fria y sin vida. Una gran gracia se habia ido de la tierra: Dios nos habia retirado la mano de su esposa, que daba testimonio, que rezaba, que sufria por la verdad. No parecia que habia puesto sin objeto, con resignacion, sobre su cama, esta mano, símbolo de una virtud particular concedida por la gracia divina. Como los preparativos necesarios que se hacian á su alrededor con grande actividad amenazaban interrumpir la viva impresion que me causaba su semblante, salí del cuarto todo pensativo. «Si, como tantas otras Santas habitantes del desierto, decia yo en mí mismo, hubiera muerto solitaria en un sepulcro abierto con sus manos, los pájaros, sus amigos, la hubieran cubierto de hojas y de flores; si, como tantas personas de su profesion, hubiera muerto entre las vírgenes consagradas á Dios, y hubiera sido acompañada al sepulcro por sus cuidados y su veneracion, hubiera sido edificante

y satisfactorio para el corazon; pero sin duda estos honores dados á sus restos no agradarian á su amor á Jesucristo, á quien deseaba parecerse tambien en la muerte.»

El mismo amigo escribia mas tarde lo siguiente: «Por desgracia no se hizo constar oficialmente el estado de su cuerpo despues de su muerte; no se hicieron pesquisas, con las cuales la habian atormentado tanto durante su vida. Aun los que la rodeaban descuidaron examinarla, por miedo, sin duda, de encontrar algun fenómeno estraño cuyo descubrimiento hubiera podido ocasionar muchas incomodidades. El miércoles 11 de febrero prepararon su cuerpo para la sepultura. Una mujer piadosa, que no quiso ceder á nadie el cuidado de darle esta última prueba de afeccion, me describió en estos términos el estado en que la encontró: «Sus pies estaban cruzados como los de un »Crucifijo. Las llagas estaban mas coloradas »que de costumbre. Cuando levantaron su »cabeza le salió sangre de las narices y de »la boca. Todos sus miembros conservaron »su flexibilidad hasta en la caja.» El viernes 13 de febrero fue conducida al sepulcro, acompañada de todas las personas del lu-

gar. Reposa en el cementerio á la izquierda de la cruz, al lado del seto. En la fosa que está delante de la suya reposa un buen viejo labrador de Welde; en la que sigue, una piadosa labradora de Dernekamp.

»La tarde del dia en que fue enterrada vino un hombre rico, no á casa de Pilatos, sino á casa del cura del pueblo. Le pidió el cuerpo de la difunta, no para ponerlo en un sepulcro nuevo, sino para comprarlo por una suma considerable por cuenta de un médico holandés. La proposicion fue desechada, como debia serlo; pero parece que corrió la voz en el pueblo de que habian robado el cadáver, y que los habitantes fueron al cementerio á ver si habian profanado su sepultura.»

Añadiremos á estos detalles el estracto siguiente de un relato impreso en diciembre de 1824, en el periódico de literatura católica de Kertz. Proviene de una persona que no conocemos, pero que está bien instruida. «Seis ó siete semanas despues de la muerte de Ana Catalina Emmerich, habiéndose esparcido la voz de que su cuerpo habia sido robado, la sepultura y la caja fueron abiertas secretamente por órden superior, en presen-

cia de siete testigos. Vieron con gozo y sorpresa que la corrupcion no habia llegado á su cuerpo. Su fisonomía era risueña como la de una persona que descansa en un agradable sueño. Parecia que se acababa de enterrar: no exhalaba ningun olor fétido. *Es un deber guardar el secreto del Rey*, dice Jesus, hijo de Sirach; pero es tambien un deber el revelar al mundo la grandeza de las misericordias de Dios.» Nos han asegurado que una piedra habia sido puesta sobre su tumba. Nosotros deponemos sobre ella estas hojas; ¡ojalá contribuyan á conservar la memoria de una persona que ha remediado tantas penas de alma y cuerpo, y la del sitio en donde espera la resurreccion!

LA ULTIMA CENA

DE

N. S. JESUCRISTO.

PRÓLOGO.

Quien compare las meditaciones siguientes con la corta relacion de la Santa Cena en el Evangelio, estrañará quizás algunas ligeras diferencias que aquí se hallan. Con este motivo debemos dar una esplicacion, aunque este libro (y jamás lo repetiremos bastante) no pretende añadir nada á la Sagrada Escritura, tal cual ha sido interpretada por la Iglesia.

La hermana Emmerich ha visto en el órden siguiente las circunstancias de la Cena: el Cordero Pascual se mata y se prepara en el Cenáculo; el Señor pronuncia un discurso en esta ocasion; los convidados se ponen los vestidos de viaje; comen de pie y de prisa

el Cordero y todo lo prescrito por la ley; presentan dos veces al Señor una copa de vino; la segunda vez no bebe, pero la distribuye á sus Apóstoles, diciendo: *Yo no beberé mas de este fruto de la viña*, etc. Se sientan en la mesa; Jesus habla del traidor; Pedro teme ser él; Judas recibe del Señor el pedazo de pan que le designa; se preparan para el lavatorio de los pies; Pedro no se los deja lavar; institucion de la Eucaristía; Judas comulga y sale de la sala; consagracion de los santos óleos, instruccion con este motivo; ordenacion de Pedro y de los otros Apóstoles; último discurso del Señor; protestaciones de Pedro; fin de la Cena. Adoptando este órden, parece, á primera vista, que es ponerse en contradiccion con los pasajes de San Mateo (XXVI, 29) y de San Márcos (XIV, 25), en donde hay estas palabras: *Yo no beberé mas*, etc., que se hallan despues de la consagracion; pero en San Lúcas están antes. Y, por el contrario, las palabras relativas á Judas están aquí, como en San Mateo y en San Márcos, antes de la consagracion; en San Lúcas están despues. San Juan, que no cuenta la institucion de la Eucaristía, da á entender que Judas salió así que Jesus le

presentó el pan; pero es mas probable, segun el testo de los otros Evangelistas, que Judas comulgó bajo las dos especies; y muchos Padres, San Agustin, San Gregorio Magno, San Leon, lo dicen espresamente como la tradicion de la Iglesia católica. La relacion de San Juan si se tomara á la letra, el órden con que los hechos están presentados, lo pondrian en contradiccion no solo con San Mateo y San Márcos, sino tambien consigo mismo, pues resulta del v. 10, cap. XIII, que tambien Judas asistió al lavatorio. El lavatorio fue despues de haber comido el Cordero Pascual, y fue necesariamente al comerlo cuando Jesus presentó el pan al traidor. Está claro que los Evangelistas, aquí como en otros pasajes, preocupados de lo esencial, no se sujetaron á contar los pormenores con un órden riguroso, y esto esplica suficientemente las contradicciones aparentes que hay entre ellos. Las contemplaciones siguientes parecerán á quien las léa con atencion mas bien una concordancia simple y natural con los Evangelios, que una relacion diferente en ningun punto esencial de la Sagrada Escritura. En cuanto á lo que concierna á Melquisedech, es preciso no

confundir los pasajes en donde está presentado como un Ángel, con una antigua herejía que lo da como el mismo Jesucristo, ó el Espíritu Santo ó un Eon. Los términos de la epístola á los hebreos parecen designar un Ángel, y si la mayor parte de los teólogos, desde San Gerónimo, no las han interpretado en ese sentido, ha sido únicamente para no dar un pretesto á esa herejía.

I.

Preparacion de la Pascua.

El Juéves Santo 13 nisau (29 de marzo).

Ayer tarde fue cuando tuvo lugar la última gran comida del Señor y de sus amigos, en casa de Simon el leproso, en Bethania, en donde María Magdalena derramó por la última vez los perfumes sobre Jesus: Judas se escandalizó en esta ocasion; corrió á Jerusalen, y habló con los príncipes de los sacerdotes para vender á Jesus. Despues de la comida, Jesus volvió á casa de Lázaro, y una parte de los Apóstoles se dirigió hácia la posada, situada á la entrada de Bethania.

Por la noche, Nicodemus vino á casa de Lázaro, y habló mucho tiempo con el Señor; volvió á Jerusalen antes de amanecer, y Lázaro le acompañó parte del camino.

Los discípulos habian preguntado ya á Jesus á dónde queria comer la Pascua. Hoy, antes de amanecer, llamó el Señor á Pedro, á Jacobo y á Juan: les habló mucho de todo lo que debian preparar y ordenar en Jerusalen, y les dijo que cuando subieran al monte de Sion, encontrarian el hombre con el cántaro de agua. Ellos conocian ya á este hombre, pues en la última Pascua, en Bethania, él habia preparado la comida de Jesus; por eso San Mateo dice: *cierto hombre*. Debian seguirle hasta su casa, y decirle: «El Maestro os manda á decir que su tiempo se acerca, y que quiere celebrar la Pascua en vuestra casa.» Despues debian ser conducidos al Cenáculo, y ejecutar todas las disposiciones necesarias.

Yo vi los dos Apóstoles subir á Jerusalen, siguiendo un barranco, al Mediodía del templo, del lado setentrional de Sion. Sobre el flanco meridional de la montaña del templo habia una fila de casas; marcharon frente por frente de esas casas, subiendo un torrente que los separaba de ellas. Cuando lle-

garon á las alturas de Sion, mas elevadas que la montaña del templo, se dirigieron hácia el Mediodía, y encontraron al principio de una pequeña subida, cerca de una casa vieja con muchos patios, al hombre que el Señor les habia designado; le siguieron, y le dijeron lo que Jesus les habia mandado. Se alegró mucho de esta noticia, y les respondió que una comida habia sido ya dispuesta en su casa (probablemente por Nicodemus); que no sabia para quién, y que se alegraba de saber que era para Jesus. Este hombre era Helí, cuñado de Zacarías de Hebron, en cuya casa el año anterior habia Jesus anunciado la muerte de Juan Bautista. No tenia mas que un hijo, que era levita, y muy amigo de Lúcas, antes que este hubiese venido al Señor, y ademas cinco hijas solteras. Iba todos los años á la fiesta de la Pascua con sus criados, alquilaba una sala, y preparaba la Pascua para las personas que no tenian hospedaje en la ciudad. Ese año habia alquilado un Cenáculo, que pertenecia á Nicodemus y á José de Arimatea. Enseñó á los dos Apóstoles su posicion y su distribucion interior.

II.

El Cenáculo.

Sobre el lado meridional de la montaña de Sion, no lejos del castillo arruinado de David y de la plaza que sube hácia el castillo por el lado de Levante, se halla una antigua y sólida casa entre dos filas de árboles copudos, en medio de un patio espacioso cercado de buenas paredes. Á derecha y á izquierda de la entrada se ven otras habitaciones contiguas á la pared, sobre todo á la derecha, la habitacion del mayordomo, y al lado la que la Vírgen y las Santas mujeres ocuparon con mas frecuencia despues de la muerte de Jesus. El Cenáculo, antiguamente mas espacioso, habia servido entonces de habitacion á los audaces capitanes de David: en él se ejercian en manejar las armas. Antes de la fundacion del templo, el Arca de la Alianza habia sido depositada allí bastante tiempo, y aun hay vestigios de su permanencia en un lugar subterráneo. Yo he visto tambien al profeta Malaquías escondido debajo de las mismas bóvedas; allí escribió sus profecías sobre el Santísimo Sacramento y

el sacrificio de la Nueva Alianza. Salomon honró esta casa, y habia en ella algo de simbólico y de figurativo que se me ha olvidado. Cuando una gran parte de Jerusalen fue destruida por los babilonios, esta casa fue respetada: he visto otras muchas cosas de ella; pero no tengo presente mas que lo que he contado.

Este edificio estaba en muy mal estado cuando vino á ser propiedad de Nicodemus y de José de Arimatea: habian dispuesto el cuerpo principal muy cómodamente, y lo alquilaban para servir de Cenáculo á los estranjeros que la Pascua atraia á Jerusalen. Así el Señor lo habia usado en la última Pascua. Ademas la casa y sus dependencias les servian, unas para almacen de lápidas sepulcrales, y otras de taller para los obreros, pues José de Arimatea poseia escelentes canteras en su patria, y hacia traer piedras, de las cuales hacian, bajo su direccion, sepulcros, ornamentos de arquitectura y columnas, para despues venderlos. Nicodemus tomaba parte en este comercio, y aun le gustaba esculpir en sus ratos de ocio. Trabajaba en la sala ó en un subterráneo que estaba debajo, escepto en la época de las fiestas:

este género de ocupacion lo habia puesto en relacion con José de Arimatea; se habian hecho amigos, y se habian asociado con frecuencia en sus empresas.

Esta mañana, mientras que Pedro y Juan conversaban con el hombre que habia alquilado el Cenáculo, vi á Nicodemus en la casa de la izquierda del patio, á donde habian trasportado muchas piedras, que obstruian la entrada de la sala de comer. Ocho dias antes habia visto muchas personas ocupadas en poner las piedras á un lado, en limpiar el patio y en preparar el Cenáculo para la celebracion de la Pascua; yo creo que entre ellas habia algunos discípulos, quizás Aram y Temeni, los primos de José de Arimatea.

El Cenáculo propiamente está casi en medio del patio; es cuadrilongo, rodeado de columnas poco elevadas, y si se abrieran los intervalos entre los pilares, podria estar reunido á la grande sala interior, pues todo el edificio es como trasparente, y solo en los tiempos ordinarios están los pasos cerrados con puertas. La luz penetra por aberturas en lo alto de las paredes. Al entrar, se halla primero un vestíbulo, á donde conducen tres puertas; despues se entra en la sala interior,

en cuyo techo hay colgadas muchas lámparas; las paredes están adornadas para la fiesta, hasta media altura, de hermosas esteras y de colgaduras, y han practicado en lo alto una abertura, á donde han estendido una gasa azul muy trasparente.

La parte posterior de la sala está separada del resto por una cortina de la misma tela. Esta division en tres partes da al Cenáculo cierta similitud con el templo; se halla tambien en el vestíbulo el Santo, y el Santo de los santos. En esta última parte están dispuestos á derecha é izquierda los vestidos necesarios para la celebracion de la fiesta. En el medio hay una especie de altar. Fuera de la pared sale un banco de piedra, elevado sobre tres escalones; tiene la figura de un triángulo rectángulo; debe ser la parte superior del hornillo donde se asa el cordero pascual, porque hoy, durante la comida, los escalones estaban calientes. No puedo detallar todo lo que se halla en esta parte de la sala, pero están haciendo grandes preparativos para la comida pascual. Encima de este hornillo ó altar hay una especie de nicho en la pared, delante del cual vi la imágen de un cordero pascual: tenia un cuchillo en el

cuello, y parecia que su sangre corria gota á gota sobre el altar; no me acuerdo bien cómo estaba hecho. En el nicho de la pared hay tres armarios de diversos colores, que se vuelven como nuestros tabernáculos para abrirlos y cerrarlos; vi toda clase de vasos para la Pascua; mas tarde, el Santísimo Sacramento reposó allí.

En las salas laterales del Cenáculo hay unas especies de camas con cobertores gruesos, enrollados juntos, en donde se puede pasar la noche. Debajo de todo el edificio hay bodegas hermosas. El Arca de la Alianza fue depositada en algun tiempo bajo el sitio donde se ha construido el hogar. Debajo de la casa hay cinco caños que conducen las inmundicias y las aguas de la montaña, pues la casa está situada en un punto elevado. Yo he visto allí á Jesus curar y enseñar; los discípulos tambien pasaban con frecuencia las noches en las salas laterales.

III.

Disposiciones para el tiempo Pascual.

Cuando los Apóstoles hablaron á Helí de

Hebron, este entró en la casa por el patio: los discípulos volvieron á la derecha, y bajaron el monte de Sion hácia el Norte. Pasaron un puente, y se fueron por un sendero cubierto de árboles al otro lado del barranco que está delante del templo y de la fila de casas situadas al Mediodía de este edificio. Allí estaba la casa del viejo Simeon, muerto en el templo despues de la presentacion de Jesucristo, y sus hijos, de los cuales algunos eran secretamente discípulos de Jesus, vivian en ella actualmente. Los Apóstoles hablaron á uno de ellos, que tenia un empleo en el templo; era un hombre alto y moreno. Fueron con él al Este del templo, atravesando la puerta de Ofel, por donde Jesus habia entrado en Jerusalen el dia de Ramos, y fueron á la plaza de los Ganados, situada en la villa, al Norte del templo. Yo vi en la parte meridional de esta plaza pequeños cercados, en donde saltaban hermosos corderos sobre la yerba, como en jardines pequeños. Allí se compraban los corderos de la Pascua. Yo vi al hijo de Simeon entrar en uno de esos cercados: los corderos saltaban á su rededor, como si lo hubiesen conocido. Escogió cuatro, que fueron llevados al Ce-

náculo. Por la tarde lo vi ocuparse en el Cenáculo de la preparacion del cordero pascual.

Vi á Pedro y á Juan ir ademas á diversos sitios y encargar diversos objetos. Los vi tambien delante de una puerta, al Norte de la montaña del Calvario, en una casa en donde se hospedaban la mayor parte del tiempo los discípulos de Jesus, y que pertenecia á Serafia (tal era el nombre de la que despues fue llamada Verónica). Pedro y Juan enviaron desde allí algunos discípulos al Cenáculo, y les dieron algunos encargos que he olvidado.

Entraron tambien en la casa de Serafia, donde tenian que arreglar algunas cosas. Su marido, miembro del Consejo, estaba la mayor parte del tiempo fuera de la casa con sus negocios; y aun cuando estaba en casa, ella lo veia poco. Era una mujer de la edad de María Santísima, y que estaba en relaciones con la Sagrada Familia desde mucho tiempo antes: pues cuando el niño Jesus se quedó en el templo despues de la fiesta, ella le dió de comer. Los dos Apóstoles tomaron allí, entre otras cosas, el cáliz de que se sirvió el Señor para la institucion de la Sagrada Eucaristía.

IV.

Del cáliz y de la Santa Cena.

El cáliz que los Apóstoles llevaron de la casa de Verónica, es un vaso maravilloso y misterioso. Habia estado mucho tiempo en el templo entre otros objetos preciosos y de una gran antigüedad, cuyo orígen y cuyo uso se habia olvidado. Una cosa igual ha sucedido en la Iglesia cristiana, en donde muchas joyas antiguas consagradas se han dejado en olvido con el tiempo. Muchas veces se han desenterrado, vendido ó compuesto vasos viejos y otras joyas enterradas en el polvo del templo. Así es que, con el permiso de Dios, este vaso santo, que nunca se habia podido fundir á causa de su materia no conocida, fue hallado por los sacerdotes modernos en el tesoro del templo entre otros objetos que no se usaban, y habia sido vendido á un aficionado á antigüedades. El cáliz comprado por Serafia habia servido ya muchas veces á Jesus para la celebracion de las fiestas, y desde ese dia fue propiedad constante de la santa comunidad cristiana.

Este vaso no habia estado siempre en su estado actual: quizás con ocasion de la Cena del Señor habian juntado las diferentes piezas de que se componia. El gran cáliz estaba puesto en un azafate, y alrededor habia seis copas. Dentro del cáliz habia otro vaso pequeño, y encima un plato con una tapadera redonda. En el pie del cáliz estaba embutida una cuchara, que se sacaba con facilidad. Todas estas piezas estaban envueltas en paños y puestas en una bolsa de cuero, si no me equivoco. El gran cáliz se compone de la copa y del pie, que debe haber sido añadido despues, pues estas dos partes son de distinta materia. La copa presenta una masa morena y bruñida, en forma de pera; está revestida de oro, y tiene dos asas para poderla coger. El pie es de oro puro, divinamente trabajado; está adornado con una culebra y un racimo de uvas, y enriquecido con piedras preciosas.

El gran cáliz se ha quedado en la iglesia de Jerusalen, cerca de Santiago el Menor, y lo veo todavía conservado en esta villa: ¡aparecerá todavía á la luz como ha aparecido esta vez! Otras iglesias se han repartido las copas que lo rodeaban; una de ellas está

en Antioquía; otra en Éfeso: pertenecian á los Patriarcas, que bebian en ellas una bebida misteriosa cuando recibian y daban la bendicion, como lo he visto muchas veces.

El gran cáliz estaba en casa de Abraham: Melquisedech lo trajo consigo del pais de Semíramis á la tierra de Canaan, cuando comenzó á fundar algunos establecimientos en el mismo sitio donde se edificó despues Jerusalen: él lo usó en el sacrificio, cuando ofreció el pan y el vino en presencia de Abraham, y se lo dejó á este Patriarca. Este vaso habia estado tambien en el Arca de Noé.

«Ved aquí hombres hermosos que vienen de una ciudad opulenta: está edificada á la antigua; se adora en ella lo que se quiere; se adoran hasta los peces. El viejo Noé, con un palo al hombro, está al lado del Arca; la madera de construccion está puesta á su lado. No, no son hombres: debe ser algo mas elevado, segun su belleza y su serenidad; traen á Noé el cáliz, que sin duda se ha perdido; no sé cómo se llama este sitio. Hay en el cáliz una especie de grano de trigo, pero mas grueso que los nuestros; es como un grano de mirasol, y hay tambien un peque-

ño sarmiento. Dicen á Noé que hay en él un misterio, y que debe llevarlo consigo. Mirad él pone el grano de trigo y el sarmiento en una manzana amarilla que coloca en la copa. El cáliz está hecho sobre un modelo maravilloso. Hay un misterio, que yo no sé bien: es el cáliz que he visto figurar en la gran parábola (1) en el sitio donde estaba el espino ardiendo.»

La monja contó todo lo que se acaba de decir del cáliz en un estado de intuicion tranquila, y viendo delante de sus ojos lo que describia. Durante su relacion relativa á Noé, estaba toda absorta en su vision. Al fin dió un grito, miró á su rededor, y dijo: «¡Ah! tengo miedo de tener que entrar en el Arca; veo á Noé, y creia que llegaban las grandes aguas.» Despues, habiendo vuelto á su estado natural, dijo: «Los que trajeron el cáliz á Noé llevaban un vestido largo, blanco, y se parecian á los tres hombres que vinieron á casa de Abraham y le prometie-

(1) Esto se refiere á una gran parábola simbólica de la reparacion del género humano desde el principio, que desgraciadamente no contó por completo, y que despues se la olvidó. En esta ocasion no habló del espino ardiendo; aunque el espino ardiendo de Moisés tenia en otras visiones la forma de un cáliz.

ron que Sara pariria. Me pareció que sacaron de la ciudad una cosa santa que no debia perecer con ella, y que la daban á Noé. El cáliz estuvo en Babilonia en casa de los descendientes de Noé que se habian mantenido fieles al verdadero Dios. Estaban tenidos en esclavitud por Semíramis. Melquisedech los condujo á la tierra de Canaan, y llevó el cáliz. Yo vi que tenia una tienda cerca de Babilonia, y que antes de conducirlos bendijo en ella el pan y se lo distribuyó, sin lo que no hubieran tenido fuerza para seguirle. Esa gente tenia un nombre como *samaneos*. Él se sirvió de ellos y de algunos cananeos habitantes de grutas, cuando comenzó á edificar sobre los montes donde estuvo despues Jerusalen. Hizo cimientos profundos en el sitio donde estuvieron despues el Cenáculo y el templo, y tambien hácia el Calvario. Sembró trigo y plantó viña. Despues del sacrificio de Melquisedech, el cáliz se quedó en casa de Abraham. Fue tambien á Egipto, y Moisés lo tuvo en su poder. Estaba hecho de un modo singular, muy compacto, y no parecia trabajado como los metales; pero parecia el producto de un vegetal. Solo Jesus sabia lo que era.»

V.

Jesus va á Jerusalen.

Por la mañana, mientras que los dos Apóstoles se ocupaban en Jerusalen de hacer los preparativos de la Pascua, Jesus, que se habia quedado en Bethania, hizo una despedida tierna á las Santas mujeres, á Lázaro y á su Madre, y les dió algunas instrucciones. Yo vi al Señor hablar solo con su Madre; le dijo, entre otras cosas, que habia enviado á Pedro, el Apóstol de la fe, y á Juan, el Apóstol del amor, para preparar la Pascua en Jerusalen. Dijo de Magdalena, cuyo dolor era muy violento, que su amor era grande, pero que todavía era un poco segun la carne, y que por ese motivo el dolor la ponia fuera de sí. Habló tambien del proyecto de Judas, y la Vírgen Santísima rogó por él.

Judas habia ido otra vez de Bethania á Jerusalen con pretesto de hacer un pago. Corrió todo el dia á casa de los fariseos, y arregló la venta con ellos. Le enseñaron los soldados encargados de arrestar al Salvador.

Calculó sus idas y venidas de modo que pudiera esplicar su ausencia. Volvió al lado del Señor poco antes de la cena. Yo he visto todas sus tramas y todos sus pensamientos. Era activo y servicial, pero lleno de avaricia, de ambicion y de envidia, y no combatia estas pasiones. Habia hecho milagros y curado enfermos en la ausencia de Jesus. Cuando el Señor anunció a la Vírgen lo que iba á suceder, Ella le pidió de la manera mas tierna que la dejase morir con Él. Pero Él le recomendó que tuviera mas resignacion que las otras mujeres; le dijo tambien que resucitaria, y el sitio donde se le apareceria. Ella no lloró mucho, pero estaba profundamente triste y sumergida en un recogimiento, que tenia algo de espantoso. El Señor le dió las gracias, como un hijo piadoso, del amor que le tenia, y la estrechó contra su corazon. La dijo tambien que haria espiritualmente la cena con Ella, y la designó la hora en que la recibiria. Se despidió otra vez de todos, y dió diversas instrucciones.

Jesus y los nueve Apóstoles salieron á las doce de Bethania para Jerusalen; los seguian siete discípulos, que eran de Jerusalen y de sus contornos, escepto Natanael y Silas.

Entre ellos estaban Juan, Márcos y el hijo de la pobre viuda que el juéves anterior habia ofrecido su último dinero en el templo mientras que Jesus enseñaba. Jesus lo tenia consigo desde pocos dias antes. Las Santas mujeres salieron mas tarde.

Jesus y los que le seguian andaron acá y allá al pie del monte de los Olivos, en el valle de Josafat y hasta el Calvario. En el camino no cesaba de instruirlos. Dijo á los Apóstoles, entre otras cosas, que hasta entonces les habia dado su pan y su vino, pero que hoy queria darles su carne y su sangre, y que les dejaria todo lo que tenia. Decia esto el Señor con una espresion tan dulce en su cara, que su alma parecia salirse por todas partes, y que se deshacia en amor esperando el momento de darse á los hombres. Sus discípulos no lo comprendieron: creyeron que hablaba del cordero pascual. No se puede espresar todo el amor y toda la resignacion que encierran los últimos discursos que pronunció en Bethania y aquí.

Los siete discípulos que habian seguido al Señor á Jerusalen no anduvieron este camino con Él: fueron á llevar al Cenáculo los vestidos de ceremonia para la Pascua, y vol-

vieron á casa de María, madre de Márcos. Cuando Pedro y Juan vinieron al Cenáculo con el cáliz, todos los vestidos de ceremonia estaban ya en el vestíbulo, á donde los discípulos y algunos otros los habian llevado. Habian cubierto tambien de colgaduras las paredes desnudas de la sala, abierto las ventanas de arriba y preparado tres lámparas colgadas. En seguida Pedro y Juan fueron al valle de Josafat, y llamaron al Señor y á los nueve Apóstoles. Los discípulos y los amigos que debian celebrar la Pascua en el Cenáculo, vinieron mas tarde.

VI.

Última Pascua.

Jesus y los suyos comieron el cordero pascual en el Cenáculo, divididos en tres grupos. Jesus comió con los doce Apóstoles en la sala del Cenáculo. Natanael comió con otros doce discípulos en una de las salas laterales; otros doce tenian á su cabeza á Eliazim, hijo de Cleofás y de María, hija de Helí: habia sido discípulo de Juan Bautista.

Se mataron para ellos tres corderos en

el templo. Habia allí un cuarto cordero, que fue sacrificado en el Cenáculo: este es el que comió Jesus con los Apóstoles. Judas ignoraba esta circunstancia, porque se habia ocupado de su trama, y no habia vuelto cuando el sacrificio del cordero: vino pocos instantes antes de la comida. El sacrificio del cordero destinado á Jesus y á los Apóstoles fue muy tierno; se hizo en el vestíbulo del Cenáculo. Los Apóstoles y los discípulos estaban allí cantando el salmo CXVIII. Jesus habló de una nueva época que comenzaba. Dijo que los sacrificios de Moisés y la figura del Cordero pascual iban á cumplirse; pero que, por esta razon, el cordero debia ser sacrificado como antiguamente en Egipto, y que iban á salir verdaderamente de la casa de servidumbre.

Los vasos y los instrumentos necesarios fueron preparados. Trajeron un cordero pequeñito, adornado con una corona, que fue enviada á la Vírgen Santísima al sitio donde estaba con las Santas mujeres. El cordero estaba atado, con la espalda sobre una tabla, por el medio del cuerpo: me recordó á Jesus atado á la columna y azotado. El hijo de Simeon tenia la cabeza del cordero: Jesus lo

picó con la punta de un cuchillo en el cuello, y el hijo de Simeon acabó de matarlo. Jesus parecia tener repugnancia á herirlo; lo hizo rápidamente, pero con gravedad; la sangre fue recogida en un baño, y trajeron un ramo de hisopo que Jesus mojó en la sangre. En seguida fue á la puerta de la sala, tiñó de sangre los dos pilares y la cerradura, y fijó sobre la puerta el ramo teñido de sangre. Despues hizo una instruccion, y dijo, entre otras cosas, que el ángel esterminador pasaria mas lejos; que debian adorar en ese sitio sin temor y sin inquietud cuando Él fuera sacrificado, Él mismo, el verdadero Cordero pascual; que un nuevo tiempo y un nuevo sacrificio iban á comenzar, y que durarian hasta el fin del mundo.

Despues se fueron á la estremidad de la sala, cerca del hogar á donde habia estado en otro tiempo el Arca de la Alianza: habia ya lumbre. Jesus vertió la sangre sobre el hogar, y lo consagró como un altar. Jesus, seguido de sus Apóstoles, dió la vuelta al Cenáculo y lo consagró como un nuevo templo. Todas las puertas estaban cerradas mientras tanto.

El hijo de Simeon habia ya preparado el

cordero. Lo puso en una tabla: las patas de delante estaban atadas á un palo puesto al través; las de atras estaban estendidas á lo largo de la tabla. Se parecia á Jesus sobre la cruz, y fue metido en el horno para ser asado con los otros tres corderos traidos del templo.

Los corderos pascuales de los judíos se mataban todos en el vestíbulo, y en tres sitios: uno para las personas de distincion, otro para la gente comun, y otro para los estranjeros. El cordero pascual de Jesus no se mató en el templo: todo el resto fue rigurosamente conforme á la ley. Jesus pronunció todavía otras palabras; dijo que el cordero era solo una figura, que Él mismo debia ser al dia siguiente el Cordero pascual, y otras cosas que se me han olvidado.

Despues que Jesus habló así sobre el cordero pascual y su significacion, y habiendo llegado Judas, prepararon las mesas. Los convidados se pusieron los vestidos de viaje que estaban en el vestíbulo, otros zapatos, un vestido blanco parecido á una camisa, y una capa mas corta de delante que de atras; se remangaron los vestidos hasta la cintura; tenian tambien unas mangas anchas remangadas. Cada grupo fue á la mesa

que le estaba reservada: los discípulos en las salas laterales, el Señor con los Apóstoles en la del Cenáculo. Cogieron un palo en la mano y fueron dos á dos á la mesa; estaban de pie cada uno en su sitio; el palo apoyado sobre el brazo izquierdo, y las manos elevadas en alto.

La mesa era estrecha, y de alto tenia un pie mas que la rodilla de un hombre; su forma era la de una herradura; en frente de Jesus, en el interior del semicírculo, habia un sitio vacío para servir los platos. Segun puedo acordarme, á la derecha de Jesus estaban Juan, Santiago el Mayor y Santiago el Menor; al estremo de la mesa, Bartolomé; y á la vuelta, Tomás y Judas Iscariote. Á la izquierda de Jesus estaban Pedro, Andrés y Tadeo; al estremo de la izquierda, Simon, y á la vuelta, Mateo y Felipe.

En medio de la mesa estaba el cordero pascual en una fuente. Su cabeza reposaba sobre los pies de delante, puestos en cruz; los pies de atras estaban estendidos; el borde de la fuente estaba cubierto de ajos. Á su lado habia un plato con el asado de Pascua; ademas un plato con una legumbre verde, y un segundo plato con manojitos de yerbas

amargas, que parecian yerbas aromáticas; delante de Jesus habia una fuente con otras yerbas, y un plato con una salsa oscura. Los convidados tenian delante de sí unos panecitos redondos en lugar de platos, y cuchillos de marfil.

Despues de la oracion, el mayordomo puso delante de Jesus, sobre la mesa, el cuchillo para cortar el cordero. Puso una copa de vino delante del Señor, y llenó seis copas, que estaban cada una entre dos Apóstoles. Jesus bendijo el vino y lo bebió; los Apóstoles bebian dos en la misma copa. El Señor partió el cordero; los Apóstoles presentaron cada uno su pan y recibieron su parte. La comieron muy de prisa, con ajos y yerbas verdes que mojaban en la salsa. Todo esto lo hicieron de pie, apoyándose solo un poco sobre el respaldo de su silla. Jesus rompió uno de los panes ázimos, guardó una parte, y distribuyó la otra. Trajeron otra copa de vino; pero Jesus no bebió: «Tomad este vino y repartíoslo; pues ya no beberé mas vino hasta que venga el reino de Dios.» Despues de comer, cantaron; Jesus rezó ó enseñó, y se lavaron otra vez las manos. Entonces se sentaron en las sillas.

El Señor partió todavía otro cordero, que fue llevado á las Santas mujeres á una de las habitaciones del patio, donde ellas estaban comiendo. Los Apóstoles comieron todavía legumbres y lechugas. Jesus estaba muy recogido y sereno: yo no le habia visto jamás así. Dijo á los Apóstoles que olvidaran todos los cuidados que podian tener. La Vírgen Santísima tambien en la mesa de las mujeres estaba llena de serenidad. Cuando las otras mujeres venian á Ella y la tiraban del velo para hablarle, habia en sus movimientos una sencillez muy tierna.

Al principio Jesus estuvo muy afectuoso con sus Apóstoles; despues se puso serio y melancólico, y les dijo: «Uno de vosotros me venderá; uno de vosotros, cuya mano está en esta mesa conmigo.» Habia solo un plato de lechuga; Jesus la repartia á los que estaban de su lado, y encargó á Judas, que estaba en frente, que la distribuyera por su lado. Cuando Jesus habló de un traidor, cosa que espantó á todos los Apóstoles, dijo: «Un hombre, cuya mano está en la misma mesa ó en el mismo plato que la mia;» lo que significa: «Uno de los doce que comen y beben conmigo; uno de los que participan de mi

pan.» No designó claramente á Judas á los otros, pues *meter la mano en el mismo plato* era una espresion que indicaba la mayor intimidad. Sin embargo, queria dar un aviso á Judas, que metia la mano en el mismo plato que el Señor para repartir la lechuga. Jesus añadió: «El Hijo del hombre se va, segun está escrito de Él; pero desgraciado el hombre que venderá al Hijo del hombre: mas le valdria no haber nacido.»

Los Apóstoles, agitados, le preguntaban cada uno: «Señor, ¿soy yo?» pues todos sabian que no comprendian del todo estas palabras. Pedro se recostó sobre Juan por detras de Jesus, y por señas le dijo que preguntara al Señor quién era, pues habiendo recibido algunas reconvenciones de Jesus, tenia miedo que le hubiera querido designar. Juan estaba á la derecha de Jesus, y, como todos, apoyándose sobre el brazo izquierdo, comia con la mano derecha: su cabeza estaba cerca del pecho de Jesus. Se recostó sobre su seno, y le dijo: «Señor, ¿quién es?» Entonces tuvo aviso que Jesus queria designar á Judas. Yo no vi que Jesus se lo dijera con los labios: «Este á quien le doy el pan que he mojado.» Yo no sé si se lo dijo

bajo; pero Juan lo supo cuando Jesus mojó el pedazo de pan con la lechuga, y lo presentó afectuosamente á Judas, que preguntó tambien: «Señor, ¿soy yo?» Jesus lo miró con amor, y le dió una respuesta en términos generales. Era para los judíos una prueba de amistad y de confianza. Jesus lo hizo con una afeccion cordial para avisar á Judas sin denunciarlo á los otros; pero este estaba interiormente lleno de rabia. Yo vi, mientras la comida, una figura horrenda sentada á sus pies, y que subia algunas veces hasta su corazon. Yo no vi que Juan dijera á Pedro lo que le habia dicho Jesus; pero lo tranquilizó con los ojos.

VII.

El Lavatorio de los pies.

Se levantaron de la mesa, y mientras arreglaban sus vestidos, segun costumbre, para el oficio solemne, el mayordomo entró con dos criados para quitar la mesa. Jesus le pidió que trajera agua al vestíbulo, y salió de la sala con sus criados. Jesus de pie, en medio de los Apóstoles, les habló algun tiem-

po con solemnidad. No puedo decir con exactitud el contenido de su discurso. Me acuerdo que habló de su reino, de su vuelta hácia su Padre, de lo que les dejaria al separarse de ellos, etc. Enseñó tambien sobre la penitencia, la confesion de las culpas, el arrepentimiento y la justificacion. Yo comprendí que esta instruccion se referia al lavatorio de los pies; vi tambien que todos reconocian sus pecados y se arrepentian, escepto Judas. Este discurso fue largo y solemne. Al acabar Jesus, envió á Juan y á Santiago el Menor á buscar agua al vestíbulo, y dijo á los Apóstoles que arreglaran las sillas en semicírculo. Él se fue al vestíbulo, y se puso y ciñó una toalla alrededor del cuerpo. Mientras tanto, los Apóstoles se decian algunas palabras, y se preguntaban entre sí cuál seria el primero entre ellos; pues el Señor les habia anunciado espresamente que iba á dejarlos y que su reino estaba próximo, y se fortificaban mas en la opinion que el Señor tenia un pensamiento secreto, y que queria hablar de un triunfo terrestre que estallaria en el último momento.

Estando Jesus en el vestíbulo, mandó á Juan que cogiera un baño y á Santiago un

cántaro lleno de agua; en seguida fueron detras de él á la sala en donde el mayordomo habia puesto otro baño vacío.

Entrando Jesus de un modo tan humilde, reprochó á los Apóstoles en algunas palabras la disputa que se habia suscitado entre ellos: les dijo, entre otras cosas, que Él mismo era su servidor; que debian sentarse para que les lavara los pies. Se sentaron en el mismo órden en que estaban en la mesa. Jesus iba del uno al otro, y les echaba sobre los pies agua del baño que llevaba Juan; cogia la estremidad de la toalla que lo ceñia, y los limpiaba. Jesus estaba lleno de afeccion mientras hacia este acto de humildad.

Cuando llegó á Pedro, este quiso detenerlo por humildad, y le dijo: «Señor, ¿Vos lavarme los pies?» El Señor le respondió: «Tú no sabes ahora lo que hago, pero lo sabrás mas tarde.» Me pareció que le decia aparte: «Simon, has merecido saber de mi Padre quién yo soy, de dónde vengo y á dónde voy; tú solo lo has confesado espresamente, y por eso edificaré sobre ti mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Mi fuerza será con tus sucesores hasta el fin del mundo.» Jesus lo mostró

á los Apóstoles, diciendo: «Cuando yo me vaya, él ocupará mi lugar.» Pedro le dijo: «Vos no me lavareis jamás los pies.» El Señor le respondió: «Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo.» Entonces Pedro añadió: «Señor, lavadme no solo los pies, sino tambien las manos y la cabeza.» Jesus respondió: «El que ha sido ya lavado, no necesita lavarse mas que los pies; está purificado en todo el resto; vos, pues, estais purificado, pero no todos.» Estas palabras se dirigian á Judas. Habia hablado del lavatorio de los pies como de una purificacion de las culpas diarias, porque los pies, estando sin cesar en contacto con la tierra, se empuercan constantemente si no se tiene una grande vigilancia. Este lavatorio de los pies fue espiritual y como una especie de absolucion. Pedro, en medio de su celo, no vió mas que una humillacion demasiado grande para su Maestro; él no sabia que Jesus al dia siguiente, para salvarlo, se humillaria hasta la muerte ignominiosa de la cruz.

Cuando Jesus lavó los pies á Judas, fue del modo mas cordial y mas afectuoso: acercó la cara á sus pies; le dijo en voz baja que debia entrar en sí mismo; que hacia un año

que era traidor é infiel. Judas hacia como que no lo oia, y hablaba con Juan; Pedro se irritó, y le dijo: «Judas, el Maestro te habla.» Entonces Judas dió á Jesus una respuesta vaga y evasiva, como: «¡Señor, Dios me libre!» Los otros no habian advertido que Jesus hablaba con Judas, pues hablaba bastante bajo para que no lo oyeran, y ademas estaban ocupados en ponerse su calzado. En toda la Pasion nada afligió mas al Salvador que la traicion de Judas.

Jesus lavó tambien los pies á Juan y á Santiago. Enseñó sobre la humildad: les dijo que el que servia á los otros era el mayor de todos; y que desde entonces debian de lavarse con humildad los pies los unos á los otros; en seguida se puso sus vestidos. Los Apóstoles desataron los suyos, que los habian levantado para comer el cordero pascual.

VIII.

Institucion de la Sagrada Eucaristía.

Por órden del Señor, el mayordomo puso de nuevo la mesa, que habia alzado un poco: habiéndola puesto en medio de la sala, puso

sobre ella un jarro lleno de agua y otro lleno de vino. Pedro y Juan fueron á la parte de la sala en donde estaba el hornillo del cordero pascual, para coger el cáliz que habian traido de la casa de Serafia, y que estaba con su bolsa. Lo trajeron entre los dos como un Tabernáculo, y lo pusieron sobre la mesa delante de Jesus. Habia sobre ella una fuente ovalada con tres panes ázimos blancos y delgados; los panes fueron puestos en un paño con el medio pan que Jesus habia guardado de la Cena pascual: habia tambien un vaso de agua y de vino, y tres cajas: la una de aceite espeso, la otra de aceite líquido y la tercera vacía.

Desde tiempo antiguo habia la costumbre de repartir el pan y de beber en el mismo cáliz al fin de la comida; era un signo de fraternidad y de amor que se usaba para dar la bienvenida ó para despedirse; yo pienso que debe haber algo acerca de esto en la Escritura Sagrada. Jesus elevó hoy este uso á la dignidad del mas Santo Sacramento; hasta entonces habia sido un rito simbólico y figurativo. Este fue uno de los cargos presentados á Caifás por la traicion de Judas: Jesus fue acusado de haber añadido á las ceremo-

nias de la Pascua algo nuevo, pero Nicodemus probó con las Escrituras que era un uso antiguo.

Jesus estaba entre Pedro y Juan; las puertas estaban cerradas; todo se hacia con misterio y solemnidad. Cuando el cáliz fue sacado de su bolsa, Jesus oró, y habló muy solemnemente. Yo vi á Jesus esplicando la Cena y toda la ceremonia: me pareció un sacerdote enseñando á los otros á decir misa.

Sacó del azafate, en el cual estaban los vasos, una tablita; cogió un paño blanco que cubria el cáliz, y lo tendió sobre el azafate y la tablita. Despues le vi quitar de encima del cáliz una tapa redonda, y la puso sobre la misma tablita. Luego sacó los panes ázimos del paño que los cubria, y los puso sobre esta tapa: sacó tambien de dentro del cáliz un vaso mas pequeño, y puso á derecha y á izquierda las seis copas de que estaba rodeado. Entonces bendijo el pan y los óleos, segun yo creo: elevó con sus dos manos la patena con los panes, levantó los ojos, rezó, ofreció, puso de nuevo la patena sobre la mesa, y la cubrió. Cogió despues el cáliz, hizo que Pedro echara vino en él y que Juan echara el agua que habia bendecido antes; añadió un

poco de agua, que echó con una cucharita: entonces bendijo el cáliz, lo elevó orando, hizo el ofertorio, y lo puso sobre la mesa.

Juan y Pedro le echaron agua sobre las manos, encima del plato en donde habian estado los panes: cogió con la cúchara, que sacó del pie del cáliz, un poco del agua vertida sobre sus manos, y la vertió sobre las suyas; despues el plato pasó alrededor de la mesa, y todos se lavaron en él las manos. No me acuerdo si este fue el órden exacto de las ceremonias; lo que sé es que todo me recordó de un modo estraordinario el santo sacrificio de la Misa.

Jesus se mostraba cada vez mas afectuoso; les dijo que les iba á dar todo lo que tenia, es decir, Él mismo, como si se hubiera derretido todo en amor. Le vi volverse trasparente; se parecia á una sombra luminosa. Rompió el pan en muchos pedazos, y los puso sobre la patena; cogió un poco del primer pedazo, y lo echó en el cáliz. Mientras hacia esto, me pareció ver la Vírgen Santísima recibir el Sacramento de un modo espiritual, á pesar de no estar presente. No sé cómo se hizo esto, pero yo creí verla entrar sin tocar la tierra, y venir en frente del

Señor para recibir la Sagrada Eucaristía, y despues no la vi. Por la mañana, Jesus le habia dicho en Bethania que celebraria la Pascua con Ella de un modo espiritual, y le habia indicado la hora en que se habia de poner en oracion para recibirla en espíritu.

Jesus oró, y enseñó todavía: todas sus palabras salian de su boca como el fuego de la luz, y entraban en los Apóstoles, escepto Judas. Cogió la patena con los pedazos de pan (no sé si la habia puesto sobre el cáliz), y dijo: *Tomad y comed; este es mi Cuerpo, que será dado por vosotros*. Estendió su mano derecha como para bendecir, y, mientras lo hacia, un resplandor salia de Él: sus palabras eran luminosas, y el pan entraba en la boca de los Apóstoles como un cuerpo resplandeciente: yo los vi todos penetrados de luz; Judas solo estaba tenebroso. Jesus presentó primero el pan á Pedro, despues á Juan; en seguida hizo señas á Judas que se acercara: este fue el tercero á quien presentó el Sacramento, pero fue como si las palabras del Señor se apartasen de la boca del traidor, y volviesen á Él. Yo estaba tan agitada, que no puedo espresar lo que sentia. Jesus le dijo: «Haz pronto lo que quieres hacer.» Despues dió

el Sacramento á los otros Apóstoles, que se acercaron de dos en dos.

Jesus elevó el cáliz por sus dos asas hasta la altura de su cara, y pronunció las palabras de la consagracion: mientras las decia, estaba transfigurado y trasparente: parecia que pasaba todo entero en lo que les iba á dar. Dió á beber á Pedro y á Juan en el cáliz que tenia en la mano, y lo puso sobre la mesa. Juan echó la sangre divina del cáliz en las copas, y Pedro las presentó á los Apóstoles, que bebieron dos á dos en la misma copa. Yo creo, sin estar bien segura de ello, que Judas tuvo tambien su parte del cáliz: no volvió á su sitio, sino que salió en seguida del Cenáculo. Los otros creyeron que Jesus le habia encargado algo. Se retiró sin rezar y sin dar gracias, y por esto se puede ver cuán culpable es el retirarse sin dar gracias despues del pan cotidiano y despues del pan eterno. Mientras la comida, vi al lado de Judas una figura horrenda, que tenia un pie como un hueso seco: cuando estuvo delante de la puerta, vi tres demonios en derredor suyo: el uno entraba en su boca, el otro le empujaba, y el tercero corria delante de él. Era de noche, y parecia que le

alumbraban: iba corriendo como un insensato.

El Señor echó en el vasito de que he hablado un resto de sangre divina que quedó en el fondo del cáliz; despues puso sus dedos sobre el cáliz, y Pedro y Juan le echaron otra vez agua y vino. Despues les dió á beber de nuevo en el cáliz, y el resto lo echó en las copas y lo distribuyó á los otros Apóstoles. En seguida Jesus limpió el cáliz, metió dentro el vasito á donde estaba el resto de la sangre divina, puso encima la patena con el resto del pan consagrado, le puso la tapadera, envolvió el cáliz, y lo colocó en medio de las seis copas. Despues de la Resurreccion, yo vi á los Apóstoles comulgar con el resto del Santísimo Sacramento.

No me acuerdo haber visto que el Señor comiera ó bebiera el pan y el vino consagrados; no vi tampoco que Melquisedech, cuando ofreció el pan y el vino, lo probase. He sabido por qué los sacerdotes participan del Sacramento, aunque Jesus no lo ha hecho.»

Mientras que la monja hablaba, de pronto se puso á mirar á su rededor como si escuchase. Ana recibió una esplicacion, de la que no pudo comunicar mas que lo siguiente: «Si

los ángeles la hubieran distribuido, ellos no hubieran participado de ella; si los sacerdotes no participaran la Eucaristía, se hubiera perdido: por eso es por lo que se conserva.»

Habia en todo lo que Jesus hizo mientras la institucion de la Sagrada Eucaristía, cierta regularidad y cierta solemnidad: sus movimientos á un lado y á otro estaban llenos de majestad. Yo vi á los Apóstoles notar alguna cosa en unos pedacitos de pergamino que traian consigo. Mientras la ceremonia, yo los vi muchas veces inclinarse el uno delante del otro, como hacen nuestros sacerdotes.

IX.

Instituciones secretas y consagraciones.

Jesus hizo una instruccion particular. Les dijo que debian conservar el Santísimo Sacramento en memoria suya hasta el fin del mundo; les enseñó las formas esenciales para hacer uso de él y comunicarlo, y de qué modo debian, por grados, enseñar y publicar este misterio. Les enseñó cuándo debian de comer el resto de las especies con-

sagradas, cuándo debian dar de ellas á la Vírgen Santísima, cómo debian consagrar ellos mismos cuando les hubiese enviado el consolador. Les habló despues del sacerdocio, de la Uncion, de la preparacion del crisma, de los santos óleos. Habia tres cajas: dos contenian una mezcla de aceite y de bálsamo. Enseñó cómo se debia hacer esa mezcla, á qué partes del cuerpo se debia aplicar, y en qué ocasiones. Me acuerdo que citó un caso en que la Sagrada Eucaristía no era aplicable: puede ser que fuera la Estremauncion; mis recuerdos no están fijos sobre ese punto. Habló de diversas unciones, sobre todo de las de los Reyes, y dijo que aun los Reyes inicuos que estaban ungidos, recibian de la uncion una fuerza particular. Puso un poco de ungüento y de aceite en la caja vacía, y los mezcló: no sé si fue entonces cuando bendijo el aceite, ó cuando consagró el pan.

Despues vi á Jesus ungir á Pedro y á Juan, cuyas manos habian recibido el agua que corria de sus manos, y á los cuales habia dado de beber en el cáliz. En seguida les impuso las manos sobre la cabeza y sobre los hombros. Ellos juntaron las manos

poniendo el dedo pulgar en cruz, y se inclinaron profundamente delante de Él, hasta ponerse casi de rodillas. Les ungió el dedo pulgar y el índice de cada mano, y les hizo una cruz sobre la cabeza con el crisma. Les dijo tambien que aquello permaneceria hasta el fin del mundo. Santiago el Menor, Andrés, Santiago el Mayor y Bartolomé recibieron asimismo una consagracion. Vi que puso en cruz sobre el pecho de Pedro una especie de estola que llevaba al cuello, y á los otros se la puso sobre el hombro derecho. No me acuerdo si esto lo hizo mientras la institucion del Santísimo Sacramento, ó solo mientras la uncion.

Yo vi que Jesus les comunicaba por esta uncion algo esencial y sobrenatural que no sé esplicar. Les dijo que en recibiendo el Espíritu Santo consagrarian el pan y el vino y darian la uncion á los otros Apóstoles. Me fue mostrado aquí que el dia de Pentecostés, antes del grande bautismo, Pedro y Juan impusieron las manos á los otros Apóstoles, y ocho dias despues á muchos discípulos. Juan, despues de la Resurreccion, presentó por primera vez el Santísimo Sacramento á la Vírgen Santísima. Esta cir-

cunstancia fue celebrada entre los Apóstoles. La Iglesia no celebra ya esta fiesta; pero la veo celebrar en la Iglesia triunfante. Los primeros dias despues de Pentecostés yo vi á Pedro y á Juan consagrar solos la Sagrada Eucaristía: mas tarde, los otros consagraron tambien.

El Señor consagró tambien el fuego en una copa de hierro, y tuvieron cuidado de no dejarlo apagar jamás: fue conservado al lado del sitio donde estaba puesto el Santísimo Sacramento, en una parte del antiguo hornillo pascual, y de allí iban á sacarlo siempre para los usos espirituales. Todo lo que hizo entonces Jesus estuvo muy secreto, y fue enseñado solo en secreto. La Iglesia ha conservado lo esencial, estendiéndolo bajo la inspiracion del Espíritu Santo para acomodarlo á sus necesidades.

¿Pedro y Juan fueron consagrados los dos como Obispos, ó solo Pedro como Obispo y Juan como sacerdote? ¿Cuál fue la elevacion en dignidad de los otros cuatro? No lo puedo decir. El modo diferente con que el Señor puso la estola de los Apóstoles, parece indicar diversos grados de consagracion.

Cuando estas santas ceremonias se acabaron, el cáliz que estaba al lado del crisma fue cubierto, y Pedro y Juan llevaron el Santísimo Sacramento á la parte mas retirada de la sala, que estaba separada del resto por una cortina, y desde entonces fue el Santuario. El sitio donde estaba el Santísimo Sacramento tenia poca elevacion sobre el hornillo pascual. José de Arimatea y Nicodemus cuidaron el Santuario y el Cenáculo en la ausencia de los Apóstoles.

Jesus hizo todavía una larga instruccion y rezó algunas veces. Con frecuencia parecia conversar con su Padre celestial: estaba lleno de entusiasmo y de amor. Los Apóstoles estaban llenos de gozo y de celo, y le hacian diversas preguntas, á las cuales respondia. La mayor parte de todo esto debe estar en la Sagrada Escritura. El Señor dijo á Pedro y á Juan diferentes cosas que debian de comunicar despues á los otros Apóstoles, y estos á los discípulos y á las Santas mujeres, segun la capacidad de cada uno para estos conocimientos. Jesus tuvo una conversacion particular con Juan; le dijo que su vida seria mas larga que la de los otros. Le habló tambien de siete iglesias, de

coronas, de ángeles, y le hizo conocer algunas figuras de un sentido profundo y misterioso, que designaban, segun yo creo, ciertas épocas. Los otros Apóstoles tuvieron un movimiento de envidia á causa de esta confianza particular.

Habló tambien del que lo vendia: «Ahora hace esto y lo otro,» decia Jesus; y, en efecto, yo veia á Judas haciendo lo que Jesus decia. Como Pedro aseguraba con mucha animacion que le seria siempre fiel, Jesus le dijo: «Simon, Simon, Satanás te reclama para molerte como el trigo; mas yo he pedido por ti, á fin de que tu fe no fallezca, cuando te conviertas como tus hermanos.» Jesus continuó diciendo que no podian seguirlo á donde iba; Pedro le dijo que él lo seguiria hasta la muerte, y Jesus respondió: «En verdad, antes que el gallo cante me negarás tres veces.» Anunciándoles los tiempos difíciles que habian de pasar, les dijo: «Cuando os he mandado sin saco, sin bolsa, sin zapatos, ¿os ha faltado algo?» «No,» respondieron los Apóstoles. «Pues ahora, continuó Jesus, que cada uno coja su bolsa y su saco; que el que no tiene nada venda su vestido para comprar una espada, pues

se va á cumplir esta profecía: *Ha sido confundido con los malhechores.* Todo lo que se ha escrito de mí, se va á cumplir.» Los Apóstoles entendieron todo esto de un modo material, y Pedro le presentó dos espadas cortas y anchas. Jesus dijo: «Basta, salgamos de aquí.» Entonces cantaron el cántico de accion de gracias, quitaron la mesa, y vinieron al vestíbulo.

Aquí Jesus encontró á su Madre, á María, hija de Cleofás, y á Magdalena, que le suplicaron con instancias que no fuera al monte de los Olivos, porque se habia corrido la voz de que querian prenderlo. Pero Jesus las consoló con pocas palabras, y pasó rápidamente: podian ser las nueve. Volvieron á bajar el camino por el cual Pedro y Juan habian venido al Cenáculo, dirigiéndose al monte de los Olivos.

Yo he visto siempre así la Pascua y la institucion de la Sagrada Eucaristía. Pero mi emocion antes era tan grande, que mis percepciones no podian ser bien distintas: ahora lo he visto con mas claridad. Es una fatiga y una pena que nada puede espresar. Se ve el interior de los corazones; se ve el amor y la fidelidad del Salvador; se sabe

todo lo que va á suceder. Como seria posible observar exactamente todo lo que no es mas que esterior, se inflama uno de gratitud y de amor; no se puede comprender la ceguedad de los hombres, la ingratitud del mundo entero y sus pecados. La Pascua de Jesus fue pronta, y en todo conforme á las prescripciones legales. Los fariseos añadian algunas observancias minuciosas.

X.

Noticia sobre Melquisedech.

Cuando Nuestro Señor Jesucristo cogió el cáliz en la institucion de la Sagrada Eucaristía, tuve otra vision sobre el Antiguo Testamento. Yo vi á Abraham arrodillado delante de un altar; á lo lejos estaban unos guerreros con animales de carga y camellos: un hombre majestuoso se acercó á Abraham, y puso sobre el altar el cáliz de que se sirvió Jesus despues. Yo vi que este hombre tenia como dos alas en las espaldas; no las tenia realmente: pero era una señal para indicarme que tenia un ángel delante de mí. Es la primera vez que he visto alas á un án-

gel. Este personaje era Melquisedech. Detras del altar de Abraham subian tres nubes de humo: la de en medio se elevaba bastante alta; las otras estaban mas bajas.

Yo vi dos filas de caras que acababan en Jesus. Entre ellas estaban David y Salomon (¿serian acaso los poseedores del cáliz, los sacrificadores ó los antecesores de Jesus? La monja se ha olvidado de decirlo). Yo vi nombres encima de Melquisedech, de Abraham y de algunos Reyes. Despues volví á Jesus y al cáliz.»

El 3 de abril de 1821 dijo Ana en un éstasis: «El sacrificio de Melquisedech se hizo en el valle de Josafat, sobre una altura. Melquisedech tenia ya el cáliz. Abraham debia saber que venia á sacrificar, pues habia elevado un hermoso altar cubierto con un toldo de hojas. Habian construido tambien una especie de Tabernáculo, donde Melquisedech puso el cáliz. Los vasos donde bebian parecian ser de piedras preciosas. Habia un hoyo en el altar, probablemente para el sacrificio. Abraham habia traido un hermoso ganado. Cuando este Patriarca recibió el misterio de la promesa, le fue revelado que el sacerdote del Altísimo celebra-

ria delante de él el sacrificio eterno que debia ser instituido por el Mesías. Cuando Melquisedech anunció su llegada por dos correos, que le servian con frecuencia, Abraham lo esperó con un temor respetuoso, y elevó el altar y el toldo de hojas.

Yo vi que Abraham puso sobre el altar algunos huesos de Adan; Noé los habia guardado en el Arca. El uno y el otro pedian á Dios que cumpliera la promesa que habia hecho á aquellos huesos, esto es, el Mesías. Abraham deseaba la bendicion de Melquisedech.

La llanura estaba cubierta de hombres y de animales de carga. El Rey de Sodoma estaba con Abraham debajo del toldo. Melquisedech vino de un sitio, que fue despues Jerusalen; habia cortado allí un monte, y habia comenzado algunos edificios. Vino con un animal pardo, de carga; no era un camello, ni nuestro burro; este animal tenia el pescuezo ancho y corto, era muy ligero para correr, traia un cántaro lleno de vino, y una arca con panes aplastados y diferentes vasos. Los vasos, en forma de cubitas, eran trasparentes como piedras preciosas. Abraham vino á esperar á Melquisedech. Este fue de-

tras del altar, ofreció el pan y el vino elevándolos en sus manos, los bendijo, y los distribuyó: habia en esta ceremonia algo de la misa. Abraham recibió un pan mas blanco que los otros, y bebió en el cáliz que sirvió en la Cena de Jesucristo, y que todavía no tenia pie. Los mas distinguidos de los que asistian, distribuyeron en seguida al pueblo vino y pedazos de pan.

No hubo consagracion; los ángeles no pueden consagrar. Mas las especies fueron bendecidas, y yo las vi relucir. Todos los que comieron fueron fortificados y elevados á Dios. Abraham fue tambien bendecido por Melquisedech: yo vi que era una figura de la ordenacion de los sacerdotes. Abraham habia recibido ya la promesa que el Mesías naceria de su sangre. Supe que Melquisedech le enseñó estas palabras proféticas sobre el Mesías y su sacrificio: «El Señor ha dicho á mi señor: Sentaos á mi derecha hasta que reduzca vuestros enemigos á serviros de escabel. El Señor lo ha jurado, y no se arrepentirá. Vos sois sacerdote en lo eterno, segun el órden de Melquisedech.» Yo vi tambien que David, cuando escribió estas palabras, tuvo una vision de la bendicion que dió Melquise-

dech á Abraham. Habiendo recibido el pan y el vino, Abraham profetizó y habló de Moisés, de los levitas, y de todo lo que debia dárseles.

No sé si Abraham ofreció tambien él mismo este sacrificio. Le vi dar en seguida el diezmo de sus ganados y de sus tesoros: ignoro en qué lo empleó Melquisedech; creo que lo distribuyó. Melquisedech no parecia viejo; era alto, lleno de una dulce majestad; tenia un vestido largo, mas blanco que ningun vestido de los que he visto jamás. El vestido blanco de Abraham parecia pardo á su lado. Mientras el sacrificio, se puso una cintura, donde estaban bordados algunos caractéres y un bonete blanco, parecido al que llevaron despues los sacerdotes; su pelo era dorado y mas brillante que la seda; tenia una barba blanca, corta y en punta; su cara era resplandeciente. Todos le miraban con respeto; su presencia escitaba la veneracion. Me fue dicho que era un ángel sacerdotal y un enviado de Dios. Habia sido enviado para establecer diversas instituciones religiosas. Dirigia los pueblos, mudaba las razas, y fundaba los pueblos. Yo lo he visto en diversos sitios antes del tiempo de Abraham. Despues no lo he vuelto á ver.

LA DOLOROSA PASION

DE

N. S. JESUCRISTO.

Si nescis speculari alta et cœlestia, in Passione Christi et in sacris vulneribus ejus libentèr habita; si enim ad vulnera et pretiosa estigmata Jesu devotè confugeris, magnam in tribulatione consolationem senties.
(De Inst. Christi, lib. II, cap. I.)

PRÓLOGO.

La noche del 18 de febrero de 1823, un amigo de la enferma se acercó á su cama, donde parecia que estaba durmiendo; sorprendido de la bella y dolorosa espresion de su semblante, se sintió elevado hácia Dios por un rápido movimiento del alma, y ofrecia al Padre celeste la Pasion del Salvador, uniéndola con los padecimientos de todos los que han llevado su cruz despues de Él. Mientras hacia esta corta oracion, fijó un instante

los ojos sobre las manos estigmatizadas de la monja. Al momento las escondió debajo de la ropa, estremeciéndose como si la hubieran herido de improviso. Sorprendido de este movimiento, la preguntó qué la habia sucedido, y la enferma le respondió de un modo espresivo: «Muchas cosas.» Mientras él meditaba el sentido de estas palabras, Ana pareció sumergirse en un profundo sueño, que duró un cuarto de hora. Despues se sentó de pronto en la cama con la vivacidad de una persona que sostiene una lucha violenta; estendió los dos brazos con el puño cerrado como si rechazara á un enemigo colocado á la izquierda de su cama; en seguida esclamó llena de cólera: «¿Qué quieres tú con ese contrato de Magdalum?» y continuó, con el fuego de una persona que disputa: «Sí; ese maldito, ese embustero de siempre; Satanás le acrimina por el contrato de Magdalum, y otros ademas, y dice que ha gastado todo eso para él.» Habiéndola preguntado: «¿Quién es el que ha gastado? ¿Á quién hablan así?» Ana respondió: «Á Jesus, mi esposo, en el monte de las Olivas.» Entonces se volvió de nuevo á la izquierda con ademan amenazador: «¿Qué pretendes tú, padre de la menti-

ra, con el contrato de Magdalum? ¿No ha comprado la libertad de veintisiete pobres presos de Tirza con el precio de la venta de Magdalum? Yo lo he visto; y tú dices que ha destruido esa posesion, que ha echado de ella á los que la habitaban y malversado su valor. Espera, maldito; tú serás encadenado, y su pie quebrantará tu cabeza.»

Entonces fue interrumpida por la llegada de una tercera persona: creyeron que habia estado delirando, y se compadecieron de ella. Al dia siguiente, por la mañana, dijo que la víspera le pareció que seguia al Señor en el monte de las Olivas, despues de la institucion de la Sagrada Eucaristía; pero que en el mismo momento, habiéndose puesto una persona á mirar las llagas de sus manos con cierta especie de veneracion, le pareció esto tan monstruoso en presencia de Jesus, que no pudo menos de esconderlas muy afligida. Contó despues la vision del monte de las Olivas; y como su relacion continuó los dias siguientes, pudieron fácilmente agruparse las descripciones de la Pasion que se suceden. Pero como durante la Cuaresma celebraba tambien Ana los combates de Nuestro Señor con Satanás en el desierto, tuvo que luchar

contra muchos padecimientos y muchas tentaciones; por eso en el relato de la Pasion hubo algunos vacíos, que han sido llenados fácilmente con algunas comunicaciones particulares recogidas en época anterior.

Hablaba ordinariamente el bajo aleman. En el estado de éstasis, su lenguaje se purificaba con frecuencia; sus narraciones eran una mezcla de sencillez infantil y de elevada inspiracion. Su amigo escribia lo que la habia oido así que regresaba á su casa, pues en su presencia rara vez podia tomar algunas notas. El Señor le ha dado la memoria, el celo y la fuerza de resistir á muchas penas, y por eso ha podido llevar á cabo este trabajo. El escritor tiene la conciencia de haber hecho lo que ha podido, y pide al lector, si queda satisfecho, la limosna de sus oraciones.

I.

Jesus en el monte de las Olivas.

Cuando Jesus, despues de instituido el Santísimo Sacramento del altar, salió del Cenáculo con los once Apóstoles, su alma

estaba turbada, y su tristeza se iba aumentando. Condujo á los once por un sendero apartado en el valle de Josafat. Cuando estuvieron delante de la puerta, yo vi la luna, que aun no estaba del todo llena, levantarse sobre la montaña. El Señor, andando con ellos en el valle, les dijo que volveria á este sitio á juzgar al mundo; que entonces los hombres temblarian y gritarian: «¡Montes, cubridnos!» Sus discípulos no le comprendieron, y creyeron (lo que les sucedió con frecuencia esta noche) que la debilidad y la fatiga le hacian delirar. Les dijo tambien: «Esta noche sereis escandalizados por causa mia; pues está escrito: Yo heriré al Pastor, y las ovejas serán dispersadas. Pero cuando resucite, os precederé en Galilea.»

Los Apóstoles conservaban aun algo del entusiasmo y del recogimiento que les habia comunicado la santa comunion y los discursos solemnes y afectuosos de Jesus. Le rodeaban, pues, y le espresaban su amor de diversos modos, protestando que jamás lo abandonarian; pero Jesus continuó hablándoles en el mismo sentido, y dijo Pedro: «Aunque todos se escandalizaran por vuestra causa, yo jamás me escandalizaré.» El Señor

le predijo que antes que el gallo cantara lo negaria tres veces, y Pedro insistió de nuevo, y le dijo: «Aunque tenga que morir con Vos, nunca os negaré.» Así hablaron tambien los demas. Andaban y se paraban alternativamente, y la tristeza de Jesus se aumentaba cada vez mas. Querian ellos consolarlo de un modo puramente humano, asegurándole que lo que preveia no sucederia. Se cansaron en esta vana tentativa, comenzaron á dudar, y vino sobre ellos la tentacion.

Atravesaron el torrente de Cedron; no por el puente á donde fue conducido preso Jesus mas tarde, sino por otro, pues habian dado un rodeo. Getsemaní, á donde se dirigian, está á media legua del Cenáculo: desde el Cenáculo hasta la puerta del valle de Josafat, hay un cuarto de legua, y otro tanto desde allí hasta Getsemaní. Este sitio, donde Jesus en los últimos dias habia pasado algunas noches con sus discípulos, se componia de varias casas vacías y abiertas, y de un gran jardin rodeado de un seto, á donde no habia mas que plantas de adorno y árboles frutales. Los Apóstoles y algunas otras personas tenian una llave de este jardin, que era un lugar de recreo y de oracion. Habia

en él chozas de follaje, donde permanecieron ocho dias algunos Apóstoles, á los cuales se juntaron mas tarde otros discípulos. El jardin de las Olivas estaba separado del de Getsemaní por un camino; estaba abierto, cercado solo por una tapia baja, y era mas pequeño que el jardin de Getsemaní. Habia en él grutas, terraplenes y muchos olivos, y fácilmente se encontraban sitios á propósito para la oracion y para la meditacion. Jesus fue á orar al mas retirado de todos.

Eran cerca de las nueve cuando Jesus llegó á Getsemaní con sus discípulos. La tierra estaba todavía oscura; pero la luna esparcia ya su luz en el cielo. Jesus estaba triste, y anunciaba la proximidad del peligro. Los discípulos estaban sobrecogidos, y Jesus dijo á ocho de los que le acompañaban que se quedasen en el jardin de Getsemaní mientras él iba á orar. Llevó consigo á Pedro, Juan y Santiago, y entró en el jardin de las Olivas. Estaba sumamente triste, pues el tiempo de la prueba se acercaba. Juan le preguntó cómo Él, que siempre los habia consolado, podia estar tan abatido. «Mi alma está triste hasta la muerte,» respondió Jesus; y veia por todos lados la angustia y la tenta-

cion acercarse como nubes cargadas de figuras terribles. Entonces dijo á los tres Apóstoles: «Quedaos ahí: velad y orad conmigo para no caer en tentacion.» Jesus bajó un poco á la izquierda, y se ocultó bajo de un peñasco en una gruta de seis pies de profundidad, encima de la cual estaban los Apóstoles en una especie de hoyo. El terreno se inclinaba poco á poco en esta gruta, y las plantas asidas al peñasco formaban una especie de cortina á la entrada, de modo que no podia ser visto.

Cuando Jesus se separó de los discípulos, yo vi á su rededor un círculo de figuras horrendas que lo estrechaban cada vez mas. Su tristeza y su angustia se aumentaban: penetró temblando en la gruta para orar, como un hombre que busca un abrigo contra la tempestad; pero las visiones amenazadoras lo seguian, y cada vez eran mas fuertes. Esta estrecha caverna parecia presentar el horrible espectáculo de todos los pecados cometidos desde la caida del primer hombre hasta el fin del mundo, y su castigo. Á este mismo sitio, al monte de las Olivas, habian venido Adan y Eva, espulsados del Paraiso, sobre una tierra ingrata; en esta misma gruta ha-

bian gemido y llorado. Pareciome que Jesus, al entregarse á la divina Justicia en satisfaccion de nuestros pecados, hacia volver su divinidad al seno de la Trinidad Santísima: así, concentrado en su pura, amante é inocente humanidad, y armado solo de su amor inefable, la sacrificaba á las angustias y á los padecimientos.

Postrado en tierra, inclinado su rostro y anegado en un mar de tristeza, todos los pecados del mundo se le aparecieron bajo infinitas formas en toda su fealdad interior; tomolos todos sobre sí, y ofreciose en su oracion á la justicia de su Padre celestial para pagar esta terrible deuda. Pero Satanás, que se agitaba en medio de todos estos horrores con una sonrisa infernal, se enfurecia contra Jesus; y haciendo pasar ante sus ojos pinturas cada vez mas horribles, gritaba á la humanidad de Jesus: «¡Cómo! ¿tomarás tú este tambien sobre ti, sufrirás su castigo? ¿quieres satisfacer por todo esto?»

Salió, empero, del cielo un rayo semejante á una vía luminosa: era un ejército de ángeles que bajaban hasta Jesus, y vi que lo animaban y fortificaban. El resto de la gruta estaba lleno de las horrendas visiones de

nuestros crímenes: Jesus los tomó todos sobre sí; pero su corazon, lleno del mas perfecto amor de Dios y de los hombres, estaba cruelmente angustiado bajo el peso de tanta abominacion. Cuando esa multitud de crímenes pasó sobre su alma como un océano, Satanás le suscitó, como en el desierto, tentaciones innumerables: se atrevió á presentar contra el Salvador una serie de acusaciones, diciéndole: «¡Cómo! ¿tú quieres tomar todo eso sobre ti, tú, que no eres puro?» Y entonces, con una impudencia infernal, le hacia inculpaciones imaginarias. Le atribuia las faltas de sus discípulos, los escándalos que habian dado, la perturbacion que habian causado en el mundo renunciando á los usos antiguos. Satanás se hizo el fariseo mas hábil y mas severo; le reprendió el haber sido la causa de la degollacion de los Inocentes, así como de los padecimientos de sus padres en Egipto; el no haber salvado á Juan Bautista de la muerte; el haber desunido familias y protegido hombres infames; el no haber curado á muchos enfermos; el haber causado perjuicio á los habitantes de Gergesa, permitiendo á los poseidos entrar en sus cubas, y á los demonios precipitar sus cerdos en el

mar; el haber abandonado su familia; dilapidado los bienes de su prójimo: en una palabra, Satanás presentó delante del alma de Jesus, para turbarlo, todo lo que hubiera reprochado en el momento de la muerte á un hombre ordinario que hubiera perpetrado todas estas acciones sin un motivo superior; pues le habia sido ocultado que Jesus fuese el Hijo de Dios, y lo tentaba como si fuese solo el mas justo de los hombres. Nuestro divino Salvador dejó predominar tanto en él su santa humanidad, que quiso sufrir las tentaciones que asaltan al hombre justo en la muerte; el mérito de sus buenas obras. Para beber todo el cáliz de agonía, permitió que el espíritu malo tentara su humanidad como podria tentar á un hombre que quisiera atribuir á sus buenas obras un valor propio, ademas del que pueden tener por los méritos de Jesus. No hubo una de sus acciones de que no le hiciera una acusacion, y entre otras cosas le acusó de haber recibido de Lázaro y de haber malgastado el precio de la propiedad de María Magdalena en Magdalum.

Entre los pecados del mundo que pesaban sobre el Salvador, yo vi tambien los mios; y del círculo de tentaciones que lo ro-

deaban vi salir hácia mí como un rio, en donde todas mis culpas me fueron presentadas. Mientras tanto, tenia yo los ojos siempre fijos en mi Esposo celestial; gemia y oraba con Él, y me volvia con Él hácia los ángeles consoladores. El Señor se retorcia como un gusano bajo el peso de su dolor y de sus angustias.

Mientras Satanás le hacia estas acusaciones, apenas podia yo refrenar mi cólera; pero cuando habló de la venta de la posesion de Magdalena, no pude contenerme, y le dije: «¿Cómo te atreves á reprochar como un pecado la venta de esa propiedad? Yo misma he visto al Señor emplear esta cantidad que le dió Lázaro en obras de misericordia, en rescatar en Tirza veintisiete pobres presos por deudas.»

Al principio Jesus estaba arrodillado, y oraba con serenidad; pero despues su alma se horrorizó al aspecto de los crímenes innumerables de los hombres y de su ingratitud para con Dios: sintió un dolor tan vehemente, que esclamó diciendo: «¡Padre mio, si es posible, alejad de mí este cáliz! ¡Padre mio, todo os es posible; alejad este cáliz!» Despues se recogió, y dijo: «Que vues-

tra voluntad se haga, y no la mia.» Su voluntad era la de su Padre; pero, abandonado por su amor á las debilidades de la humanidad, temblaba al aspecto de la muerte.

Yo vi la caverna llena de formas espantosas; vi todos los pecados, toda la malicia, todos los vicios, todos los tormentos, todas las ingratitudes que le oprimian: el espanto de la muerte, el terror que sentia como hombre al aspecto de los padecimientos expiatorios, le asaltaban bajo la figura de espectros horrendos. Sus rodillas vacilaban; juntaba las manos; inundábalo el sudor, y se estremecia de horror. Por fin se levantó: temblaban sus rodillas, y apenas podian sostenerlo; tenia la fisonomía descompuesta, y estaba desconocido, pálidos los labios y erizados los cabellos sobre la cabeza. Eran cerca de las diez cuando se levantó, y temblando, cayéndose á cada paso, bañado de un sudor frio, fue á donde estaban los tres Apóstoles, subió á la izquierda de la gruta, al sitio en donde estos se habian dormido, rendidos de fatiga, de tristeza y de inquietud. Jesus vino á ellos como un hombre cercado de angustias que el terror le hace recurrir á sus amigos, y semejante á un buen

pastor que, avisado de un peligro próximo, viene á visitar su rebaño amenazado, pues no ignoraba que ellos tambien estaban en la angustia y en la tentacion. Las terribles visiones lo rodeaban tambien en este corto camino. Hallándolos dormidos, juntó las manos, cayó junto á ellos lleno de tristeza y de inquietud, y dijo: «Simon, ¿duermes?» Despertáronse al punto; se levantaron, y díjoles en su abandono: «¿No podíais velar una hora conmigo?» Cuando lo vieron descompuesto, pálido, temblando, empapado en sudor; cuando oyeron su voz alterada y casi estinguida, no supieron qué pensar; y si no se les hubiera aparecido rodeado de una luz radiante, lo hubiesen desconocido. Juan le dijo: «Maestro, ¿qué teneis? ¿Debo llamar á los otros discípulos? ¿Debemos huir?» Jesus respondió: «Si viviera, enseñara y curara, todavía treinta y tres años no bastarian para cumplir lo que tengo que hacer de aquí á mañana. No llames á los otros ocho; hélos dejado aquí porque no podrian verme en esta miseria sin escandalizarse: caerian en tentacion, olvidarian mucho, y dudarian de Mí, porque verian al Hijo del hombre transfigurado, y tambien en su oscuridad y abandono; pero vela y ora

para no caer en la tentacion, porque el espíritu es pronto, pero la carne es débil.»

Queria así escitarlos á la perseverancia, y anunciarles la lucha de su naturaleza humana contra la muerte, y la causa de su debilidad. Les habló todavía en su tristeza, y estuvo cerca de un cuarto de hora con ellos. Volviose á la gruta, creciendo siempre su angustia: ellos estendian las manos hácia Él, lloraban, se echaban en los brazos los unos de los otros, y se preguntaban: «¿Qué tiene? ¿qué le ha sucedido? ¿está en un abandono completo?» Comenzaron á orar con la cabeza cubierta, llenos de ansiedad y de tristeza. Todo lo que acabo de decir ocupó el espacio de hora y media, desde que Jesus entró en el jardin de las Olivas. En efecto, dice en la Escritura: «¿No habeis podido velar una hora conmigo?» Pero esto no debe entenderse á la letra y segun nuestro modo de contar. Los tres Apóstoles que estaban con Jesus habian orado primero, despues se habian dormido, porque habian caido en tentacion por falta de confianza. Los otros ocho, que se habian quedado á la entrada, no dormian: la tristeza que encerraban los últimos discursos de Jesus los habia dejado muy in-

quietos; erraban por el monte de las Olivas para buscar algun refugio en caso de peligro.

Habia poco ruido en Jerusalen; los judíos estaban en sus casas ocupados de los preparativos de la fiesta; yo vi acá y allá amigos y discípulos de Jesus que andaban y hablaban juntos: parecian inquietos y como si esperasen algun acontecimiento. La Madre del Señor, Magdalena, Marta, María hija de Cleofás, María Salomé, y Salomé, habian ido desde el Cenáculo á la casa de María, madre de Márcos: María, asustada de lo que decian sobre Jesus, quiso venir al pueblo para saber noticias suyas. Lázaro, Nicodemus, José de Arimatea y algunos parientes de Hebron, vinieron á verla para tranquilizarla. Pues habiendo tenido conocimiento de las tristes predicciones de Jesus en el Cenáculo, habian ido á informarse á casa de los fariseos conocidos suyos, y no habian oido que se preparase ninguna tentativa contra Jesus: decian que el peligro no debia ser tan grande; que no atacarian al Señor tan cerca de la fiesta: ellos no sabian nada de la traicion de Judas. María les habló de la agitacion de este en los últimos dias; de qué manera habia salido del

Cenáculo; seguramente habia ido á denunciar á Aquel: Ella le habia dicho con frecuencia que era un hijo de perdicion. Las Santas mujeres se volvieron á casa de María, madre de Márcos.

Cuando Jesus volvió á la gruta y con Él todos sus dolores, se prosternó con el rostro contra la tierra y los brazos estendidos, y en esta actitud rogó á su Padre celestial; pero hubo una nueva lucha en su alma, que duró tres cuartos de hora. Vinieron ángeles á mostrarle en una serie de visiones todos los dolores que habia de padecer para expiar el pecado. Mostráronle cuál era la belleza del hombre antes de su caida, y cuánto le habia desfigurado y alterado esta. Vió el orígen de todos los pecados en el primer pecado; la significacion y la esencia de la concupiscencia; sus terribles efectos sobre las fuerzas del alma humana, y tambien la esencia y la significacion de todas las penas correspondientes á la concupiscencia. Le mostraron, en la satisfaccion que debia de dar á la divina Justicia, un padecimiento de cuerpo y alma comprendiendo todas las penas debidas á la concupiscencia de toda la humanidad; la deuda del género humano debia ser satis-

fecha por la naturaleza humana, exenta de pecado, del Hijo de Dios. Los ángeles le presentaban todo esto bajo diversas formas, y yo percibia lo que decian, á pesar de que no oia su voz. Ningun lenguaje puede espresar el dolor y el espanto que sobresaltaron el alma de Jesus á la vista de estas terribles expiaciones; el horror de esta vision fue tal, que un sudor de sangre salió de todo su cuerpo.

Mientras la humanidad de Jesucristo estaba sumergida en esta inmensidad de padecimientos, yo noté en los ángeles un movimiento de compasion; hubo un momento de silencio: pareciome que deseaban ardientemente consolarlo, y que por eso oraban ante el trono de Dios. Hubo como una lucha de un instante entre la misericordia y la justicia de Dios, y el amor que se sacrificaba. Una imágen de Dios me fue presentada, no como tantas veces sobre un trono, sino en una forma luminosa; yo vi la naturaleza divina del Hijo en la Persona del Padre, y como retirada en su seno; la Persona del Espíritu Santo procedia del Padre y del Hijo, estaba como entre ellos, y sin embargo no formaban mas que un solo Dios; pero eso es

indecible. Tuve mas bien un sentimiento interno que una vision con formas distintas: me pareció que la voluntad divina del Hijo se retiraba al Padre para dejar caer sobre su humanidad todos los padecimientos que la voluntad humana de Jesus pedia á su Padre que alejara de Él. Vi esto en el momento de la compasion de los ángeles, cuando desearon consolar á Jesus, y, en efecto, recibió en ese instante algun alivio. Entonces todo desapareció, y los ángeles abandonaron al Señor, cuya alma iba á sufrir nuevos ataques.

Cuando el Salvador en el monte de las Olivas quiso poner á prueba y dominar esta violenta repugnancia de la naturaleza humana contra el dolor y la muerte, que hace parte de todo padecimiento, fue permitido al tentador hacer con Él lo que hace con un hombre que quiere sacrificarse por una causa santa. En la primera agonía, Satanás presentó al Señor la enormidad de la deuda que queria satisfacer, y llevó la audacia hasta buscar culpas en las obras mismas del Salvador. En la segunda agonía, Jesus vió con toda su estension y su acerbidad el padecimiento expiatorio necesario para satisfacer á la Justicia divina: esto le fue presentado por

los ángeles, pues no pertenece á Satanás hacer ver que la expiacion es posible; el padre de la mentira y de la desesperacion no puede mostrar las obras de la misericordia divina. Jesus, habiendo resistido victoriosamente á todos estos combates por su abandono completo á la voluntad de su Padre celestial, un nuevo círculo de horribles visiones le fue presentado. La duda y la inquietud que preceden al sacrificio en el hombre que se sacrifica, asaltaron el alma del Señor, que se hizo esta terrible pregunta: «¿Cuál será el fruto de este sacrificio?» Y el cuadro mas terrible vino á oprimir su amante corazon.

Cuando Dios crió el primer Adan, le envió un sueño, abrió su costado, cogió una de sus costillas, hizo á Eva, su mujer, la madre de todos los vivos: la condujo delante de Adan, y este dijo: «Esta es la carne de mi carne y el hueso de mis huesos: el hombre dejará á su padre y á su madre para unirse á su mujer, y serán los dos una sola carne.» Este fue el casamiento del cual está escrito: «Este sacramento es grande, en Jesucristo y en su Iglesia.» Jesucristo, el nuevo Adan, queria tambien dejar venir sobre Él el sueño, el de la muerte sobre la cruz; queria tambien

dejar abrir su costado, á fin de que la nueva Eva, su esposa virginal, la Iglesia, madre de todos los vivos, fuera formada; queria darle la sangre de su redencion, el agua de la purificacion y su espíritu, las tres cosas que dan testimonio sobre la tierra; queria darle los Sacramentos Santos para que fuera una esposa pura, santa y sin mancha; queria ser su cabeza: nosotros debíamos de ser sus miembros sometidos á la cabeza, el hueso de sus huesos, la carne de su carne. Al tomar la naturaleza humana para sufrir la muerte por nosotros, dejó tambien á su padre y á su madre, y se unió á su esposa la Iglesia: se ha hecho una sola carne con ella, alimentándola con el Santísimo Sacramento del altar, en donde se une continuamente con nosotros. Queria estar en la tierra con la Iglesia hasta que fuésemos todos reunidos con ella por medio de Él, y ha dicho: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» Á fin de ejercer este amor inconmensurable para los pecadores, el Señor se hizo hombre y hermano de estos mismos pecadores, para tomar sobre sí el castigo debido á todos sus crímenes. Habia visto con grande tristeza la inmensidad de esta deuda y la de los padeci-

mientos que debian satisfacer por ella; y, sin embargo, se habia abandonado gustoso, como víctima expiatoria, á la voluntad de su Padre; pero ahora veia los combates, las heridas y los dolores de su esposa celestial; veia, en fin, la ingratitud de los hombres.

Apareciéronse á los ojos de Jesus todos los padecimientos futuros de sus Apóstoles, de sus discípulos y de sus amigos; vió á la Iglesia primitiva tan pequeña, y á medida que iba creciendo vió las herejías y los sistemas hacer irrupcion, y renovar la primera caida del hombre por el orgullo y la desobediencia. Vió la frialdad, la corrupcion y la malicia de un número infinito de cristianos; la mentira y la malicia de todos los doctores orgullosos; los sacrilegios de todos los sacerdotes viciosos; las funestas consecuencias de todos estos actos; la abominacion y la desolacion en el reino de Dios, en el santuario de esta ingrata humanidad, que Él queria rescatar con su sangre al precio de padecimientos indecibles.

Vió los escándalos de todos los siglos hasta nuestro tiempo y hasta el fin del mundo; todas las formas del error, del fanatismo furioso y de la malicia; todos los apóstatas,

los herejes, los reformadores con la apariencia de Santos: los corruptores y los corrompidos lo ultrajaban y lo atormentaban como si á sus ojos no hubiera sido bien crucificado, no habiendo sufrido como ellos lo entendian ó se lo imaginaban, y todos rasgaban el vestido sin costura de su Iglesia, muchos lo maltrataban, le insultaban, lo renegaban: muchos al oir su nombre alzaban los hombros y meneaban la cabeza en señal de desprecio; evitaban la mano que les tendia, y se volvian al abismo donde estaban sumergidos. Vió una infinidad de otros que no se atrevian á dejarlo abiertamente, pero que se alejaban con disgusto de las plagas de su Iglesia, como el levita se alejó del pobre asesinado por los ladrones. Se alejaban de su esposa herida como hijos cobardes y sin fe abandonan á su madre cuando llega la noche, cuando vienen los ladrones, á los cuales la negligencia ó la malicia ha abierto la puerta. Vió todos esos hombres tan pronto separados de la verdadera viña y tendidos entre los racimos silvestres, tan pronto como un rebaño estraviado, abandonado á los lobos, conducido por mercenarios á los malos pastos, rehusando entrar en el rebaño del

buen Pastor que da su vida por sus ovejas. Erraban sin patria en el desierto en medio de arenas agitadas por el viento. No querian ver su ciudad edificada sobre la montaña para que no pueda esconderse la casa de su esposa, su Iglesia, erigida sobre la roca, á cuyo lado habia prometido estar hasta el fin de los siglos. Edificaban sobre la arena chozas que hacian y deshacian sin cesar, pero en las cuales no habia ni altar ni sacrificio: tenian veletas sobre los tejados, y sus doctrinas cambiaban como el viento: por eso estaban en contradiccion los unos con los otros. No podian entenderse, y jamás tenian posicion fija: con frecuencia destruian sus chozas y lanzaban los escombros contra la piedra angular de la Iglesia, que estaba inmóvil. Viviendo muchos de ellos en las tinieblas, no venian hácia la luz puesta en el candelero en la casa de la esposa, pero andaban con los ojos cerrados en los jardines de la Iglesia, no viviendo mas que de los perfumes que se exhalaban de ella; tendian los brazos hácia los ídolos nebulosos, y seguian á los astros errantes que los conducian á pozos sin agua. En el borde del precipicio no querian escuchar la voz de la esposa que los llamaba,

y, devorados por el hambre, se reian con una insultante piedad de los servidores y de los mensajeros que los convidaban al festin nupcial. No querian entrar en el jardin, pues temian las espinas del seto; satisfechos de ellos mismos, no tenian ni trigo para el hambre, ni vino para la sed; y ofuscados con su propia luz, apellidaban *invisible* á la Iglesia del Verbo humanado. Jesus los vió á todos; lloró sobre ellos; quiso sufrir por todos los que no lo ven y que no quieren llevar su cruz con Él á la ciudad edificada sobre la piedra, á la cual se ha dado en el Santísimo Sacramento, y contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán nunca.

En estas pinturas dolorosas que pasaban delante del alma de Jesus, yo vi á Satanás que le arrancaba con violencia, para ahogarlos, una multitud de hombres rescatados con su sangre y ungidos con su Sacramento. El Salvador vió con un amargo dolor toda la ingratitud, toda la corrupcion de los cristianos de todos los tiempos. Todas estas apariciones, mientras las cuales la voz del tentador repetia sin cesar: «¿Quieres Tú sufrir por estos ingratos?» venian sobre Jesus con tanta impetuosidad, que una angustia inde-

cible oprimia su humanidad. Jesucristo, el Hijo del hombre, luchaba y juntaba las manos; caia como abrumado sobre sus rodillas, y su voluntad humana libraba un combate tan terrible contra la repugnancia de sufrir tanto por una raza tan ingrata, que el sudor de sangre caia de su cuerpo á gotas sobre el suelo. En medio de su abandono, miraba alrededor como para hallar socorro, y parecia tomar el cielo, la tierra y los astros del firmamento por testigos de sus padecimientos.

Jesus elevó la voz y dió gritos dolorosos. Los tres Apóstoles se despertaron, escucharon y quisieron ir hácia Él; pero Pedro detuvo á los otros dos, y dijo: «Estad quietos, yo voy á Él.» Lo vi correr y entrar en la gruta, esclamando: «Maestro, ¿qué teneis?» Y se quedó temblando á la vista de Jesus ensangrentado y aterrorizado. Jesus no le respondió, y no hizo caso de él. Pedro se volvió á los otros, y les dijo que el Señor no le habia respondido, y que no hacia mas que gemir y suspirar. Su tristeza se aumentó, cubriéronse la cabeza, y lloraron orando.

Yo volví hácia mi Esposo celestial en su dolorosa agonía. Las imágenes horrendas de la ingratitud de los hombres futuros, cuya

deuda tomaba sobre sí, eran cada vez mas terribles. Muchas veces le oí gritar: «Padre mio, ¿es posible que he de sufrir por esos ingratos? ¡Oh Padre mio! ¡si este cáliz no se puede alejar de mí, que vuestra voluntad se haga y no la mia!»

En medio de todas esas apariciones, yo veia á Satanás moverse bajo diversas formas horribles, que representaban diferentes especies de pecados. Tan pronto aparecia como un hombron negro, tan pronto bajo la figura de un tigre, tan pronto bajo la de una zorra, de un lobo, de un dragon, de una serpiente. No era precisamente la forma misma de estos animales, sino solo el principal carácter de su naturaleza mezclado con otras formas horrendas. No tenia nada semejante á una criatura completa; eran solo símbolos de abominacion, de discordia, de contradiccion, de pecado; en fin, formas de demonio. Estas figuras diabólicas empujaban, arrastraban, laceraban á los ojos de Jesus una multitud de hombres, por cuya redencion entraba en el camino doloroso de la cruz. Al principio vi rara vez la serpiente, despues la vi aparecer con una corona en la cabeza; su estatura era gigantesca, su fuerza parecia desmedida,

y llevaba contra Jesus innumerables legiones de todos los tiempos, de todas las razas. Armadas de toda especie de instrumentos de destruccion, combatian alguna vez las unas contra las otras, y despues se volvian contra el Salvador con rabia. Era un horrible espectáculo; pues lo llenaban de ultrajes, de maldiciones, le herian, le pegaban. Sus armas, sus espadas, sus palos iban y venian sin cesar cayendo sobre el grano de trigo celeste, bajado sobre la tierra para morir, á fin de alimentar eternamente á todos los hombres con el pan de vida.

En medio de esas legiones furiosas, de las cuales algunas me parecian compuestas de ciegos, Jesus estaba herido como si realmente hubiera sentido sus golpes; en estremo vacilante, tan pronto se levantaba como se caia; y la serpiente, en medio de esa multitud que gritaba sin cesar contra Jesus, batia acá y allá con su cola, y desollaba á todos los que derribaba.

Entonces me fue revelado que estos enemigos del Salvador eran los que maltrataban á Jesucristo realmente presente en el Santísimo Sacramento. Reconocí entre ellos todas las especies de profanadores de la Sagrada

Eucaristía. Yo vi con horror todos esos ultrajes desde la irreverencia, la negligencia, la omision, hasta el desprecio, el abuso y el sacrilegio; desde la adhesion á los ídolos del mundo, á las tinieblas y á la falsa ciencia, hasta el error, la incredulidad, el fanatismo y la persecucion. Vi entre esos hombres, ciegos, paralíticos, sordos, mudos y aun niños. Ciegos que no querian ver la verdad; paralíticos que no querian andar con ella; sordos que no querian oir sus avisos y sus amenazas; mudos que no querian combatir por ella con la espada de la palabra; niños perdidos por causa de padres ó maestros mundanos y olvidados de Dios, mantenidos con deseos terrestres, llenos de una vana sabiduría y alejados de las cosas divinas. Entre estos últimos, cuya vista me afligió mas porque Jesus amaba á los niños, vi muchos de estos de coro, irreverentes, que no honraban á Jesucristo en las santas ceremonias en las cuales toman parte. Vi con espanto muchos sacerdotes, algunos mirándose como llenos de piedad y de fe, maltratar tambien á Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Yo vi á muchos que creian y enseñaban la presencia de Dios vivo en el Santísimo Sacra-

mento, pero no lo tomaban con bastante calor; pues olvidaban y descuidaban el Palacio, el Trono, lugar de Dios vivo, es decir, la Iglesia, el altar, el tabernáculo, el cáliz, la custodia, los ornamentos, en fin, todo lo que sirve al uso y á la decoracion de la Iglesia de Dios. Todo estaba abandonado, todo se perdia en el polvo y la porquería, y el culto divino estaba, si no profanado interiormente, á lo menos deshonrado al esterior. Todo eso no era el fruto de una pobreza verdadera, sino de la indiferencia, de la pereza, de la preocupacion de vanos intereses terrestres, y algunas veces del egoismo y de la muerte interior; pues vi negligencias iguales en iglesias ricas ó á lo menos acomodadas. Vi otras muchas á donde un lujo mundano habia reemplazado los magníficos ornamentos de una época mas piadosa. Muchas veces los pobres estaban mejor rodeados en sus chozas que el Señor del cielo y de la tierra en su Iglesia. ¡Ah! ¡cuánto contristaba á Jesus la inhospitalidad de los hombres, despues de haberse dado á ellos como alimento! Seguramente no se necesita ser rico para recibir al que recompensa centuplicado un vaso de agua dado en su nombre al que tiene sed;

pero Él, que tiene tanta sed de nosotros, ¿no tiene derecho de quejarse cuando el vaso es impuro y el agua corrompida? Por consecuencia de estos descuidos, vi á los débiles escandalizados, el Sacramento profanado, la Iglesia abandonada, los sacerdotes despreciados; la impureza y la negligencia se estendian hasta las almas de los fieles; dejaban sin purificar el tabernáculo de su corazon cuando Jesus bajaba á él, como dejaban el tabernáculo puesto sobre el altar.

Aunque hablara un año entero, no podria contar todas las afrentas hechas á Jesus en el Santísimo Sacramento que supe de esta manera. Vi á los autores de ellas asaltar al Señor, y herirle con diversas armas, segun la diversidad de sus ofensas. Vi cristianos irreverentes de todos los siglos, sacerdotes ligeros ó sacrílegos, una multitud de comuniones tibias ó indignas, guerreros furiosos profanando los vasos sagrados, servidores del demonio empleando la Sagrada Eucaristía en los misterios de un culto infernal. Vi entre ellos un gran número de doctores arrastrados á la herejía por sus pecados, atacando á Jesucristo en el Santísimo Sacramento de su Iglesia, y arrancando de su

corazon por medio de sus seducciones una multitud de hombres por los cuales habia vertido su sangre. ¡Qué espectáculo tan doloroso! Yo veia la Iglesia como el cuerpo de Jesus, y una multitud de hombres que se separaban de la Iglesia, rasgaban y arrancaban pedazos enteros de su carne viva. Jesus los miraba con ternura, y gemia de verlos perderse. El que se habia dado á nosotros por alimento en el Santísimo Sacramento, á fin de juntar en un solo cuerpo el de la Iglesia su esposa, los hombres separados y divididos á lo infinito, se veia despedazado en ese mismo cuerpo, pues su principal obra de amor es la Eucaristía, á donde todos los hombres debian consumirse en la unidad, se habia vuelto, por la malicia de los falsos doctores, la piedra de separacion. Vi de este modo pueblos enteros arrancados de su seno, y privados de participacion en el tesoro de la gracia legado á la Iglesia. Por fin, vi todos los que estaban separados de la Iglesia sumergidos en la incredulidad, la supersticion, la herejía, la falsa filosofía mundana: llenos de furor se reunian en grandes bandas para atacar á la Iglesia, escitados por la serpiente que se agitaba en medio de ellos;

era lo mismo que si Jesus se hubiera sentido despedazar.

Yo estaba tan llena de horror y de espanto, que una aparicion de mi Esposo celestial me puso misericordiosamente la mano sobre el corazon, diciéndome estas palabras: «Nadie ha visto eso todavía, y tu corazon se partiria de dolor si yo no lo sostuviera.»

Vi las gotas de sangre caer sobre la pálida cara del Salvador; sus cabellos estaban pegados y erizados sobre su cabeza, y su barba ensangrentada y en desórden como si la hubieran querido arrancar. Despues de la vision de que acabo de hablar, huyó fuera de la caverna, y volvió con los discípulos. Mas su modo de andar era como el de un hombre cubierto de heridas, y que, cargado con una mole pesada, tropezaba á cada paso. Cuando vino hácia los Apóstoles no estaban estos acostados para dormir como la primera vez: tenian la cabeza cubierta, y se habian sentado sobre las rodillas en la misma posicion que tiene la gente de ese pais cuando está de luto ó quiere orar. Se habian traspuesto vencidos por la tristeza y la fatiga. Jesus, temblando y gimiendo, se acercó á ellos, y se despertaron. Pero cuando á la luz

de la luna le vieron de pie delante de ellos, con la cara pálida y ensangrentada, el pelo en desórden y los ojos cansados, no lo conocieron de pronto, pues estaba muy desfigurado. Al verle juntar las manos se levantaron, le cogieron por los brazos, le sostuvieron con amor, y Él les dijo con tristeza que lo matarian al dia siguiente, que lo prenderian dentro de una hora, que lo llevarian ante un tribunal, que seria maltratado, azotado y entregado á la muerte mas cruel. Les rogó que consolasen á su Madre y tambien á Magdalena. No le respondieron, pues no sabian qué decir; tal sorpresa les habia causado su presencia y sus palabras; aun creian que estaba delirando. Cuando quiso volver á la gruta, no tuvo fuerza para andar. Juan y Santiago lo condujeron, y volvieron cuando entró en ella; eran las once y cuarto, poco mas ó menos.

Durante esta agonía de Jesus, vi á la Vírgen Santísima llena de tristeza y de amargura en casa de María, madre de Márcos. Estaba con Magdalena y María en el jardin de la casa, encorvada sobre una piedra y apoyada sobre sus rodillas. Muchas veces perdió el conocimiento, pues vió interior-

mente muchas cosas de la agonía de Jesus. Habia enviado un mensajero á saber de Él, y no pudiendo esperar su vuelta, se fue inquieta con Magdalena y Salomé hasta el valle de Josafat. Iba cubierta con un velo, y con frecuencia estendia sus brazos hácia el monte de los Olivos, pues veia en espíritu á Jesus bañado de un sudor de sangre, y parecia que con sus manos estendidas queria limpiar la cara de su Hijo. Vi estos impulsos de su alma ir hasta Jesus, que se acordó de su Madre y la miró como para pedirle socorro. Vi esta comunicacion entre ambos, bajo la forma de rayos que iban del uno al otro. El Señor se acordó tambien de Magdalena, y tuvo piedad de su dolor, y por eso recomendó á los discípulos que la consolasen, pues sabia que su amor era el mas grande despues del de su Madre, y habia visto que sufria mucho por Él y que no le volveria á ofender jamás.

En aquel momento los ocho Apóstoles vinieron á la choza de follaje de Getsemaní, conversaron entre sí, y acabaron por dormirse. Estaban dudosos, sin ánimo, y atormentados por la tentacion. Cada uno habia buscado un sitio en donde poderse refugiar, y

se preguntaban con inquietud: «¿Qué haremos nosotros cuando le hayan hecho morir? Hemos dejado todo por seguirle; somos pobres y desechados de todo el mundo; nos hemos abandonado enteramente á Él, y ahora está tan abatido, que no podemos hallar en Él ningun consuelo.» Los otros discípulos habian andado errantes de una parte á otra, y habiendo sabido algo de las espantosas profecías de Jesus, se habian retirado la mayor parte á Betfagé.

Vi á Jesus orando todavía en la gruta, luchando contra la repugnancia de su naturaleza humana, y abandonándose á la voluntad de su Padre. Aquí el abismo se abrió delante de Él, y los primeros grados del limbo se le presentaron. Vi á Adan y á Eva, los Patriarcas, los Profetas, los justos, los parientes de su Madre y Juan Bautista, esperando su llegada al mundo inferior, con un deseo tan violento, que esta vista fortificó y animó su corazon lleno de amor. Su muerte debia abrir el cielo á estos cautivos. Cuando Jesus hubo mirado con una emocion profunda estos Santos del antiguo mundo, los ángeles le presentaron todas las legiones de los bienaventurados futuros que, juntando sus

combates á los méritos de su Pasion, debian unirse por medio de Él al Padre celestial. Era esta una vision bella y consoladora. Vió la salvacion y la santificacion saliendo como un rio inagotable del manantial de redencion, abierto despues de su muerte.

Los Apóstoles, los discípulos, las vírgenes y las mujeres, todos los mártires, los confesores y los ermitaños, los Papas y los Obispos, una multitud de religiosos, en fin, todo el ejército de los bienaventurados se presentó á su vista. Todos llevaban una corona sobre la cabeza, y las flores de la corona diferian de forma, de color, de olor y de virtud, segun la diferencia de los padecimientos, de los combates, de las victorias con que habian adquirido la gloria eterna. Toda su vida y todos sus actos, todos sus méritos y toda su fuerza, como toda la gloria de su triunfo, venian únicamente de su union con los méritos de Jesucristo.

La accion y la influencia recíproca que todos esos Santos ejercian unos sobre otros, el modo con que participaban de la única fuente, del Santísimo Sacramento, y de la Pasion del Señor, ofrecian un espectáculo tierno y maravilloso. Nada en ellos parecia

casual: sus obras, su martirio, sus victorias, su apariencia y sus vestidos, todo, aunque bien diverso, se confundia en una armonía y unidad infinitas; y esta unidad en la diversidad era producida por rayos de un sol único, por la Pasion del Señor, del Verbo hecho Hombre, en quien estaba la vida, luz de los hombres que brilla en las tinieblas y que las tinieblas no han comprendido.

Era la comunion de los Santos futuros que pasaba ante el espíritu del Salvador, el cual estaba entre los deseos de los Patriarcas y el ejército triunfal de los bienaventurados futuros; estas dos multitudes, completándose la una á la otra, rodeaban el Corazon amante del Redentor como una corona. Este espectáculo tierno dió al alma de Jesus un poco de consolacion y de fuerza. Amaba tanto á sus hermanos y á sus criaturas, que hubiera aceptado gustoso todos los padecimientos que iba á sufrir por la redencion de una sola alma. Como estas visiones se referian á lo futuro, estaban á cierta altura.

Pero estas visiones consoladoras desaparecieron, y los ángeles le presentaron su Pasion, que se acercaba. Vi todas las escenas presentarse delante de Él, desde el beso de

Judas hasta las últimas palabras sobre la Cruz; yo vi allí todo lo que veo en mis meditaciones de la Pasion. La traicion de Judas, la huida de los discípulos, los insultos delante de Anás y de Caifás, la apostasía de Pedro, el tribunal de Pilatos, los insultos de Herodes, los azotes, la corona de espinas, la condenacion á muerte, el camino de la Cruz, el sudario de la Verónica, la crucifixion, los ultrajes de los fariseos, los dolores de María, de Magdalena y de Juan, la abertura del costado; en fin, todo le fue presentado con las mas pequeñas circunstancias. Aceptolo todo voluntariamente, y á todo se sometió por amor de los hombres. Vió y sintió tambien el dolor actual de su Madre, que la union interior con sus padecimientos habia hecho caer sin conocimiento en los brazos de sus amigas.

Al fin de las visiones sobre la Pasion, Jesus cayó sobre su cara como un moribundo: los ángeles desaparecieron; el sudor de sangre corrió con mas abundancia y atravesó sus vestidos. La mas profunda oscuridad reinaba en la caverna. Yo vi un ángel bajar hácia Jesus: era mayor, mas distinto y mas parecido á un hombre que los que habia visto

antes. Estaba vestido como un sacerdote, y traia delante de él en sus manos un pequeño cáliz, semejante al de la Cena. En la boca de este cáliz se veia una cosa ovalada del grueso de un haba, que esparcia una luz rojiza. El ángel, sin bajar hasta el suelo, estendió la mano derecha hácia Jesus, que se enderezó; le metió en la boca este alimento misterioso, y le dió de beber en el pequeño cáliz luminoso. Despues desapareció.

Habiendo Jesus aceptado libremente el cáliz de sus padecimientos y recibido una nueva fuerza, estuvo todavía algunos minutos en la gruta en una meditacion tranquila, dando gracias á su Padre celestial. Estaba todavía afligido, pero confortado naturalmente hasta el punto de poder ir al sitio donde estaban los discípulos sin caerse y sin sucumbir bajo el peso de su dolor. Estaba siempre pálido, pero su paso era firme. Se habia limpiado la cara con un sudario y compuesto sus cabellos, que le caian sobre las espaldas empapados en sangre.

Cuando Jesus llegó á sus discípulos, estaban estos acostados, como la primera vez; tenian la cabeza cubierta, y dormian. El Señor les dijo que no era tiempo de dormir,

que debian despertarse y orar. «Ved aquí la hora en que el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores, les dijo; levantaos y andemos: el traidor está cerca: mas le valdria no haber nacido.» Los Apóstoles se levantaron asustados, mirando alrededor con inquietud. Cuando se serenaron un poco, Pedro dijo con animacion: «Maestro, voy á llamar á los otros para que os defendamos.» Pero Jesus le mostró á cierta distancia del valle, del lado opuesto del torrente de Cedron, una tropa de hombres armados que se acercaban con faroles, y le dijo que uno de ellos le habia denunciado. Les habló todavía con serenidad; les recomendó consolar á su Madre, y les dijo: «Vamos á su encuentro: me entregaré sin resistencia entre las manos de mis enemigos.» Entonces salió del jardin de los Olivos con sus tres discípulos, y vino al encuentro de los soldados en el camino que estaba entre el jardin y Getsemaní.

Cuando la Vírgen Santísima volvió en sí entre los brazos de Magdalena y de Salomé, algunos discípulos que habian visto los soldados acercarse, vinieron á Ella y la llevaron en casa de María, madre de Márcos. Los

soldados tomaron un camino mas corto que el que habia seguido Jesus viniendo del Cenáculo.

La gruta en donde Jesus acababa de orar no era la misma en donde tenia costumbre de orar en el monte de los Olivos. Iba ordinariamente á otra mas lejos, en donde un dia, despues de haber maldecido la higuera estéril, habia orado en una grande afliccion, los brazos estendidos y recostado sobre una piedra.

Las huellas de su cuerpo y de sus manos quedaron estampadas en la piedra, y fueron veneradas mas tarde; pero ya no se sabia en qué ocasion habia tenido lugar este prodigio. He visto muchas veces semejantes vestigios sobre la piedra, sea de profetas del Antiguo Testamento, sea de Jesus ó de María, ó de algunos Apóstoles: he visto tambien los de Santa Catalina de Alejandría sobre el monte Sinaí; no eran muy profundos, eran semejantes á los que se deja apoyando la mano sobre una pasta espesa.

II.

Judas y su tropa.

No creia Judas que su traicion tendria el

resultado que tuvo. Queria ganar la recompensa ofrecida, y agradar á los fariseos, entregando á Jesus. No pensaba en el juicio ni en la crucifixion de este; sus miras no iban hasta ahí; el dinero solo preocupaba su espíritu, y desde mucho tiempo antes se habia puesto en relacion con algunos fariseos y algunos saduceos astutos, que le escitaban á la traicion halagándole. Estaba cansado de la vida errante y penosa de los Apóstoles. En los últimos meses no habia cesado de robar las limosnas de que era depositario, y su avaricia, escitada por la liberalidad de Magdalena cuando derramó los perfumes sobre Jesus, lo llevó al último de los crímenes. Habia esperado siempre en un reino temporal de Jesus, y en él un empleo brillante y lucrativo. No viéndolo parecer, se ocupaba en atesorar dinero. Veia las penas y las persecuciones aumentarse, y queria ponerse bien con los poderosos enemigos del Señor al acercarse el peligro. Pues veia que Jesus no se hacia Rey, mientras que la dignidad de Sumo Sacerdote hacia grande impresion sobre él. Se acercaba mas y mas cada dia á sus agentes, que le acariciaban y le decian de un modo positivo que en todo caso pronto aca-

barian con Jesus. Se cebó cada vez mas en estos pensamientos criminales, y en los últimos dias habia multiplicado sus viajes para decidir á los príncipes de los sacerdotes á obrar. Estos no querian todavía comenzar, y lo trataron con desprecio. Decian que faltaba poco tiempo antes de la fiesta, y que esto causaria desórden y tumulto. El Sanhedrin solo prestó alguna atencion á las proposiciones de Judas. Despues de la recepcion sacrílega del Sacramento, Satanás se apoderó de él, y salió á concluir su crímen. Buscó primero á los negociadores que le habian lisonjeado hasta entonces, y que le acogieron con fingida amistad. Vinieron despues otros, entre los cuales estaban Caifás y Anás; este último le habló en tono altanero y burlesco. Andaban irresolutos, y no estaban seguros del éxito, porque no se fiaban de Judas.

Vi el imperio infernal dividido: Satanás queria el crímen de los judíos, y deseaba la muerte de Jesus, el Convertidor, el Santo Doctor, el Justo que él detestaba; pero sentia tambien cierto temor interior de la muerte de esta inocente víctima que no queria huir de sus perseguidores. Le vi por un lado escitando el odio y el furor de los enemigos

de Jesucristo, y por otro insinuar á alguno de entre ellos que Judas era un malvado, un miserable; que no se podia celebrar el juicio antes de la fiesta, ni reunir testigos contra Jesus.

Cada uno presentaba una opinion diferente, y antes de todo preguntaron á Judas: «¿Podremos cogerlo? ¿No tiene hombres armados con Él?» Y el traidor respondió: «No; está solo con sus once discípulos: Él está abatido, y los once son hombres cobardes.» Les dijo que era menester coger á Jesus ahora ó nunca; que otra vez no podria entregarlo; que no volveria mas á su lado; que hacia algunos dias que los otros discípulos de Jesus comenzaban á sospechar de él. Les dijo tambien que si ahora no cogian á Jesus, se escaparia, y volveria con un ejército de sus partidarios para ser proclamado Rey. Estas amenazas de Judas produjeron su efecto. Fueron de su modo de pensar, y recibió el precio de su traicion; las treinta monedas. Estas monedas eran oblongas, agujereadas por un lado, y enhebradas formando cadena; tenian tambien cierta efigie.

Judas, resentido del desprecio que le mostraban, se dejó llevar por su orgullo hasta

devolverles el dinero para que lo ofrecieran en el templo, á fin de parecer á sus ojos como un hombre justo y desinteresado. Pero no quisieron, porque era el precio de la sangre que no podia ofrecerse en el templo. Judas vió cuánto le despreciaban, y concibió un profundo resentimiento. No esperaba recoger los frutos amargos de su traicion antes de acabarla; pero se habia entrometido tanto con esos hombres, que estaba entregado á sus manos, y no podia librarse de ellos. Observábanle de cerca, y no le dejaron salir hasta que esplicó la marcha que habian de seguir para coger á Jesus. Tres fariseos le acompañaron cuando bajó á una sala donde estaban los soldados del templo, que no eran solo judíos, sino de todas naciones. Cuando todo estuvo preparado, y reunido el suficiente número de soldados, Judas corrió al Cenáculo, acompañado de un servidor de los fariseos para avisarlos si Jesus estaba allí todavía, y si era fácil cogerle tomando las puertas; debia mandárselo decir por el mismo mensajero.

Poco antes que Judas recibiese el precio de su traicion, un fariseo habia salido y mandado siete esclavos á buscar madera para

preparar la cruz de Jesus, en caso de que fuera juzgado, porque al dia siguiente no habria bastante tiempo, á causa del principio de la Pascua. Cogieron la madera á un cuarto de legua de allí, cerca de un gran muro donde habia mucha perteneciente al servicio del templo, y la llevaron á una plaza detras del tribunal de Caifás. La pieza principal de la cruz habia sido un árbol del valle de Josafat, plantado cerca del torrente del Cedron: habiendo caido atravesado, habian hecho de él una especie de puente. Cuando Nehemías escondió el fuego y los vasos sagrados en el estanque de Betesda, lo echaron por cima con otros maderos; despues lo habian sacado y puesto á un lado. La cruz fue preparada de un modo particular, bien sea porque querian burlarse de su dignidad de Rey, bien sea por una casualidad aparente. Se componia de cinco piezas, sin contar la inscripcion. He visto otras muchas cosas relativas á la cruz, y he sabido la significacion de las diversas circunstancias; pero todo se me ha olvidado.

Judas volvió diciendo que Jesus no estaba en el Cenáculo, pero que debia estar ciertamente en el monte de las Olivas, en el sitio

donde tenia costumbre de orar. Pidió que enviaran con él una pequeña partida de soldados, por miedo de que los discípulos, que estaban alerta, no se alarmasen y escitasen una sedicion. Trescientos hombres debian ocupar las puertas y las calles de Ofel, parte de la ciudad situada al Sur del templo, y el valle de Millo, hasta la casa de Anás, en lo alto de Sion, á fin de enviar refuerzo si era necesario; pues él decia que todo el pueblo de Ofel era partidario de Jesus. El traidor les dijo tambien tuviesen cuidado de no dejarlo escapar, porque con medios misteriosos se habia desaparecido muchas veces en el monte, volviéndose invisible á los que le acompañaban. Les aconsejó que lo atasen con una cadena, y que usaran ciertos medios mágicos para impedir que la rompiera. Los judíos recibieron estos avisos con desprecio, y le dijeron: «Si lo llegamos á coger, no se escapará.»

Judas tomó sus medidas con los que lo debian acompañar; queria entrar en el jardin delante de ellos, y besar y saludar á Jesus como amigo y discípulo: entonces los soldados se presentarian y cogerian á Jesus. Deseaba que creyeran que se hallaban allí por

casualidad; y cuando ellos se presentaran, él huiria como los otros discípulos, y no volverian á oir hablar de él. Pensaba tambien que habria algun tumulto; que los Apóstoles se defenderian, y que Jesus desapareceria, como hacia con frecuencia. Este pensamiento le venia cuando se sentia mortificado por el desprecio de los enemigos de Jesus; pero no se arrepentia, porque se habia entregado enteramente á Satanás. No queria tampoco que los que vinieran detras de él trajesen cadenas y cordeles; le concedieron en apariencia lo que deseaba, pero le trataron como á un traidor en el cual nadie se fia, y que se rechaza cuando se ha servido de él. Los soldados tenian órden de vigilar á Judas y de no dejarlo hasta que cogieran á Jesus, porque habia recibido su recompensa, y temian que escapase con el dinero, y que no le cogieran, ó que apresaran otro en su lugar. La tropa escogida para acompañar á Judas se componia de veinte soldados de la guardia del templo y de los que estaban á las órdenes de Anás y de Caifás. Estaban vestidos, poco mas ó menos, como los soldados romanos; llevaban morriones, y tenian correas pendientes en derredor de las piernas. Se distinguian

especialmente por la barba, pues los romanos en Jerusalen no la llevaban mas que sobre los carrillos, y tenian la barba y los labios afeitados. Todos veinte tenian espadas; ademas algunos tenian picas, y llevaban palos con faroles y hachas de viento; pero cuando emprendieron la marcha, no encendieron mas que una sola. Primero querian haber dado á Judas una escolta mas numerosa, pero él dijo que se descubriria fácilmente, porque desde el monte de las Olivas se dominaba todo el valle. La mayor parte se quedó en Ofel, y pusieron centinelas por todas partes para reprimir toda tentativa en favor de Jesus. Judas marchó con los veinte soldados; pero fue seguido á cierta distancia de cuatro alguaciles de la última clase, que llevaban cordeles y cadenas; detras de estos venian los seis agentes con los cuales habia tratado Judas desde el principio. Eran un sacerdote, confidente de Anás, un afiliado de Caifás, dos fariseos y dos saduceos, que eran tambien herodianos. Estos hombres eran aduladores de Anás y de Caifás; les servian de espías, y Jesus no tenia mayores enemigos.

Los soldados estuvieron acordes con Judas hasta llegar al sitio donde el camino

separa el jardin de las Olivas del de Getsemaní: al llegar allí, no quisieron dejarlo ir solo delante, y lo trataron dura é insolentemente.

III.

Prision de Jesus.

Hallándose Jesus con los tres Apóstoles en el camino, entre Getsemaní y el jardin de las Olivas, Judas y su gente aparecieron á veinte pasos de allí, á la entrada del camino: hubo una disputa entre ellos, porque Judas queria que los soldados se separasen de él para acercarse á Jesus como amigo, á fin de no aparecer en inteligencia con ellos; pero ellos, parándolo, le dijeron: «No, camarada; no te escaparás hasta que tengamos al Galileo.» Viendo que los ocho Apóstoles corrian al ruido, llamaron á los cuatro alguaciles, que estaban á cierta distancia. Cuando Jesus y los tres Apóstoles reconocieron á la luz de la antorcha esta tropa de gente armada, Pedro queria rechazarlos con la fuerza, y dijo: «Señor, los ocho están cerca de aquí; ataquemos los alguaciles.» Pero Jesus le dijo que

se estuviera quieto, y dió algunos pasos atras. Cuatro discípulos habian salido del jardin de Getsemaní, y preguntaban qué sucedia. Judas quiso entrar en conversacion con ellos y contarles cualquiera cosa, pero los soldados se lo impidieron. Estos cuatro discípulos eran Santiago el Menor, Felipe, Tomás y Natanael: este último era hijo del viejo Simeon, y algunos otros habian venido á Getsemaní con los ocho Apóstoles, ó enviados por los amigos de Jesucristo para saber noticias suyas, ó escitados por la curiosidad. Los otros discípulos andaban errantes acá y allá, observando, y decididos á huir.

Jesus se acercó á la tropa, y dijo en voz alta é inteligible: «¿Á quién buscais?» Los jefes de los soldados respondieron: «Á Jesus Nazareno.—Yo soy,» replicó Jesus. Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando cayeron en el suelo, como atacados de una apoplejía. Judas, que estaba todavía al lado de ellos, se sorprendió, y queriendo acercarse á Jesus, el Señor le tendió la mano, y le dijo: «Amigo mio, ¿qué has venido á hacer aquí?» Y Judas, balbuceando, habló de un negocio que le habian encargado. Jesus le respondió en pocas palabras, cuya sustancia es esta:

«¡Mas te valdria no haber nacido!» No me acuerdo bien distintamente. Mientras tanto, los soldados se levantaron y se acercaron al Señor, esperando la señal del traidor; el beso que debia de dar á Jesus. Pedro y los otros discípulos rodearon á Judas, y lo llamaron *ladron* y *traidor*. Quiso persuadirlos con mentiras, pero no pudo, porque los soldados lo defendian contra los Apóstoles, y por eso mismo atestiguaban contra él.

Jesus dijo por segunda vez: «¿Á quién buscais?» Ellos respondieron tambien: «Á Jesus Nazareno.—Yo soy, ya os lo he dicho; soy yo á quien buscais; dejad á estos.» A estas palabras los soldados cayeron segunda vez con contorsiones semejantes á las de la epilepsia, y Judas fue rodeado otra vez por los Apóstoles, exasperados contra él. Jesus dijo á los soldados: «Levantaos.» Se levantaron, en efecto, llenos de terror; pero como los Apóstoles estrechaban á Judas, los soldados le libraron de sus manos, y le mandaron con amenazas que les diera la señal convenida, pues tenian órden de coger á aquel á quien besara. Entonces Judas vino á Jesus, y le dió un beso, con estas palabras: «Maestro, yo os saludo.» Jesus le dijo: «Judas, tú

vendes al Hijo del hombre con un beso.» Entonces los soldados rodearon á Jesus, y los alguaciles, que se habian acercado, le echaron la mano. Judas quiso huir; pero los Apóstoles le detuvieron: se echaron sobre los soldados, gritando: «Maestro, ¿debemos herir con la espada?» Pedro, mas ardiente que los otros, cogió la suya, pegó á Malco, criado del Sumo Sacerdote, que queria rechazar á los Apóstoles, y le hirió en la oreja: este cayó en el suelo, y el tumulto llegó entonces á su colmo.

Los alguaciles habian cogido á Jesus para atarlo: los soldados le rodeaban un poco mas de lejos, y, entre ellos, Pedro habia herido á Malco. Otros soldados estaban ocupados en rechazar á los discípulos que se acercaban, ó en perseguir á los que huian. Cuatro discípulos se veian á lo lejos: los soldados no se habian aun serenado del terror de su caida, y no se atrevian á alejarse por no disminuir la tropa que rodeaba á Jesus. Judas, que habia huido despues de haber dado el beso de traidor, fue detenido á poca distancia por algunos discípulos, que lo llenaron de injurias; pero los seis fariseos que llegaron en este momento le libertaron, y los

cuatro alguaciles se ocuparon en atar al Señor, que tenian entre sus manos.

Tal era el estado de cosas cuando Pedro pegó á Malco, y Jesus le habia dicho en seguida: «Pedro, mete tu espada en la vaina, pues el que á cuchillo mata, á cuchillo muere: ¿crees tú que yo no puedo pedir á mi Padre que me envie mas de doce legiones de ángeles? ¿No debo yo apurar el cáliz que mi Padre me ha dado á beber? ¿Cómo se cumpliria la Escritura si estas cosas no sucedieran?» Y añadió: «Dejadme curar á este hombre.» Se acercó á Malco, tocó su oreja, oró, y la curó. Los soldados estaban á su rededor con los alguaciles y los seis fariseos; estos le insultaban, diciendo á la tropa: «Es un enviado del diablo; la oreja parecia cortada por sus encantos, y por sus mismos encantos la ha curado.»

Entonces Jesus les dijo: «Habeis venido á cogerme como un asesino con armas y palos; he enseñado todos los dias en el templo, y no me habeis cogido; pero vuestra hora, la hora del poder de las tinieblas, ha llegado.» Mandaron que lo atasen, y lo insultaban diciéndole: «Tú no has podido vencernos con tus encantos.» Jesus les dió una respuesta,

de la que no me acuerdo bien, y los discípulos huyeron en todas direcciones. Los cuatro alguaciles y los seis fariseos no cayeron cuando los soldados, y por consecuencia no se habian levantado. Así me fue revelado, porque estaban del todo entregados á Satanás, lo mismo que Judas, que tampoco se cayó, aunque estaba al lado de los soldados. Todos los que se cayeron y se levantaron se convirtieron despues, y fueron cristianos. Estos soldados habian solo rodeado á Jesus, pero no habian puesto las manos sobre Él: Malco se convirtió despues de su cura, y en las horas siguientes sirvió de mensajero á María y á los otros amigos del Salvador.

Los alguaciles ataron á Jesus con la brutalidad de un verdugo. Eran paganos, y de baja estraccion. Tenian el cuello, los brazos y las piernas desnudos: eran pequeños, robustos y muy ágiles: el color de la cara era moreno rojizo, y parecian esclavos egipcios.

Ataron á Jesus las manos sobre el pecho con cordeles nuevos y durísimos: le ataron el puño derecho bajo del codo izquierdo, y el puño izquierdo bajo del codo derecho. Le pusieron alrededor del cuerpo una especie de cinturon lleno de puntas de hierro, al cual

le ataron las manos con ramas de sauce; le pusieron al cuello una especie de collar lleno de puntas, del cual salian dos correas que se cruzaban sobre el pecho como una estola, y estaban atadas al cinturon. De este salian cuatro cuerdas, con las cuales tiraban al Señor de un lado y de otro, segun su inhumano capricho.

Se pusieron en marcha, despues de haber encendido muchas hachas. Diez hombres de la guardia iban delante; despues seguian los alguaciles, que tiraban de Jesus por las cuerdas; detras los fariseos, que lo llenaban de injurias: los otros diez soldados cerraban la marcha. Los discípulos andaban errantes á cierta distancia, dando gritos y como fuera de sí: Juan seguia de cerca á los soldados que estaban detras, y los fariseos les mandaron que lo cogieran. En efecto, algunos corrieron hacia él; pero huyó, dejando entre sus manos su sudario, por el cual le habian cogido. Se habia quitado su capa, y no llevaba mas que un vestido interior, corto y sin mangas, á fin de poderse escapar mas fácilmente. Se habia puesto alrededor del cuello, de la cabeza y de los brazos una banda larga de lienzo que los judíos llevan ordinaria-

mente. Los alguaciles maltrataban á Jesus de la manera mas cruel, para adular bajamente á los fariseos, que estaban llenos de odio y de rabia contra el Salvador. Le llevaban por caminos ásperos, por encima de las piedras, por el lodo, y tiraban de las cuerdas con toda su fuerza. Tenian en la mano otras cuerdas con nudos, y con ellas le pegaban, como un carnicero pega á la res que lleva á la carnicería, y acompañaban todas estas crueldades de insultos tan innobles, que la decencia no me permite contarlos. Jesus estaba descalzo; tenia ademas de su vestido ordinario una túnica de lana sin costuras, y otro vestido por encima. Cuando prendieron al Salvador, no vi que le presentasen ninguna órden ni ninguna escritura: lo trataron como si hubiera estado fuera de la ley.

Andaban de prisa; al dejar el camino que está entre el jardin de los Olivos y el de Getsemaní, volvieron á la derecha, y llegaron al puente sobre el torrente de Cedron. Jesus, al ir al jardin de los Olivos, no pasó este puente; tomó un camino de rodeo por el valle de Josafat, que conducia á otro puente mas al Sur. El que pasaban ahora era muy largo, porque se estendia mas lejos que la

ensenada del torrente, á causa de la desigualdad del terreno. Antes de llegar á él vi á Jesus dos veces caer en el suelo por los violentos tirones que le daban. Pero al llegar al medio del puente su crueldad no tuvo límites: empujaron brutalmente á Jesus atado, y lo echaron desde su altura en el torrente, diciéndole que saciara su sed. Sin la asistencia divina, esto solo hubiera bastado para matarlo. Cayó sobre las rodillas y sobre la cara, que se la hubiera despedazado contra los cantos, que estaban apenas cubiertos con un poco de agua, si no la hubiera protegido con los brazos juntos atados, pues se habian desatado de la cintura, sea por una asistencia divina, ó sea porque los alguaciles los habian desatado. Sus rodillas, sus pies, sus codos y sus dedos se imprimieron milagrosamente en la piedra á donde cayó, y esta marca fue despues un objeto de veneracion. Las piedras eran mas blandas y mas creyentes que el corazon de los hombres, y daban testimonio, en aquellos terribles momentos, de la impresion que la verdad suprema hacia sobre ellas.

Yo no he visto á Jesus beber, á pesar de la sed ardiente que siguió á su agonía en el

jardin de los Olivos; le vi beber agua del Cedron cuando lo echaron en él, y supe que se cumplió un pasaje profético de los salmos, que dice que beberá en el camino del agua del torrente (Ps. 109). Los alguaciles temian siempre á Jesus atado con las cuerdas. Pero no pudiéndole hacer atravesar el torrente, á causa de una obra de albañilería que habia al lado opuesto, volvieron atras, y lo arrastraron con las cuerdas hasta el borde. Entonces esos miserables lo empujaron sobre el puente, llenándolo de injurias, de maldiciones y de golpes. Su larga túnica de lana, toda empapada en agua, se pegaba á sus miembros; apenas podia andar, y al otro lado del puente cayó otra vez en el suelo. Lo levantaron con violencia, le pegaron con las cuerdas, y ataron á su cintura los bordes de su vestido húmedo, en medio de los insultos mas infames. No era aun media noche cuando vi á Jesus al otro lado del Cedron, arrastrado inhumanamente por los cuatro alguaciles por un sendero estrecho, entre las piedras, los cardos y las espinas. Los seis perversos fariseos iban lo mas cerca de Él que el camino les permitia, y con palos de diversas formas lo empujaban, le picaban ó le pegaban. Cuando

los pies desnudos y ensangrentados de Jesus se rasgaban con las piedras ó las espinas, le insultaban con una cruel ironía, diciendo: «Su precursor Juan Bautista no le ha preparado un buen camino;» ó bien: «La palabra de Malaquías: *Envio delante de Ti mi ángel para prepararte el camino*, no se aplica aquí, etc.» Y cada burla de estos hombres era como un aguijon para los alguaciles, que redoblaban los malos tratamientos con Jesus.

Sin embargo, advirtieron que algunas personas se aparecian acá y allá á lo lejos; pues muchos discípulos se habian juntado al oir la prision del Señor, y querian saber qué iba á suceder á su Maestro. Los enemigos de Jesus, temiendo algun ataque, dieron con sus gritos señal para que les enviasen refuerzo. Distaban todavía algunos pasos de una puerta situada al Mediodía del templo, y que conduce, por un arrabal llamado *Ofel*, á la montaña de Sion, á donde vivia Anás y Caifás. Vi salir de esta puerta unos cincuenta soldados. Llevaban muchas hachas; eran insolentes alborotadores, y daban gritos para anunciar su llegada y felicitar á los que venian de la victoria. Cuando se juntaron con la escolta de Jesus, vi á Malco y á algunos

otros aprovecharse del desórden ocasionado por esta reunion para escaparse al monte de los Olivos.

Cuando esta nueva tropa salió de Ofel, vi á los discípulos, que se habian presentado á cierta distancia, dispersarse. La Vírgen Santísima y nueve de las Santas mujeres, llevadas por su inquietud, fueron al valle de Josafat. Lázaro, Juan, Márcos, el hijo de la Verónica y el de Simeon, estaban con ellas. Este último se hallaba en Getsemaní con Natanael y los ocho Apóstoles, y habia huido delante de los soldados. Se oian los gritos y se veian las luces de las dos tropas que se juntaban. La Vírgen perdió el sentido. Sus amigas se retiraron con ella para llevarla á casa de María, madre de Márcos.

Los cincuenta soldados eran un destacamento de una tropa de trescientos hombres que ocupaba las puertas y las calles de Ofel; pues el traidor Judas habia dicho á los príncipes de los sacerdotes que los habitantes de Ofel, pobres obreros la mayor parte, eran partidarios de Jesus, y que se podia temer que intentaran libertarlo. El traidor sabia bien que Jesus habia consolado, enseñado, socorrido y curado un gran número de aque-

llos pobres obreros. En Ofel se habia detenido el Señor, en su viaje de Bethania á Hebron, despues de la degollacion de Juan Bautista, y habia curado muchos albañiles heridos en la caida de la torre de Siloe. La mayor parte de aquella pobre gente, despues de Pentecostés, se reunieron á la primera comunidad cristiana. Cuando los cristianos se separaron de los judíos y establecieron casas para la comunidad, se elevaron chozas y tiendas desde allí hasta el monte de los Olivos, en medio del valle. Tambien vivia allí San Estéban. Ofel cubre una altura rodeada de muros, situada al Mediodía del templo. Este arrabal no me parece mas grande que Dulmen.

Los buenos habitantes de Ofel fueron despertados por los gritos de los soldados. Salieron de sus casas, y corrieron á las calles y las puertas para saber lo que sucedia. Mas los soldados los empujaban brutalmente hácia sus casas, diciéndoles: «Jesus, el malhechor, vuestro falso Profeta, va á ser conducido preso. El Sumo Sacerdote no quiere dejarle continuar el oficio que tiene; será crucificado.» Al saber esta noticia, no se oian mas que gemidos y llantos. Aquella pobre gente,

hombres y mujeres, corrian acá y allá llorando, ó se ponian de rodillas con los brazos estendidos, y gritaban al cielo recordando los beneficios de Jesus. Pero los soldados los empujaban, les pegaban, los hacian entrar por fuerza en sus casas, y no se hartaban de injuriar á Jesus, diciendo: «Ved aquí la prueba de que es un agitador del pueblo.» Sin embargo, no querian ejercer grandes violencias contra los habitantes de Ofel, por miedo de que opusieran una resistencia abierta, y se contentaban con alejarlos del camino que debia seguir Jesus.

Mientras tanto, la tropa inhumana que conducia al Salvador se acercaba á la puerta de Ofel. Jesus se habia caido de nuevo, y parecia no poder andar mas. Entonces un soldado caritativo dijo á los otros: «Ya veis que este infeliz hombre no puede andar. Si hemos de conducirle vivo á los príncipes de los sacerdotes, aflojadle las manos para que pueda apoyarse cuando se caiga.» La tropa se paró, y los alguaciles desataron los cordeles: mientras tanto, un soldado compasivo le trajo un poco de agua de una fuente que estaba cerca. Jesus le dió las gracias, y citó con este motivo un pasaje de los Profe-

tas, que habla de fuentes de agua viva, y esto le valió mil injurias y mil burlas de parte de los fariseos. Vi á esos dos hombres, el que le hizo desatar las manos y el que le dió de beber, ser favorecidos de una luz interior de la gracia. Se convirtieron antes de la muerte de Jesus, y se juntaron con sus discípulos.

Se volvieron á poner en marcha, y llegaron á la puerta de Ofel, donde fueron recibidos por los lamentos de los habitantes que la gratitud unia á Jesus. Los soldados podian apenas contener los hombres y las mujeres que se precipitaban por todas partes. Juntaban las manos, se arrodillaban, y gritaban: «¡Libradnos ese hombre! ¡Libradnos ese hombre! ¿Quién nos ayudará? ¿Quién nos consolará y nos curará? ¡Dadnos ese hombre!» Era un espectáculo doloroso el ver á Jesus pálido, desfigurado, cubierto de heridas, el pelo en desórden, su vestido húmedo y manchado, arrastrado con cuerdas, y empujado con palos, como un pobre animal que conducen al sacrificio, llevado por alguaciles innobles y medio desnudos, y por soldados groseros é insolentes, en medio de la multitud afligida de los habitantes de Ofel, que ten-

dian hácia Él las manos que habia curado de la parálisis, suplicaban á los verdugos con la voz que Él les habia dado, y le seguian con los ojos llenos de lágrimas que le debian la luz. Cuando llegaron al valle, mucha gente de la ínfima clase del pueblo, escitada por los soldados y por los enemigos del Señor, se habian unido á la escolta, maldiciendo é injuriando á Jesus; y les ayudaban á empujar y á insultar á los buenos habitantes de Ofel. Ofel está situado sobre una altura; en el sitio mas elevado hay una plaza, á donde vi mucha madera. La escolta fue bajando despues, y pasó por una puerta abierta en la muralla. Dejaron á la derecha un grande edificio, resto de las obras de Salomon, y á la izquierda, si no me equivoco, el estanque de Betesda; despues se dirigieron al Occidente, siguiendo una calle llamada Millo. Entonces volvieron un poco al Mediodía, subiendo hácia Sion, y llegaron á la casa de Anás. En todo el camino no cesaron de maltratar al Señor; la canalla que venia del pueblo, aumentándose sin cesar, era para los verdugos de Jesus una ocasion de renovar los insultos. Desde el monte de los Olivos hasta la casa de Anás, Jesus cayó siete veces.

Los habitantes de Ofel estaban llenos de espanto, de afliccion, cuando un nuevo incidente vino á escitar su compasion. La Madre de Jesus fue llevada por las mismas mujeres á la casa de María, madre de Márcos, que estaba situada al pie de la montaña de Sion, por en medio de Ofel. Cuando la conocieron, dieron nuevas pruebas de dolor y de compasion, y se juntaban tan apretados alrededor de María, que casi la llevaba la multitud. María estaba muda de dolor. Al llegar á casa de María, madre de Márcos, no habló hasta que vino Juan y la contó todo lo que habia visto desde la salida del Cenáculo. Despues condujeron á la Vírgen Santísima á casa de Marta, en la parte occidental de la ciudad. Pedro y Juan, que habian seguido á Jesus de lejos, corrieron á casa de algunos servidores de los príncipes de los sacerdotes que Juan conocia, para poder entrar en las salas del tribunal á donde su Maestro habia sido conducido. Estos hombres, amigos de Juan, eran una especie de mensajeros de chancillería, que debian de correr por todo el pueblo para despertar á los ancianos y á otras personas convocadas para el juicio. Deseaban hacer un servicio á los dos Apóstoles: pero

no tuvieron otro medio sino vestir á Pedro y á Juan con una capa igual á la suya, y que los ayudaran á llevar las convocaciones, á fin de poder entrar en seguida con su disfraz en el tribunal de Caifás, á donde estaban juntos soldados y falsos testigos, y del cual echaban á toda otra persona. Los Apóstoles se encargaron de avisar á Nicodemus, José de Arimatea y otras personas bien intencionadas; pues eran miembros del Consejo, y de ese modo hicieron venir á algunos amigos de su Maestro, que los fariseos no hubieran convocado regularmente. Mientras tanto, Judas andaba errante como un insensato, al pie de la subida á donde termina Jerusalen por la parte del Mediodía, entre los escombros y las inmundicias hacinados en este sitio.

IV.

Medidas que toman los enemigos de Jesus.

Anás y Caifás habian recibido inmediatamente aviso de la prision de Jesus, y en su casa estaba todo en movimiento. Las salas

estaban iluminadas, las avenidas tomadas, los mensajeros corrian por el pueblo para convocar los miembros del Consejo, los escribas y todos los que debian tomar parte en el juicio. Muchos habian permanecido en casa de Caifás para esperar el resultado. Los ancianos de las diferentes clases se juntaron tambien. Como los fariseos, los saduceos y los herodianos de todo el pais se habian juntado en Jerusalen para la fiesta, y la tentativa contra Jesus habia sido concertada de antemano entre ellos y el gran Consejo, los que tenian mas odio contra el Salvador fueron convocados, con órden de juntar y de traer para el momento del juicio todas las pruebas y testimonios que pudieran contra Jesus. Todos esos hombres perversos y orgullosos de Cafarnaum, de Tirza, de Nazareth, etc., á los cuales Jesus habia dicho muchas veces la verdad en presencia del pueblo, se hallaban juntos en Jerusalen. Estaban llenos de odio y de rabia, y cada uno buscaba entre la gente de su pais, que habia venido á la fiesta, algunos que á precio de dinero quisieran presentarse como acusadores de Jesus. Pero todos, escepto algunas mentiras palpables, se reducian á repetir las

acusaciones sobre las cuales Jesus los habia reducido tantas veces al silencio en sus sinagogas.

Toda la multitud de los enemigos de Jesus iba al tribunal de Caifás conducida por los fariseos y los escribas de Jerusalen, á los cuales se juntaban muchos de los vendedores echados del templo por Jesus, muchos doctores orgullosos á los cuales habia cerrado la boca en presencia del pueblo, y algunos que no le podian perdonar el haberlos convencido de error y cubierto de confusion cuando de edad de doce años hizo su primera instruccion en el templo. Entre estos infinitos enemigos se hallaban pecadores impenitentes que todavía Él no habia querido curar; pecadores que habian reincidido y estaban otra vez enfermos; jóvenes vanidosos que no habia admitido por discípulos; buscadores de sucesiones, furiosos porque habia hecho distribuir á los pobres los bienes sobre que contaban, ó porque habia curado las personas de quienes querian heredar; libertinos cuyos compañeros habia convertido; adúlteros cuyos cómplices habia restituido á la virtud; muchos aduladores de todos estos, otros muchos instrumentos de Satanás

llenos de rabia interior contra toda santidad, y por consecuencia contra el Santo de los santos. Esta escoria del pueblo judío fue puesta en movimiento y escitada por alguno de los principales enemigos de Jesus, y corria por todas partes al palacio de Caifás para acusar falsamente de todos los crímenes al verdadero Cordero sin mancha que lleva los pecados del mundo, y para mancharlo con sus obras, que en efecto ha tomado sobre sí y ha expiado.

Mientras que esta turba impura se agitaba, mucha gente piadosa y amigos de Jesus, tristes y afligidos, pues no sabian el misterio que se iba á cumplir, andaban errantes acá y allá, escuchaban y gemian. Si hablaban, los echaban; si callaban, los miraban de reojo. Otras personas bien intencionadas, pero débiles é indecisas, se escandalizaban, caian en tentacion, y vacilaban en su conviccion. El número de los que perseveraban era pequeño. Entonces sucedia lo que hoy sucede; se quiere ser búen cristiano cuando no se disgusta á los hombres, pero se avergüenza de la Cruz cuando el mundo la ve con mal ojo. Sin embargo, hubo muchos cuyo corazon fue movido por la paciencia del Salvador

en medio de tantas crueldades, y que se retiraron silenciosos y desmayados.

V.

Ojeada sobre Jerusalen.

La grande y populosa ciudad y las tiendas de los estranjeros que habian venido para la Pascua, estaban sumergidas en el reposo y en el sueño, cuando la noticia de la prision de Jesus despertó á todos sus enemigos y amigos, y por todos los puntos de la ciudad se vió ponerse en movimiento las personas convocadas por los mensajeros de los príncipes de los sacerdotes. Iban á la luz de la luna ó de sus antorchas por las calles, desiertas á aquella hora, pues la mayor parte de las casas tenian las ventanas y la puerta á un patio interior. Todos suben hácia Sion. Se oye acá y allá llamar á las puertas para despertar á los que duermen; fórmase en muchos sitios el ruido y el tumulto; abren á los que llaman, los interrogan, y se rinden á la convocacion. Los curiosos y los criados van á ver lo que pasa para contarlo á los que quedan; se oyen cerrar y atrancar puertas,

pues algunas personas se inquietan y temen una sublevacion; se oyen mil conversaciones diversas, como estas: «Lázaro y sus hermanas van á ver á quién se ha entregado.—Juana, mujer de Chuza, Susana y Salomé, se arrepentirán demasiado tarde de su imprudencia.—Serafia, mujer de Sirac, tendrá que humillarse delante de su marido, que tantas veces le ha reprochado su parcialidad con el Galileo.—Todos los partidarios de ese agitador parecian burlarse de los que no pensaban como ellos, y ahora mas de cuatro no saben á dónde esconderse.—Ya no hay nadie que tienda á los pies de su caballería los vestidos y las palmas.—Esos hipócritas, que siempre quieren ser mejores que los otros, van á recibir lo que merecen, pues están todos implicados en los negocios del Galileo.—La cosa es mayor de lo que se creia.—Yo quisiera saber cómo saldrán Nicodemus y José de Arimatea; hace mucho tiempo que se desconfia de ellos; están de acuerdo con Lázaro, pero son muy diestros: todo se va á aclarar ahora, etc., etc.»

Así se oye hablar á algunas gentes irritadas contra algunas familias entregadas á Jesucristo, y, sobre todo, contra las Santas

mujeres. En otras partes, la noticia es recibida de un modo mas conveniente; algunos se aterran, otros gimen secretamente, ó buscan algun amigo cuyos sentimientos sean conformes á los suyos, para poderse desahogar con él. Pocos son los que se atreven á espresar altamente el interes que tienen por Jesucristo.

No toda la ciudad está despierta aun; solo lo está en los sitios á donde los mensajeros llevan las convocaciones del Gran Pontífice, y á donde los fariseos van á buscar sus testigos. Parece que se ve en diferentes puntos de Jerusalen saltar chispas de odio y de furor, que corren por las calles, encontrándose con otras á las que se juntan, y creciendo sin cesar suben hasta Sion, y van á parar al tribunal de Caifás como un rio de fuego. Los soldados romanos no toman ninguna parte en este suceso. Pero sus puestos están reforzados y sus cohortes están reunidas, observando con cuidado lo que pasa. Están casi siempre en observacion en el tiempo de las fiestas de Pascua, á causa de la gran afluencia de estranjeros. Los judíos franquean los alrededores de sus cuerpos de guardia, porque los fariseos se incomodan

de tener que responder al *¿quién vive?* Los príncipes de los sacerdotes no se han descuidado en dar parte á Pilatos de la ocupacion de Ofel y de una parte de Sion. Pero entre ellos hay desconfianza recíproca. Pilatos no duerme; recibe partes y da órdenes. Su mujer está acostada; su sueño es profundo, pero agitado. Suspira y llora como si tuviera sueños penosos.

En ningun punto de la ciudad se toma una parte mas compasiva que en Ofel, en los padecimientos de Jesus, en casa de los pobres criados del templo y de los pobres jornaleros que habitan este sitio. ¡Han despertado súbitamente en medio de una noche tranquila, para contemplar á su Maestro, su bienhechor, el que los ha curado y consolado, lleno de injurias y de malos tratamientos! Despues han visto pasar á la dolorosa Madre de Jesus, y á su vista su afliccion se ha redoblado. Era un espectáculo que partia el corazon el ver á María y sus amigas andar por las calles á aquella hora llenas de afliccion y de angustias. Tienen que esconderse al acercarse una tropa grosera é insolente, porque las llenan de injurias como á mujeres de mala vida; con frecuencia oyen conversaciones llenas de

un deleite cruel que les atormenta el corazon, y rara vez una palabra de consuelo sobre Jesus. Al fin, al llegar á su casa, caen rendidas, llorando y juntando las manos; se sostienen y se abrazan, ó se sientan sobre las rodillas, la cabeza cubierta con un velo. Si llaman á la puerta, escuchan con inquietud. Llaman despacio y tímidamente; no es un enemigo el que así llama; abren temblando, es un amigo, ó el criado de un amigo de su Maestro. Se echan sobre él, le preguntan, y sus respuestas son nuevos dolores. No pueden sosegar, salen de nuevo á la calle, y vuelven con doble tristeza.

La mayor parte de los Apóstoles y de los discípulos andan asustados por los valles que rodean á Jerusalen, y se esconden en las grutas del monte de las Olivas. Tiemblan al encontrarse, se piden noticias en voz baja, y el menor ruido interrumpe sus tímidas comunicaciones. Mudan sin cesar de sitio, y se acercan á la ciudad. Muchos suben al monte de las Olivas; miran con inquietud las hachas que se ven cruzar por Sion; escuchan el ruido á lo lejos, se pierden en mil conjeturas diversas, y bajan al valle con la esperanza de saber alguna noticia positiva.

El ruido aumenta cada vez mas alrededor del tribunal de Caifás. Esta parte de la ciudad está inundada de luz con las hachas y los faroles. Alrededor de Jerusalen se oyen gritar los muchos animales que los estranjeros han traido para sacrificarlos. Inspiraba un sentimiento de compasion el balido de los innumerables corderos que debian ser inmolados en el templo al dia siguiente. Uno solo se deja sacrificar porque quiere, y no abre la boca, semejante á la oveja que llevan á la carnicería, al cordero que se calla en presencia del esquilador; este es el Cordero de Dios puro y sin mancha, es Jesucristo.

Sobre todas estas escenas se estiende un cielo cubierto de señales maravillosas; la luna, con un aspecto amenazador, está cubierta de manchas estrañas; parece que está alterada y tiembla de llegar á su plenitud, pues Jesus morirá en ese momento. Al Mediodía de la ciudad corre Judas Iscariote, agitado por su conciencia; solo, huyendo delante de su sombra, impulsado por el demonio. El infierno está desatado, y escita por todas partes á los pecadores. La rabia de Satanás se redobla para aumentar la carga del Cordero. Los Ángeles están entre el dolor

y la alegría; quisieran orar delante del Trono de Dios, y poder socorrer á Jesus; pero no pueden sino adorar en su admiracion el milagro de la justicia y de la misericordia divina, que estaba en el cielo desde la eternidad, y que comienza á cumplirse en el tiempo; pues los Ángeles tambien creen en Dios Pádre Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por el Espíritu Santo, y nació de Santa María Vírgen; que padecerá esta noche bajo Poncio Pilato; que mañana será crucificado; morirá y será enterrado; que subirá á los cielos, á donde está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso; desde allí ha de venir ha juzgar á los vivos y á los muertos; creen tambien en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia católica, la comunion de los Santos, el perdon de los pecados, la resurreccion de la carne y la vida eterna.

VI.

Jesus delante de Anás.

Á media noche Jesus fue introducido en el palacio de Anás, y lo llevaron á una sala

muy grande. En frente de la entrada estaba sentado Anás, rodeado de veintiocho consejeros. Su silla estaba elevada del suelo por algunos escalones. Jesus, rodeado aun de una parte de los soldados que lo habian arrestado, fue arrastrado por los alguaciles hasta los primeros escalones. El resto de la sala estaba lleno de soldados, de populacho, de criados de Anás, de falsos testigos, que fueron despues á casa de Caifás. Anás esperaba con impaciencia la llegada del Salvador. Estaba lleno de odio y de astucia, animado de una alegría cruel. Presidia un tribunal encargado de vigilar la pureza de la doctrina, y de acusar delante de los príncipes de los sacerdotes á los que la infringian. Jesus estaba de pie delante de Anás, pálido, desfigurado, silencioso, con la cabeza baja. Los alguaciles tenian la punta de las cuerdas que apretaban sus manos. Anás, viejo, flaco y seco, de barba clara, lleno de insolencia y de orgullo, se sentó con una sonrisa irónica, haciendo como que nada sabia y que estrañaba que Jesus fuese el preso que le habian anunciado. Hé aquí lo que dijo á Jesus, ó á lo menos el sentido de sus palabras: «¿Cómo, Jesus de Nazareth? Pues ¿á dónde están tus

discípulos y tus numerosos partidarios? ¿Á dónde está tu reino? Me parece que las cosas no se han vuelto como tú creias: han visto que ya bastaba de insultos á Dios y á los sacerdotes, de violaciones del sábado. ¿Quiénes son tus discípulos? ¿Á dónde están? ¿Callas? Habla, pues, agitador, seductor. ¿No has comido el cordero pascual de un modo inusitado, en un tiempo y en un sitio á donde no debias hacerlo? ¿Quieres tú introducir una nueva doctrina? ¿Quién te ha dado derecho para enseñar? ¿Á dónde has estudiado? Habla, ¿cuál es tu doctrina?»

Entonces Jesus levantó su cabeza cansada, miró á Anás, y dijo: «He hablado en público, delante de todo el mundo; he enseñado siempre en el templo y en las sinagogas, á donde se juntan los judíos. Jamás he dicho nada en secreto. ¿Por qué me interrogas? Pregunta á los que me han oido lo que les he dicho. Mira á tu rededor; ellos saben lo que he dicho.»

Á estas palabras de Jesus, el rostro de Anás espresó el resentimiento y el furor. Un infame ministro que estaba cerca de Jesus lo advirtió, y el miserable pegó, con su mano cubierta de un guante de hierro, una bofe-

tada en el rostro del Señor, diciendo: «¿Así respondes al Sumo Pontífice?» Jesus, empujado por la violencia del golpe, cayó de lado sobre los escalones, y la sangre corrió de su cara. La sala se llenó de murmullos, de risotadas y de ultrajes. Levantaron á Jesus, maltratándolo, y el Señor dijo tranquilamente: «Si he hablado mal, dime en qué: pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?»

Exasperado Anás por la tranquilidad de Jesus, mandó á todos los que estaban presentes que dijeran lo que le habian oido decir. Entonces se levantó una esplosion de clamores confusos y de groseras imprecaciones. «Ha dicho que era Rey; que Dios era su padre; que los fariseos eran unos adúlteros; subleva al pueblo; cura, en nombre del diablo, el sábado; los habitantes de Ofel le rodean con furor; le llaman su Salvador y su Profeta; se deja nombrar Hijo de Dios; se dice enviado por Dios; no observa los ayunos; come con los impuros, los paganos, los publicanos y los pecadores; hace sociedad con las mujeres de mala vida; acaba de decir delante de la puerta de Ofel á un hombre que le daba de beber, que Él le daria el agua de la vida eterna, despues de la cual nunca

tendria sed; seduce al pueblo con palabras de doble sentido, etc., etc.»

Todos estos cargos los hacian á la vez: los acusadores venian á echárselos en cara, mezclándolos con las mas groseras injurias, y los alguaciles le pegaban y lo empujaban, diciéndole que respondiera. Anás y sus consejeros añadian mil burlas á estos ultrajes, y le decian: «¡Esa es tu doctrina! ¿Qué respondes? Rey, da tus órdenes: enviado de Dios, enseña tu mision. ¿Quién eres tú? continuó Anás con una insolencia fria: ¿quién te ha enviado? ¿Eres el hijo de un carpintero oscuro, ó eres Elías, que ha sido elevado en un carro de fuego? Dicen que aun vive, y que tú puedes, á tu voluntad, hacerte invisible. Á lo menos es verdad que te has escapado con frecuencia. ¿Eres acaso Malaquías, cuyas palabras usas con frecuencia para prevalerte de ellas? Dicen que este Profeta no ha tenido padre; que habia sido un ángel, y que no se ha muerto. Buena ocasion para un embustero, de hacerse pasar por él. ¿Qué especie de Rey eres tú? Has dicho que eres mas que Salomon. No tengas cuidado; no te rehusaré mas tiempo el título de tu dignidad real.»

Entonces Anás pidió una especie de cartel, de una vara de largo y tres dedos de ancho; escribió en él una serie de grandes letras, cada una indicando una acusacion contra el Señor. Despues lo envolvió, y lo metió en una calabacita vacía, que tapó con cuidado y ató despues á una caña. Se la presentó á Jesus, diciéndole con ironía: «Este es el cetro de tu reino; ahí están reunidos tus títulos, tus dignidades y tus derechos. Llévalos al Sumo Sacerdote para que reconozca tu mision y te trate segun tu dignidad. Que le aten las manos á ese Rey, y que lo lleven delante del Sumo Sacerdote.»

Ataron de nuevo las manos á Jesus; sujetaron tambien con ellas el simulacro del cetro, que contenia las acusaciones de Anás, y condujeron á Jesus á casa de Caifás, en medio de la risa, de las injurias y de los malos tratamientos de la multitud.

La casa de Anás estaria á trescientos pasos de la de Caifás. El camino, que era á lo largo de paredes y de pequeños edificios dependientes del tribunal del Sumo Pontífice, estaba alumbrado con faroles y cubierto de judíos que vociferaban y se agitaban. Los soldados podian apenas abrir paso por medio

de la multitud. Los que habian ultrajado á Jesus en casa de Anás, repetian sus ultrajes delante del pueblo; y el Salvador fue injuriado y maltratado todo el camino. Vi hombres armados rechazar algunos grupos que parecian compadecer al Señor; dar dinero á los que se distinguian por su brutalidad con Jesus, y dejarlos entrar en el patio de Caifás.

VII.

Tribunal de Caifás.

Para llegar al tribunal de Caifás se atraviesa un primer patio esterior; despues se entra en otro patio, que llamaremos interior, y que rodea todo el edificio. La casa tiene doble de largo que de ancho. Delante hay una especie de vestíbulo descubierto, rodeado de tres órdenes de columnas, formando galerías cubiertas. En el cuarto, detras de columnas poco elevadas, hay una sala como la mitad del vestíbulo, á donde están las sillas de los miembros del Consejo, sobre una estrada formando herradura, elevada de muchos escalones. La silla del Sumo Sacerdote ocupa en el medio el lugar mas elevado. El

reo está en el centro del semicírculo. De un lado y de otro, y detras de él, está el sitio de los testigos y de los acusadores. Detras de los jueces hay tres puertas que comunican á otra sala redonda rodeada de sillas, á donde tienen lugar las deliberaciones secretas. Entrando en esta sala desde el tribunal, se encuentran á derecha é izquierda puertas que dan al patio interior, que tiene la forma redonda, como el esterior del edificio. Saliendo de la sala por la puerta de la derecha, se ve en el patio, á la izquierda, la entrada de una prision subterránea, que está debajo de esta última sala. Hay en ella muchos calabozos: Pedro y Juan pasaron una noche en uno de ellos cuando curaron al cojo del templo despues de Pentecostés.

Todo el edificio y los alrededores estaban llenos de hachas y faroles, y habia tanta claridad como si fuese de dia. En medio del vestíbulo estaba encendido un gran fuego en un hogar cóncavo, y á los lados habia dos conductos para el humo. El fuego estaba rodeado de soldados, de empleados subalternos y de testigos de la ínfima clase ganados con dinero. Entre ellos habia tambien mujeres que daban de beber á los soldados un

licor colorado, y les hacian cocer panes, que se los vendian. La mayor parte de los jueces estaban ya sentados alrededor de Caifás; los otros fueron llegando sucesivamente. Los acusadores y los falsos testigos llenaban el vestíbulo. Habia una inmensa multitud, que era menester contener por fuerza.

Un poco antes de la llegada de Jesus, Pedro y Juan, aun cubiertos del vestido de mensajeros, entraron en el patio esterior. Juan, con la ayuda de un empleado del tribunal que conocia, pudo penetrar hasta el segundo patio, cuya puerta cerraron detras de él á causa de la mucha gente. Pedro, que se habia quedado un poco detras, encontró la puerta cerrada, y la portera no quiso abrirle. No hubiera pasado mas adelante, á pesar de los esfuerzos de Juan, si Nicodemus y José de Arimatea, que llegaban en aquel instante, no le hubiesen hecho entrar con ellos. Los dos Apóstoles, habiendo devuelto los vestidos que les habian prestado, se pusieron en medio de la multitud que llenaba el vestíbulo, en un sitio donde podian ver á los jueces. Caifás estaba sentado en medio del semicírculo. Á su derredor estaban sentados setenta miembros del gran Con-

sejo. Á los lados estaban los funcionarios públicos, los ancianos, los escribas, y detras de ellos falsos testigos. Habia soldados colocados desde la entrada hasta el vestíbulo, por donde Jesus debia ser conducido.

Caifás era un hombre de apariencia grave: su semblante era ardiente y amenazador. Tenia una capa larga, colorada, pero de un color oscuro, adornada de flores y de galones de oro, cogida sobre el pecho y las espaldas, y cubierta por delante de chapas de un metal brillante. Su sombrero se parecia á una mitra de Obispo; á los lados tenia aberturas, por donde salian tiras de tela colgando. Caifás estaba allí hacia algun tiempo con sus consejeros. Su impaciencia y su rabia eran tales, que bajó de su sitio, corrió, vestido como estaba, al vestíbulo, y preguntó con ira si Jesus no llegaba. Viendo que ya se acercaba, se volvió á su sitio.

VIII.

Jesus delante de Caifás.

Jesus fue introducido en el vestíbulo, en medio de los clamores, de las injurias y de

los golpes. Le condujeron delante de los jueces: al pasar cerca de Juan y de Pedro, los miró sin volver la cabeza, para no denunciarlos. Apenas estuvo en presencia del Consejo, cuando Caifás esclamó: «¡Ya estás aquí, enemigo de Dios, que llenas de agitacion esta santa noche!» La calabaza que contenia las acusaciones de Anás fue desatada del cetro ridículo puesto entre las manos de Jesus. Despues que las leyeron, Caifás se desató en decir invectivas contra el Salvador: los alguaciles le pegaron y le empujaron con unos palos agudos, diciéndole: «Responde. Abre la boca. ¿No sabes hablar?» Caifás, con mas ira que Anás, hacia una porcion de preguntas á Jesus, que estaba tranquilo, paciente, con los ojos mirando al suelo. Los alguaciles querian obligarle á hablar, le empujaban, le pegaban, y un perverso le puso el dedo pulgar con fuerza en la boca, diciéndole que mordiera.

Pronto comenzó la audiencia de los testigos. Tan pronto el populacho, escitado, daba gritos tumultuosos, como se oia hablar á los mayores enemigos de Dios entre los fariseos y los saduceos reunidos en Jerusalen de todos los puntos del pais. Repetian las

acusaciones á que Él habia respondido mil veces: «Que curaba á los enfermos y echaba á los demonios por arte de estos; que violaba el sábado; que sublevaba al pueblo; que llamaba á los fariseos *raza de víboras* y *adúlteros;* que habia predicho la destruccion de Jerusalen; que frecuentaba los publicanos y los pecadores; que se hacia llamar *Rey*, *Profeta*, *Hijo de Dios;* que hablaba siempre de su Reino; que desechaba el divorcio; que se llamaba *Pan de vida*, etc.» Así sus palabras, sus instrucciones y sus parábolas eran desfiguradas, mezcladas con injurias, y presentadas como crímenes. Pero todos se contradecian y se perdian en sus relatos. El uno decia: «Se intitula *Rey.*» El otro: «No; solo se deja dar ese nombre, y cuando han querido proclamarlo Rey, se ha escondido.» Un tercero gritaba: «Dice que es Hijo de Dios.» Un cuarto: «Se llama Hijo porque cumple la voluntad del Padre.» Algunos decian que los habia curado, pero que habian vuelto á caer enfermos; que sus curas eran sortilegios. Habia muchas acusaciones y testimonios sobre el sortilegio. Los fariseos de Séforis, con los cuales habia disputado una vez sobre el divorcio, le acusaban de falsa doctrina: y un

jóven de Nazareth, que no habia querido admitir por discípulo, tenia la bajeza de atestiguar contra É l.

Sin embargo, no podian establecer ninguna acusacion bien fundada. Los testigos comparecian mas bien para decirle injurias en su presencia que para citar hechos. Se disputaban entre ellos, y mientras tanto Caifás y algunos miembros del Consejo no cesaban de injuriar á Jesus. «¿Qué Rey eres tú? Muéstranos tu poder; llama las legiones de ángeles de que has hablado en el jardin de las Olivas. ¿Qué has hecho del dinero de las viudas y de los locos que has seducido? Responde; habla delante del juez: ¿eres mudo? ¡Mas valia que te hubieras callado delante del pueblo y de la multitud de mujeres que doctrinabas! Allí hablabas demasiado.»

Todos estos discursos estaban acompañados de malos tratamientos de los empleados subalternos del tribunal. Solo por milagro pudo resistir á todo esto. Algunos miserables decian que era hijo ilegítimo: otros, al contrario, decian que su Madre habia sido una Vírgen piadosa en el templo, y que la habian visto casar con un hombre que temia á Dios. Reprocharon á Jesus y á sus discí-

pulos que no sacrificasen en el templo. En efecto; no he visto jamás que Jesus ó los Apóstoles llevasen víctimas al templo, escepto los corderos de la Pascua. Sin embargo, José y Ana, mientras vivieron, sacrificaron con frecuencia por Jesus. Esta acusacion no tenia ningun valor, pues los esenianos no hacian ningun sacrificio, y no estaban por ello sujetos á ninguna pena. Le hacian sin cesar la acusacion de sortilegio, y Caifás aseguró muchas veces que la confusion que reinaba en las deposiciones de los testigos era efecto de sus hechizos.

Algunos dijeron que habia comido la Pascua la víspera, que era contra la ley, y que el año anterior habia hecho ya innovaciones en la ceremonia. Pero los testigos se contradijeron tanto, que Caifás y los suyos estaban llenos de vergüenza y de rabia al ver que no podian justificar nada que tuviera algun fundamento. Nicodemus y José de Arimatea fueron citados á esplicarse sobre que habia comido la Pascua en una sala perteneciente á uno de ellos, y probaron con escritos antiguos que de tiempo inmemorial los galileos tenian el permiso de comer la Pascua un dia antes. Añadieron que la ceremo-

nia habia sido conforme á la ley, y que algunos empleados del templo habian concurrido. Esto descompuso á los jueces; pero, sobre todo, Nicodemus irritó mucho á los enemigos de Jesus cuando presentó en los archivos el derecho de los galileos. Este derecho les habia sido concedido, entre otros motivos, porque antiguamente habia una tal afluencia en el templo, que no se hubiera podido acabar para el sábado si se hubiese tenido que hacer todo en el mismo dia. Aunque los galileos no usaron siempre de este derecho, sin embargo, fue perfectamente establecido por los testos que citó Nicodemus; y el furor de los fariseos contra este último se acrecentó cuando dijo que el Consejo debia de estar ofendido por las chocantes contradicciones de todos esos testigos en un negocio emprendido con tanta precipitacion la noche, víspera de la fiesta mas solemne. Echaron á Nicodemus miradas llenas de furor, é hicieron continuar la audiencia de los testigos con mas precipitacion é impudencia. En fin, se presentaron dos, diciendo: «Jesus ha dicho: «Yo derribaré el tem»plo edificado por las manos de los hombres, »y en tres dias reedificaré uno que no estará

»hecho por mano de los hombres.» No estaban tampoco estos acordes. El uno decia que queria construir un nuevo templo, y que habia comido la nueva Pascua en otro edificio porque queria destruir el antiguo templo. Pero el otro decia que ese edificio estaba construido por mano de hombre, y que, por consiguiente, no podia haber hablado de ese.

Caifás estaba lleno de cólera, pues las crueldades ejercidas contra Jesus, las contradicciones de los testigos y la inefable paciencia del Salvador, producian una viva impresion sobre muchos de los asistentes. Algunas veces silbaban á los testigos. El silencio de Jesus inquietaba á algunas conciencias, y diez soldados se sintieron tan penetrados, que se retiraron bajo el pretesto de que estaban enfermos. Al pasar cerca de Pedro y de Juan, les dijeron: «Este silencio de Jesus el Galileo en medio de tan malos tratamientos, parte el corazon. Pero, decidnos, ¿á dónde debemos ir?» Los dos Apóstoles, desconfiando de ellos ó temiendo ser denunciados como discípulos de Jesus, ó ser reconocidos por algunos de los presentes, les respondieron con una mirada melancólica: «Si

la verdad os llama, dejaos conducir por ella; el resto, ello solo se hará.» Entonces aquellos hombres salieron de la ciudad; encontraron á otros que los condujeron al otro lado del monte de Sion, en las grutas del Mediodía de Jerusalen; hallaron en ellas muchos Apóstoles escondidos, que tuvieron miedo de ellos, y á los cuales anunciaron lo que le sucedia á Jesus.

Caifás, exasperado por los discursos contradictorios de los dos testigos, se levantó, bajó dos escalones, y dijo á Jesus: «¿No respondes tú nada á ese testimonio?» Estaba muy irritado porque Jesus no le miraba. Entonces los alguaciles, asiéndolo por los cabellos, le echaron la cabeza atras y le pegaron puñadas bajo la barba; pero sus ojos no se levantaron. Caifás elevó las manos con viveza, y dijo en tono de enfado: «Yo te conjuro por el Dios vivo que nos digas si eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios.» Habia un profundo silencio, y Jesus, con una voz llena de majestad indecible, con la voz del Verbo Eterno, dijo: «Yo lo soy, tú lo has dicho. Y yo os digo que vereis al Hijo del hombre sentado á la derecha de la Majestad Divina, viniendo sobre las nubes del cielo.»

Mientras que Jesus decia estas palabras, yo le vi resplandeciente: el cielo estaba abierto sobre Él, y en una intuicion que no puedo espresar, vi á Dios Padre Todopoderoso: vi tambien los Ángeles, y la oracion de los justos que subia hasta su Trono. Debajo de Caifás vi el infierno, como una esfera de fuego oscura llena de horribles figuras: Él estaba encima, y parecia separado solo por una gasa. Vi toda la rabia de los demonios concentrada en él. Toda la casa me pareció un infierno salido de la tierra. Cuando el Señor declaró solemnemente que era Él Cristo, Hijo de Dios, el infierno tembló delante de Él, y despues vomitó todos sus furores en aquella casa. Todo lo que veo me es mostrado con formas y figuras; este lenguaje es para mí mas exacto, mas breve y mas espresivo que otro, porque los hombres son formas y no son puras palabras y abstracciones. Vi la angustia y el furor de los infiernos manifestarse bajo mil formas horribles, que parecian salir de diversos sitios. Me acuerdo, entre otras cosas, de una multitud de pequeñas figuras negras, parecidas á perros, que corrian sobre las patas de atras, y estaban armados de uñas largas: yo no puedo

decir qué especie de mal me fue presentado bajo esta forma. Vi muchos espectros horrendos entrar en la mayor parte de los asistentes: algunas veces se sentaban sobre su cabeza ó sobre sus hombros. Vi en ese mismo momento figuras horribles salir de los sepulcros del otro lado de Sion. Yo creo que eran malos espíritus. Vi otras muchas apariciones alrededor del templo, y entre ellas muchas figuras que parecian arrastrar cadenas como cautivos. No sé si estas últimas eran tambien demonios ó almas que bajaban al limbo. Estas cosas no quisiera escandalizaran á los que las ignoran; pero se sienten cuando se ven, y los cabellos se erizan sobre la cabeza. Creo que Juan vió algo de este espectáculo, pues le oí hablar de él mas tarde. Todos los que no estaban enteramente reprobados, sintieron con un profundo terror todo lo que hubo de horrible en este instante, y los malos sintieron redoblar su odio y su furor.

Caifás, inspirado por el infierno, cogió el borde de su capa, lo cortó con su cuchillo, y lo rasgó con ruido, diciendo en alta voz: «¡Ha blasfemado! ¿para qué necesitamos testigos? ¿Habeis oido? Él blasfema: ¿cuál es vuestra sentencia?»

Entonces todos los asistentes gritaron con una voz terrible: «¡Es digno de muerte! ¡Es digno de muerte!»

Durante esta horrible gritería, el furor del infierno llegó á lo sumo. Los enemigos de Jesus estaban poseidos de Satanás, lo mismo que sus aduladores y sus agentes. Parecia que las tinieblas celebraban su triunfo sobre la luz. Todos los circunstantes que conservaban algo bueno fueron penetrados de tal horror, que muchos se cubrieron la cabeza y se fueron. Los testigos mas ilustres salieron con la conciencia agitada de la sala, donde ya no eran necesarios. Los otros se colocaron en el vestíbulo alrededor del fuego, donde les dieron dinero, de comer y de beber. El Sumo Sacerdote dijo á los alguaciles: «Os entrego este Rey; rendid al blasfemo los honores que merece.» En seguida se retiró con los miembros del Consejo á la sala redonda, situada detras del tribunal, donde no se podia ver desde el vestíbulo.

Juan, en medio de su profunda afliccion, se acordó de la pobre Madre de Jesus. Temió que la terrible noticia llegara á sus oidos de una manera mas dolorosa, por boca de un enemigo; miró al Señor, diciendo en

sí mismo: «Vos sabeis por qué me voy;» y se fue con la Vírgen, como si hubiese sido enviado por Jesus mismo. Pedro, lleno de inquietud y de dolor, y sintiendo mas vivamente el frio penetrante de la mañana, se acercó tímidamente á la lumbre donde se calentaba mucha canalla. No sabia qué hacerse, pero no podia alejarse de su Maestro.

IX.

Nuevos ultrajes en casa de Caifás.

Cuando Caifás salió de la sala del tribunal con los miembros del Consejo, una multitud de miserables se precipitó sobre nuestro Señor, como un enjambre de avispas irritadas. Mientras se hizo el interrogatorio de los testigos, los alguaciles y otros miserables habian arrancado puñados de la barba y del pelo de Jesus: toda aquella canalla le habia escupido, dado bofetadas, pegado con palos y pinchado con agujas. Ahora se entregaban sin freno á su rabia insana. Le ponian sobre la cabeza coronas de paja y de corteza de árbol, y se las volvian á quitar injuriándolo. Le decian: «Ve aquí el hijo de

David con la corona de su padre. — Ve aquí el que es mas que Salomon.—Es el Rey que hace una comida de boda para su hijo.» Así se burlaban de las verdades eternas, que Él presentaba en parábolas á los hombres que venia á salvar; y no cesaban de pegarle con los puños ó con palos, y de escupirle á la cara. Le pusieron otra vez una corona de paja, y le quitaron su vestidura. Le arrancaron tambien el escapulario que cubria su pecho, y le echaron sobre las espaldas una capa vieja hecha pedazos, que por delante le cubria apenas las rodillas; le pusieron al cuello una larga cadena de hierro, acabada en dos pesados anillos llenos de puntas que le ensangrentaban las rodillas cuando andaba. Le ataron de nuevo las manos sobre el pecho, le dieron una caña, y le escupieron á la cara. Habian vertido toda especie de inmundicias sobre su cabeza, sobre su pecho y sobre la parte superior de su ridícula capa. Le taparon los ojos con un trapo asqueroso, y le pegaban, diciendo: «Gran Profeta, adivina quién te ha pegado.» Jesus no abria la boca: pedia por ellos interiormente, y suspiraba. Habiéndole puesto en este estado, le arrastraron con la cadena

á la sala donde se habia retirado el Consejo. «Adelante el Rey de paja, gritaban pegándole con palos nudosos; debe presentarse en el Consejo con las insignias de respeto que ha recibido de nosotros.» Cuando entraron, redoblaron la burla y las alusiones sacrílegas á las cosas mas santas. Cuando le escupian y le echaban lodo en la cara, le decian: «Esta es tu uncion de Rey, tu uncion de Profeta. —¿Cómo te atreves á presentarte en ese estado delante del gran Consejo? Tú quieres siempre purificar á los otros, y tú mismo no estás purificado: pero ya vamos á limpiarte.» Entonces cogieron un vaso lleno de agua puerca é infecta, se lo vertieron sobre la cara y los hombros, haciendo alusion á la accion de Magdalena: «Esta es tu uncion preciosa, tu agua de nardo que costó treinta dineros: es tu bautismo de la piscina de Betesda.»

Esta última burla indicaba, sin intencion, la semejanza de Jesus con el cordero pascual; pues las víctimas de hoy habian sido lavadas primero en el estanque vecino de la puerta de las Ovejas, y despues las habian llevado á la piscina de Betesda, donde habian recibido una aspersion ceremonial antes de

ser sacrificadas en el templo. Ellos hacian solo alusion al enfermo de treinta y ocho años curado por Jesus cerca de la piscina de Betesda; pues yo vi á este hombre lavado ó bautizado en este sitio; digo lavado ó bautizado, porque esta circunstancia no está bien presente en mi memoria.

Despues arrastraron á Jesus alrededor de la sala, delante de los miembros del Consejo, que lo llenaban de insultos y de injurias. Vi que todo estaba lleno de figuras diabólicas; estaba todo tenebroso, desordenado y horrendo. Veia con frecuencia una luz alrededor de Jesus, desde que habia dicho que era el Hijo de Dios. Muchos de los circunstantes parecian tener un presentimiento de ello mas ó menos confuso; sentian con inquietud que todas las ignominias, todos los insultos no podian hacerle perder su indecible majestad. La luz que rodeaba á Jesus parecia redoblar el furor de sus ciegos enemigos.

X.

Negacion de Pedro.

Cuando Jesus respondió: «Yo lo soy;»

cuando Caifás rasgó su capa y se oyó el grito: «Es digno de muerte,» Pedro y Juan, que habian sufrido cruelmente con el triste espectáculo que habian tenido que contemplar en el silencio y la inaccion, sin proferir una palabra, no tuvieron fuerzas para estar mas tiempo. Juan fue á juntarse con la Madre de Jesus, que estaba con las Santas mujeres en casa de Marta. Pedro amaba demasiado á Jesus para dejarlo. Podia apenas contenerse, y lloraba amargamente, esforzándose en esconder sus lágrimas. No queriendo estar en el tribunal, á donde se hubiera descubierto, vino al vestíbulo, cerca de la lumbre, á donde los soldados y la gente del pueblo tenian discursos horribles sobre Jesus, contando las escenas que habian presenciado. Pedro estaba silencioso; pero su silencio mismo y su tristeza le hacian sospechoso. La portera se acercó á la lumbre: oyendo hablar de Jesus y de sus discípulos, miró á Pedro con descaro, y le dijo: «Tú eres tambien discípulo del Galileo.» Pedro, asustado, inquieto, temiendo ser maltratado por aquellos hombres groseros, respondió: «Mujer, no lo conozco; no sé lo que quieres decir.» Entonces se levantó, y queriendo deshacerse de aquella compañía,

salió del vestíbulo: era el momento en que el gallo cantaba delante de la ciudad. No me acuerdo de haberlo oido, pero tuve un presentimiento de ello. Al salir, otra criada le miró, y dijo á los que estaban cerca: «Este estaba tambien con Jesus de Nazareth;» y los que estaban á su lado le dijeron tambien: «¿No eras tú uno de sus discípulos?» Pedro, asustado, hizo nuevas protestas, y dijo: «En verdad, yo no era su discípulo; no conozco á ese hombre.»

Atravesó el primer patio, y vino al del esterior. Lloraba, y su ansiedad y su tristeza eran tan grandes, que se acordaba de lo que acababa de decir. Habia en el patio esterior mucha gente; algunos subian á las paredes para oir algo: habia tambien amigos y discípulos de Jesus que la inquietud habia hecho salir de las cavernas de Hinnom. Se acercaron á Pedro, y le hicieron preguntas; pero estaba tan agitado, que les aconsejó en pocas palabras que se retirasen, porque corrian peligro. En seguida se alejó de ellos, y ellos salieron para volver á su retiro. Eran diez y seis, entre los cuales se hallaban Bartolomé, Natanael, Saturnino, Judas Barsabás, Simeon, que fue Obispo de Jerusalen, Zaqueo

y Manahem, el ciego de nacimiento curado por Jesus.

Pedro no podia hallar reposo, y su amor á Jesus le llevó de nuevo al patio interior que rodea el edificio. Le dejaron entrar, porque José de Arimatea y Nicodemus le habian introducido al principio. No entró en el vestíbulo, pero volvió á la derecha, y entró en la sala redonda situada detras del tribunal, en donde la canalla paseaba á Jesus en medio de las voces. Pedro se acercó tímidamente, y aunque vió que lo observaban como un hombre sospechoso, su inquietud le llevó en medio de la multitud, que se agolpaba á la puerta para mirar. Llevaban á Jesus con su corona de paja sobre la cabeza: echó sobre Pedro una mirada triste y casi severa, y Pedro fue penetrado de dolor. Mas como no habia reprimido su miedo y oia decir á algunos: «¿quién es ese hombre?» volvió al patio. Y como tambien le observaban, se acercó á la lumbre y se sentó algun tiempo. Pero algunas personas que habian observado su agitacion se pusieron á hablarle de Jesus en términos injuriosos. Una de ellas le dijo: «Tú eres uno de sus partidarios; tú eres Galileo; tu acento te hace conocer.» Como

Pedro procuraba retirarse, un hermano de Malco, acercándose á él, le dijo: «¿No eres tú el que yo he visto con ellos en el jardin de las Olivas y que ha cortado la oreja á mi hermano?»

Pedro, en su ansiedad, perdió casi el uso de la razon; se puso á hacer juramentos execrables, y á jurar que no conocia á ese hombre, y corrió fuera del vestíbulo al patio interior. Entonces el gallo cantó segunda vez, y Jesus, conducido á la prision por medio del patio, se volvió á mirar á Pedro con dolor y compasion. Las palabras de Jesus: «Antes que el gallo cante dos veces, me has de negar tres,» le vinieron á la memoria con una fuerza terrible. Habia olvidado la promesa dada á su Maestro de morir antes que negarlo, y el aviso amenazador que le habia merecido; pero cuando Jesus le miró, sintió cuán enorme era su culpa, y su corazon se partió. Habia negado á su Maestro cuando estaba cubierto de ultrajes, entregado á jueces inicuos, paciente y silencioso en medio de los tormentos; penetrado de arrepentimiento, volvió al patio esterior con la cabeza cubierta y llorando amargamente. Ya no temia que le interpelaran: ahora hubiera dicho á

todo el mundo quién y cuán culpable era.

¿Quién se atreverá á decir que, en medio de tantos peligros, agitacion, angustia, entregado á una lucha tan violenta entre el amor y el temor, oprimido de cansancio inaudito y de un dolor capaz de quitar el juicio, con la naturaleza ardiente y sencilla de Pedro, hubiera sido mas fuerte que él? El Señor lo abandonó á su propia fuerza, y fue débil como todos los que olvidan esta palabra: «Velad y orad para no caer en tentacion.»

XI.

María en casa de Caifás.

La Vírgen Santísima estaba constantemente en comunicacion espiritual con Jesus; María sabia todo lo que le sucedia, y sufria con Él. Estaba como Él en oracion continua por sus verdugos; pero su corazon materno gritaba tambien á Dios para que no dejara cumplirse este crímen, para que apartara esos dolores de su Santísimo Hijo, y tenia un deseo irresistible de acercarse á Jesus. Cuando Juan llegó á casa de Lázaro y le contó el horrible espectáculo á que habia asistido, le

pidió, con Magdalena y algunas de las Santas mujeres, que la condujera cerca del sitio á donde Jesus sufria. Juan, que no habia dejado á su divino Maestro mas que para consolar á la que estaba mas cerca de su corazon despues de Él, condujo á las Santas mujeres por las calles alumbradas por la luna, encontrando gente que se volvia á su casa. Iban con la cabeza cubierta; pero sus sollozos atrajeron sobre ellas la atencion de algunos grupos, y tuvieron que oir palabras injuriosas contra el Salvador. La Madre de Jesus contemplaba interiormente el suplicio de su Hijo, y lo conservaba en su corazon como todo lo demas; sufria en silencio como Él, y mas de una vez cayó sin conocimiento. Una de las veces que estaba sin conocimiento en los brazos de las Santas mujeres, debajo de un portal de la villa interior, algunas gentes bien intencionadas que volvian de la casa de Caifás la reconocieron, y se pararon un instante llenos de compasion sincera, y la saludaron con estas palabras: «¡Oh desgraciada Madre, oh infeliz Madre, oh Madre rica de dolores del Santo Israel!» María volvió en sí, y les dió las gracias cordialmente, y despues continuó su triste camino.

Conforme se acercaban á la casa de Caifás, pasaron del lado opuesto á la entrada y encontraron un nuevo dolor, pues tuvieron que atravesar un sitio donde estaban trabajando en la cruz de Jesus debajo de una tienda. Los enemigos de Jesus habian mandado preparar una cruz luego que lo cogieron, á fin de ejecutar la sentencia así que fuese pronunciada por Pilatos, porque querian presentarle el Salvador muy temprano. Los romanos habian preparado ya las cruces de los dos ladrones. Los obreros maldecian á Jesus porque tenian que trabajar por la noche, y sus palabras atravesaron el corazon de su Madre, la cual pidió por aquellos ciegos que preparaban con maldiciones el instrumento de su redencion y del suplicio de su Hijo.

María, acompañada de las Santas mujeres y de Juan, atravesó el patio esterior y se detuvo á la entrada del interior. María deseaba que le abrieran la puerta, porque sentia que ella sola la separaba de su Hijo, que al segundo canto del gallo habia sido conducido á un calabozo que estaba debajo de la casa. La puerta se abrió, y Pedro se precipitó á fuera, las manos estendidas delante, la cabeza cubierta y llorando amargamente. Co-

nació á Juan y á la Vírgen á la luz de las hachas y de la luna: fue como si su conciencia, despertada por la mirada del Hijo, se presentara ahora á Él en la persona de la Madre. María le dijo: «Simon, ¿qué ha sido de Jesus, mi Hijo?» y estas palabras penetraron hasta lo íntimo de su alma. No pudo resistir su mirada, y se volvió torciéndose las manos; pero María se fue á él, y le dijo con una profunda tristeza: «Simon, hijo de Juan, ¿no me respondes?» Entonces Pedro esclamó llorando: «¡Oh Madre, no me hables! Lo han condenado á muerte, y yo lo he negado tres veces vergonzosamente.» Juan se acercó para hablarle; pero Pedro, como fuera de sí, huyó del patio y se fue á la caverna del monte de las Olivas, á donde las manos de Jesus orando se habian impreso sobre la piedra. Yo creo que en esta misma caverna lloró nuestro padre Adan cuando vino sobre la tierra cargado de la maldicion divina.

La Vírgen Santísima tenia el corazon partido con este nuevo dolor de su Hijo, negado por el discípulo que lo habia reconocido el primero como hijo de Dios vivo; cayó cerca de la puerta sobre la piedra en que se apoyaba, y la marca de su mano ó de su pie

se imprimió en la piedra. Las puertas del patio se quedaron abiertas á causa de la multitud que se retiraba despues de la prision de Jesus, y cuando la Vírgen volvió en sí, deseó acercarse á su Hijo. Juan la condujo delante del sitio á donde el Señor estaba encerrado. María estaba en espíritu con Jesus, y Jesus estaba con María; pero esta tierna Madre queria oir los suspiros de su Hijo: María los oyó con las injurias de los que le rodeaban. Las Santas mujeres no podian estar allí mucho tiempo sin ser vistas; Magdalena mostraba una desesperacion demasiado esterior y muy violenta, y aunque la Vírgen en lo mas profundo de su dolor conservaba una dignidad y una decencia estraordinarias, tuvo que oir estas crueles palabras: «¿No es la madre del Galileo? Su hijo será ciertamente crucificado; pero no antes de la fiesta, á no ser que sea el mayor de los criminales.» Entonces se fue hasta la lumbre que estaba en el vestíbulo, á donde habia aun un resto de populacho; en el sitio á donde Jesus habia dicho que era el Hijo de Dios y á donde los hijos de Satanás habian gritado: «¡Es digno de muerte!» Allí perdió el conocimiento, y Juan y las Santas mujeres se la lleva-

ron mas muerta que viva. La gente no dijo nada, y guardó un estraño silencio: parecia que un espíritu celestial habia atravesado el infierno.

Volvieron á pasar por el sitio á donde se preparaba la cruz. Los obreros no podian acabarla, como los jueces no podian concordar con la sentencia. Sin cesar tenian que traer otra madera, porque tal ó tal pieza no servia ó se rompia, hasta que las especies de madera fuesen combinadas del modo que Dios queria. Vi que los Ángeles los obligaban á empezar de nuevo, hasta que la cosa fuese hecha como estaba marcado; pero no recuerdo bien distintamente esta vision.

XII.

Jesus en la cárcel.

Jesus estaba encerrado en un pequeño calabozo de bóveda, del cual se conserva todavía una parte. Dos de los cuatro alguaciles se quedaron con Él, pero pronto los relevaron otros. No le habian devuelto aun sus vestidos; solo estaba cubierto con la capa ridícula que le habian puesto: le habian atado de nuevo las manos.

Cuando el Salvador entró en la cárcel, pidió á su Padre celestial que aceptara todos los malos tratamientos que habia sufrido y que tenia que sufrir, como un sacrificio expiatorio por sus verdugos y por todos los hombres, que, sufriendo iguales padecimientos, se dejaran llevar de la impaciencia ó la cólera. Los verdugos no le dieron un solo instante de reposo. Lo ataron en medio del calabozo á un pilar, y no le permitieron que se apoyara; de modo que apenas podia tenerse sobre sus pies cansados, heridos é hinchados. No cesaron de insultarlo y de atormentarlo, y cuando los dos de guardia estaban cansados, los relevaban otros, que inventaban nuevas crueldades.

No puedo contar lo que esos hombres crueles hicieron sufrir al Santo de los Santos: estoy muy mala, y estaba casi muerta á esta vista. ¡Ah! ¡qué vergonzoso es para nosotros que nuestra flaqueza no pueda decir ú oir sin disgusto y sin repugnancia la historia de los innumerables ultrajes que el Redentor ha padecido por nuestra salvacion! Nos sentimos penetrados de un horror igual al de un asesino obligado á poner su mano sobre las heridas de su víctima. Jesus lo su-

frió todo sin abrir la boca; y eran los hombres, los pecadores los que ejercian su rabia sobre su hermano, su Redentor y su Dios. Yo soy tambien una pobre pecadora, y tambien soy la causa de todo esto. El dia del juicio, cuando todo se manifieste, veremos todos la parte que hemos tomado en el suplicio del Hijo de Dios por los pecados que no cesamos de cometer, y que son un consentimiento y una participacion en los malos tratamientos que esos miserables dieron á Jesus. ¡Ah! si reflexionáramos, repetiríamos mas seriamente estas palabras que se hallan en algunos libros de oraciones: «Señor, haced que muera, antes que ofenderos con un solo pecado.»

Jesus en su prision pedia sin cesar por sus verdugos; y como al fin le dejaron un instante de reposo, lo vi apoyado sobre el pilar, y todo rodeado de luz. El dia comenzaba á venir, el dia de su Pasion, el dia de nuestra redencion; y un rayo de luz caia trémulo por el respiradero del calabozo sobre nuestro Cordero Pascual cubierto de heridas. Jesus elevó sus manos atadas hácia la luz que venia, y dió gracias á su Padre en alta voz de la manera mas tierna, por el don de ese dia que los Patriarcas habian deseado

tanto, por el cual Él mismo habia suspirado con tanto ardor desde su llegada á la tierra en que habia dicho á sus discípulos: «Debo ser bautizado con otro bautismo, y estoy en la impaciencia hasta que se cumpla.» He orado con Él, pero no puedo referir su oracion; tal era lo abatida y lo mala que estaba: cuando daba gracias por aquel terrible dolor que sufria tambien por mí, yo no podia hacer mas que decir sin cesar: «¡Ah! dadme, dadme vuestros dolores: ellos me pertenecen; son el precio de mis pecados.» Jesus saludaba el dia con una accion de gracias tan tierna, que yo estaba como abatida de amor y de compasion, y repetia cada una de sus palabras como un niño. Era un espectáculo que rompia el corazon verlo acoger así el primer rayo de luz del grande dia de su sacrificio. Parecia que ese rayo venia hácia Él como un juez que viene á visitar á un condenado en la cárcel para reconciliarse con él antes de la ejecucion. Los alguaciles, que parecian haberse dormido un instante, se despertaron y le miraron con sorpresa, pero no le interrumpieron. Estaban admirados y asustados. Jesus estuvo poco mas de una hora en esta prision.

Mientras Jesus estaba en el calabozo, Judas, que habia andado errando como un desesperado, en el valle de Hinnom, se acercó al tribunal de Caifás. Tenia todavía colgadas á su cintura las treinta monedas, precio de su traicion. Todo estaba en el mayor silencio, y preguntó á los guardias de la casa, sin hacerse conocer, qué harian con el Galileo. Ellos le dijeron: «Ha sido condenado á muerte, y será crucificado.» Oyó á otras personas hablar entre sí de las crueldades ejercidas contra Jesus, de su paciencia, del juicio solemne que debia pronunciarse al amanecer delante del gran Consejo. Mientras él recogia estas noticias, amaneció, y comenzaron á hacer diversos preparativos en el tribunal. Judas se retiró detras del edificio para no ser visto, pues huia de los hombres como Cam, y la desesperacion dominaba cada vez mas á su alma. Pero el sitio á donde se habia refugiado era en donde habian trabajado la cruz: las diversas piezas de que se componia estaban puestas en órden, y los obreros dormian junto á ellas. Judas se sobresaltó, y huyó: habia visto el instrumento del suplicio, al cual habia vendido al Señor. Se escondió en los alrededores, esperan-

do la conclusion del juicio de la mañana.

XIII.

Juicio de la mañana.

Al amanecer, Caifás, Anás, los ancianos y los escribas se juntaron de nuevo en la grande sala del tribunal para pronunciar un juicio en forma: pues no era conforme á la ley que juzgaran por la noche: podia haber solo una instruccion preparatoria, á causa de la urgencia. La mayor parte de los miembros habian pasado el resto de la noche en casa de Caifás, á donde les habian preparado camas. Muchos, como Nicodemus y José de Arimatea, vinieron al amanecer. La asamblea era numerosa, y habia en todos sus movimientos mucha precipitacion. Como querian condenar á Jesus á muerte, Nicodemus, José y algunos otros se opusieron á sus enemigos, y pidieron que se difiriera el juicio hasta despues de la fiesta, por miedo de que sucediera algun tumulto con esta ocasion: añadieron que no se podia fundar un juicio sobre las acusaciones presentadas ante el tribunal, porque todos los testigos se contra-

decian. Los príncipes de los sacerdotes y sus adeptos se irritaron y dieron á entender claramente á los que los contradecian que siendo ellos mismos sospechosos de ser favorables á las doctrinas del Galileo, les disgustaba ese juicio, porque los comprendia tambien. Hasta quisieron escluir del Consejo á todos los que eran favorables á Jesus: estos últimos, declarando que no tomarian ninguna parte en todo lo que pudieran decidir, salieron de la sala y se retiraron al templo. Desde aquel dia no volvieron á entrar en el Consejo. Caifás ordenó que trajeran á Jesus delante de los jueces, y que se preparasen á conducirlo á Pilatos inmediatamente despues del juicio. Los alguaciles se precipitaron en tumulto en la cárcel, desataron las manos de Jesus, le arrancaron la capa vieja con que lo habian cubierto, le obligaron á ponerse su túnica, toda cubierta de las inmundicias que le habian echado, le ataron cordeles al medio del cuerpo, y le condujeron fuera del calabozo. Todo esto se hizo precipitadamente, y con una horrible brutalidad. Jesus fue conducido entre los soldados, ya juntos delante de la casa, y cuando apareció á sus ojos, semejante á una víctima que llevan al sacrifi-

cio, horriblemente desfigurado por los malos tratamientos, vestido solo con su túnica manchada, el asco les inspiró nuevas crueldades; pues la compasion no se hallaba en el duro corazon de estos judíos.

Caifás, lleno de rabia contra Jesus, que se presentaba delante de él en un estado tan deplorable, le dijo: «Si tú eres el ungido por Dios, si eres el Mesías, dínoslo.» Jesus levantó la cabeza, y dijo con una santa paciencia y grave solemnidad: «Si os lo digo, no me creereis; y si os interrogo, no me respondereis, ni me dejareis marchar; pero desde ahora el Hijo del hombre estará sentado á la derecha del poder de Dios.» Se miraron entre ellos, y dijeron á Jesus: «¿Tú eres, pues, el Hijo de Dios?» Jesus, con la voz de la verdad eterna, respondió: «Vos lo decís: yo lo soy.» Al oir esto, gritaron todos: «¿Para qué queremos mas pruebas? Hemos oido la blasfemia de su propia boca.»

Al mismo tiempo prodigaban á Jesus palabras de desprecio: «¡Ese miserable, decian, ese vagabundo, ese mendigo de baja estraccion, que quiere ser su Mesías y sentarse á la derecha de Dios!» Le mandaron atar de nuevo y poner una cadena al cuello, como

hacian con los condenados á muerte, para conducirlo á Pilatos. Habian enviado ya un mensajero á este para avisarle que estuviera pronto á juzgar un criminal, porque debian darse prisa á causa de la fiesta. Hablaban entre sí con indignacion de la precision que tenian de ir al gobernador romano para que ratificase la condena: porque en las materias que no concernian á sus leyes religiosas y las del templo, no podian ejecutar la sentencia de muerte sin su participacion. Lo querian hacer pasar por un enemigo del Emperador, y bajo este aspecto principalmente la condenacion era de jurisdiccion de Pilatos. Los soldados estaban ya formados delante de la casa; habia tambien muchos enemigos de Jesus y mucho populacho. Los príncipes de los sacerdotes y una parte del Consejo iban delante; detras el Salvador rodeado de soldados: el pueblo cerraba la marcha. En este órden bajaron de Sion á la parte inferior de la ciudad, y se dirigieron al palacio de Pilatos. Una parte de los sacerdotes que habian asistido al Consejo se fueron al templo á ocuparse de las ceremonias del dia.

XIV.

Desesperacion de Judas.

Mientras conducian á Jesus á casa de Pilatos, el traidor Judas oyó lo que se decia en el pueblo, y entendió palabras semejantes á estas: «Lo conducen á Pilatos; el gran Consejo ha condenado al Galileo á muerte; debe ser crucificado; no lo dejarán vivo; ya lo han maltratado de un modo terrible; tiene una paciencia escesiva; no responde nada; ha dicho solo que era el Mesías, y que estaria sentado á la derecha de Dios; por eso le crucificarán; si no hubiera dicho eso, no hubiesen podido condenarle á muerte; el pícaro que le ha vendido era su discípulo, y poco antes habia comido con Él el cordero pascual; yo no quisiera haber tomado parte en esa accion; que el Galileo sea lo que quiera, al menos no ha conducido á la muerte á un amigo suyo por el dinero: ¡verdaderamente ese miserable merecia ser crucificado!» Entonces la angustia, el arrepentimiento y la desesperacion luchaban en el alma de Judas. Echó á huir. El peso de las treinta monedas,

colgadas á su cintura, era para él como una espuela del infierno: le cogió con la mano, á fin de que no le impidiese para correr. Corria con toda su fuerza; no detras de Jesus para echarse á sus pies y pedir perdon al Redentor misericordioso; no para morir con Él; no para confesar, lleno de arrepentimiento, su crímen delante de Dios, sino para expiar lejos de Él, en presencia de los hombres, su crímen y el precio de su traicion. Corrió como un insensato hasta el templo, donde muchos miembros del Consejo se habian reunido despues del juicio de Jesus. Se miraron atónitos; y con una risa de desprecio lanzaron una mirada altanera sobre Judas, que, fuera de sí, arrancó de su cintura las treinta piezas, y presentándoselas con la mano derecha, dijo con una voz desesperada: «Tomad vuestro dinero, con el cual me habeis hecho vender al Justo; tomad vuestro dinero, y dejad á Jesus; rompo nuestro pacto; he pecado librando la sangre del inocente.» Los sacerdotes le despreciaron: retiraron sus manos del dinero que les presentaba, para no manchárselas tocando la recompensa del traidor, y le dijeron: «¡Qué nos importa que hayas pecado! Si crees haber

vendido la sangre inocente, es negocio tuyo: nosotros sabemos lo que hemos comprado, y lo hallamos digno de muerte. Tú tienes tu dinero: no queremos oir hablar de él, etc.» Le hablaron en el tono de una persona que quiere librarse de un importuno, y se alejaron de él. Estas palabras dieron á Judas tal rabia y tal desesperacion, que estaba como fuera de sí: sus cabellos se le erizaban sobre la cabeza; rasgó el cinturon á donde estaban las monedas, las tiró en el templo, y huyó fuera del pueblo.

Lo vi correr de nuevo como un insensato en el valle de Hinnom: Satanás, bajo una forma horrible, estaba á su lado, y le decia al oido, para llevarle á la desesperacion, todas las maldiciones de los Profetas sobre este valle, á donde los judíos habian sacrificado sus hijos á los ídolos. Parecia que todas sus palabras lo designaban, como por ejemplo: «Saldrán y verán los cadáveres de los que han pecado contra mí, cuyos gusanos no morirán, cuyo fuego no se apagará.» Despues repetia á sus oidos: «Cain, ¿dónde está tu hermano Abel? ¿qué has hecho? Su sangre me grita: eres maldito sobre la tierra; estás errante y fugitivo.» Cuando llegó al torrente

de Cedron y vió el monte de las Olivas, empezó á temblar; volvió los ojos, y oyó de nuevo estas palabras: «Amigo mio, ¿qué vienes á hacer? ¡Judas, tú libras al Hijo del hombre con un beso!» Penetrado de horror hasta el fondo de su alma, su razon comenzó á perderse, y el enemigo le dijo al oido: «Por aquí pasó David huyendo de Absalon: Absalon murió colgado de un árbol; David ha hablado de ti cuando ha dicho: «Me han devuelto el mal por el bien, el odio por el amor. »Que Satanás esté siempre á su derecha; »cuando lo juzguen, que sea condenado; que »sus dias sean abreviados, y que otro reciba »su episcopado; el Señor se acordará de la »iniquidad de sus padres, y el pecado de su »madre no será borrado; porque ha perseguido al pobre sin misericordia, y ha librado á muerte el afligido. Ha querido la maldicion: ella caerá sobre él: se ha cubierto de »la maldicion como de un vestido: ha penetrado como el agua en sus entrañas, como el »aceite en sus huesos: ella le rodea como un »vestido ó como un cinturon de que está ceñido.» Judas, entregado á esos horribles pensamientos, llegó al pie de la montaña de los Escándalos, á un lugar pantanoso, lleno

de escombros y de inmundicias: el ruido de la ciudad llegaba de cuando en cuando á sus oidos con mas fuerza, y Satanás le decia: «Ahora le llevan á la muerte; tú le has vendido; ¿sabes tú lo que hay en la ley? El que vendiere un alma entre sus hermanos los hijos de Israel, y recibiere el precio, debe ser castigado de muerte. ¡Acaba contigo, miserable, acaba!» Entonces Judas, desesperado, cogió su cinturon y se colgó de un árbol que crecia en un bajo y que tenia muchos troncos: cuando se hubo ahorcado, su cuerpo reventó, y sus entrañas se esparcieron por el suelo.

XV.

Jesus conducido á presencia de Pilatos.

Condujeron el Salvador á Pilatos por en medio de la parte mas frecuentada de la ciudad. Bajaron la montaña de Sion por el lado del Norte, atravesaron una calle estrecha situada en lo bajo, y se dirigieron por el valle de Ancra á lo largo de la parte occidental del templo, hácia el palacio y el tribunal de Pilatos, situado al Nordeste del templo,

en frente de una grande plaza. Caifás, Anás y muchos miembros del gran Consejo marchaban delante con sus vestidos de fiesta; les seguian un gran número de escribas y de judíos, entre los cuales estaban todos los falsos testigos y los perversos fariseos que habian tomado la mayor parte en la acusacion de Jesus. Á poca distancia seguia el Salvador, rodeado de soldados y de los seis agentes que habian asistido á su arresto, y conducido por los alguaciles. El pueblo afluia de todos lados, y se juntaba á ellos con gritos é imprecaciones; los grupos se atropellaban en el camino.

Jesus estaba solo cubierto de su vestido interior, todo lleno de inmundicias; su larga cadena rodeada al cuello le heria en las rodillas cuando andaba; sus manos estaban atadas como la víspera, y los alguaciles le llevaban con cuerdas atadas á la cintura. Iba desfigurado por los ultrajes de la noche, pálido, la cara ensangrentada, y las injurias y los malos tratamientos continuaban sin cesar. Habian reunido mucha gente para aparentar su entrada del Domingo de Ramos. Lo llamaban *Rey*, por burla; echaban delante de sus pies piedras, palos y pedazos de tra-

pos; se burlaban de mil maneras de su entrada triunfal.

No lejos de la casa de Caifás esperaba la Madre de Jesus, arrimada al ángulo de una casa, con Juan y Magdalena. Su alma estaba siempre con Jesus; sin embargo, cuando podia acercarse á Él corporalmente, el amor no la dejaba reposo, y la arrastraba tras los pasos de Jesus. Despues de su visita nocturna al tribunal de Caifás, habia estado algun tiempo en el Cenáculo, sumergida en un dolor silencioso; despues que Jesus fue sacado de la prision para ser presentado de nuevo á los jueces, se levantó, se puso su velo y su capa, y saliendo la primera, dijo á Magdalena y á Juan: «Sigamos á mi Hijo en casa de Pilatos; le quiero ver con mis propios ojos.» Se fueron á un sitio por donde debia pasar, y esperaron. La Madre de Jesus sabia bien lo que sufria su Hijo; pero su vista interior no le podia ver tan desfigurado y tan golpeado como estaba por la crueldad de los hombres, porque sus dolores le aparecian calmados por un rayo de santidad, de paciencia y de amor; y la terrible realidad se presentó á su vista. Primero eran los orgullosos enemigos de Jesus, los sacerdotes del verdadero

Dios, revestidos de sus trajes de fiesta, con sus proyectos decididos y su alma llena de malicia y de mentira. ¡Terrible espectáculo! Los sacerdotes de Dios se habian vuelto sacerdotes de Satanás. En seguida venian los falsos testigos, los acusadores sin fe, el pueblo con sus clamores; en fin, Jesus, el Hijo del hombre, el Hijo de María, el Hijo de Dios, atado, abofeteado, empujado, arrastrado, cubierto de una lluvia de injurias y de maldiciones. ¡Ah! si no hubiera sido el mas lastimoso, el mas abandonado, el que oraba solo y amaba en esta tempestad del infierno desencadenado, su Madre no lo hubiera jamás conocido en este estado. Cuando se acercó, esclamó sollozando: «¡Ah! ¿es este mi Hijo? ¡Ah! es mi Hijo; ¡oh Jesus, Jesus mio!» Al pasar delante de ellos, Jesus la miró con ternura, y Ella cayó sin conocimiento. Juan y Magdalena se la llevaron. Pero apenas volvió en sí, se hizo conducir por Juan al palacio de Pilatos.

Jesus debia probar en el camino cómo los amigos nos abandonan en la desgracia; pues los habitantes de Ofel estaban juntos á la orilla del camino, y cuando le vieron en un estado de abatimiento, su fe se alteró, no

pudiendo representarse así el Rey, el Profeta, el Mesías, el Hijo de Dios. Los fariseos se burlaban de ellos á causa de su amor á Jesus, y les decian: «Ved á vuestro Rey, saludadle. ¿No le decís nada ahora que va á su coronacion, antes de subir al trono? Sus milagros se han acabado; el Sumo Sacerdote ha dado fin á sus sortilegios;» y otros discursos de esta suerte. Estas pobres gentes, que habian recibido tantas gracias y tantos beneficios de Jesus, se resfriaron con el terrible espectáculo que les daban las personas mas reverenciadas del pais, los príncipes, los sacerdotes y el Sanhedrin. Los mejores se retiraron dudando; los peores se juntaron al pueblo en cuanto les fue posible; pues los fariseos habian puesto guardias para mantener algun órden.

XVI.

Palacio de Pilatos y sus alrededores.

Al pie del ángulo Noroeste de la montaña del templo está situado el palacio del gobernador romano Pilatos. Está bastante elevado, pues se sube á él por muchos escalones

de mármol, y domina una plaza espaciosa, rodeada de galerías ocupadas por mercaderes; un cuerpo de guardia y cuatro entradas al Poniente, al Levante, al Norte y al Mediodía, interrumpen esta plaza, que se llama el Forum. Esta plaza está mas elevada que las calles que salen de ella; el Palacio de Pilatos está separado de ella por un patio espacioso. Este patio tiene por puerta al Oriente un claustro que da sobre una calle que conduce á la puerta de las Ovejas y al monte de las Olivas; al Poniente tiene otro claustro, por donde se va á Sion, por el barrio de Ancra. Desde la escalera de Pilatos se ve por cima del patio el Forum, á cuya entrada hay columnas y bancos de piedra vueltos al palacio. Los sacerdotes judíos no pasaron de estos bancos para no contaminarse entrando en el tribunal de Pilatos. Cerca de la puerta occidental del patio está construido un cuerpo de guardia, que se junta al Norte con la plaza, al Mediodía con el Pretorio de Pilatos, formando una especie de vestíbulo entre la plaza y el Pretorio. Se llamaba *Pretorio* la parte del palacio á donde Pilatos celebraba juicios. El cuerpo de guardia estaba rodeado de columnas; en el centro habia un

espacio á cielo descubierto, y debajo habia prisiones donde estaban los dos ladrones. Habia muchos soldados romanos. No lejos de ese cuerpo de guardia, cerca de las galerías que lo rodeaban, se elevaba sobre la plaza misma la columna á donde Jesus fue atado; hay otras diversas en el recinto de la plaza; las que están mas cerca sirven para imponer castigos corporales, y las que están mas lejos, para atar los animales de venta. En frente del cuerpo de guardia, sobre la plaza, hay una elevacion con algunos bancos de piedra; es como un tribunal. Desde ese sitio, llamado *Galbata*, Pilatos pronuncia sus juicios solemnes. La escalera de mármol que sube al palacio conduce á una azotea descubierta, desde donde Pilatos habla á los acusadores sentados sobre los bancos de piedra, á la entrada de la plaza. Pueden conversar hablando alto y distintamente.

Detras del palacio de Pilatos hay otras azoteas mas altas, con jardines y una casa de recreo. Estos jardines unen el palacio del gobernador con la habitacion de su mujer, que se llama Claudia Proela. Detras de estas habitaciones está un foso que las separa de

la montaña del templo. Al lado de la parte oriental del palacio de Pilatos está el tribunal del viejo Herodes, á donde los Santos Inocentes fueron degollados en un patio interior. Ha habido algun cambio en las distribuciones; la entrada está puesta de otro modo. Por aquel lado de la ciudad hay cuatro calles; tres conducen al palacio de Pilatos y á la plaza, y la cuarta pasa al Norte de la plaza y conduce á la puerta por la cual se va á Bethsur. Cerca de esta puerta está la hermosa casa que posee Lázaro en Jerusalen, á donde Marta tiene tambien una habitacion. La calle que está mas cerca del templo de esas cuatro es la que viene de la puerta de las Ovejas, cerca de la cual se halla, entrando á la derecha, la piscina de las Ovejas. Esta piscina está apoyada á la muralla, y rodeada de algunas habitaciones. En ella se lavan primero los corderos antes de conducirlos al templo: se lavan segunda vez solemnemente en la piscina de Betesda, al Mediodía del templo. En la segunda calle está una casa que perteneció á Santa Ana, Madre de María, donde habitaban Ella y su familia, y preparaban las víctimas cuando venian á Jerusalen para las fiestas. En esta misma casa,

si no me equivoco, se celebró el casamiento de José y de María.

La plaza, como he dicho, está mas elevada que las calles, y en estas hay conductos de agua que van á la piscina de las Ovejas. Hay una plaza igual sobre el monte de Sion, delante del antiguo castillo de David. El Cenáculo está cerca al Sudoeste, y al Norte están los tribunales de Anás y de Caifás. El castillo de David es una fortaleza abandonada, con patios, salas y cuadras vacías que se alquilan á las caravanas para ponerse á cubierto. Este edificio está desierto hace mucho tiempo; lo vi en ese estado antes del nacimiento de Jesucristo. Los tres Reyes Magos, con sus numerosas caballerías, fueron conducidos á este castillo al entrar en la ciudad.

Cuando veo en los tiempos antiguos palacios y templos servir á usos tan viles, me acuerdo siempre de lo que sucede tambien en nuestro tiempo, á donde tantas obras magníficas de la piedad y de la fe de otra época, tantas iglesias y tantos conventos están destruidos y arruinados, ó empleados en usos mundanos, si no criminales. La pequeña iglesia de mi convento, que era para mí el

ciclo sobre la tierra, y á donde el Salvador en el Santísimo Sacramento se complacia en habitar con nosotros, pobres pecadores, está ahora sin techo y sin ventanas. Han quitado todas las puertas sepulcrales que en ella habia. Nuestro pobre claustro, donde era yo mas feliz con mi silla rota en la celda que el Rey sobre un trono, pues veia la parte de la iglesia donde estaba el Santísimo Sacramento, ¿á dónde estará nuestro pobre claustro dentro de algun tiempo? Pronto no se sabrá en qué sitio tantas almas consagradas á Dios han rezado durante muchos años por el mundo entero y por las pobres almas abandonadas. Pero Dios lo sabrá, pues no hay olvido en Él; lo pasado y lo futuro están presentes á su mente; y así como me hace asistir á todos los acontecimientos pasados, así todo el bien hecho en sitios olvidados, todo el mal cometido en sitios profanados, están siempre vivos para el dia en que habrá que dar cuenta y en que todo se pagará rigurosamente. Delante de Dios no hay distincion de sitios ni de personas; tiene cuenta hasta de la viña de Nabot. He oido decir que nuestro convento fue fundado por dos pobres religiosas con un cántaro de aceite y un saco

de habas. Todos los intereses bien ganados de ese capital serán contados el dia del juicio. Dicen con frecuencia que una pobre alma está en pena por dos monedas injustamente adquiridas y no restituidas; que Dios conceda el reposo eterno á los que nunca se han apropiado los bienes de los pobres y de la Iglesia.

XVII.

Jesus delante de Pilatos.

Eran poco mas ó menos las seis de la mañana, segun nuestro modo de contar, cuando la tropa que conducia á Jesus llegó delante del palacio de Pilatos. Anás, Caifás y los miembros del Consejo se pararon en los bancos que estaban entre la plaza y la entrada del tribunal. Jesus fue arrastrado hasta la escalera de Pilatos. Pilatos estaba sobre la azotea avanzada, recostado sobre una especie de sofá, y delante tenia una mesa de tres pies. Á sus lados tenia oficiales y soldados; cerca de él estaban elevadas las insignias del poder romano. Cuando vió llegar á Jesus en medio de un tumulto tan grande, se

levantó y habló á los judíos con aire de desprecio, como lo podria hacer un orgulloso general francés á los diputados de una pobre ciudad alemana. «¿Qué venís á hacer tan temprano? ¿Cómo habeis puesto á ese hombre en tal estado? ¿Comenzais tan temprano á desollar vuestras víctimas?» Ellos gritaron á los verdugos: «¡Adelante, conducidlo al tribunal!» y despues respondieron á Pilatos: «Escuchad nuestras acusaciones contra ese pícaro: nosotros no podemos entrar en el tribunal para no volvernos impuros.» Cuando hubieron proferido estas palabras en alta voz, un hombre de grande estatura y de un aspecto venerable gritó en medio del pueblo que se agrupaba detras de ellos en la plaza: «No, no debeis entrar en ese tribunal, pues está santificado con la sangre inocente; Él solo puede entrar; Él solo entre los judíos está puro, como los inocentes que fueron degollados ahí.» Habiendo hablado así con mucha energía, se perdió en la multitud. Se llamaba Sadoch. Era un hombre rico, primo de Obed, el marido de Serafia, llamada despues Verónica; dos hijos suyos fueron del número de los Santos inocentes degollados por órden de Herodes en el patio del tribu-

nal. Desde aquel dia habia renunciado al mundo, y su mujer y él habian vivido en la continencia, como lo hacian los Esenianos. Habia visto y oido á Jesus una vez en casa de Lázaro. Cuando le vió arrastrar tan miserablemente al pie de la escalera de Pilatos, un vivo recuerdo de sus hijos sacrificados se despertó en su corazon, y dió ese testimonio manifiesto de la inocencia del Salvador. Los acusadores de Jesus estaban irritados de su altivez para con ellos y de la humilde actitud que tenian que guardar en su presencia, para poder ocuparse de la esclamacion de Sadoch.

Los alguaciles hicieron subir á Jesus los escalones de mármol, y lo condujeron así detras de la azotea desde donde Pilatos hablaba á los sacerdotes judíos. Pilatos habia oido hablar mucho de Jesus. Al verle tan horriblemente desfigurado por los malos tratamientos, y conservando siempre una admirable espresion de dignidad, su desprecio hácia los príncipes de los sacerdotes se redobló; les dió á entender que no estaba dispuesto á condenar á Jesus sin pruebas, y les dijo con tono imperioso: «¿De qué acusais á este hombre?» Ellos le respondieron: «Si no

fuera un malhechor, no os lo hubiéramos presentado. — Tomadle, replicó Pilatos, y juzgadle segun vuestra ley.» Los judíos le dijeron: «Vos sabeis que nuestros derechos son muy limitados en materia de pena capital.» Los enemigos de Jesus estaban llenos de violencia y de precipitacion; querian acabar con Jesus antes del tiempo legal de la fiesta, para poder sacrificar el cordero pascual. No sabian que el verdadero Cordero Pascual era el que habian conducido al tribunal del juez idólatra, en el cual temian contaminarse.

Cuando el gobernador romano les mandó que presentasen sus acusaciones, lo hicieron de tres principales, apoyada cada una por diez testigos, y se esforzaron sobre todo en hacer ver á Pilatos que Jesus habia violado los derechos del Emperador. Le acusaron primero de ser un seductor del pueblo, que perturbaba la paz pública y escitaba á la sedicion, y presentaron algunos testimonios. Dijeron despues que tenia grandes reuniones de hombres; que violaba el sábado, y que curaba el sábado. Aquí Pilatos los interrumpió con tono de burla: «Vosotros no estais enfermos sin duda, porque, si no, no estaríais

tan encolerizados contra esas curas.» Añadieron que seducia al pueblo con horribles doctrinas, que decia que debian comer su carne y beber su sangre para alcanzar la vida eterna. Pilatos miró á sus oficiales sonriéndose, y dirigió á los judíos estas palabras picantes: «Parece que vosotros quereis seguir tambien su doctrina y alcanzar la vida eterna, pues quereis comer su carne y beber su sangre.»

La segunda acusacion era que Jesus escitaba al pueblo á no pagar el tributo al Emperador. Aquí Pilatos, lleno de cólera, los interrumpió con el tono de un hombre encargado especialmente de esto, y les dijo: «Es un grandísimo embuste; yo debo saber eso mejor que vosotros.» Entonces los judíos pasaron á la tercera acusacion. «Este hombre oscuro, de baja estraccion, se ha hecho un gran partido, y ha predicho la desgracia para Jerusalen; esparce por el pueblo parábolas de doble sentido sobre un Rey que prepara las bodas de su hijo. Un dia, la multitud que él habia juntado sobre una montaña, ha querido hacerlo Rey; pero ha pensado que era demasiado pronto, y se ha escondido. En los últimos dias se ha mostrado

mas: ha hecho una entrada tumultuosa en Jerusalen, haciendo gritar: «¡*Hosanna* al Hijo »de David! ¡Bendito sea el reino de nuestro »padre David, que llega!» Se ha hecho dar los honores reales, pues ha enseñado que era el Cristo, el ungido del Señor, el Mesías, el Rey prometido á los judíos, y se hace llamar así.» Esto fue tambien apoyado por diez testigos.

Cuando dijeron que Jesus se hacia llamar el Cristo, el Rey de los judíos, Pilatos pareció pensativo. Fue desde la azotea á la sala del tribunal que estaba al lado, echó al pasar una mirada atenta sobre Jesus, y mandó á los guardas que se lo condujeran á la sala. Pilatos era un pagano supersticioso, de un espíritu ligero y fácil de perturbar. Habia oido hablar de los hijos de sus dioses que habian vivido sobre la tierra: tampoco ignoraba que los Profetas de los judíos les habian anunciado desde mucho tiempo un ungido del Señor, un Rey libertador y Redentor, y que muchos judíos lo esperaban. Tambien sabia que habian venido Reyes del Oriente á ver al viejo Herodes, para rendir homenage á un Rey recien nacido de los judíos, y que Herodes en esta ocasion habia mandado de-

gollar un gran número de niños. Habia oido hablar de estas tradiciones sobre un Mesías, un Rey de los judíos; pero no las creia, como buen pagano; y si hubiese querido formarse una idea de ellas, se hubiera figurado un Rey victorioso y poderoso, como lo hacian los judíos instruidos de su tiempo y los herodianos. Por eso le pareció tan ridículo que acusaran á aquel hombre que se le presentaba en tal estado de abatimiento, y de haberse tenido por ese Mesías y por ese Rey. Pero como los enemigos de Jesus habian presentado esto como un ataque á los derechos del Emperador, mandó traer al Salvador á su presencia para interrogarle.

Pilatos miró á Jesus con admiracion, y le dijo: «¿Tú eres, pues, el Rey de los judíos?» Y Jesus respondió: «¿Lo dices tú por ti mismo, ó porque otros te lo han dicho de mí?» Pilatos, picado de que Jesus pudiera creerle bastante estravagante para hacer por sí mismo una pregunta tan rara, le dijo: «¿Soy yo acaso un judío para ocuparme de semejantes necedades? Tu pueblo y sus sacerdotes te han entregado á mis manos, porque has merecido la muerte. Dime lo que has hecho.» Jesus le dijo con majestad: «Mi reino no es

de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, yo tendria servidores que combatirian por mí para no dejarme caer en las manos de los judíos; pero mi reino no es de este mundo.» Pilatos se sintió perturbado con estas graves palabras, y le dijo con un tono mas serio: «¿Tú eres Rey?» Jesus respondió: «Como tú lo dices, yo soy Rey. He nacido y he venido á este mundo para dar testimonio de la verdad. El que es de la verdad, escucha mi voz.» Pilatos le miró, y dijo levantándose: «¡La verdad! ¿Qué es la verdad?» Hubo otras palabras, de que no me acuerdo bien.

Pilatos volvió á la azotea: no podia comprender á Jesus; pero veia bien que no era un Rey que pudiera dañar al Emperador, pues no queria ningun reino de este mundo. Y el Emperador se inquietaba poco de los reinos del otro mundo. Y así gritó á los príncipes de los sacerdotes desde lo alto de la azotea: «No hallo ningun crímen en este hombre.» Los enemigos de Jesus se irritaron, y por todas partes salió un torrente de acusaciones contra Él. Pero el Salvador estaba silencioso, y oraba por los pobres hombres: y cuando Pilatos se volvió hacia Él

diciéndole: «¿No respondes nada á esas acusaciones?» Jesus no dijo una palabra. De modo que Pilatos, sorprendido, le volvió á decir: «Yo veo bien que no dicen mas que mentiras contra ti.» Pero los acusadores continuaron hablando con furor, y dijeron: «¡Cómo! ¿no hallais crímen en Él? ¿Acaso no es un crímen el sublevar al pueblo y estender su doctrina en todo el pais, desde la Galilea hasta aquí?»

Al oir la palabra *Galilea*, Pilatos reflexionó un instante, y dijo: «¿Este hombre es Galileo y súbdito de Herodes?—Sí, respondieron ellos: sus padres han vivido en Nazareth, y su habitacion actual es Cafarnaum. —Si es súbdito de Herodes, replicó Pilatos, conducidlo delante de él: ha venido aquí para la fiesta, y puede juzgarle.» Entonces mandó conducir á Jesus fuera del tribunal, y envió un oficial á Herodes para avisarle que le iban á presentar á Jesus de Nazareth, súbdito suyo. Pilatos estaba satisfecho con evitar así la obligacion de juzgar á Jesus, pues era negocio desagradable para él. Deseaba tambien hacer una fineza á Herodes, pues estaba reñido con él, y queria ver á Jesus.

Los enemigos del Salvador, furiosos de ver que Pilatos los echaba así en presencia de todo el pueblo, hicieron recaer su rencor sobre Jesus. Lo ataron de nuevo, y lo arrastraron, llenándolo de insultos y de golpes en medio de la multitud que cubria la plaza hasta el palacio de Herodes, que no estaba muy distante. Algunos soldados romanos se habian juntado á la escolta.

Claudia Proela, mujer de Pilatos, le mandó á decir que deseaba muchísimo hablarle; y mientras conducian á Jesus á casa de Herodes, subió secretamente á una galería elevada, y miraba la escolta con mucha agitacion y angustia.

XVIII.

Orígen del Via-Crucis.

Mientras esta discusion, la Madre de Jesus, Magdalena y Juan estuvieron en una esquina de la plaza, mirando y escuchando con un profundo dolor. Cuando Jesus fue conducido á Herodes, Juan condujo á la Vírgen y á Magdalena por todo el camino que habia seguido Jesus. Así volvieron á casa

de Caifás, á casa de Anás, á Ofel, á Getsemaní, al jardin de las Olivas; y en todos los sitios á donde el Señor se habia caido ó habia sufrido, se paraban en silencio, lloraban y sufrian con Él. La Vírgen se prosternó mas de una vez y besó la tierra en los sitios en donde Jesus se habia caido. Magdalena se retorcia las manos, y Juan lloraba, las consolaba, las levantaba, y las conducia mas lejos. Este fue el principio del *Via-Crucis* y de los honores rendidos á la Pasion de Jesus aun antes que se cumpliera. La meditacion de la Iglesia sobre los dolores de su Redentor comenzó en la flor mas santa de la humanidad, en la Madre virginal del Hijo del hombre. ¡Oh qué compasion! ¡Con qué fuerza el filo de la espada penetró en su corazon! María, que lo habia llevado en su seno, que lo habia alimentado con su pecho; esta bienaventurada criatura que habia oido real y sustancialmente al Verbo de Dios, Dios mismo desde el principio, que lo habia concebido, llevado y sentido vivir en Ella, antes que los hombres recibieran su bendicion, su doctrina y la salvacion, participaba de todos los padecimientos de Jesus y de su deseo ardiente de rescatar á los hombres con

sus dolores y su muerte. Así la Vírgen pura y sin mancha consagró para la Iglesia el *Via-Crucis*, para recoger en todos los sitios como piedras preciosas los inagotables méritos de Jesucristo, para recogerlos como flores sobre el camino, y ofrecerlos á su Padre celestial por todos los que tienen fe.

El dolor habia puesto á Magdalena como fuera de sí. Tenia un inmenso amor á Jesus; y aun cuando hubiera querido poner su alma á sus pies como el bálsamo sobre su cabeza, un abismo horrible se abria entre ella y su amante. Su arrepentimiento y su gratitud no tenian límites, y cuando queria elevar hácia Él su amor, como el humo del incienso, veia á Jesus maltratado, conducido á la muerte á causa de sus culpas, que habia tomado sobre sí. Entonces sus pecados la penetraban de horror; su alma se la partia, y vacilaba entre el amor, el arrepentimiento, la gratitud: el aspecto de la gratitud de su pueblo; y todos esos sentimientos se espresaban en su conducta, en sus palabras y en sus movimientos.

Juan amaba y sufria. Conducia por la primera vez á la Madre de Dios por el camino de la cruz á donde la Iglesia debia seguirla, y el porvenir se le aparecia.

XIX.

Pilatos y su mujer.

Mientras conducian á Jesus en casa de Herodes, yo vi á Pilatos con su mujer Claudia Proela. Fueron juntos á una casita situada sobre una elevacion del jardin, detras del Palacio. Claudia estaba agitada y muy conmovida. Era una mujer alta y bella, pero pálida. Llevaba un velo echado atras; sin embargo, se veian sus cabellos colocados en derredor de su cabeza, con algunos adornos; tenia pendientes, un collar, y sobre el pecho una especie de corchete que sostenia su largo vestido. Habló mucho tiempo con Pilatos; le rogó por todo lo que le era mas sagrado que no hiciese mal ninguno á Jesus, el Profeta, el Santo de los Santos, y le contó algo de las visiones maravillosas que habia tenido acerca de Jesus la noche precedente.

Mientras hablaba, yo vi la mayor parte de esas visiones; pero no me acuerdo bien de qué modo se seguian. Ella vió las principales circunstancias de la vida de Jesus: la Anunciacion de María, la Natividad, la Ado-

racion de los pastores y de los Reyes, la profecía de Simeon y de Ana, la huida á Egipto, la tentacion en el desierto, etc. Se le apareció siempre rodeado de luz, y vió la malicia y la crueldad de sus enemigos bajo las formas mas horribles; vió sus padecimientos infinitos, su paciencia y su amor inagotables, la santidad y los dolores de su Madre. Estas visiones le causaron mucha inquietud y mucha tristeza; pues todos esos objetos eran nuevos para ella, estaba suspensa y pasmada, y veia muchas de esas cosas, como, por ejemplo, la degollacion de los inocentes y la profecía de Simeon, que sucedian cerca de su casa. Yo sé bien hasta qué punto un corazon compasivo puede estar atormentado por esas visiones, pues el que ha sentido una cosa debe comprender lo que sienten los demas.

Habia sufrido toda la noche, y visto mas ó menos claramente muchas verdades maravillosas, cuando la despertó el ruido de la tropa que conducia á Jesus. Cuando miró hácia aquel lado, vió al Señor, el objeto de todos esos milagros que le habian sido revelados, desfigurado, herido, maltratado por sus enemigos. Su corazon se trastornó á esta

vista, y mandó en seguida llamar á Pilatos, y le contó en medio de su agitacion lo que le acababa de suceder. Ella no comprendia todo, y no podia espresarlo bien; pero rogaba, suplicaba, instaba á su marido del modo mas tierno.

Pilatos estaba atónito y perturbado; unia lo que le decia su mujer con lo que habia recogido de un lado y de otro acerca de Jesus, se acordaba del furor de los judíos, del silencio de Jesus y de sus maravillosas respuestas á sus preguntas. Estaba agitado é inquieto; cedió á los ruegos de su mujer, y le dijo: «He declarado que no hallaba ningun crímen en ese hombre. No le condenaré; he reconocido toda la malicia de los judíos.» Le habló tambien de lo que le habia dicho Jesus; prometió á su mujer no condenar á Jesus, y le dió una prenda como garantía de su promesa. No sé si era una joya, un anillo ó un sello. Así se separaron.

Pilatos era un hombre corrompido, indeciso, lleno de orgullo, y al mismo tiempo de bajeza: no retrocedia ante las acciones mas vergonzosas cuando encontraba en ellas su interes, y al mismo tiempo se dejaba llevar por las supersticiones mas ridículas cuando

estaba en una posicion difícil. En esta circunstancia estaba apurado, y consultaba sin cesar á sus dioses, á los cuales ofrecia incienso en un lugar secreto de su casa, pidiéndoles señales. Una de sus prácticas supersticiosas era ver comer á los pollos; pero todas estas cosas me parecian tan horribles, tan tenebrosas y tan infernales, que yo volvia la cara con horror. Sus pensamientos eran confusos, y Satanás le inspiraba tan pronto un proyecto como otro. Primero queria libertar á Jesus como inocente, despues temia que sus dioses se vengaran de él; Pilatos, libertando á Jesus, le parecia una especie de semidios que podia hacerle daño. «Quizás, se decia á sí mismo, es una especie de Dios de los judíos; hay muchas profecías de un Rey de los judíos que debe reinar en todo el mundo; ese es el Rey que los Magos de Oriente han venido á buscar aquí; podria quizás elevarse sobre mis dioses y mi Emperador, y yo tendria una gran responsabilidad si no muere. Quizás su muerte será el triunfo de mis dioses.» En seguida las visiones maravillosas de su mujer le venian al pensamiento, y tenian un gran peso en la balanza en favor de la libertad de Jesus. Acabó

decidiéndose por esta última opinion. Queria ser justo, pero no podia serlo, pues habia preguntado: «¿qué es la verdad?» y no habia esperado la respuesta: «la verdad es Jesus de Nazareth, Rey de los judíos.» La mayor confusion reinaba en sus ideas, y él mismo no sabia lo que queria, pues, si no, no hubiera consultado á los pollos.

El pueblo se aglomeraba sobre la plaza y en la calle por donde debian conducir á Jesus á casa de Herodes. Los grupos se formaban con cierto órden, segun el sitio de donde cada uno habia venido á la fiesta, y los fariseos, los mas rencorosos de todos los lugares á donde Jesus habia enseñado, estaban con sus compatriotas trabajando y escitando á los indecisos contra Jesus. Los soldados romanos eran numerosos en el cuerpo de guardia del palacio de Pilatos; todos los puestos importantes de la ciudad estaban tambien ocupados por ellos.

XX.

Jesus delante de Herodes.

El palacio del Tetrarca Herodes estaba

situado al Norte de la plaza, en la parte nueva de la ciudad: no estaba lejos del de Pilatos. Una escolta de soldados romanos, la mayor parte originarios de los paises situados entre la Suiza y la Italia, se habia juntado á la de los judíos, y los enemigos de Jesus, furiosos por los paseos que les hacian dar, no cesaban de ultrajar al Salvador y de maltratarlo. Herodes, habiendo recibido el aviso de Pilatos, estaba esperando en una sala grande, sentado sobre almohadas que formaban una especie de trono. Muchos cortesanos y militares estaban á su lado. Los príncipes de los sacerdotes entraron y se pusieron á los lados; Jesus se quedó en la puerta. Herodes estaba muy lisonjeado al ver que Pilatos le reconocia, en presencia de los sacerdotes judíos, el derecho de juzgar á un Galileo. Tambien se alegraba de ver en su presencia, en un estado de abatimiento, ese Jesus que nunca se habia dignado presentársele. Juan habia hablado de Jesus en términos tan magníficos y habia recibido tantas relaciones acerca de Él de parte de los herodianos y de todos sus espías, que su curiosidad estaba muy escitada. Se preparaba á hacerle sufrir un interrogatorio delante de

los cortesanos y de los príncipes de los sacerdotes, para mostrar su instruccion. Pilatos le mandó á decir que no habia hallado ningun crímen en aquel hombre, y el hipócrita creyó que era un aviso para que tratase con desprecio á los acusadores, lo que aumentó el furor de estos. Así que entraron, presentaron tumultuosamente las acusaciones; pero Herodes miraba á Jesus con curiosidad, y cuando le vió tan desfigurado, cubierto de golpes, con el pelo en desórden, la cara ensangrentada, su vestido manchado, aquel príncipe voluptuoso y sin energía sintió una compasion mezclada de disgusto. Profirió el nombre de Dios, volvió la cara con repugnancia, y dijo á los sacerdotes: «Llevadlo, limpiadlo; ¿cómo podeis traer á mi presencia un hombre tan asqueroso y tan lleno de heridas?» Los alguaciles llevaron á Jesus al vestíbulo, trajeron agua en un baño, y lo limpiaron, sin cesar de maltratarlo.

Herodes reprendió á los sacerdotes por su crueldad; parecia que queria imitar la conducta de Pilatos, pues tambien les dijo: «Ya se ve que ha caido entre las manos de los carniceros; comenzais las inmolaciones antes de tiempo.» Los príncipes de los sacer-

dotes reproducian con empeño sus quejas y sus acusaciones. Cuando volvieron á presentar á Jesus delante de él, Herodes, queriendo aparentar compasion, mandó que le trajeran un vaso de vino para reparar sus fuerzas; pero Jesus meneó la cabeza y no quiso beber. Herodes habló con énfasis y largamente; repitió á Jesus todo lo que sabia de Él, le hizo muchas preguntas y le pidió que hiciera un prodigio. Jesus no respondia una palabra, y estaba delante de él con los ojos bajos, lo que irritó á Herodes. Sin embargo, no quiso que lo notaran, y continuó sus preguntas. Primero quiso adularlo: «Tengo pena de ver qué acusaciones tan graves pesan sobre ti; he oido hablar mucho de ti; sabes que me has ofendido en Tirza cuando has libertado sin mi permiso los presos que yo habia hecho allí; pero lo habrás hecho con buena intencion. Ahora que el gobernador romano te envia á mí para juzgarte, ¿qué tienes que responder á todas esas acusaciones? ¿Te callas? Me han hablado mucho de la sabiduría de tus discursos y de tus doctrinas; quisiera oirte responder á tus acusadores. ¿Qué dices? ¿Es verdad que eres el Rey de los judíos? ¿Eres tú el Hijo de Dios?

¿Quién eres? Dicen que has hecho grandes milagros; haz alguno delante de mí. De mí depende el darte la libertad. ¿Es verdad que has dado la vista á ciegos de nacimiento, resucitado á Lázaro de entre los muertos y dado de comer á millares de hombres con unos cuantos panes? ¿Por qué no respondes? Créeme: haz alguno de tus prodigios; eso te será útil.» Como Jesus continuaba callando, Herodes siguió hablando con mas volubilidad: «¿Quién eres tú? ¿Quién te ha dado ese poder? ¿Por qué no lo posees ya? ¿Eres tú ese hombre cuyo nacimiento se cuenta de una manera maravillosa? Reyes del Oriente han venido á mi padre para ver un Rey de los judíos recien nacido: ¿es verdad, como lo dicen, que ese niño eras tú? ¿Te has escapado de la muerte que fue dada á tantos niños? ¿Cómo ha sucedido eso? ¿Cómo se ha pasado tanto tiempo sin hablar de ti? ¡Responde! ¿Qué especie de Rey eres tú? ¡En verdad que no veo nada de régio en ti! Dicen que hace poco te han conducido en triunfo hasta el templo; ¿qué significaba eso? ¡Habla, pues! ¡Respóndeme!»

Todo ese flujo de palabras no obtuvo ninguna respuesta de parte de Jesus. Me fue

esplicado que Jesus no le habló porque estaba escomulgado, á causa de su casamiento adúltero con Herodiada, y de la muerte de Juan Bautista. Anás y Caifás se aprovecharon del enfado que le causaba el silencio de Jesus, y comenzaron otra vez sus acusaciones: añadieron que habia llamado á Herodes una zorra; que habia trabajado mucho tiempo en el abatimiento de su familia; que habia querido establecer una nueva religion, y que habia celebrado la Pascua la víspera. Herodes, aunque irritado contra Jesus, era siempre fiel á sus proyectos políticos. No queria condenar á Jesus porque sentia ante él un terror secreto, y tenia con frecuencia remordimientos de la muerte de Juan Bautista; ademas, detestaba á los príncipes de los sacerdotes, que no habian querido escusar su adulterio, y lo habian escluido de los sacrificios á causa de ese crímen.

Y, sobre todo, no queria condenar al que Pilatos habia declarado inocente, y era conveniente mostrarse obsequioso hácia el gobernador en presencia de los príncipes de los sacerdotes. Llenó á Jesus de desprecios, y dijo á sus criados y á sus guardias, cuyo número se elevaba á doscientos en su pala-

cio: «Coged á ese insensato, y rendid á ese Rey burlesco los honores que merece; es mas bien un loco que un criminal.»

Condujeron al Salvador á un grande patio, á donde lo llenaron de malos tratamientos y de escarnio. Este patio estaba formado por las alas del palacio, y Herodes los miró algun tiempo desde lo alto de una azotea. Anás y Caifás lo escitaron otra vez á condenar á Jesus; pero Herodes les dijo, de modo que lo oyesen los romanos: «Seria un crímen para mí el juzgarlo.» Queria decir sin duda: «Un crímen contra el juicio de Pilatos, que ha tenido la política de mandármelo.»

Los príncipes de los sacerdotes y los enemigos de Jesus, viendo que Herodes no queria entrar en su modo de ver, enviaron algunos de los suyos al barrio de Ancra, para decir á muchos fariseos que habia en él que se juntaran con sus partidarios á los alrededores del palacio de Pilatos: distribuyeron tambien dinero á la multitud para escitarla á pedir tumultuosamente la muerte de Jesus. Otros se encargaron de amenazar al pueblo con la ira del cielo, si no obtenian la muerte de aquel blasfemo sacrílego. Debian añadir

que si Jesus no moria, se uniria á los romanos para esterminar á los judíos, y que ese era el imperio de que habia hablado siempre. Ademas, esparcian la voz de que Herodes le habia condenado, pero que el pueblo debia espresar su voluntad; que se temia á los partidarios de Jesus; que si le ponian en libertad, la fiesta seria turbada por ellos y por los romanos, con cuya ayuda ejercerian una cruel venganza. Esparcieron tambien los rumores mas contradictorios y los mas propios para inquietar, á fin de irritar y de sublevar al pueblo. Algunos de ellos, mientras tanto, daban dinero á los soldados de Herodes para que maltratasen á Jesus hasta hacerle morir, pues deseaban que perdiese la vida antes que Pilatos le diese la libertad (1). Lo empujaron en el patio, y uno de ellos trajo un gran saco blanco que estaba en el cuarto del portero, y que habia tenido algodon. Le hicieron un agujero con una espada, y con grandes risotadas se lo echaron sobre la cabeza á Jesus. Otro soldado

---

(1) Mientras los fariseos maquinaban así, Nuestro Señor sufria las brutalidades de una soldadesca desenfrenada y grosera, en cuyas manos Herodes lo habia entregado. (Se ha olvidado esta frase.)

trajo un pedazo de tela colorada, y se la pusieron al cuello. Entonces se inclinaban delante de Él, lo empujaban, lo injuriaban, le escupian, le pegaban en la cara, porque no habia querido responder á su Rey. Le hacian mil saludos irrisorios, le arrojaban lodo, tiraban de Él como para hacerle danzar; habiéndolo echado al suelo, lo arrastraron hasta un arroyo que rodeaba el patio, de modo que su sagrada cabeza pegaba contra las columnas y los ángulos de las paredes: despues lo levantaron, y comenzaron otra vez los insultos.

Habia cerca de doscientos criados y soldados de Herodes, y cada uno se hacia una gloria de inventar algun nuevo ultraje para Jesus. Algunos estaban por los enemigos del Señor para pegarle palos sobre la cabeza. Jesus los miraba con un sentimiento de compasion. El dolor le arrancaba suspiros y gemidos, pero les servian de ocasion para burlarse, y nadie tenia piedad de Él. Su cabeza estaba ensangrentada, y lo vi caer tres veces bajo los golpes; pero vi tambien Ángeles que le ungian la cabeza, y me fue revelado que sin este socorro del cielo los golpes que le daban hubieran sido mortales. Los filisteos

que atormentaron á Sanson en la cárcel de Gaza eran menos violentos y menos crueles que aquellos hombres.

El tiempo urgia, los príncipes de los sacerdotes tenian que ir al templo, y cuando supieron que todo estaba dispuesto como lo habian mandado, pidieron otra vez á Herodes que condenara á Jesus; pero este, que tenia sus ideas relativas á Pilatos, le mandó á Jesus cubierto de su vestido de escarnio.

XXI.

Jesus conducido de Herodes á Pilatos.

Los enemigos de Jesus le condujeron de Herodes á Pilatos. Estaban avergonzados de tener que volver al sitio á donde habia ya sido declarado inocente. Por eso tomaron otro camino mucho mas largo para presentarle en medio de su humillacion á otra parte de la ciudad, y tambien para dar tiempo á sus agentes para que agitaran los grupos, segun sus proyectos. Ese camino era mas duro y mas desigual, y todo el tiempo que duró no cesaron de maltratar á Jesus. La ropa que le habian puesto le impedia andar, se ca-

yó muchas veces en el lodo, y lo levantaron á patadas y dándole palos en la cabeza; recibió ultrajes infinitos, tanto de parte de los que le conducian como del pueblo que se juntaba en el camino. Jesus pedia á Dios no morir para poder cumplir su Pasion y nuestra redencion.

Eran las ocho y cuarto cuando llegaron al palacio de Pilatos. La multitud era muy numerosa, los fariseos corrian en medio del pueblo y lo escitaban; Pilatos, acordándose de la sedicion de los celadores galileos en la última Pascua, habia juntado mil hombres, que ocupaban el Pretorio, el cuerpo de guardia, las entradas de la plaza y las de su palacio.

La Vírgen, su hermana mayor María, hija de Helí; María, hija de Cleofás; Magdalena y otras muchas Santas mujeres, hasta veinte, estaban en un sitio donde lo podian oir todo. Juan estaba tambien al principio. Jesus, cubierto de su capa de irrision, iba insultado por el pueblo; pues los fariseos habian juntado la canalla mas insolente y mas perversa del pueblo. Un criado de Herodes habia venido ya á decir á Pilatos que su amo estaba lleno de gratitud por su firmeza, y que

no habiendo hallado en el célebre Galileo mas que un loco estúpido, le habia tratado como tal, y se lo volvia. Pilatos fue satisfecho de ver que Herodes habia hecho como él, y no habia condenado á Jesus. Lo mandó cumplimentar, y se hicieron amigos, de enemigos que eran desde que el acueducto se habia hundido.

Jesus fue conducido de nuevo á la casa de Pilatos. Los alguaciles le hicieron subir la escalera con la brutalidad ordinaria; pero se enredó en su vestido, y cayó sobre los escalones de mármol blanco, que se tiñeron de sangre de su cabeza sagrada. Los enemigos de Jesus habian tomado sus sitios á la entrada de la plaza; el pueblo reia de su caida, y los soldados le pegaban para levantarlo. Pilatos estaba apoyado sobre su silla, que parecia un sofá, y la mesita estaba delante de él; estaba rodeado de oficiales y de escribientes. Se avanzó sobre la azotea, y dijo á los acusadores de Jesus: «Me habeis traido á este hombre como á un agitador del pueblo; le he interrogado delante de vosotros, y no le he hallado culpable del crímen que le imputais. Herodes tampoco le encuentra criminal. Por consiguiente, le voy á mandar azotar y

dejarle.» Violentos murmullos se elevaron entre los fariseos, y las distribuciones de dinero en el pueblo se hicieron con mas actividad. Pilatos recibió con gran desprecio esas agitaciones, y respondió con palabras picantes.

Era el tiempo en que el pueblo venia delante de él, antes de la celebracion de la fiesta, para pedirle, segun una antigua costumbre, la libertad de un preso. Los fariseos habian enviado sus agentes para escitar la multitud á no pedir la libertad de Jesus, sino su suplicio. Pilatos esperaba que pedirian la libertad de Jesus, y tuvo la idea de dar á escoger entre Él y un insigne criminal llamado Barrabás, que horrorizaba á todo el pueblo. Habia cometido una muerte en una sedicion; yo le he visto cometer otros muchos crímenes: habia hecho sortilegios, y habia arrancado á mujeres preñadas el fruto que tenian en sus entrañas. Se me ha olvidado lo demas. Hubo un movimiento en el pueblo sobre la plaza: un grupo se avanzó, llevando á su cabeza sus oradores, que gritaron á Pilatos: «Haced lo que habeis hecho siempre por la fiesta.» Pilatos les dijo: «Es costumbre que liberte un criminal en la Pascua.

¿Quién quereis que liberte, á Barrabás ó al Rey de los judíos, Jesus, que dicen que es el ungido del Señor?»

Pilatos, siempre indeciso, llamaba á Jesus *Rey de los judíos* porque ese orgulloso romano queria mostrarles su desprecio atribuyéndoles un Rey tan pobre; pero le daba tambien ese nombre porque tenia cierta persuasion que Jesus era, con efecto, el Rey milagroso, el Mesías prometido á los judíos; despues cedia á ese presentimiento que tenia de la verdad, porque veia bien que los príncipes de los sacerdotes estaban llenos de envidia contra Jesus. Á esta pregunta de Pilatos hubo alguna duda en la multitud, y solo algunas voces gritaron: «¡Barrabás!» Pilatos, habiendo sido llamado por un criado de su mujer, salió de la azotea un instante, y el criado le presentó la prenda que él habia dado, diciéndole: «Claudia Proela os recuerda la promesa de esta mañana.» Mientras tanto, los fariseos y los príncipes de los sacerdotes estaban en una grande agitacion; se acercaban; del pueblo amenazaban y ordenaban; pero tenian poco que hacer para escitarle. María, Magdalena, Juan y las Santas mujeres estaban en una esquina de la

plaza temblando y llorando. Aunque la Madre de Jesus supo que su muerte era el único medio de salvacion para los hombres, estaba llena de angustia y del deseo de arrancarle al suplicio, y sufria todos los dolores que puede sentir una madre. María oraba para que un crímen tan enorme no se cumpliera. Decia como Jesus en el jardin de las Olivas: «Si es posible, que este cáliz se aleje.»

Tenia alguna esperanza, porque en el pueblo corria la voz de que Pilatos queria libertar á Jesus. No lejos de Ella habia grupos de gente de Cafarnaum que Jesus habia curado y enseñado; hacian como que no lo conocian, y miraban á escondidas á las infelices mujeres cubiertas con los velos. Pero María creia, y todos pensaban como Ella, que estos á lo menos rechazarian á Barrabás para tener á su bienhechor y su Salvador. Pero no fue así.

Pilatos habia devuelto su prenda á su mujer, para decirle que queria cumplir su promesa. Se avanzó de nuevo sobre la azotea, y se sentó al lado de la mesita. Los príncipes de los sacerdotes habian tomado sus asientos, y Pilatos volvió á gritar: «¿Cuál de los dos quereis que liberte?» Entonces se ele-

vó un grito general en la plaza: «No queremos á este, sino á Barrabás.» Pilatos dijo entonces: «¿Qué quereis que haga con Jesus, que se llama Cristo?» Todos gritaron tumultuosamente: «¡Que sea crucificado! ¡que sea crucificado!» Pilatos preguntó por tercera vez: «Pero ¿qué mal ha hecho? Yo no encuentro en él crímen que merezca la muerte; voy á mandarlo azotar y dejarlo.» Pero el grito «¡crucificadlo! ¡crucificadlo!» se elevó por todas partes como una tempestad infernal; los príncipes de los sacerdotes y los fariseos se agitaban y gritaban como furiosos. Entonces el débil Pilatos dió libertad al malhechor Barrabás, y condenó á Jesus á la flagelacion.

XXII.

Flagelacion de Jesus.

Pilatos, juez cobarde y sin resolucion, habia pronunciado muchas veces estas palabras llenas de bajeza: «No hallo crímen en Él: por eso voy á mandarle azotar y á darle libertad.» Los judíos continuaban gritando: «¡Crucificadlo! ¡crucificadlo!» Sin embargo,

Pilatos quiso que su voluntad prevaleciera, y mandó azotar á Jesus á la manera de los romanos. Entonces los alguaciles, pegando y empujando á Jesus con palos, le condujeron á la plaza, en medio del tumulto de un pueblo furioso. Al Norte del palacio de Pilatos, á poca distancia del cuerpo de guardia, habia una columna que servia para azotar. Los verdugos vinieron con látigos, varas y cuerdas y las pusieron al pie de la columna. Eran seis hombres morenos, mas chicos que Jesus; tenian un cinturon alrededor del cuerpo, y el pecho cubierto de una especie de cuero ó de una mala tela; los brazos desnudos. Eran malhechores de la frontera de Egipto, condenados por sus crímenes á trabajar en los canales y en los edificios públicos, y los mas perversos de entre ellos hacian el oficio de verdugos en el Pretorio. Esos hombres crueles habian ya atado á esa misma columna y azotado hasta la muerte á algunos pobres condenados. Parecian salvajes ó demonios, y estaban medio borrachos. Dieron de puñetazos al Señor, le arrastraron con las cuerdas, á pesar de que se dejaba conducir sin resistencia, y lo ataron brutalmente á la columna. Esta columna estaba

sola, y no servia de apoyo á ningun edificio. No era muy elevada, pues un hombre alto, estendiendo el brazo, hubiera podido alcanzar á la parte superior. Á media altura habia anillas y ganchos. No se puede espresar con qué barbarie esos perros furiosos arrastraron á Jesus: le arrancaron la capa de irrision de Herodes, y le echaron casi al suelo. Jesus temblaba y se estremecia delante de la columna. Se quitó él mismo sus vestidos con sus manos hinchadas y ensangrentadas. Mientras le pegaban, oró del modo mas tierno, y volvió un instante la cabeza hácia su Madre, que estaba partida de dolor en la esquina de una de las alas de la plaza, y que cayó sin conocimiento en los brazos de las Santas mujeres que la rodeaban. Jesus abrazó á la columna; los verdugos le ataron las manos, levantadas por alto, á un anillo de hierro que estaba arriba, y estendieron tanto sus brazos en alto, que sus pies, atados fuertemente á lo bajo de la columna, tocaban apenas al suelo. El Santo de los santos fue así estendido con violencia sobre la columna de los malhechores; y dos de esos furiosos comenzaron á flagelar su cuerpo sagrado desde la cabeza hasta los pies. Sus látigos ó

sus varas parecian de madera blanca flexible: puede ser tambien que fueran nervios de buey ó correas de cuero duro y blanco.

El Salvador, el Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, temblaba y se retorcia como un gusano bajo los golpes. Sus gemidos dulces y claros se oian como una oracion en medio del ruido de los golpes. De cuando en cuando los gritos del pueblo y de los fariseos venian como una tempestad ruidosa, y cubrian sus quejidos dolorosos y llenos de bendiciones; gritaban: «¡Hacedlo morir! ¡crucificadlo!» pues Pilatos estaba todavía hablando con el pueblo. Y cuando queria decir algunas palabras en medio del tumulto popular, una trompeta tocaba para pedir silencio. Entonces se oia de nuevo el ruido de los azotes, los quejidos de Jesus, las imprecaciones de los verdugos y el balido de los corderos pascuales que los lavaban en la piscina de las Ovejas. Ese balido presentaba un espectáculo tierno; eran las sotavoces que se unian á los gemidos de Jesus.

El pueblo judío estaba á cierta distancia de la columna; los soldados romanos ocupaban diferentes puntos; muchos iban y venian silenciosos ó profiriendo insultos; otros se

sentian conmovidos, y parecia que un rayo de Jesus les tocaba. Yo vi jóvenes infames casi desnudos que preparaban varas frescas cerca del cuerpo de guardia; otros iban á buscar varas de espino. Algunos alguaciles de los príncipes de los sacerdotes daban dinero á los verdugos. Les trajeron tambien un cántaro de una bebida espesa y colorada, y bebieron hasta embriagarse. Pasado un cuarto de hora, los dos verdugos que azotaban á Jesus fueron reemplazados por otros dos. El cuerpo del Salvador estaba cubierto de manchas negras, azules y coloradas, y su sangre corria por el suelo. Por todas partes se oian las injurias y las burlas.

Los segundos verdugos se echaron con una nueva rabia sobre Jesus; tenian otra especie de varas; eran de espino con nudos y puntas. Los golpes rasgaron todo el cuerpo de Jesus; su sangre saltó á cierta distancia, y ellos tenian los brazos manchados. Jesus gemia, oraba y se estremecia. Muchos estranjeros pasaron por la plaza montados sobre camellos, y fueron penetrados de horror y de pena cuando el pueblo les esplicó lo que pasaba. Eran viajeros que habian recibido el bautismo de Juan, ó que habian oido los ser-

mones de Jesus sobre la montaña. El tumulto y los gritos no cesaban alrededor de la casa de Pilatos.

Otros nuevos verdugos pegaron á Jesus con correas, que tenian en las puntas unos garfios de hierro, con los cuales le arrancaban la carne á cada golpe. ¡Ah! ¡quién podria espresar este terrible y doloroso espectáculo! Sin embargo, su rabia no estaba todavía satisfecha; desataron á Jesus, y lo ataron de nuevo con la espalda vuelta á la columna. No pudiéndose sostener, le pasaron cuerdas sobre el pecho, debajo de los brazos y por debajo de las rodillas, y le ataron las manos detras de la columna. Entonces se echaron sobre él como perros furiosos. El uno de ellos le pegaba en la cara con una vara nueva. El cuerpo del Salvador era una sola llaga. Miraba á sus verdugos con los ojos llenos de sangre, y parecia que les pedia misericordia; pero su rabia se redoblaba, y los gemidos de Jesus eran cada vez mas débiles.

La horrible flagelacion habia durado tres cuartos de hora, cuando un estranjero de la clase inferior, pariente del ciego Ctesifon, curado por Jesus, se precipitó sobre la co-

lumna con una navaja que tenia la figura de una cuchilla, gritando en tono de indignacion: «¡Paraos! No pegueis á ese inocente hasta hacerle morir.» Los verdugos, hartos, se pararon, sorprendidos; cortó rápidamente las cuerdas atadas detras de la columna, y se escondió en la multitud. Jesus cayó casi sin conocimiento al pie de la columna sobre el suelo bañado en sangre. Los verdugos le dejaron, y se fueron á beber, habiendo llamado á los criados que estaban en el cuerpo de guardia tejiendo la corona de espinas.

Mientras Jesus estaba caido al pie de la columna, vi algunas mujeres públicas con aire desvergonzado acercarse á Jesus agarradas por las manos. Se pararon un instante, mirando con desprecio. En este momento el dolor de sus heridas se redobló, y alzó hácia ellas su cara ensangrentada. Entonces se alejaron, y los soldados les dijeron palabras desvergonzadas.

Mientras la flagelacion, vi muchas veces ángeles llorando alrededor de Jesus, y oí su oracion por nuestros pecados, que subia constantemente hácia su Padre, en medio de los golpes que daban sobre él. Mientras estaba tendido al pie de la columna, vi á un

ángel presentarle una cosa luminosa que le dió fuerzas. Los soldados volvieron y le pegaron patadas y palos, diciéndole que se levantara. Habiéndole puesto en pie, no le dieron tiempo para ponerse su vestido; se lo echaron sobre los hombros, y con él se limpió la sangre que le corria por la cara. Le condujeron al sitio á donde estaban sentados los príncipes de los sacerdotes, que gritaron: «¡Que muera! ¡que muera!» y volvieron la cara con repugnancia. Despues lo condujeron al patio interior del cuerpo de guardia, donde no habia soldados, sino esclavos, alguaciles y pillos; en fin, la hez del pueblo.

Como la ciudad estaba en una grande agitacion, Pilatos mandó venir un refuerzo de la guarnicion romana de la ciudadela Antonia. Esta tropa, puesta en buen órden, rodeaba el cuerpo de guardia. Podian hablar, reir y burlarse de Jesus, pero les estaba prohibido el salir de sus filas. Pilatos queria mantener así al pueblo. Habia mil hombres.

XXIII.

María mientras la flagelacion de Jesus.

Vi á la Vírgen Santísima en un éstasis continuo mientras la flagelacion de nuestro divino Redentor. Ella vió y sufrió con un amor y un dolor indecibles todo lo que sufria su Hijo. Muchas veces salian de su boca leves quejidos, y sus ojos estaban bañados en lágrimas. Estaba cubierta de un velo y tendida en los brazos de María de Helí, su hermana mayor, que era ya vieja, y se parecia mucho á Ana, su madre. María de Cleofás, hija de María (1) de Helí, estaba tambien con ella. Las amigas de María y de Jesus estaban temblando de dolor y de in-

(1) María de Helí está citada con frecuencia en esta historia. Segun las visiones de la monja sobre la sagrada Familia, esta era hija de Joaquin y de Ana: nació cerca de veinte años antes que la Vírgen. No era la hija de la promesa, y se distingue de las otras Marías con el nombre de María de Helí, porque era hija de Joaquin ó Heliaquin. Su marido se llamaba Cleofás, y su hija María de Cleofás. Esta última, sobrina de la Vírgen, tenia mas edad que ella. Su primer marido se llamaba Alfeo: los hijos que habia tenido de él, eran los Apóstoles Simon, Santiago el Menor y Judas Tadeo. Habia tenido de Sabas, su segundo marido, á José Barsabás; y de Jonás, su tercer marido, á Simon, que fue Obispo de Jerusalen.

quietud, rodeando á la Vírgen y llorando como si hubiesen esperado su sentencia de muerte. María tenia un vestido largo azul, y por cima una capa de lana blanca, y un velo de un blanco casi amarillo. Magdalena estaba pálida y abatida de dolor: tenia los cabellos en desórden debajo de su velo.

Cuando Jesus, despues de la flagelacion, cayó al pie de la columna, vi á Claudia Proela, mujer de Pilatos, enviar á la Madre de Dios grandes piezas de tela. No sé si creia que Jesus seria libertado, y que su Madre necesitaria esa tela para curar sus llagas, ó si esa pagana compasiva sabia á qué uso la Vírgen Santísima destinaria su regalo. Habiendo vuelto en sí, María vió á su Hijo todo despedazado, conducido por los soldados; se limpió los ojos, llenos de sangre, para mirar á su Madre. Ella estendió las manos hácia Él, y siguió con los ojos las huellas ensangrentadas de sus pies. Habiéndose apartado el pueblo, María y Magdalena se acercaron al sitio en donde Jesus habia sido azotado: escondidas por las otras Santas mujeres y otras personas bien intencionadas que las rodeaban, se bajaron al suelo cerca de la columna, y limpiaron por todas partes la san-

gre sagrada de Jesus con el lienzo que Claudia Proela habia mandado. Juan no estaba entonces con las Santas mujeres, que eran veinte. El hijo de Simeon, el de Verónica, el de Obed, Aram y Temni, sobrinos de José de Arimatea, estaban ocupados en el templo, llenos de tristeza y de angustia. Eran las nueve de la mañana cuando se acabó la flagelacion.

XXIV.

Interrupcion de las pinturas de la Pasion.

La hermana Emmerich vió dia por dia esta serie de pinturas desde el 18 de febrero hasta el 8 de marzo, víspera del cuarto domingo de Cuaresma, y en ese tiempo sufrió dolores indecibles de cuerpo y de alma. Sumergida en estas contemplaciones, separada de todas las sensaciones esteriores, lloraba y gemia como un niño en las manos de los verdugos; temblaba, se estremecia y se retorcia sobre su cama; su cara parecia la de un moribundo en medio de los suplicios; padecia una sed tan grande como un hombre sediento en medio de un desierto sin agua. Por la

mañana su boca estaba seca, y su lengua retirada y contraida, de suerte que no podia articular una palabra para pedir alivio, y lo hacia por señas. Una calentura continua se juntaba á todos sus padecimientos; y, sin embargo, sus dolores habituales y los que sufria por los otros continuaban siempre. No podia seguir el relato de la Pasion sino despues de haber tomado alguna fuerza. No lo contaba todos los dias, ni de una vez, sino parándose muchas veces.

El sábado 8 de marzo de 1823 habia contado con un padecimiento infinito la flagelacion de Jesus, que habia sido la vision de la noche precedente, y que pareció estarle presente una parte del dia. Pero al fin del dia hubo una interrupcion en la serie seguida hasta aquí de las visiones de la Pasion. Lo advertimos aquí para mostrar mejor la vida interior de una persona tan estraordinaria, y para dejar reposar al lector de este libro. Pues nosotros mismos hemos esperimentado que causa á los débiles cierta fatiga la representacion de la Pasion del Salvador, á pesar de que ha sido para nuestra salvacion.

La vida espiritual y corporal de la monja estaba en union continua con la vida diaria

de la Iglesia en el tiempo. Era una union mas íntima que la que pone nuestra vida bajo la dependencia de las estaciones, de las horas del dia, del sol y de la luna, del clima y de la temperatura, y por la cual daba un testimonio perpetuo de la existencia y de la significacion de todos los misterios y de todas las solemnidades celebradas por la Iglesia en el tiempo. Las seguia tan puntualmente, que en los maitines de cada Feria, todo su estado interior y esterior, espiritual y corporal, sentia un cambio. Cuando el sol espiritual de uno de los dias de la Iglesia se habia puesto, ella se volvia al instante hácia el sol del dia siguiente para penetrar todas sus oraciones, todos sus trabajos, todos sus padecimientos, de la gracia especial concedida á este nuevo dia, como una planta se baña en el rocío y se regocija con la luz y el calor de la aurora.

Se hacia una revolucion en todo su cuerpo, no precisamente cuando la campana tocaba el *Angelus* al anochecer, el cual puede tocarse mas tarde ó mas temprano á causa de la ignorancia de los que están encargados de ello, sino cuando el momento de una nueva reproduccion del órden eterno tenia lugar

realmente, á una hora en que los otros hombres no podian saberlo por sus sentidos.

Si la Iglesia celebraba una fiesta dolorosa, se la veia abatida y lánguida; pero al comenzar una fiesta de regocijo, su cuerpo y su alma se levantaban animados por un rocío de nueva gracia, y hasta la noche estaba tranquila, alegre, como si hubiesen desaparecido sus dolores. Todo esto pasaba en Ana sin la participacion de su voluntad. Pero como desde su niñez habia tenido el deseo sincero de ser obediente á Jesus y á su Iglesia, Dios habia modificado su naturaleza de modo que se volvia espontáneamente hácia la Iglesia como una planta hácia la luz, aunque la rodeen de una noche artificial.

El sábado 8 de marzo de 1823, despues de puesto el sol, habiendo acabado de contar, con mucho trabajo, las escenas de la flagelacion del Señor, se calló de pronto, y el que escribe estas páginas se creyó que su alma habia pasado á la contemplacion de la coronacion de espinas. Pero despues de algunos minutos de reposo, su cara, alterada y pálida como la de un agonizante, recobró una dulce serenidad, y pronunció algunas palabras en el tono afectuoso con que se habla á los ni-

ños: «¡Ah qué niño tan amable! decia. ¿Quién es? Esperad, voy á preguntárselo. Se llama José. Se viene á mí corriendo por medio de la multitud. ¡Pobre niño! Se sonrie; no sabe nada de lo que pasa. Está casi desnudo; temo que tenga frio. ¡El aire es tan fresco esta mañana! Espera; te voy á cubrir un poco.» Despues de estas palabras, pronunciadas con tanta verdad que se podia mirar alrededor para ver si el niño no estaba, cogió unos paños que habia á su lado, é hizo todos los movimientos de una persona compasiva que quiere preservar á un niño del frio. Su amigo no pudo preguntarle la esplicacion de lo que habia motivado estas palabras, porque su estado cambió de pronto. Una persona que la cuidaba pronunció la palabra *obediencia*; esta palabra era el nombre de uno de los votos por los cuales ella se habia consagrado á Dios, y al instante recogió sus ideas como un niño dócil que le ha llamado su madre despertándole de un sueño profundo. Cogió su rosario y el Crucifijo que tenia siempre sobre sí, compuso su ropa, se restregó los ojos, y se sentó; la llevaron desde su cama á una silla, pues estaba incapaz de tenerse y de andar: era la hora de hacerle

la cama. Su amigo se fue para escribir lo que habia recogido en el dia.

El domingo 9 de marzo preguntó á la persona que la cuidaba: «¿Qué queria decir la enferma ayer tarde cuando hablaba de un niño llamado José?» Y esta persona respondió: «Se ha ocupado mucho tiempo del pequeño José; es el hijo de una de mis primas, que ANA quiere mucho. Tengo miedo que esto presagie una enfermedad á este niño, pues ella ha dicho muchas veces que estaba casi desnudo y que temia que tuviese frio.» Su amigo se acordó, en efecto, de haber visto á ese niño jugar muchas veces sobre la cama de la enferma, y él creyó solo que ANA habria soñado la víspera con ese niño. Mas tarde, cuando la volvió á ver para que le siguiese contando las escenas de la Pasion, la halló mas serena y en mejor estado que en los dias anteriores. ANA le dijo que no habia visto nada mas despues de la flagelacion, y cuando la hizo preguntas acerca del pequeño José de que habia hablado tanto, no se acordaba de haber mencionado á semejante niño. Le preguntó cómo estaba tan serena y tan buena; ella le respondió que siempre le sucedia lo mismo en medio de la Cuaresma,

que la Iglesia cantaba con Isaías en el *introito* de la misa: «¡Regocíjate, Jerusalen! Juntaos los que la amais; regocijaos vosotros que estábais triste; entregaos á la alegría, y llenaos de consolacion.» Que era un dia de regocijo, y que ademas en el Evangelio del dia el Señor habia dado de comer á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, y que habian sobrado doce canastos; que era menester regocijarse. Añadió que la habia tambien alimentado por la mañana con la sagrada comunion, y que en ese dia de la Cuaresma se habia sentido siempre fortificada espiritual y corporalmente. Su amigo echó los ojos sobre el *Almanaque* de Munster, y vió que, ademas del domingo de *Lætare*, se celebraba en esa diócesi la fiesta de San José, lo que ignoraba, pues en otras partes esta fiesta cae el 19 de marzo. Se lo advirtió, y le preguntó si era esa circunstancia la que la habia hecho hablar de José, y Ana le respondió que sabia bien que era la fiesta del padre putativo de Jesus; pero que no se habia acordado de ese niño que tenia su nombre. En medio de esta conversacion se acordó de pronto del objeto de su vision de la víspera. Era en efecto una imágen alegre de San José, que con motivo

de su fiesta y del domingo de *Lætare*, se habia introducido en medio de las visiones de la Pasion.

Hemos advertido que el que le hablaba le enviaba sus mensajeros bajo la forma de un niño, y que esto sucedia en los casos en que el arte humano tambien hubiera podido usar de la figura de un niño para interpretar su pensamiento. Si, por ejemplo, una de sus visiones de la Historia Sagrada le presentaba una profecía cumplida, ella veia cerca de la pintura que tenia delante de los ojos un niño, que en su postura, en su vestido, en el modo de tener en la mano ó de llevar en la punta de un palo su escrito profético, reproducia el carácter de tal ó cuál Profeta. Si tenia que sufrir grandes dolores, venia hácia ella un niño dulce y silencioso, vestido de verde; se sentaba con aire de resignacion sobre el borde de la cama, se dejaba llevar de un brazo al otro, ó poner en el suelo sin decir nada. La miraba constantemente con afecto, y la consolaba; era la paciencia. Si en un momento de cansancio ó de padecer estraordinario, Ana se ponia en relacion con algun Santo, sea por la celebracion de su fiesta, sea por el intermedio de una reliquia, veia

escenas de la niñez de ese Santo, y otras veces veia su martirio con las circunstancias mas terribles en sus mayores padecimientos: la consolacion, y aun la instruccion y los avisos le venian por figuras de niños. Sucedia tambien que en ciertas penas, en ciertas angustias á las cuales no sabia resistir, se dormia y se trasportaba á algun peligro que habia corrido en su infancia. Creia, como lo mostraban sus palabras y sus gestos mientras el sueño, que se habia vuelto una pobre aldeanita de cinco años, que al atravesar un seto se quedó agarrada á las espinas y lloraba. Entonces se reproducian siempre escenas verdaderas de su infancia, y algunas veces se hacia alusion á ellas por palabras como estas: «¿Por qué gritas? Yo no tiraré de los espinos hasta que no esperes mi socorro con paciencia, pidiéndomelo con amor.» Habia obedecido á esta órden siendo niña, y la seguia en su vejez en medio de sus mas terribles pruebas; y cuando estaba despierta, hablaba riéndose del seto á donde se habia quedado presa, de ese medio de paciencia y de oracion que se le habia dado como una llave para salir. Ana lo habia recibido en su infancia, y lo habia omitido con frecuencia,

mas nunca le habia faltado cuando habia recurrido á él. Contó los trozos siguientes de las visiones que la víspera habian interrumpido las escenas de la Pasion, al principio de los maitines de la fiesta de San José.

XXV.

La infancia de San José interrumpe las visiones de la Pasion.

En medio de esos terribles acontecimientos, yo estaba en Jerusalen tan pronto en un sitio como en otro, y sucumbia bajo el peso de la afliccion y de un padecimiento tan amargo como la muerte. Mientras azotaban á mi adorable Esposo, estaba sentada á su lado en un sitio á donde ningun judío se atrevia á venir por no mancharse. No era ese mi temor; al contrario, deseaba que una sola gota de su sangre cayera sobre mí para purificarme. Tenia el corazon tan partido, que me parecia que iba á morir, pues no podia socorrer á Jesus. Gemia y lloraba á cada golpe que le daban, y solo estrañaba que no me echaran. Cuando los verdugos de Jesus le llevaron al cuerpo de guardia para poner-

le la corona de espinas, hubiera querido correr para contemplarle en sus nuevos dolores. Entonces fue cuando la Madre de Jesus, rodeada de las Santas mujeres, limpió la sangre de su Hijo al pie de la columna. El pueblo y los enemigos de Jesus daban gritos tumultuosos mientras lo conducian. El dolor y la angustia me acababan; no podia sostenerme, y, sin embargo, queria arrastrarme hasta el sitio á donde Jesus iba á ser coronado de espinas. Entonces vi llegar un niño maravilloso, con el pelo dorado, y llevaba solo un cinturon alrededor del cuerpo; pasaba entre los velos de las Santas mujeres, entre las piernas de los hombres, y se vino á mí corriendo. Era alegre y amable, me cogia la cabeza para volverla de otro lado, y con sus caricias me impedia mirar el triste espectáculo que tenia delante de mis ojos. Este niño me dijo: «¿No me conoces? Me llamo José, y soy de Belen.» Despues comenzó á hablarme del pesebre, del nacimiento de Jesus, de los pastores, de los tres Reyes, y contaba cuán bello y cuán maravilloso habia sido todo eso. Yo temia que tuviera frio, porque tenia muy poca ropa y estaba granizando; pero me puso sus manos en la

cara, diciéndome: «Mira qué calor tengo; á donde estoy no se siente el frio.» Yo estaba llorando á causa de la corona de espinas que veia trenzar; pero él me consoló, y me dijo una bella parábola para esplicarme cómo la alegría saldria de todos esos padecimientos. Habia en esta parábola muchas esplicaciones del sentido místico de los padecimientos del Señor. Me enseñó el campo en donde habian nacido las espinas de la corona de Jesus; me dijo lo que significaban esas espinas, cómo esos campos se cubririan de magníficos frutos, y que las espinas formarian alrededor de ellos un muro protector cubierto de rosas. Lo esplicaba todo de un modo tan afectuoso y tan alegre, que las espinas parecian volverse rosas con las que nos adornamos. Todo lo que decia estaba lleno de interes, pero desgraciadamente se me ha olvidado la mayor parte. Habia una pintura larga del nacimiento y de la estension de la Iglesia, llena de comparaciones de niños. No me dejó mirar la Pasion de Jesus, y me llevó á otras escenas diferentes. Yo misma me volví un niño, y corrí con José á Belen; me enseñaba los lugares en donde habia pasado su infancia; rezábamos juntos en el pesebre á

donde se refugiaba cuando sus hermanos le atormentaban á causa de su piedad precoz. Me parecia que veia su familia viviendo todavía en la casa que habia habitado el padre de David, y que en la época del nacimiento de Jesus habia caido en manos estrañas; pues entonces vivian en ella empleados romanos, á los cuales José debia pagar la contribucion. Estábamos alegres como niños, y era como si Jesus y su Madre aun no hubiesen nacido. Así la víspera de la fiesta de San José pasé de las escenas dolorosas de la Pasion á una vision alegre y consoladora.

(El dia de San José, Ana no vió nada de la Pasion, y solo dijo lo que sigue sobre la conducta de María y de Magdalena.)

La cara de la Vírgen está pálida y tirada; sus ojos están colorados de las lágrimas. No puedo espresar su simplicidad y su dignidad. Desde ayer no ha cesado de andar errante, en medio de su angustia, por el valle de Josafat y las calles de Jerusalen, y sin embargo no hay ni desórden ni descompostura en su vestido, no hay un solo pliegue que no respire la santidad; todo en ella es simple, digno, lleno de pureza y de inocencia. María mira majestuosamente á su

rededor, y los pliegues de su velo, cuando vuelve la cabeza, tienen una vista singular. Sus movimientos son sin violencia, y, en medio del dolor mas amargo, su aspecto es simple y sereno. Su vestido está húmedo del rocío de la noche y de las abundantes lágrimas que ha derramado. Es bella, de una belleza indecible y sobrenatural; esta belleza es pureza inefable, simplicidad, majestad y santidad.

Magdalena tiene un aspecto diferente. Es mas grande y mas fuerte; su persona y sus movimientos son mas pronunciados. Però las pasiones, el arrepentimiento, su dolor enérgico han destruido su belleza. Da miedo el verla tan desfigurada por la violencia de su desesperacion; sus largos cabellos cuelgan desatados debajo de su velo despedazado. Está toda trastornada, no piensa mas que en su dolor, y parece casi una loca. Hay mucha gente de Magdalum y de sus alrededores que la han visto llevar una vida, primero tan elegante y despues tan escandalosa. Como ha vivido mucho tiempo escondida, hoy la señalan con el dedo y la llenan de injurias, y aun los hombres del populacho de Magdalum le tiran lodo. Pero ella no

advierte nada: ¡tan absorta estaba en su dolor!

XXVI.

Coronamiento de espinas.

Cuando la monja volvió á sus visiones sobre la Pasion, sintió una calentura muy fuerte y una sed ardiente. Estaba tan abatida el lúnes despues del domingo de *Lætare*, que contó lo que sigue con mucho trabajo y sin mucho órden.

Mientras la flagelacion de Jesus, Pilatos habló muchas veces al pueblo, que una vez gritó: «Es menester que muera, aunque debamos morir tambien nosotros.» Cuando Jesus fue conducido al cuerpo de guardia, gritaron tambien: «¡Que muera! ¡que muera!» Despues hubo un silencio. Pilatos dió órdenes á sus soldados, y los príncipes de los sacerdotes mandaron á sus criados que les trajesen de comer. Pilatos, con el espíritu agitado por sus supersticiones, se retiró algunos instantes para consultar á sus dioses y ofrecerles incienso.

La Vírgen y sus amigos se retiraron de

la plaza, despues de haber recogido la sangre de Jesus. Vi que entraban con sus lienzos ensangrentados en una casita poco distante. No sé de quién era.

La coronacion de espinas se hizo en el patio interior del cuerpo de guardia. Habia allí cincuenta miserables, criados, carceleros, alguaciles, esclavos y otros de la misma especie. El pueblo estaba alrededor del edificio; pero pronto fue rodeado de mil soldados romanos, puestos en buen órden, cuyas risas y burlas escitaban el ardor de los verdugos de Jesus, como los aplausos del público escitan á los cómicos.

En medio del patio habia un trozo de una columna; pusieron sobre él un banquillo muy bajo, y lo llenaron de piedras agudas. Le quitaron á Jesus los vestidos del cuerpo, cubierto de llagas, y le pusieron una capa vieja colorada de un soldado, que no le llegaba á las rodillas. Lo arrastraron al asiento que le habian preparado, y lo sentaron brutalmente. Entonces le pusieron la corona de espinas alrededor de la cabeza, y la ataron fuertemente por detras. Estaba hecha de tres varas de espino bien trenzadas, y la mayor parte de las puntas estaban

vueltas á propósito para dentro. Habiéndosela atado, le pusieron una caña en la mano; todo esto lo hicieron con una gravedad irrisoria, como si realmente lo coronasen Rey. Le cogieron la caña de las manos, y le pegaron con tanta violencia en la corona de espinas, que los ojos del Salvador estaban inundados de sangre. Se arrodillaron delante de Él, le hicieron burla, le escupieron á la cara, y le abofetearon, gritándole: «¡Salve, Rey de los judíos.» Despues lo tiraron con su asiento, y lo volvieron á levantar con violencia.

No podria repetir todos los ultrajes que imaginaban estos hombres. Jesus sufria una sed horrible; sus heridas le habian dado calentura, y tenia frio; su carne estaba rasgada hasta los huesos, su lengua estaba retirada, y la sangre sagrada que corria de su cabeza refrescaba su boca ardiente y entreabierta. Jesus fue así maltratado por espacio de media hora en medio de la risa, de los gritos y de los aplausos de los soldados formados alrededor del Pretorio.

XXVII.

Ecce Homo.

Jesus, cubierto de la capa colorada, la corona de espinas sobre la cabeza, y el cetro de caña en las manos atadas, fue conducido al palacio de Pilatos. Estaba desconocido á causa de la sangre que le cubria los ojos, la boca y la barba. Su cuerpo era una llaga; andaba encorvado y temblando. Cuando llegó delante de Pilatos, este hombre cruel no pudo menos de temblar de horror y de compasion, mientras el pueblo y los sacerdotes le insultaban y hacian burla. Cuando Jesus subió los escalones, Pilatos se avanzó sobre el balcon: tocaron la trompeta para anunciar que el gobernador queria hablar: se dirigió á los príncipes de los sacerdotes y á todos los circunstantes, y les dijo: «Os lo presento otra vez para que sepais que no hallo en él ningun crímen.»

Jesus fue conducido cerca de Pilatos, de modo que todo el pueblo podia verlo. Era un espectáculo terrible y lastimoso la aparicion del Hijo de Dios ensangrentado con la coro-

na de espinas bajando sus ojos sobre el pueblo, mientras que Pilatos, señalándole con el dedo, gritaba á los judíos: «*Ecce Homo!*» Los príncipes de los sacerdotes y sus adeptos, llenos de furia, gritaron: «¡Que muera! ¡Que sea crucificado!—¿No basta ya? dijo Pilatos. Ha sido tratado de manera que no le quedará gana de ser Rey.» Pero estos furiosos gritaban cada vez mas: «¡Que muera! ¡Que sea crucificado!» Pilatos mandó tocar otra vez la trompeta, y dijo: «Entonces, tomadlo y crucificadlo, pues no hallo en él ningun crímen.» Algunos de los sacerdotes gritaron: «¡Tenemos una ley por la cual debe morir, pues se ha llamado Hijo de Dios!» Estas palabras, *se ha llamado Hijo de Dios*, despertaron los temores supersticiosos de Pilatos: hizo conducir á Jesus aparte, y le preguntó de dónde era. Jesus no respondió, y Pilatos le dijo: «¿No me respondes? ¿No sabes que puedo crucificarte ó ponerte en libertad?» Y Jesus respondió: «No tendrias tú ese poder sobre mí si no lo hubieses recibido de arriba: por eso el que me ha entregado á tus manos ha cometido un gran pecado.»

Claudia Proela, temiendo la incertidum-

bre de su marido, le mandó de nuevo su prenda para recordarle su promesa. Pero él le dió una respuesta vaga y supersticiosa, cuyo sentido era que se abandonaba á los dioses. Los enemigos de Jesus, habiendo sabido los pasos de Claudia en su favor, esparcieron por el pueblo que «los partidarios de Jesus habian seducido á la mujer de Pilatos; que si lo ponian en libertad se uniria con los romanos, y que todos los judíos serian esterminados.»

Pilatos, en medio de su incertidumbre, estaba como un hombre borracho; su razon no sabia á dónde agarrarse. Habló una vez á los enemigos de Jesus, y viendo que pedian su muerte con mas violencia que nunca, agitado, incierto, quiso obtener del Salvador una respuesta que lo sacara de este penoso estado: volvió al Pretorio, y se estuvo solo con Él. «¿Será posible que sea un Dios?» se decia á sí mismo, mirando á Jesus ensangrentado y desfigurado; despues le suplicó que le dijera si era Dios, si era el Rey prometido á los judíos, hasta dónde se estendia su imperio, y de qué órden era su divinidad. No puedo repetir mas que el sentido de la respuesta de Jesus. El Salvador le habló con

gravedad y severidad; le dijo en qué consistia su reino y su imperio: despues le reveló todos los crímenes secretos que él habia cometido; le predijo la suerte miserable que le esperaba, y le anunció que el Hijo del hombre vendria á pronunciar contra él un juicio justo.

Pilatos, medio atemorizado y medio irritado de las palabras de Jesus, volvió al balcon, y dijo otra vez que queria libertar á Jesus. Entonces gritaron: «¡Si lo libertas, no eres amigo del César!» Otros decian que lo acusarian delante del Emperador de haber agitado su fiesta; que era menester acabar, porque á las diez tenian que estar en el templo. Por todas partes se oia gritar: «¡Que sea crucificado!» hasta encima de las azoteas, á donde habia muchos subidos. Pilatos vió que sus esfuerzos eran inútiles. El tumulto y los gritos eran horribles, y el pueblo estaba en tal estado de agitacion, que podia temerse una insurreccion. Pilatos mandó que le trajesen agua; un criado se la echó sobre las manos delante del pueblo, y él gritó desde lo alto de la azotea: «Yo soy inocente de la sangre de este Justo; vosotros respondereis de ella.» Entonces se levantó un grito horrible

y unánime de todo el pueblo, que se componia de gentes de toda la Palestina: «¡Que su sangre recaiga sobre nosotros y sobre nuestros descendientes!»

XXVIII.

Reflexiones sobre estas visiones.

Siempre que meditando sobre la dolorosa Pasion de Nuestro Señor oigo este grito horrendo de los judíos: «¡Que su sangre recaiga sobre nosotros y sobre nuestros descendientes!» el efecto de esta maldicion solemne me aparece sensiblemente bajo imágenes maravillosas y terribles. Veo sobre el pueblo que grita un cielo negro, cubierto de nubes ensangrentadas, de las cuales salen varas y espadas de fuego. Parece que esa maldicion ha penetrado hasta la medula de sus huesos, y hasta los hijos en el vientre de su madre. Todo el pueblo me aparece cubierto de tinieblas; su grito sale de su boca como una llama que recae sobre ellos; entra profundamente dentro de algunos, y solo vuela sobre otros.

Estos son los que se convirtieron despues

de la muerte de Jesus: su número fue considerable, pues mientras sus horribles padecimientos, Jesus y María no cesaron de pedir por sus verdugos. Cuando en medio de visiones de esta especie considero las almas de los enemigos de Jesus y las del Salvador y de su Santa Madre, todo lo que en ellas se pasa se me aparece bajo diversas figuras. Veo una infinidad de demonios agitarse entre la multitud; los veo escitando á los judíos, hablándoles al oido, entrar en su boca, animarlos contra Jesus, y temblar á vista de su amor y de su paciencia inalterable. Alrededor de Jesus, de María, del pequeño número de Santos que están allí, hay muchos Ángeles; su figura y su vestido varia segun su ocupacion; representan la consolacion, la oracion, la uncion ó algunas de las obras de misericordia.

Veo tambien voces amenazadoras ó consoladoras salir de la boca de diversas apariciones como un rayo luminoso de diversos colores. Veo tambien los movimientos del alma, los padecimientos interiores; en una palabra, todos los sentimientos, mostrarse por medio del pecho y de todo el cuerpo bajo mil formas luminosas ó tenebrosas. Entonces

yo comprendo todo eso, pero es imposible esplicarlo; y ademas estoy tan mala, tan acabada por el dolor que me causan mis pecados y los de todos los hombres; estoy tan afligida por los dolores de Nuestro Señor, que no sé cómo pongo el menor órden en lo que digo. Muchas de estas cosas, especialmente las apariciones de demonios y de Ángeles contadas por otras personas que han tenido visiones de la Pasion de Jesucristo, son trozos de intuiciones simbólicas é interiores de esta especie, que varian segun el estado del alma del espectador. De ahí nacen contradicciones numerosas, porque se olvidan ó se omiten muchas cosas.

La enferma hablaba con frecuencia de objetos de esta especie, ó en sus visiones de la Pasion ó antes. La mayor parte de las veces no queria contarlo para no poner confusion en sus narraciones. Se ve bien que la seria difícil, en medio de todas esas apariciones, conservar el hilo de la narracion. Por eso no se debe estrañar si se hallase en el curso de estas relaciones algunos vacíos ó algun desórden.

XXIX.

Jesus condenado á muerte de cruz.

Pilatos estaba mas dudoso que nunca: su conciencia decia: «Jesus es inocente;» su mujer decia: «Jesus es Santo;» su superstición decia: «Es el enemigo de tus dioses.» Su cobardía decia: «Es un Dios y se vengará.» Irritado y asustado al mismo tiempo de las últimas palabras que le habia dicho Jesus, hizo el último esfuerzo para salvarlo; pero los judíos le causaron un nuevo terror amenazándolo de quejarse al Emperador. El miedo del Emperador lo determinó á hacer la voluntad de ellos en contrario con la justicia, con su propia conviccion y con la palabra que le habia dado á su mujer. Dió la sangre de Jesus á los judíos, y para lavar su conciencia no tuvo mas que el agua que hizo echar sobre sus manos, diciendo: «Soy inocente de la sangre de este Justo; vos responderéis de ella.» No, Pilatos; tú tambien tendrás que dar cuenta de ella, pues eres un juez inicuo y sin conciencia: esta sangre de que quieres lavar tus manos no servirá para lavar tu alma.

Cuando los judíos, habiendo pronunciado la maldicion sobre sí y sobre sus hijos, pidieron que esa sangre redentora que pide misericordia para nosotros, pidiera venganza contra ellos, Pilatos mandó hacer los preparativos para pronunciar la sentencia. Mandó traer sus vestidos de ceremonia, se puso un tocado en donde brillaba una piedra preciosa, y otra capa; pusieron tambien delante de él un palo. Estaba rodeado de soldados, precedido de oficiales del tribunal, y seguido de escribas con rollos de tabletas. Delante tenia un hombre que tocaba la trompeta. Así fue desde su palacio hasta la plaza, donde habia en frente de la columna de la flagelacion un sitio elevado para pronunciar los juicios. Este tribunal se llamaba *Gabbata:* era una elevacion redonda, á donde se subia por escalones. Habia encima un asiento para Pilatos, y detras un banco para empleados inferiores. Alrededor habia un gran número de soldados, y algunos estaban subidos sobre los escalones. Muchos de los fariseos se habian ido ya al templo. No hubo mas que Anás, Caifás y otros veintiocho que vinieron al tribunal cuando Pilatos se puso sus vestidos de ceremonia. Los dos ladrones habian

sido ya conducidos al tribunal cuando Jesus fue presentado al pueblo.

El Salvador, con su capa colorada y su corona de espinas, fue conducido delante del tribunal y puesto entre los dos malhechores. Cuando Pilatos se sentó en su asiento, dijo á los judíos: «¡Ved aquí á vuestro Rey!» y ellos respondieron: «¡Crucificadlo!» «¿Quereis que crucifique á vuestro Rey?» volvió á decir Pilatos. «¡No tenemos mas Rey que César!» gritaron los príncipes de los sacerdotes. Pilatos no dijo nada mas, y comenzó á pronunciar el juicio. Los dos ladrones habian sido condenados anteriormenté al suplicio de la cruz, pero los príncipes de los sacerdotes habian diferido su ejecucion, porque querian hacer una afrenta mas á Jesus, asociándolo en su suplicio á dos malhechores de la última clase. Las cruces de los dos ladrones estaban al lado de ellos: la del Salvador no estaba todavía, porque no se habia pronunciado su sentencia de muerte.

La Vírgen Santísima, que se habia retirado despues de la flagelacion, se echó de nuevo en medio de la multitud para oir la sentencia de muerte de su Hijo y de su Dios. Jesus estaba de pie en medio de los algua-

ciles, al pie de los escalones del tribunal. La trompeta sonó para imponer silencio, y Pilatos pronunció su sentencia sobre el Salvador con el desenfado de un cobarde. Me irrité de tanta bajeza y de tanta duplicidad. La vista de ese miserable, hinchado de su importancia; el triunfo y la sed de sangre de los príncipes de los sacerdotes; el abatimiento y el dolor profundo del Salvador; las indecibles angustias de María y de las Santas mujeres; el ansia atroz con que los judíos esperaban su víctima; la postura insolente de los soldados; en fin, el aspecto de tan horribles figuras de demonios, que veia en medio de la multitud, todo eso me tenia aterrada. Sentia que debia haber estado donde estaba Jesus, mi querido Esposo, pues entonces la sentencia hubiera sido justa; pero sufria tanto, que no me acuerdo exactamente de todo lo que vi. Diré lo que recuerdo.

Pilatos comenzó por un largo preámbulo, en el cual daba los nombres mas sublimes al Emperador Tiberio; despues espuso la acusacion intentada contra Jesus, que los príncipes de los sacerdotes habian condenado á muerte por haber agitado la paz pública y violado su ley, haciéndose llamar Hijo

de Dios y Rey de los judíos, habiendo el pueblo pedido su muerte por voz unánime. El miserable añadió que encontraba esa sentencia conforme á la justicia, él, que no habia cesado de proclamar la inocencia de Jesus; y al acabar dijo: «Condeno á Jesus de Nazareth, Rey de los judíos, á ser crucificado;» y mandó traer la cruz. Me parece que rompió un palo largo, y que tiró los pedazos á los pies de Jesus.

Á estas palabras la Madre de Jesus cayó sin conocimiento: ahora no habia duda; la muerte de su querido Hijo era cierta, la muerte mas cruel y mas ignominiosa. Juan y las Santas mujeres se la llevaron, para que los hombres cegados que la rodeaban no insultaran sus dolores; mas apenas volvió en sí, tuvieron que conducirla por todos los sitios á donde su Hijo habia sufrido, y á donde queria ofrecer el sacrificio de sus lágrimas; así la Madre del Salvador tomó posesion por la Iglesia de esos lugares santificados.

Pilatos escribió el juicio en su tribunal, y los que estaban detras de él lo copiaron tres veces. Lo que escribió era diferente de lo que habia dicho; yo vi que mientras tanto

su espíritu estaba agitado, parecia que el ángel de la cólera conducia su pluma, y el sentido era este: «Forzado por los príncipes de los sacerdotes, el Sanhedrin y el pueblo cerca de sublevarse, que pedian la muerte de Jesus de Nazareth, como culpable de haber agitado la paz pública, blasfemado y violado su ley, se lo he entregado para ser crucificado, aunque sus inculpaciones no me parecian claras, por no ser acusado delante del Emperador de haber favorecido la insurreccion de los judíos, descontentándolos por un maravedí de justicia.» Despues escribió la inscripcion de la cruz sobre una tablita de color oscuro. La sentencia se trascribió muchas veces, y se envió á diferentes puntos. Los príncipes de los sacerdotes se quejaron de que el juicio estaba en términos poco favorables para ellos; se elevaron tambien contra la inscripcion, y pidieron que no pusiera «Rey de los judíos,» sino «que se ha llamado Rey de los judíos.» Pilatos, impaciente, les respondió lleno de cólera: «Lo que está escrito, está escrito.» Querian tambien que la cruz de Jesus no elevara su cabeza por encima de las otras de los dos ladrones; sin embargo, era menester

hacerla mas alta, porque por culpa de los obreros no habia espacio para poner la inscripcion de Pilatos. Se valian de este pretesto para suprimir la inscripcion, que les parecia injuriosa para ellos. Mas Pilatos no quiso consentir, y tuvieron que alargar la cruz, añadiéndole un nuevo pedazo. Esas diferentes circunstancias concurrieron á dar á la cruz su forma definitiva: sus dos brazos se elevaban como las ramas de un árbol separándose del tronco, y se parecia á una *Y*, con la parte inferior prolongada entre las otras dos; los brazos eran mas delgados que el tronco, y cada uno de ellos habia sido puesto por separado; tambien habian clavado un tarugo á los pies para sostenerlos.

Mientras que Pilatos pronunciaba su juicio inicuo, vi que su mujer, Claudia Proela, le devolvia su prenda y la renunciaba. La tarde de este mismo dia se salió secretamente del palacio para refugiarse con los amigos de Jesus, y la tuvieron escondida en un subterráneo debajo de la casa de Lázaro, en Jerusalen. Ese mismo dia, ó poco tiempo despues, vi á un amigo del Salvador grabar sobre una piedra verdusca, detras de la altura de Gabbata, dos líneas, donde habia estas pala-

bras: *Judex injustus*, y el nombre de Claudia Proela: esta piedra se halla todavía en los cimientos de una casa ó de una iglesia en Jerusalen, en el sitio donde estaba Gabbata. Claudia Proela se hizo cristiana, siguió á San Pablo, y fue su amiga particular.

Habiendo sido pronunciada la sentencia, Jesus fue entregado á los alguaciles como una presa; le trajeron sus vestidos, que le habian quitado en casa de Caifás; los habian guardado, y sin duda algunos hombres compasivos los habian lavado, pues estaban limpios. Los hombres perversos que rodeaban á Jesus le desataron las manos para poderlo vestir; arrancaron de su cuerpo, lleno de llagas, la capa de lana colorada que le habian puesto por irrision, y le abrieron muchas heridas; él mismo, temblando, se puso su vestido interior, y le echaron su escapulario sobre las espaldas. Como la corona de espinas era muy ancha é impedia que se le pusiese la túnica oscura, sin costuras, que le habia hecho su Madre, se la arrancaron de la cabeza, y todas sus heridas echaron sangre de nuevo con indecibles dolores. Le pusieron tambien su vestidura de lana blanca, su cinturon y su capa; despues le volvieron

á atar en medio del cuerpo la correa de puntas de hierro, de la cual salian los cordeles con los que tiraban de él; todo esto lo hicieron con su brutalidad y su crueldad ordinarias.

Los dos ladrones estaban á derecha y á izquierda de Jesus; tenian las manos atadas, y una cadena al cuello; estaban cubiertos de cicatrices lívidas que provenian de su flagelacion de la víspera: el que se convirtió despues, estaba desde entonces tranquilo y pensativo: el otro, grosero é insolente, se unia á los alguaciles para maldecir é insultar á Jesus, que miraba á sus dos compañeros con amor, y ofrecia sus tormentos por su salvacion. Los alguaciles juntaban los instrumentos del suplicio, y lo preparaban todo para esta terrible y dolorosa marcha. Anás y Caifás habian acabado sus discusiones con Pilatos; tenian dos bandas de pergamino con la copia de la sentencia, y se dirigian con precipitacion al templo, temiendo llegar tarde. Los príncipes de los sacerdotes se separaron del Cordero pascual para ir al templo á sacrificar y á comer el símbolo, dejando á infames verdugos conducir al altar de la cruz el Cordero de Dios, de que el otro era

solo la figura: habian puesto cuidado en no cometer ninguna impureza esterior, y su alma estaba manchada con la cólera, el odio y la envidia. Habian gritado: «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» y estas palabras habian cumplido la ceremonia: habian puesto la mano del sacrificador sobre la víctima. Aquí se separaban los dos caminos que conducian al altar de la ley y al altar de la Gracia; Pilatos, pagano orgulloso é irresoluto, esclavo del mundo, temblando delante de Dios, y adorando los ídolos, tomó entre los dos caminos, y se volvió á su palacio: la inicua sentencia fue pronunciada á las diez de la mañana.

XXX.

Jesus lleva su cruz.

Cuando Pilatos salió del tribunal, una parte de los soldados le siguió, y se formó delante del palacio; una pequeña escolta se quedó con los condenados. Veintiocho fariseos armados, entre los cuales estaban los enemigos de Jesus que habian tomado parte en su arresto en el monte de las Olivas, vi-

nieron á caballo para acompañarlo al suplicio. Los alguaciles condujeron al Salvador en medio de la plaza, á donde vinieron esclavos á echar la cruz á sus pies. Los dos brazos estaban provisionalmente atados á la pieza principal con cuerdas. Jesus se arrodilló cerca de ella, la abrazó y la besó tres veces, dirigiendo á su Padre acciones de gracias por la redencion del género humano. Como los sacerdotes paganos abrazaban un nuevo altar, así el Señor abrazaba su cruz. Los soldados levantaron á Jesus sobre sus rodillas, y tuvo que cargar con mucha pena con esta carga pesada sobre su hombro derecho. Vi ángeles invisibles ayudarle, pues si no, no hubiera podido levantarla. Mientras Jesus oraba, pusieron sobre el pescuezo á los dos ladrones las piezas traveseras de sus cruces, atándoles las manos; las grandes piezas las llevaban esclavos. La trompeta de la caballería de Pilatos tocó, y uno de los fariseos á caballo se acercó á Jesus, arrodillado bajo su carga, y le dijo: «Basta de bellas palabras; adelante.» Lo levantaron con violencia, y sintió caer sobre sus hombros todo el peso que debemos llevar despues de Él, segun sus santas y verídicas palabras. Enton-

ces comenzó la marcha triunfal del Rey de los reyes, tan ignominiosa sobre la tierra y tan gloriosa en el cielo.

Habian atado dos cuerdas á la punta del árbol de la cruz, y dos soldados la mantenian en el aire; otros cuatro tenian las cuerdas atadas á la cintura de Jesus. El Salvador, bajo su peso, me recordó á Isaac llevando á la montaña la leña para su sacrificio. La trompeta de Pilatos dió la señal de la marcha, porque el gobernador en persona queria ponerse á la cabeza de un destacamento para impedir todo movimiento tumultuoso. Estaba á caballo, cubierto de sus armas, rodeado de sus oficiales y de tropa de caballería. Detras venia un cuerpo de trescientos hombres de infantería, todos de las fronteras de Italia y de la Suiza. Delante iba un trompeta que tocaba en todas las esquinas, y proclamaba la sentencia. Á pocos pasos venia una multitud de hombres y de chiquillos que traian cordeles, clavos, cuñas y cestas que contenian diferentes objetos; otros, mas robustos, traian palos, escaleras y las piezas principales de las cruces de los dos ladrones: detras venian algunos fariseos á caballo, y un jóven que llevaba sobre el

pecho la inscripcion que Pilatos habia hecho para la cruz: llevaban tambien en la punta de un palo la corona de espinas de Jesus, que no habian querido dejarle sobre la cabeza mientras llevaba la cruz. Ese jóven no era muy malo. En fin, venia nuestro Señor, los pies desnudos y ensangrentados, abrumado bajo el peso de la cruz, temblando, lleno de llagas y de heridas, sin haber comido, ni bebido, ni dormido desde la cena de la víspera, debilitado por la pérdida de la sangre, devorado de calentura, de sed, de dolores infinitos: con la mano derecha sostenia la cruz sobre su hombro derecho; su mano izquierda, cansada, hacia de cuando en cuando esfuerzos para levantarse su largo vestido, con que tropezaban sus pies heridos. Cuatro soldados tenian á una grande distancia las puntas de los cordeles atados á la cintura: los dos de delante le tiraban: los dos que seguian le empujaban, de suerte que no podia asegurar un paso. Sus manos estaban heridas por los cordeles que las habian tenido atadas; su cara estaba ensangrentada é hinchada; su barba y sus cabellos manchados de sangre; el peso de la cruz y las cadenas apretaba contra su cuerpo el

vestido de lana, que se pegaba á sus llagas y las abria. Á su rededor no habia mas que irrision y crueldad; mas su boca rezaba y sus ojos perdonaban. Detras de Jesus iban los dos ladrones, llevados tambien por cuerdas. No tenian mas vestido que un delantal; la parte superior del cuerpo estaba cubierta de una especie de escapulario sin mangas, abierto por los dos lados; tenian la cabeza cubierta con un gorro de paja. La mitad de los fariseos á caballo cerraban la marcha; algunos de ellos corrian acá y allá para mantener el órden. Á una distancia bastante grande venia la escolta de Pilatos: el gobernador romano tenia su uniforme de guerra; en medio de sus oficiales, precedido de un escuadron de caballería, y seguido de trescientos infantes, atravesó la plaza, y entró en una calle bastante ancha; corria por el pueblo para impedir todo movimiento popular.

Jesus fue conducido por una calle estrecha y que rodeaba, para no estorbar á la gente que iba al templo ni á la tropa de Pilatos. La mayor parte del pueblo se habia puesto en movimiento, despues de haber condenado á Jesus. Una gran parte de los

judíos se fueron á sus casas ó al templo, á fin de acabar los preparativos para sacrificar el Cordero pascual: sin embargo, la multitud era todavía numerosa, y se precipitaban delante para ver pasar la triste procesion: la escolta de los soldados romanos impedia que se juntasen á ellos, y los curiosos tenian que dar vuelta por calles que atravesaban, y que correr delante: la mayor parte fueron hasta el Calvario. La calle por donde pasaba Jesus era muy estrecha y muy sucia; tuvo mucho que sufrir: los soldados estaban á su lado; el pueblo lo injuriaba desde las ventanas; los esclavos le tiraban lodo é inmundicias, y hasta los niños cogian piedras en sus vestidos y se las tiraban ó se las echaban delante de los pies.

XXXI.

Primera caida de Jesus debajo de la cruz.

La calle, poco antes de su fin, tuerce á la izquierda; se ensancha y sube un poco: por ella pasa un acueducto subterráneo, que viene del monte de Sion: antes de la subida hay un hoyo, donde hay con frecuencia agua

y lodo cuando llueve, por cuya razon han puesto una piedra grande para facilitar el paso. Cuando llegó Jesus á este sitio, ya no podia andar: como los soldados tiraban de Él y lo empujaban sin misericordia, se cayó á lo largo contra esa piedra, y la cruz cayó á su lado. Los verdugos se pararon llenándolo de imprecaciones y pegándole; la escolta se paró un momento en desórden; en vano Jesus tendia la mano para que le ayudasen, diciendo: «¡Ah, presto se acabará!» y rogó por sus verdugos: mas los fariseos gritaron: «¡Levantadlo, si no morirá en nuestras manos!» Á los dos lados del camino habia mujeres llorando y niños asustados. Sostenido por un socorro sobrenatural, Jesus levantó la cabeza, y aquellos hombres atroces, en lugar de aliviar sus tormentos, le pusieron la corona de espinas. Habiéndolo levantado, le cargaron la cruz sobre los hombros, y tuvo que ladear la cabeza, con dolores infinitos, para poder colocar sobre su hombro el peso con que estaba cargado.

XXXII.

Segunda caida de Jesus debajo de la cruz.

La dolorosa Madre de Jesus habia salido de la plaza despues de pronunciada la sentencia inicua, acompañada de Juan y de algunas mujeres. Habia visitado muchos sitios santificados por los padecimientos de Jesus; pero cuando el sonido de la trompeta, el ruido del pueblo y la escolta de Pilatos anunciaron la marcha para el Calvario, no pudo resistir al deseo de ver todavía á su Divino Hijo, y pidió á Juan que la condujese á uno de los sitios por donde Jesus debia de pasar; se fueron á un palacio cuya puerta daba á la calle, á donde entró la escolta despues de la primera caida de Jesus; era, si no me equivoco, la habitacion del Sumo Pontífice Caifás, pues su tribunal estaba solo en Sion. Juan obtuvo de un criado ó portero compasivo el permiso de ponerse en la puerta con María y los que la acompañaban. La Madre de Dios estaba pálida y con los ojos llenos de lágrimas, y cubierta enteramente de una capa parda azulada. Se oia ya el ruido que

se acercaba, el sonido de la trompeta, y la voz del pregonero publicando la sentencia en las esquinas. El criado abrió la puerta; el ruido era cada vez mas grande y espantoso. María oró, y dijo á Juan: «¿Debo ver este espectáculo? ¿Debo huir? ¿Cómo podré yo soportarlo?» Al fin salieron á la puerta: María se paró, y miró; la escolta estaba á ochenta pasos; no habia gente delante, sino por los lados y atras. Cuando los que llevaban los instrumentos del suplicio se acercaron con aire insolente y triunfante, la Madre de Jesus se puso á temblar y á gemir, juntando las manos, y uno de esos hombres preguntó: «¿Quién es esa mujer que se lamenta?» y otro respondió: «Es la Madre del Galileo.» Cuando los miserables oyeron tales palabras, llenaron de injurias á esta dolorosa Madre, la señalaban con el dedo, y uno de ellos cogió en sus manos los clavos con que debian clavar á Jesus en la cruz, y se los presentó á la Vírgen burlándose. María miró á Jesus y se agarró á la puerta para no caerse, pálida como un cadáver, con los labios azules. Los fariseos pasaron á caballo; despues el niño que llevaba la inscripcion; detras su Santísimo Hijo Jesus, temblando, doblado

bajo la pesada carga de la cruz, inclinando sobre su hombro su cabeza coronada de espinas. Echaba sobre su Madre una mirada de compasion, y habiendo tropezado, cayó segunda vez sobre sus rodillas y sobre sus manos. María, en medio de la violencia de su dolor, no vió ni soldados ni verdugos; no vió mas que á su querido Hijo: se precipitó desde la puerta de la casa en medio de los soldados que maltrataban á Jesus, cayó de rodillas á su lado, y se abrazó á Él. Yo oí estas palabras: «¡Hijo mio! ¡Madre mia!» pero no sé si realmente fueron pronunciadas, ó solo en el pensamiento.

Hubo un momento de desórden: Juan y las Santas mujeres querian levantar á María. Los alguaciles la injuriaban; uno de ellos le dijo: «Mujer, ¿qué vienes á hacer aquí? Si lo hubieras educado mejor, no estaria en nuestras manos.» Algunos soldados tuvieron compasion. Sin embargo, echaron á la Vírgen para atras, pero ningun alguacil la tocó. Juan y las Santas mujeres la rodearon, y cayó como muerta sobre sus rodillas, encima de la piedra angular de la puerta á donde sus manos se imprimieron. Esta piedra, que era muy dura, fue trasportada á la primera

iglesia católica, cerca de la piscina de Betesda, en el episcopado de Santiago el Menor. Los dos discípulos que estaban con la Madre de Jesus se la llevaron al interior de la casa, y cerraron la puerta. Mientras tanto, los alguaciles levantaron á Jesus, y le pusieron de otro modo la cruz sobre los hombros. Los brazos de la cruz se habian desatado: el uno de ellos habia resbalado y se habia cogido en las cuerdas: este fue el que Jesus abrazó; de suerte que por detras todo el peso de la pieza arrastraba mas por el suelo. Yo vi acá y allá, en medio de la multitud que seguia la escolta profiriendo maldiciones é injurias, algunas mujeres cubiertas con sus velos y derramando lágrimas.

XXXIII.

Simon Cirineo.—Tercera caida de Jesus.

Llegaron á la puerta de una muralla vieja interior de la ciudad. Delante de ella hay una plaza, de donde salen tres calles. En esa plaza, Jesus, al pasar sobre una piedra gruesa, tropezó y cayó; la cruz quedó á su lado, y no se pudo levantar. Algunas personas

bien vestidas que pasaban para ir al templo, esclamaron llenas de compasion: «¡Ah! ¡El pobre hombre se muere!» Hubo algun tumulto: no podian poner á Jesus en pie, y los fariseos dijeron á los soldados: «No podremos llevarlo vivo si no buscais un hombre que le ayude á llevar la cruz.» Vieron á poca distancia un pagano, llamado Simon Cirineo, acompañado de sus tres hijos, que llevaba debajo del brazo un haz de ramas menudas, pues era jardinero, y venia de trabajar en los jardines situados cerca de la muralla oriental de la ciudad. Estaba en medio de la multitud, de donde no podia salir, y los soldados, habiendo reconocido por su vestido que era un pagano y un obrero de la clase inferior, le cogieron y le mandaron que ayudara al Galileo á llevar su cruz. Primero se rehusó, pero tuvo que ceder á la fuerza. Sus hijos lloraban y gritaban, y algunas mujeres que los conocian los recogieron. Simon sentia mucho disgusto y repugnancia, á causa del triste estado en que se hallaba Jesus, y de su ropa toda llena de lodo. Mas Jesus lloraba, y le miraba con ternura. Simon le ayudó á levantarse, y al instante los alguaciles ataron sobre sus hombros uno de los bra-

zos de la cruz. Él seguia á Jesus, que se sentia aliviado de su carga. Se pusieron otra vez en marcha. Simon era un hombre robusto, de cuarenta años; sus hijos llevaban vestidos de diversos colores. Dos eran ya crecidos; se llamaban Rufo y Alejandro: se reunieron despues á los discípulos de Jesus. El tercero era mas pequeño, y lo he visto con San Estéban, aun niño. Simon no llevó mucho tiempo la cruz sin sentirse penetrado de compasion.

XXXIV.

Verónica y el sudario.

La escolta entró en una calle larga que torcia un poco á la izquierda, y que estaba cortada por otras transversales. Muchas personas bien vestidas se dirigian al templo; pero algunas se retiraban á vista de Jesus, por el temor farisáico de contaminarse: otras mostraban alguna compasion. Habian andado unos doscientos pasos desde que Simon ayudaba á Jesus á llevar la cruz, cuando una mujer de elevada estatura y de un aspecto imponente, llevando de la mano una

niña, salió de una bella casa situada á la izquierda, y se puso delante. Era Serafia, mujer de Sirac, miembro del Consejo del templo, que se llamó Verónica, de *Vera Icon* (verdadero retrato), á causa de lo que hizo en ese dia.

Serafia habia preparado en su casa un escelente vino aromatizado, con la piadosa intencion de dárselo á beber al Señor en su camino de dolor. Salió á la calle, cubierta de su velo; tenia un paño sobre sus hombros; una niña de nueve años, que habia adoptado, estaba á su lado, y escondió al acercarse la escolta el vaso lleno de vino. Los que iban delante quisieron rechazarla; mas ella se abrió paso en medio de la multitud, de los soldados y de los alguaciles, llegó hasta Jesus, se arrodilló, y le presentó el paño tendido, diciendo: «Permitidme que limpie la cara de mi Señor.» El Señor cogió el paño, lo aplicó sobre su cara ensangrentada, y se lo devolvió, dándole las gracias. Serafia, despues de haberlo besado, lo metió debajo de su capa, y se levantó. La niña levantó tímidamente el vaso de vino hácia Jesus; pero los soldados no permitieron que bebiera. La osadía y la prontitud de esta accion habian

escitado un movimiento en la multitud, por lo que se paró la escolta cerca de dos minutos, y Verónica habia podido presentar el sudario. Los fariseos y los alguaciles; irritados de esta parada, y sobre todo de este homenage público rendido al Salvador, pegaron y maltrataron á Jesus, mientras que Verónica entraba en su casa.

Apenas habia penetrado en su cuarto, estendió el sudario sobre la mesa que tenia delante, y cayó sin conocimiento. La niña se arrodilló á su lado llorando. Un amigo que venia á verla la halló así al lado de un lienzo estendido, á donde la cara ensangrentada de Jesus estaba estampada de un modo maravilloso. Se sorprendió con ese espectáculo; la hizo volver en sí, y le mostró el sudario delante del cual ella se arrodilló, llorando y diciendo: «Ahora lo quiero dejar todo, pues el Señor me ha dado un recuerdo.» Este sudario era de lana fina, tres veces mas largo que ancho, y se llevaba habitualmente alrededor del cuello: era costumbre ir con un sudario semejante á socorrer los afligidos ó los enfermos, y de limpiarles la cara en señal de dolor ó de compasion. Verónica guardó siempre el sudario á la cabecera de su cama.

Despues de su muerte fue para la Vírgen, y despues para la Iglesia por intermedio de los Apóstoles.

Serafia era prima de Juan Bautista, pues su padre y Zacarías eran hijos de dos hermanos. Cuando María, á la edad de cuatro años, fue llevada á Jerusalen para formar parte de las vírgenes del templo, Joaquin y Ana se hospedaron en casa de Zacarías. Se hallaba en ella un anciano, pariente de este último, su tio y abuelo de Serafia. Tenia lo menos cinco años mas que la Vírgen, y asistió á su casamiento con San José. Era tambien parienta del viejo Simeon, que profetizó entonces la presentacion de Jesus en el templo, y estaba unida con sus hijos desde su infancia. Estos tenian, como su padre, un vivo deseo de la venida del Mesías, y tambien lo tenia Serafia. Cuando Jesus, de edad de doce años, se quedó en Jerusalen para enseñar en el templo, Serafia, que estaba todavía soltera, le enviaba su comida á una pequeña posada á un cuarto de legua de Jerusalen, á donde permanecia cuando no estaba en el templo, y á donde María, poco despues de la Natividad, viniendo de Belen para presentar á Jesus en el templo, se habia

detenido un dia y dos noches en casa de dos ancianos. Eran esenianos, que conocian la Sagrada Familia. Esta posada era una fundacion para los pobres: Jesus y los discípulos venian con frecuencia á alojarse en ella.

Serafia se casó tarde: su marido, Sirac, era descendiente de la casta Susana: era miembro del consejo del templo. Al principio era muy opuesto á Jesus, y su mujer tuvo mucho que sufrir de él á causa de su amor al Salvador. José de Arimatea y Nicodemus lo redujeron á mejores sentimientos, y permitió á Serafia que siguiera á Jesus. En el juicio en casa de Caifás se declaró en favor de Jesus con José y Nicodemus, y como ellos, se separó del Sanhedrin. Serafia era mujer de mas de cincuenta años: en la entrada triunfal del Domingo de Ramos la vi desatar su velo y echarlo en el camino por donde pasaba el Salvador. Este mismo velo fue el que presentó á Jesus en esta marcha todavía mas triunfante para limpiarle su cara adorable, y que le hizo dar, á la que lo poseia, el nuevo nombre de *Verónica*.

XXXV.

Cuarta y quinta caida de Jesus.—Las hijas de Jerusalen.

La escolta estaba todavía á cierta distancia de la puerta, situada en la direccion del Sudoeste. Se pasa debajo de una bóveda, por cima de un puente, y debajo de otra bóveda. Á la izquierda de la puerta, la muralla de la ciudad se dirige al Mediodía para rodear el monte de Sion. Al acercarse á la puerta, los alguaciles empujaron á Jesus en medio de un lodazal. Simon Cirineo quiso pasar al lado, y habiendo ladeado la cruz, Jesus cayó por la cuarta vez en el lodo. Entonces, en medio de sus lamentos, dijo con una voz inteligible: «¡Ah Jerusalen, cuánto te he amado! ¡He querido juntar á tus hijos como la gallina junta á sus pollos debajo de sus alas, y tú me echas tan cruelmente fuera de tus puertas!» Al oir estas palabras, los fariseos le insultaron de nuevo, le pegaron y le arrastraron para sacarle del lodo. Simon Cirineo se indignó tanto de ver esa crueldad, que esclamó: «Si no cesais vuestras infamias,

dejo la cruz, aunque me mateis tambien.»

Al salir de la puerta se ve un camino estrecho y pedregoso, que se dirige al Norte y conduce al Calvario. El camino real, del cual se aparta aquel, se divide en tres á cierta distancia: el uno vuelve á la izquierda y conduce á Belen por el valle de Gihon; el otro se dirige al Occidente y conduce á Emaus y á Joppé; el tercero da la vuelta al Calvario, y concluye en la puerta del ángulo que conduce á Betsur. Desde esta puerta, por donde salió Jesus, se puede ver la de Belen. Habian puesto en el sitio á donde empieza el camino del Calvario, sobre un palo, una tabla anunciando la condenacion á muerte de Jesus y de los dos ladrones. En el ángulo de este camino habia una multitud de mujeres que lloraban y gemian. Eran vírgenes y pobres mujeres de Jerusalen, con sus niños, que habian ido delante; otras habian venido para la pascua de Belen, de Hebron y de los lugares circunvecinos.

Jesus se desfalleció, pero no cayó al suelo, porque Simon dejó la cruz en tierra, se acercó á Él y le sostuvo. Esta es la quinta caida de Jesus debajo de la cruz. Á vista de su cara tan desfigurada y tan llena de heri-

das, comenzaron á dar lamentos, y, segun la costumbre de los judíos, le presentaron lienzos para limpiarse el rostro. El Salvador se volvió hácia ellas, y les dijo: «Hijas de Jerusalen, no lloreis sobre mí; llorad sobre vos mismas y sobre vuestros hijos, pues vendrá un tiempo en que se dirá: ¡felices las estériles y las entrañas que no han engendrado y los pechos que no han dado de mamar! Entonces empezarán á decir á los montes: «¡Caed sobre nosotros!» y á las alturas: «¡Cubridnos!» pues si así se trata la madera verde, ¿qué será con la seca?» Aquí se pararon en este sitio: los que llevaban los instrumentos del suplicio fueron al monte Calvario, seguidos de cien soldados romanos de la escolta de Pilatos, que le seguian de lejos; al llegar á la puerta, se volvió al interior de la ciudad.

XXXVI.

Jesus sobre el Gólgota.—Sesta y sétima caida de Jesus.

Se pusieron en marcha. Jesus, doblado bajo su carga y bajo los golpes de los verdu-

gos, subió con mucho trabajo el rudo camino que se dirigia al Norte, entre las murallas de la ciudad y el monte Calvario. En el sitio en donde el camino tuerce al Mediodía se cayó por la sesta vez, y esta caida fue muy dolorosa. Le empujaron y le pegaron mas brutalmente que nunca, y llegó á la roca del Calvario, á donde cayó por la sétima vez.

Simon Cirineo, maltratado tambien y cansado, estaba lleno de indignacion y de piedad: hubiera querido aliviar todavía á Jesus, pero los alguaciles le echaron llenándole de injurias. Se reunió poco despues á los discípulos. Echaron tambien toda la gente que habia venido sin tener nada que hacer. Los fariseos á caballo habian seguido caminos cómodos situados al lado occidental del Calvario. Desde esta altura se puede ver por cima de los muros de la ciudad. El llano que hay en la elevacion que es el sitio del suplicio, es de forma circular; está rodeado de un terraplen cortado por cinco caminos. Estos cinco caminos se hallan en muchos sitios del pais, en los cuales se baña, se bautiza, en la piscina de Betesda: muchos pueblos tienen tambien cinco puertas. Hay en esto, como en todo lo de la Tierra Santa, una pro-

funda significacion profética, á causa de la abertura de los cinco medios de salvacion en las cinco llagas del Salvador. Los fariseos á caballo se pararon delante de la llanura al lado occidental, á donde la cuesta es dulce: el lado por donde conducen á los condenados es áspero y rápido. Cien soldados romanos se hallaban dispersos acá y allá. Algunos estaban con los dos ladrones que no habian sido conducidos al llano para dejar la plaza libre; pero los habian recostado sobre las espaldas un poco mas abajo, dejándoles los brazos atados á los maderos transversales de sus cruces. Mucha gente, la mayor parte de baja clase, estranjeros, esclavos, paganos, muchas mujeres, todas personas que no temian de contaminarse, estaban alrededor del llano ó sobre las alturas circunvecinas.

Eran las doce menos cuarto cuando el Señor dió la última caida y echaron á Simon. Los alguaciles tiraron de Jesus para levantarlo, desataron los pedazos de la cruz, y los pusieron en el suelo. ¡Qué doloroso espectáculo presentaba el Salvador de pie en el sitio de su suplicio, tan triste, tan pálido, tan despedazado, tan ensangrentado! Los alguaciles lo tiraron al suelo, insultándolo: «Rey

de los judíos, le decian, vamos á componer tu trono.» Pero Él mismo se acostó sobre la cruz y lo estendieron para tomar medida de sus miembros; despues lo condujeron á setenta pasos al Norte, á una especie de hoyo abierto en la roca que parecia una cisterna: lo empujaron tan brutalmente, que se hubiera roto las rodillas contra la piedra, si los Ángeles no lo hubiesen socorrido. Le oí gemir de un modo que partia el corazon. Cerraron la entrada, y dejaron centinelas. Entonces comenzaron sus preparativos. En medio del llano circular estaba el punto mas elevado de la roca del Calvario; era una eminencia redonda, de dos pies de altura, á la cual se subia por escalones. Abrieron en ella tres hoyos, á donde debian plantarse las tres cruces, y pusieron á derecha y á izquierda las cruces de los dos ladrones, escepto las piezas transversales, á las cuales ellos tenian las manos atadas, y que fueron clavadas despues sobre la pieza principal. Pusieron la cruz en el sitio á donde debian enclavarlo, de modo que pudieran levantarla sin dificultad y dejarla caer en el hoyo. Clavaron los dos brazos y el pedazo de madera para sostener los pies; abrieron agujeros para los

clavos y para la inscripcion; hicieron muescas para la corona y para los riñones del Señor, á fin de que todo su cuerpo fuese sostenido y no colgado, y que todo el peso no pendiera de las manos, que se hubieran podido arrancar de los clavos. Clavaron estacas en la tierra, y fijaron en ellas un madero que debia servir de apoyo á las cuerdas para levantar la cruz; en fin, hicieron otros preparativos de esta especie.

XXXVII.

María y sus amigas van al Calvario.

Cuando la Vírgen, despues de su doloroso encuentro con Jesus llevando la cruz, fue trasportada sin conocimiento, el amor y el deseo ardiente de estar con su Hijo y de no abandonarle le dieron una fuerza sobrenatural. Se fue á casa de Lázaro, cerca de la puerta del ángulo á donde estaban las otras Santas mujeres, y salieron diez y siete para seguir el camino de la Pasion. Las vi cubiertas con sus velos ir á la plaza, sin cuidarse de las injurias del pueblo; besar el suelo en donde Jesus se habia cargado con la cruz, y

seguir el camino que habia llevado. María buscaba los vestigios de sus pasos, y mostraba á sus compañeras los sitios consagrados por alguna circunstancia dolorosa. De este modo la devocion mas tierna de la Iglesia fue escrita por la primera vez en el corazon maternal de María con la espada que predijo el viejo Simeon: pasó de su boca sagrada á sus compañeras, y de estas hasta nosotros. Así la tradicion de la Iglesia se perpetúa del corazon de la madre al corazon de los hijos. En todo tiempo los judíos han venerado los lugares consagrados por alguna accion santa. Levantan piedras, hacen peregrinaciones, y van á adorar. Así el culto del camino sagrado de la cruz tuvo su orígen bajo los pies mismos de Jesus, gracias al amor de la mas tierna de las madres, y segun las vistas de Dios sobre su pueblo.

Estas Santas mujeres entraron en casa de Verónica, porque Pilatos volvia por la misma calle con su caballería. Las Santas mujeres examinaron llorando la cara de Jesus estampada en el sudario, y admirando la gracia que habia hecho á su fiel amiga. Cogieron el vaso de vino aromatizado que no habian dejado beber á Jesus, y se dirigieron

todas juntas hácia la puerta del Gólgotha. Su número se habia aumentado con muchas personas bien intencionadas, entre ellas cierto número de hombres. Subieron al Calvario por el lado occidental, por donde la subida es mas cómoda. La Madre de Jesus, su sobrina María, hija de Cleofás, Salomé y Juan, se acercaron hasta el llano circular; Marta, María Helí, Verónica, Juana Chusa, Susana y María, madre de Márcos, se detuvieron á cierta distancia con Magdalena, que estaba como fuera de sí. Mas lejos estaban otras siete, y algunas personas compasivas que establecian las comunicaciones de un grupo al otro. Los fariseos á caballo estaban acá y allá alrededor de la llanura, y en las cinco entradas habia soldados romanos. ¡Qué espectáculo para María el ver este sitio del suplicio, los clavos, los martillos, las cuerdas, la terrible cruz, los verdugos, medio desnudos y casi borrachos, haciendo sus horrendos preparativos con mil imprecaciones! La ausencia de Jesus prolongaba su martirio: sabia que estaba todavía vivo, deseaba verlo, y temblaba al pensar en los tormentos á que lo veria espuesto.

Desde por la mañana hasta las diez hubo

granizo por intervalos; mas á las doce una niebla encarnada oscureció al sol.

XXXVIII.

Jesus desnudo y clavado en la cruz.

Cuatro alguaciles fueron á sacar á Jesus del sitio en donde le habian encerrado. Le dieron golpes y lo llenaron de ultrajes en estos últimos pasos que le quedaban que andar, y lo arrastraron sobre la elevacion. Cuando las Santas mujeres lo vieron, dieron dinero á un hombre para comprar de los alguaciles el permiso de dar de beber á Jesus el vino aromatizado de Verónica. Mas los miserables no se lo dieron, y se lo bebieron. Tenian ellos dos vasos, uno con vinagre y hiel, el otro con una bebida que parecia vino mezclado con mirra y con ajenjos: presentaron esta última bebida al Señor: Jesus, habiendo mojado sus labios, no bebió.

Habia diez y ocho alguaciles sobre la elevacion: los seis que habian azotado á Jesus, los cuatro que lo habian conducido, dos que habian tenido las cuerdas atadas á la cruz, y seis que debian crucificarlo. Esta-

ban ocupados con el Salvador ó con los dos ladrones: eran hombres pequeños y robustos, tenian cara de estranjeros, y los cabellos crispados; parecian animales feroces; servian á los romanos y á los judíos por el dinero.

El aspecto de todo esto era tanto mas espantoso para mí, cuanto que veia figuras horrorosas de demonios que parecian ayudar á estos hombres crueles, y una infinidad de horribles visiones bajo la forma de sapos, de serpientes, de dragones, de insectos venenosos de toda especie que oscurecian el cielo. Entraban en la boca y en el corazon de los circunstantes, y se ponian sobre sus hombros, y estos se sentian el alma llena de pensamientos abominables ó proferian horribles imprecaciones. Veia con frecuencia sobre Jesus figuras de Ángeles llorando, ó rayos donde no distinguia mas que cabecitas. Tambien veia Ángeles compasivos y consoladores sobre la Vírgen y sobre todos los amigos de Jesus.

Los alguaciles quitaron á Nuestro Señor su capa, el cinturon con el cual le habian arrastrado, y su propio cinturon. Le quitaron despues su vestido esterior de lana blanca, y como no podian sacarle la túnica sin

costuras que su Madre le habia hecho, á causa de la corona de espinas, arrancaron con violencia esta corona de la cabeza, abriendo todas sus heridas. No le quedaba mas que su escapulario corto de lana, y un lienzo alrededor de los riñones. El escapulario se habia pegado á sus llagas, y sufrió dolores indecibles cuando se lo arrancaron del pecho. El Hijo del hombre estaba temblando, cubierto de llagas echando sangre ó cerradas; sus hombros y sus espaldas estaban despedazadas hasta los huesos. Le hicieron sentar sobre una piedra, le pusieron la corona sobre la cabeza, y le presentaron un vaso con hiel y vinagre; mas Jesus volvió la cabeza sin decir palabra.

En seguida lo estendieron sobre la cruz, y habiendo estirado su brazo derecho sobre el brazo derecho de la cruz, lo ataron fuertemente; uno de ellos puso la rodilla sobre su pecho sagrado, otro le abrió la mano, y el tercero apoyó sobre la carne un clavo grueso y largo, y lo clavó con un martillo de hierro. Un gemido dulce y claro salió del pecho de Jesus: su sangre saltó sobre los brazos de sus verdugos. He contado los martillazos, pero se me han olvidado. Los clavos eran

muy largos, la cabeza chata y del ancho de un duro; tenian tres esquinas; eran del grueso de un dedo pulgar á la cabeza: la punta salia detras de la cruz. Despues de haber clavado la mano derecha del Salvador, los verdugos vieron que la mano izquierda no llegaba al agujero que habian abierto: entonces ataron una cuerda á su brazo izquierdo, y tiraron de él con toda su fuerza, hasta que la mano llegó al agujero. Esta dislocacion violenta de sus brazos lo atormentó horriblemente: su pecho se levantaba y sus rodillas se retiraban. Se arrodillaron de nuevo sobre su cuerpo, le ataron el brazo, y hundieron el segundo clavo en la mano izquierda: se oian los quejidos del Señor en medio de los martillazos. Los brazos de Jesus estaban estendidos horizontalmente, de modo que no cubrian los brazos de la cruz, que se elevaban oblicuamente. La Vírgen Santísima sentia todos los dolores de su Hijo: estaba pálida como un cadáver, y sus gemidos se exhalaban de su pecho. Los fariseos la llenaban de insultos y de burlas. Magdalena estaba como loca: se despedazaba la cara; sus ojos y sus carrillos vertian sangre.

Habian clavado á la cruz un pedazo de

madera para sostener los pies de Jesus á fin de que todo el peso del cuerpo no pendiera de las manos, y para que los huesos de los pies no se rompieran cuando los clavaran. Habian hecho ya un agujero para el clavo que debia de clavar los pies, y una escavacion para los talones. Todo el cuerpo de Jesus se habia subido á lo alto de la cruz por la violenta tension de los brazos, y sus rodillas se habian retirado. Los verdugos las estendieron y las ataron con cuerdas; pero los pies no llegaban al pedazo de madera puesto para sostenerlos. Entonces, llenos de furia, los unos querian hacer nuevos agujeros para los clavos de las manos, pues era difícil poner el pedazo de madera mas arriba; otros vomitaban imprecaciones contra Jesus: «No quiere estirarse, decian; pero vamos á ayudarle.» Entonces ataron cuerdas á su pierna derecha, y lo tendieron violentamente, hasta que el pie llegó al pedazo de madera. Fue una dislocacion tan horrible, que se oyó crugir el pecho de Jesus, que esclamó diciendo: «¡Oh Dios mio! ¡Oh Dios mio!» Habian atado su pecho y sus brazos para no arrancar las manos de los clavos. Fue un horrible padecimiento. Ataron despues el pie izquierdo

sobre el derecho, y lo taladraron primero con una especie de taladro, porque no estaban bien puestos para poderse clavar juntos. Cogieron un clavo mas largo que los de las manos, y lo clavaron, atravesando los pies y el pedazo de madera hasta el árbol de la cruz. Esta operacion fue mas dolorosa que todo lo demas, á causa de la dislocacion del cuerpo. Conté hasta treinta martillazos.

Los gemidos que los dolores arrancaban á Jesus se mezclaban á una continua oracion, llena de pasajes de los salmos y de los Profetas, cuyas predicciones estaba cumpliendo; no habia cesado de orar así en el camino de la cruz, y lo hizo hasta su muerte. He oido y repetido con Él todos estos pasajes, y los recuerdo algunas veces rezando los salmos; pero estoy tan abatida de dolor, que no puedo coordinarlos.

El jefe de la tropa romana habia hecho clavar encima de la cruz la inscripcion de Pilatos. Como los romanos se burlaban del título de *Rey de los judíos*, algunos fariseos volvieron á la ciudad para pedir á Pilatos otra inscripcion. Eran las doce y cuarto cuando Jesus fue crucificado, y en el mismo momento en que elevaban la cruz, el tem-

plo resonaba con el ruido de las trompetas que celebraban la inmolacion del cordero pascual.

XXXIX.

Exaltacion de la Cruz.

Los verdugos, habiendo crucificado á Nuestro Señor, ataron cuerdas á la parte superior de la cruz, pasándolas alrededor de un madero transversal fijado del lado opuesto, y con ellas alzaron la cruz, mientras otros la sostenian y otros empujaban el pie hasta el hoyo, en donde se hundió con todo su peso y con un estremecimiento espantoso. Jesus dió un grito doloroso, sus heridas se abrieron, su sangre corrió abundantemente, y sus huesos dislocados pegaban unos con otros. Los verdugos, para asegurar la cruz, la alzaron todavía, y clavaron cinco cuñas alrededor.

Fue un espectáculo horrible y doloroso el ver, en medio de los gritos insultantes de los verdugos, de los fariseos, del pueblo que miraba desde lejos, la cruz vacilar un instante sobre su base y hundirse temblando en

la tierra; mas tambien se elevaron hácia ella voces piadosas y compasivas. Las voces mas santas del mundo, la voz de María, de Juan, de las Santas mujeres y de todos los que tenian el corazon puro, saludaron con un acento doloroso el Verbo humanado elevado sobre la cruz. Sus manos vacilantes se elevaron para socorrerlo; pero cuando la cruz se hundió en el hoyo de la roca con grande ruido, hubo un momento de silencio solemne; todo el mundo parecia penetrado de una sensacion nueva y desconocida hasta entonces. El infierno mismo se estremeció de terror al sentir el golpe de la cruz que se hundió, y redobló sus esfuerzos contra ella. Las almas encerradas en el limbo lo oyeron con una alegría llena de esperanza: para ellas era el ruido del triunfador que se acercaba á las puertas de la Redencion. La sagrada cruz se elevaba por la primera vez en medio de la tierra, como otro árbol de vida en el Paraiso, y de las llagas de Jesus corrian sobre la tierra cuatro arroyos sagrados para fertilizarla y hacer de ella el nuevo Paraiso del nuevo Adan.

El sitio á donde estaba clavada la cruz era mas elevado que el terreno circunveci-

no. Los pies de Jesus estaban bastante bajos para que sus amigos pudieran besarlos. La cara del Señor estaba vuelta hácia el Noroeste.

XL.

Crucifixion de los ladrones.

Mientras crucificaban á Jesus, los dos ladrones estaban tendidos de espaldas á poca distancia de los guardas que los vigilaban. Los acusaban de haber asesinado á una mujer con sus hijos, que iban desde Jerusalen á Joppé; los habian cogido en un palacio donde Pilatos habitaba algunas veces cuando hacia maniobrar sus tropas, y pasaban por dos ricos mercaderes. Habian estado mucho tiempo en la cárcel antes de su condenacion. El ladron de la izquierda tenia mas edad: era un gran criminal, el maestro y el corruptor del otro. Los llaman ordinariamente Dimas y Gesmas; he olvidado sus verdaderos nombres: llamaré, pues, el buen Dimas y el malo Gesmas. Los dos hacian parte de la compañía de ladrones establecidos en la frontera de Egipto, que habian hospedado una noche

á la Sagrada Familia en la huida á Egipto con el niño Jesus. Dimas era aquel niño leproso que su madre, por el consejo de María, lavó en el agua donde se habia bañado el Niño Jesus, y que se curó al instante. Los cuidados de su madre para con la Sagrada Familia fueron recompensados con esa purificacion, símbolo de la que la sangre del Salvador iba á cumplir por él en la cruz. Dimas no conocia á Jesus; mas como su corazon no era malo, se conmovió de ver tanta paciencia. Habiendo plantado la cruz de Jesus, los verdugos vinieron á decirles que era su turno, y los desataron de las piezas transversales, pues el sol se oscurecia ya, y en toda la naturaleza habia un movimiento como cuando se acerca una tormenta. Arrimaron escaleras á las dos cruces ya plantadas, y clavaron las piezas transversales. Habiéndoles dado de beber vinagre con mirra, les pasaron cuerdas debajo de los brazos, y los levantaron en el aire, ayudándose de escalones donde ponian los pies. Les ataron los brazos á los de la cruz con cuerdas de corteza de árboles: les ataron los puños, los codos, las rodillas y los pies, y apretaron tan fuerte las cuerdas, que se dislocaron las coyunturas y

brotó la sangre. Dieron gritos terribles, y el buen ladron dijo cuando lo subian: «Si nos hubiéseis tratado como al pobre Galileo, no tendríais la pena de levantarnos así en el aire.»

Mientras tanto los ejecutores habian hecho muchas partes de los vestidos de Jesus para repartírselos. Partieron en pedazos su capa y su vestidura blanca; tambien partieron el lienzo que llevaba alrededor del cuello, el cinturon y el escapulario. No pudiendo saber á quién le tocaria su túnica sin costuras, como no podia servir en pedazos, trajeron una mesa con números, sacaron unos dados que tenian la figura de habas, y la sortearon. Pero un criado de Nicodemus y de Jose de Arimatea vino á decirles que hallarian compradores de los vestidos de Jesus; entonces los juntaron todos y los vendieron, y así conservaron los cristianos estos preciosos despojos.

XLI.

Jesus crucificado y los dos ladrones.

El golpe terrible de la cruz que se hun-

dia en la tierra agitó violentamente la cabeza de Jesus, coronada de espinas, é hizo saltar una grande abundancia de sangre, así como de sus pies y manos. Los verdugos aplicaron escaleras á la cruz y cortaron las cuerdas con que habian atado al Salvador. La sangre, cuya circulacion habia sido interceptada por la posicion horizontal y la compresion de los cordeles, corrió con ímpetu de las heridas, y fue tal el padecimiento, que inclinó la cabeza sobre su pecho y se quedó como muerto siete minutos. Entonces hubo un rato de silencio: los verdugos estaban ocupados en repartirse los vestidos de Jesus, el sonido de las trompetas del templo se perdia en el aire, y todos los circunstantes estaban desalentados de rabia ó de dolor. Yo miraba á Jesus llena de compasion y de espanto; lo veia sin movimiento, casi sin vida, y yo misma me parecia que iba á morir. Mi corazon estaba lleno de amargura, de amor y de dolor; mi cabeza estaba como perdida, mis pies y mis manos estaban abrasando, mis venas, mis nervios, todos mis miembros estaban penetrados de dolores indecibles: me hallaba en una oscuridad profunda, donde no veia mas que á mi Esposo clavado en

la cruz. Su rostro, con la terrible corona y la sangre que llenaba sus ojos; su boca entreabierta, sus cabellos y su barba caidos sobre su pecho; su cuerpo estaba todo desgarrado; sus hombros, sus codos, sus puños tendidos hasta ser dislocados; la sangre de sus manos corria por sus brazos; su pecho hinchado, dejaba por debajo una cavidad profunda. Sus piernas estaban dislocadas como sus brazos: sus miembros, sus músculos, su piel habian sido tendidos con tanta violencia, que se podian contar sus huesos; su cuerpo estaba todo cubierto de heridas y llagas, de manchas negras, azules y amarillas; su sangre de colorada se volvió pálida y como agua, y su cuerpo sagrado cada vez mas blanco.

Jesus tenia el pecho ancho; no era velludo como el de Juan Bautista, que estaba cubierto de un pelo colorado. Sus hombros eran anchos; sus brazos robustos; sus muslos nerviosos; sus rodillas fuertes y endurecidas como las de un hombre que ha viajado mucho y que se ha arrodillado mucho para orar; sus piernas eran largas y sus pantorrillas nerviosas; sus pies eran de bella forma y fuertemente construidos; sus manos eran

bellas y sus dedos largos y aguzados, y sin ser delicadas, no se parecian á las de un hombre que las emplea en trabajos penosos. Su cuello no era corto, mas robusto y nervioso; su cabeza de una hermosa proporcion; su frente alta y ancha; su cara formaba un óvalo muy puro; su cabello, de un color de cobre oscuro, no era muy espeso; estaban separados naturalmente en lo alto de la frente y caian sobre sus hombros; su barba no era larga y acababa en punta. Ahora sus cabellos estaban arrancados y llenos de sangre; su cuerpo era todo una llaga; todos sus miembros estaban quebrantados.

Entre las cruces de los ladrones y la de Jesus habia bastante espacio para que un hombre á caballo pudiese pasar; estaban puestas un poco mas abajo. Los ladrones sobre sus cruces presentaban un horrible espectáculo, sobre todo el de la izquierda, que tenia siempre en la boca las injurias y las imprecaciones. Las cuerdas con que estaban atados los hacian sufrir mucho; su cara era lívida; sus ojos colorados se les saltaban de la cabeza.

XLII.

Primera palabra de Jesus en la cruz.

Habiendo crucificado á los dos ladrones, y habiéndose repartido los vestidos de Jesus, los verdugos echaron nuevas imprecaciones contra Jesus, y se retiraron. Los fariseos pasaron tambien á caballo delante de Jesus, lo llenaron de ultrajes, y se fueron. Los cien soldados romanos fueron relevados por otros cincuenta. Estos los mandaba Abenadar, árabe de nacimiento, bautizado despues con el nombre de Ctesifon; el segundo jefe se llamaba Casio, y recibió despues el nombre de Longinos: llevaba con frecuencia los mensajes de Pilatos. Vinieron tambien doce fariseos, doce saduceos, doce escribas y algunos ancianos, que habian pedido inútilmente á Pilatos que mudase la inscripcion de la cruz, y cuya rabia se habia aumentado por la negativa del gobernador. Dieron la vuelta al llano á caballo, y echaron á la Vírgen, que Juan llevó con las otras mujeres. Cuando pasaron delante de Jesus, menearon desdeñosamente la cabeza, diciendo: «¡Y bien, embustero;

destruye el templo y levántalo en tres dias! —¡Ha salvado á otros, y no se puede salvar á sí mismo!—¡Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz!—Si es el Rey de Israel, que baje de la cruz, y creeremos en Él.» Los soldados se burlaban tambien de Él.

Cuando Jesus se desmayó, Gesmas, el ladron de la izquierda, dijo: «Su demonio lo ha abandonado.» Entonces un soldado puso en la punta de un palo una esponja con vinagre, y la arrimó á los labios de Jesus, que pareció probarlo. El soldado le dijo: «Si eres el Rey de los judíos, sálvate tú mismo.» Todo esto pasó mientras que la primera tropa dejaba el puesto á la de Abenadar. Jesus levantó un poco la cabeza, y dijo: «¡Padre mio, perdonadlos, pues no saben lo que hacen!» Gesmas le gritó: «Si tú eres Cristo, sálvate y sálvanos.» Dimas, el buen ladron, estaba conmovido de ver que Jesus pedia por sus enemigos. Cuando María oyó la voz de su Hijo, nada pudo contenerla: se precipitó hácia la cruz con Juan, Salomé y María Cleofás. El centurion no las rechazó. Dimas, el buen ladron, obtuvo en este momento, por la oracion de Jesus, una iluminacion interior: reconoció que Jesus y su Madre le habian

curado en su niñez, y dijo en voz distinta y fuerte: «¿Cómo podeis injuriarlo, cuando pide por vosotros? Se ha callado; ha sufrido pacientemente todas vuestras afrentas: es un Profeta; es nuestro Rey; es el Hijo de Dios.» Al oir esta reprension de la boca de un miserable asesino sobre la cruz, se elevó un gran tumulto en medio de los circunstantes: cogieron piedras para tirárselas, mas el centurion Abenadar no lo permitió. Mientras tanto la Vírgen Santísima se sintió fortificada con la oracion de Jesus, y Dimas dijo á su compañero, que continuaba injuriando á Jesus: «¿No tienes temor de Dios, tú que estás condenado al mismo suplicio? Nosotros lo merecemos justamente; recibimos el castigo de nuestros crímenes; pero este no ha hecho ningun mal. Piensa en tu última hora, y conviértete.» Estaba iluminado y tocado: confesó sus culpas á Jesus, diciendo: «Señor, si me condenais, será con justicia; pero tened misericordia de mí.» Jesus le dijo: «Tú sentirás mi misericordia.» Dimas recibió en un cuarto de hora la gracia de un profundo arrepentimiento.

Todo lo que acabo de contar sucedió entre las doce y las doce y media, pocos mi-

nutos despues de la Exaltacion de la cruz; pero pronto hubo un gran cambio en el alma de los espectadores, á causa de la mudanza que hubo en la naturaleza mientras hablaba el buen ladron.

XLIII.

Eclipse de sol.—Segunda y tercera palabra de Jesus.

Á las diez, cuando Pilatos pronunció la sentencia, cayó un poco de granizo; despues el cielo se aclaró hasta las doce, que vino una niebla colorada que oscureció el sol. Á la sesta hora, segun el modo de contar de los judíos, que corresponde á las doce y media, hubo un eclipse milagroso de sol. Yo vi cómo sucedió, mas no lo tengo bien presente, y no encuentro palabras para espresarlo. Primero fuí trasportada como fuera de la tierra: veia las divisiones del cielo y el camino de los astros, que se cruzaban de un modo maravilloso; vi la luna á un lado de la tierra; huia con rapidez, como un globo de fuego. En seguida me hallé en Jerusalen, y vi otra vez la luna aparecer llena y pálida

sobre el monte de las Olivas; vino del Oriente con una grande rapidez, y se puso delante del sol oscurecido con la niebla. Al lado occidental del sol vi un cuerpo oscuro que parecia una montaña y que lo cubrió enteramente. El disco de este cuerpo era de un amarillo oscuro, y estaba rodeado de un círculo de fuego semejante á un anillo de hierro hecho brasa. El cielo se oscureció, y las estrellas se aparecieron, despidiendo una luz ensangrentada. Un terror general se apoderó de los hombres y de los animales: los que injuriaban á Jesus bajaron la voz. Muchas personas se daban golpes de pecho, diciendo: «¡Que su sangre caiga sobre sus verdugos!» Muchos, de cerca y de lejos, se arrodillaron pidiendo perdon, y Jesus, en medio de sus dolores, volvió los ojos hácia ellos. Como las tinieblas se aumentaban y la cruz estaba abandonada de todos, escepto de María y de los mas caros amigos del Salvador, Dimas levantó la cabeza hácia Jesus, y con una humilde esperanza le dijo: «¡Señor, acordaos de mí cuando esteis en vuestro reino!» Jesus le respondió: «En verdad te lo digo; hoy estarás conmigo en el Paraiso.»

La Madre de Jesus, Magdalena, María

de Cleofás y Juan, estaban cerca de la cruz del Salvador mirándolo. María pedia interiormente que Jesus la dejara morir con Él. El Salvador la miró con una ternura inefable, y volviendo los ojos hácia Juan, dijo á María: «Mujer, este es tu hijo.» Despues dijo á Juan: «Esta es tu Madre.» Juan besó respetuosamente el pie de la cruz del Redentor muriéndose, y á la Madre de Jesus, que se volvia la suya.

La Vírgen Santísima se sintió tan acabada de dolor al oir estas últimas disposiciones de su Hijo, que cayó sin conocimiento en los brazos de las Santas mujeres, que la llevaron á alguna distancia.

No sé si Jesus pronunció espresamente todas estas palabras; pero yo sentí interiormente que daba á María por Madre á Juan, y Juan por hijo á María. En visiones semejantes se perciben bien las cosas que no están escritas, y hay muy pocas que se puedan espresar claramente con el lenguaje humano, á pesar de que viéndolas parece que se comprenden por sí solas. Así, no parece estraño que Jesus, dirigiéndose á la Vírgen, no la llame *Madre mia*, sino *Mujer*, porque aparece como la mujer por escelencia, que debe pisar

la cabeza de la serpiente, sobre todo en este momento en que se cumple esta promesa por la muerte de su Hijo. Tambien se siente que, dándola por Madre á Juan, la da por Madre á todos los que creen en su nombre y se hacen hijos de Dios, que no han nacido de la carne ni de la sangre, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios. Se siente tambien que la mas pura, la mas humilde, la mas obediente de las mujeres, que habiendo dicho al Ángel: «Ved aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra,» se hizo Madre del Verbo hecho hombre; oyendo á su Hijo que debe ser la Madre espiritual de otro hijo, ha repetido estas mismas palabras en su corazon con una humilde obediencia, y ha adoptado por hijos suyos todos los hijos de Dios, todos los hermanos de Jesucristo. Es mas fácil de sentir todo esto por la gracia de Dios, que de espresarlo con palabras, y entonces me acuerdo de lo que me ha dicho una vez mi Padre celestial: «Todo está en los hijos de la Iglesia que creen, que esperan y que aman.»

XLIV.

Estado de la ciudad y del templo.—Cuarta palabra de Jesus en la cruz.

Era poco mas ó menos la una y media; fuí trasportada á la ciudad para ver lo que pasaba. La hallé llena de agitacion y de inquietud: las calles estaban oscurecidas por una niebla espesa; los hombres andaban á tientas: muchos estaban tendidos por el suelo con la cabeza descubierta, dándose golpes de pecho: otros se subian á los tejados, miraban al cielo y se lamentaban. Los animales aullaban y se escondian: las aves volaban bajo y se caian. Yo vi que Pilatos fue á visitar á Herodes: estaban ambos muy agitados, y miraban al cielo desde la azotea misma á donde por la mañana Herodes habia visto á Jesus entregado á los ultrajes del pueblo. «Esto no es natural, se decian entre sí; seguramente se han escedido contra Jesus.» Despues lo vi ir al palacio atravesando la plaza: andaban de prisa, y estaban rodeados de soldados. Pilatos no volvió los ojos del lado de Gabbata, á donde habia condena-

do á Jesus. La plaza estaba sola: algunas personas entraban corriendo en sus casas; otras lo hacian llorando. Se veian formarse grupos. Pilatos mandó venir á su palacio los judíos mas ancianos, y les preguntó qué significaban estas tinieblas: les dijo que él las miraba como un signo espantoso; que su Dios estaba irritado contra ellos porque habian perseguido de muerte al Galileo, que era ciertamente su Profeta y su Rey; que él se habia lavado las manos; que era inocente de esa muerte, etc., etc.: mas ellos persistieron en su endurecimiento; atribuyeron todo lo que pasaba á causas que no tenian nada de sobrenatural, y no se convirtieron. Sin embargo, mucha gente se convirtió, y todos los soldados que en el prendimiento de Jesus en el monte de las Olivas habian sido derribados y se habian levantado.

La multitud se reunia delante de la casa de Pilatos, y en el mismo sitio en que por la mañana habia gritado: «¡que muera! ¡que sea crucificado!» ahora gritaba: «¡Muera el juez inicuo! ¡que su sangre recaiga sobre sus verdugos!» Pilatos tuvo que guardarse con soldados; ese miserable sin alma echaba la culpa á los judíos, diciendo: «que no tenia

ninguna parte en ello; que Jesus era Profeta de ellos y no suyo; que ellos habian querido su muerte.» El terror y la angustia llegaban á su colmo en el templo: se ocupaban de la inmolacion del Cordero pascual, cuando de pronto anocheció. La agitacion y el terror les hacian dar gritos dolorosos. Los príncipes de los sacerdotes se esforzaron en mantener el órden y la tranquilidad: encendieron todas las lámparas; pero el desórden se aumentaba cada vez mas. Yo vi á Anás aterrorizado correr de un rincon á otro para esconderse. Cuando me encaminé para salir de la ciudad, los enrejados de las ventanas temblaban, y sin embargo no habia tormenta. Las tinieblas se aumentaban.

Sobre el Gólgotha, las tinieblas produjeron una terrible impresion. Al principio los gritos, las imprecaciones, la actividad de los hombres ocupados en levantar las cruces, los lamentos de los dos ladrones, los insultos de los fariseos á caballo, las idas y venidas de los soldados, la marcha tumultuosa de los verdugos, habian disminuido su efecto: despues vinieron los reproches del buen ladron á los fariseos, y su rabia contra él. Pero conforme las tinieblas aumentaban, los circunstantes

estaban mas pensativos y se alejaban mas de la cruz. Entonces fue cuando Jesus recomendó su Madre á Juan, y María fue llevada desmayada á alguna distancia. Hubo un instante de silencio solemne: el pueblo se asustaba de la oscuridad: la mayor parte miraban al cielo. La conciencia se despertaba en algunos, que volvian los ojos hácia la cruz llenos de arrepentimiento, y se daban golpes de pecho: los que tenian estos sentimientos se juntaban: los fariseos, llenos de un terror secreto, querian esplicarlo todo con razones naturales, pero hablaban cada vez mas bajo, y acabaron por callarse. El disco del sol era de un amarillo oscuro, como las montañas miradas á la claridad de la luna: estaba rodeado de un círculo encarnado: las estrellas se veian, y echaban una luz ensangrentada: las aves se caian sobre el Calvario y en las viñas circunvecinas: los animales aullaban y temblaban: los caballos y los burros de los fariseos se apretaban los unos contra los otros, y metian la cabeza entre las piernas. La niebla lo cubria todo.

La tranquilidad reinaba alrededor de la cruz, de donde todo el mundo se habia alejado. El Salvador estaba absorto en el senti-

miento de su profundo abandono: volviéndose á su Padre celestial, le pedia con amor por sus enemigos. Rezaba como en toda su Pasion, repitiendo pasajes de los Salmos que se cumplian en Él. Vi ángeles á su rededor. Cuando la oscuridad se aumentó, y que la inquietud, agitando la conciencia, estendió sobre el pueblo un profundo silencio, yo vi á Jesus solo y sin consolador. Sufria todo lo que sufre un hombre afligido, lleno de angustias, abandonado de toda consolacion divina y humana, cuando la fe, la esperanza y la caridad solas, privadas de toda luz y de toda asistencia sensible en el desierto de la tentacion, viven ellas solas en medio de un padecimiento infinito. Este dolor no se puede espresar. Entonces fue cuando Jesus nos alcanzó la fuerza de resistir á los mayores terrores del abandono, cuando todas las afecciones que nos unen á este mundo y á esta vida terrestre se rompen, y que al mismo tiempo el sentimiento de la otra vida se oscurece y se apaga: nosotros no podemos salir victoriosos de esta prueba sino uniendo nuestro abandono á los méritos del suyo sobre la cruz. Jesus ofreció por nosotros su miseria, su pobreza, sus padecimientos y su

abandono: por eso el hombre, unido á Jesus en el seno de la Iglesia, no debe desesperar en la hora suprema, cuando todo se oscurece, cuando toda luz y toda consolacion desaparecen. Ya no tenemos que bajar solos y sin proteccion en ese desierto de la noche interior. Jesus ha echado en ese abismo del abandono su propio abandono interior y esterior sobre la cruz, y así no ha dejado á los cristianos solos en el abandono de la muerte, en el oscurecimiento de toda consolacion. Ya no hay para los cristianos ni soledad, ni abandono, ni desesperacion al acercarse la hora de la muerte; pues Jesus, que es la luz, el camino y la verdad, ha bajado por ese tenebroso camino, llenándolo de bendiciones, y ha plantado en él su cruz para desvanecer sus espantos.

Jesus, abandonado, pobre y desnudo, se ofreció Él mismo, como hace el amor: convirtió su abandono en un rico tesoro, pues se ofreció Él y su vida, sus trabajos, su amor, sus padecimientos y el doloroso sentimiento de nuestra ingratitud. Hizo su testamento delante de Dios, y dió todos sus méritos á la Iglesia y á los pecadores. No olvidó á nadie; fue con todos en su abandono; pidió tambien

por esos heréticos que dicen que, como Dios, no ha sentido los dolores de su Pasion, y que no sufrió lo que hubiera padecido un hombre en el mismo caso. En su dolor no mostró su abandono con un grito, y permitió á todos los afligidos que reconocen á Dios por su Padre un quejido filial y de confianza. Á las tres, Jesus gritó en alta voz: «*Eli, Eli, lamma sabachtani!*» Lo que significa: «¡Dios mio, Dios mio! ¿Por qué me has abandonado?»

El grito de Nuestro Señor interrumpió el profundo silencio que reinaba alrededor de la cruz: los fariseos se volvieron hácia Él, y uno de ellos dijo: «Llama á Elías.» Otro dijo: «Veremos si Elías vendrá á socorrerlo.» Cuando María oyó la voz de su Hijo, nada pudo detenerla. Vino al pie de la cruz con Juan, María, hija de Cleofás, Magdalena y Salomé. Mientras el pueblo temblaba y gemia, un grupo de treinta hombres considerables de la Judea y de los contornos de Joppé pasaban por allí para ir á la fiesta, y cuando vieron á Jesus en cruz y los signos amenazadores que presentaba la naturaleza, esclamaron llenos de horror: «¡Mal haya esta ciudad! Si el templo de Dios no estuviera en ella, merecia que la quemasen por haber tomado

sobre sí tal iniquidad.» Estas palabras fueron como un punto de apoyo para el pueblo: hubo una esplosion de murmullos y de gemidos, y todos los que tenian los mismos sentimientos se reunian. Todos los circunstantes se dividieron en dos partidos: los unos lloraban y murmuraban; los otros pronunciaban injurias é imprecaciones: sin embargo, los fariseos estaban menos arrogantes, y temiendo una insurreccion popular, se entendieron con el centurion Abenadar. Dieron órdenes para cerrar la puerta mas cerca de la ciudad y cortar toda comunicacion. Al mismo tiempo enviaron un espreso á Pilatos y Herodes, para pedir al primero quinientos hombres, y al segundo sus guardias, para impedir una insurreccion. Mientras tanto, el centurion Abenadar mantenia el órden é impedia los insultos contra Jesus para no irritar al pueblo.

Poco despues de las tres, la luz volvió un poco, la luna comenzó á alejarse del sol. El sol apareció despojado de sus rayos y envuelto en vapores colorados. Poco á poco comenzó á brillar, y las estrellas desaparecieron: sin embargo, el cielo estaba oscuro todavía. Los enemigos de Jesus recobraron su arrogancia conforme la luz volvia. Enton-

ces fue cuando dijeron: «¡Llama á Elías!»

XLV.

Muerte de Jesus.—Quinta, sesta y sétima palabra sobre la cruz.

Cuando volvió la claridad, el cuerpo de Jesus estaba lívido y mas pálido que antes por la pérdida de la sangre. Dijo tambien, no sé si fue interiormente, ó si su boca pronunció estas palabras: «Estoy esprimido como el racimo que ha sido esprimido por primera vez: debo dar toda mi sangre hasta que el agua venga; pero no se hará mas vino de ese en este sitio.»

Yo tuve despues una vision relativa á estas palabras, en la cual vi cómo Jafet hizo vino en este sitio. Lo contaré mas tarde.

Jesus estaba desfallecido; su lengua estaba seca, y dijo: «Tengo sed.» Y como sus amigos lo miraban tristemente, dijo: «¿No podríais darme una gota de agua?» Dando á entender que mientras las tinieblas no se lo hubieran impedido. Juan respondió: «¡Oh Señor! Lo hemos olvidado.» Jesus añadió otras palabras, cuyo sentido era este: «Mis

parientes tambien debian olvidarme, y no darme de beber á fin de que lo que está escrito se cumpliese.» Este olvido le habia sido muy doloroso. Sus amigos entonces ofrecieron dinero á los soldados para darle un poco de agua, y no lo hicieron; pero uno de ellos mojó una esponja en vinagre, y la roció de hiel, la puso en la punta de su lanza, y la presentó á la boca del Señor. No me acuerdo cuáles fueron las palabras que pronunció el Señor; solo me acuerdo que dijo: «Cuando mi voz no se oiga mas, la boca de los muertos hablará.» Entonces algunos gritaron: «Blasfema todavía.» Mas Abenadar los mandó estarse quietos.

La hora del Señor habia llegado: luchó contra la muerte, y un sudor frio cubrió sus miembros. Juan estaba al pie de la cruz, y limpiaba los pies de Jesus con su sudario. Magdalena, partida de dolor, se apoyaba detras de la cruz. La Vírgen Santísima estaba de pie entre Jesus y el buen ladron, sostenida por Salomé y María de Cleofás, y veia morir á su Hijo. Entonces Jesus dijo: «¡Todo está consumado!» Despues alzó la cabeza, y gritó en alta voz: «Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Fue un grito dulce

y fuerte, que penetró el cielo y la tierra: en seguida inclinó la cabeza, y rindió el espíritu. Yo vi su alma como una forma luminosa entrar en la tierra al pie de la cruz. Juan y las Santas mujeres cayeron de cara sobre la tierra.

El centurion Abenadar tenia los ojos fijos sobre la cara ensangrentada de Jesus, y su emocion era profunda. Cuando el Señor murió, la tierra tembló, el peñasco se abrió entre la cruz de Jesus y la del mal ladron. El último grito de Jesus hizo temblar á todos los que lo oyeron, como la tierra que reconoció su Salvador. Sin embargo, el corazon de los que le amaban fue solo atravesado por el dolor como con una espada. Entonces fue cuando la gracia iluminó á Abenadar. Su corazon, orgulloso y duro, se partió como el peñasco del Calvario; tiró su lanza, se dió golpes de pecho, y gritó con el acento de un hombre nuevo: «¡Bendito sea el Dios Todopoderoso, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; este era un justo; es verdaderamente el Hijo de Dios!» Muchos soldados, pasmados al oir las palabras de su jefe, hicieron como él.

Abenadar, hecho un nuevo hombre, ha-

biendo rendido el homenage al Hijo de Dios, no quería estar mas al servicio de sus enemigos. Dió su caballo y su lanza á Cassio, el segundo oficial, llamado luego Longinos, que tomó el mando; despues dijo algunas palabras á los soldados, y bajó del Calvario. Se fue por el valle de Gihon, hácia las grutas del valle de Hinnon, donde estaban escondidos los discípulos. Les anunció la muerte del Salvador, y se volvió á la ciudad en casa de Pilatos. Cuando Abenadar dió testimonio de la divinidad de Jesus, muchos soldados lo hicïeron con él; cierto número de los que estaban presentes, y aun algunos fariseos que habian venido últimamente, se convirtieron. Mucha gente se volvia á su casa dándose golpes de pecho, y llorando. Otros rasgaban sus vestidos, y se tiraban tierra en la cabeza. Todo estaba lleno de estupefaccion y de espanto. Juan se levantó; algunas de las Santas mujeres, que habian estado retiradas, llevaron á la Vírgen á poca distancia de la cruz.

Cuando el Salvador encomendó su alma humana á Dios, su Padre, y abandonó su cuerpo á la muerte, el cuerpo sagrado se estremeció, y se puso de un blanco lívido, y

sus heridas, á donde la sangre se habia agolpado en abundancia, se mostraban distintamente como manchas oscuras: su cara se estiró, sus carrillos se hundieron, su nariz se alargó, sus ojos, llenos de sangre, se quedaron medio abiertos; levantó un instante su cabeza, coronada de espinas, y la dejó caer bajo el peso de sus dolores; sus labios, lívidos, se quedaron entreabiertos, y dejaron ver su lengua ensangrentada; sus manos, encogidas primero alrededor de los clavos, se estendieron con los brazos; su espalda se enderezó á lo largo de la cruz, y todo el peso de su cuerpo cayó sobre sus pies; sus rodillas se encogieron y se doblaron del mismo lado, y sus pies dieron vuelta alrededor del clavo.

¿Quién podria espresar el dolor de la Madre de Jesus, de la Reina de los mártires? La luz del sol estaba aun alterada y oscurecida; el aire sofocaba mientras el temblor de tierra; mas en seguida refrescó sensiblemente.

Era un poco mas de las tres cuando Jesus dió el último suspiro. Cuando el temblor de tierra pasó, algunos fariseos recobraron su audacia; se acercaron á la abertura del

peñasco del Calvario, tiraron piedras, y quisieron medir su profundidad con cuerdas. No pudiendo hallar el fondo, se volvieron pensativos; advirtieron con inquietud los gemidos del pueblo, y se bajaron del Calvario. Muchos se sentian interiormente cambiados; la mayor parte de los circunstantes se volvieron á Jerusalen llenos de terror. Los soldados romanos vinieron á guardar la puerta de la ciudad y á ocupar algunas posiciones para evitar todo movimiento tumultuoso. Cassio y cincuenta soldados se quedaron en el Calvario. Los amigos de Jesus rodeaban la cruz, se sentaban en frente de ella, y lloraban. Muchas de las Santas mujeres volvieron á la ciudad. El silencio y el duelo reinaban alrededor del cuerpo de Jesus. Se veia desde lejos, en el valle y sobre las alturas opuestas, aparecer acá y allá algunos discípulos que miraban del lado de la cruz con una curiosidad inquieta, y desaparecian si veian venir á alguno.

XLVI.

Temblor de tierra.—Aparicion de los muertos en Jerusalen.

Cuando murió Jesus, yo vi su alma seme-

jante á una forma luminosa entrar en la tierra al pie de la cruz, y con ella una multitud brillante de Ángeles, entre los cuales estaba Gabriel. Esos Ángeles echaban de la tierra en el abismo una multitud de malos espíritus. Jesus envió muchas almas del limbo en sus cuerpos para que atemorizaran á los impenitentes y dieran testimonio de Él.

El temblor de tierra que abrió la roca del Calvario causó muchos estragos, sobre todo en Jerusalen y en la Palestina. Apenas habian recobrado el ánimo en la ciudad y en el templo al volver la luz, cuando el temblor que agitaba la tierra y el ruido de los edificios que se hundian causaron otro mas grande. Este terror fue todavía mayor cuando las gentes que huian llorando encontraban en el camino los muertos resucitados que los avisaban y los amenazaban.

En el templo, los príncipes de los sacerdotes habian continuado el sacrificio, interrumpido por el espanto que les causaron las tinieblas, y creian triunfar con la vuelta de la luz; mas de pronto la tierra tembló, el ruido de las paredes que se caian y del velo del templo que se rasgaba les infundió un terror espantoso, interrumpido por gritos la-

mentables. Pero habia tanto órden por todas partes, el templo estaba tan lleno, las idas y venidas tan bien ordenadas, las filas de los sacerdotes que sacrificaban, el ruido de los cánticos y de las trompetas ocupaban tanto los ojos y los oidos, que el miedo no produjo desórden ni turbacion general. Los sacrificios se continuaron tranquilamente en algunas partes; en otras los esfuerzos de los sacerdotes calmaban el terror. Pero á la aparicion de los muertos que se presentaron en el templo, todo se dispersó, y el sacrificio se quedó solo como si el templo hubiese sido manchado. Sin embargo, esto sucedió sucesivamente; y mientras que una parte de los que estaban presentes bajaban los escalones del templo, otros estaban mantenidos por los sacerdotes, ó no estaban todavía penetrados del terror universal. Se puede formar una idea de lo que pasaba representándose un hormiguero en el cual han echado una piedra, ó que han meneado con un palo. Mientras la confusion reina en un punto, el trabajo continúa en otro, y aun el sitio agitado vuelve á recobrar el órden.

El sumo sacerdote Caifás y los suyos conservaron su presencia de ánimo; gracias á

su endurecimiento diabólico y á la tranquilidad aparente que tenian, impidieron que hubiese una confusion general, haciendo de modo que el pueblo no tomara esos terribles avisos como un testimonio de la inocencia de Jesus. La guarnicion romana de la fortaleza Antonia hizo tambien grandes esfuerzos para mantener el órden, de suerte que la fiesta se interrumpió sin que hubiese tumulto popular. Todo se convirtió en la agitacion y la inquietud que cada uno llevó á su casa, y que la habilidad de los fariseos comprimió en la mayor parte.

Ved aquí los hechos particulares de que me acuerdo. Las dos grandes columnas situadas á la entrada del santuario en el templo, y entre las cuales estaba colgada una magnífica cortina, se apartaron la una de la otra; el techo que sostenian se hundió, la cortina se rasgó con ruido á todo su largo, y el santuario se quedó abierto á todos los ojos. Cerca de la celda á donde oraba habitualmente el viejo Simeon, cayó una gruesa piedra y la bóveda se hundió. Se vió aparecer en el santuario al sumo sacerdote Zacarías, muerto entre el templo y el altar; pronunció palabras amenazadoras, y habló de

la muerte del otro Zacarías, padre de Juan Bautista, de la de Juan Bautista, y en general de la muerte de los Profetas. Dos hijos del piadoso sumo sacerdote y Simon el justo se presentaron cerca del grande púlpito, y hablaron tambien de la muerte de los Profetas y del sacrificio que iba á cesar. Jeremías se apareció cerca del altar, y proclamó con una voz amenazadora el fin del antiguo sacrificio y el principio del nuevo. Estas apariciones, habiendo tenido lugar en los sitios en donde solo los sacerdotes podian tener conocimiento de ellas, fueron negadas ó calladas, y prohibieron hablar de ellas bajo una pena severa. Pero se oyó un grande ruido: las puertas del santuario se abrieron, y una voz gritó: «Salgamos de aquí.» Entonces vi Ángeles alejarse. Nicodemus, José de Arimatea y otros muchos abandonaron el templo. Muertos resucitados se veian todavía que andaban por el pueblo. Á la voz de los Ángeles entraron en sus sepulcros.

Anás, uno de los enemigos mas acérrimos de Jesus, estaba casi loco de terror; huia de un rincon al otro en los cuartos mas retirados del templo. Caifás quiso animarlo, pero fue en vano: la aparicion de los muer-

tos lo habia consternado. Caifás, aunque lleno de terror, estaba tan poseido del demonio del orgullo y de la obstinacion, que no dejaba ver nada de lo que sentia, y que oponia una frente de hierro á los signos amenazadores de la ira divina. No pudiendo, á pesar de sus esfuerzos, hacer continuar las ceremonias, dió órden de callar todos los prodigios y todas las apariciones que el pueblo no habia visto. Dijo y mandó decir á los otros sacerdotes que estos signos de la ira del cielo habian sido ocasionados por los partidarios del Galileo, que se habian presentado en el templo manchados; que muchas cosas provenian de los sortilegios de ese hombre, que en su muerte como en su vida habia agitado el reposo del templo.

Mientras todo esto pasaba en el templo, el mismo espanto reinaba en muchos sitios de Jerusalen. Un poco despues de las tres muchos sepulcros se hundieron, sobre todo en los jardines situados al Noroeste; en ellos vi muertos amortajados; en algunos no habia mas que restos de vestidos y huesos. Los escalones del tribunal de Caifás, donde Jesus habia sido ultrajado, y una parte del hogar donde Pedro habia renegado tres veces á su

Maestro, se hundieron. Se vió aparecer al sumo sacerdote Simon el justo, abuelo de Simeon, que habia profetizado en la presentacion de Jesus al templo. Pronunció palabras terribles contra la sentencia inicua dada en aquel sitio. Muchos miembros del Sanhedrin se habian juntado. Los criados que la víspera habian hecho entrar á Pedro y á Juan, se convirtieron y se fueron con los discípulos. Cerca del palacio de Pilatos, la piedra se partió en el sitio donde Jesus fue presentado al pueblo; todo el edificio se resintió, y el patio del tribunal vecino se hundió en el sitio donde los inocentes degollados por Herodes fueron enterrados. En muchos sitios las murallas de la ciudad se derribaron; sin embargo, ningun edificio se destruyó enteramente. El supersticioso Pilatos estaba lleno de terror é incapaz de dar ninguna órden. Su palacio se movia, el suelo temblaba debajo de sus pies, y él huia de una habitacion á la otra. Los muertos se aparecian en el patio interior y le reprochaban su juicio inicuo. Creyó que eran los dioses del Galileo, y se refugió en el rincon mas retirado de su casa, donde hizo votos á sus ídolos para que viniesen á su socorro. Herodes

estaba en su palacio temblando, y lo habia cerrado todo.

Hubo un centenar de muertos de todas las épocas que se aparecieron en Jerusalen y en los alrededores. Todos los cadáveres que se aparecieron cuando se abrieron los sepulcros, no resucitaron. Los muertos cuyas almas fueron enviadas por Jesus desde el limbo, se levantaron, descubrieron su cara y anduvieron errantes por las calles como si no tocasen á la tierra. Entraron en las casas de sus descendientes, y dieron testimonio de Jesus con palabras severas contra los que habian tomado parte en su muerte. Yo los veia ir por las calles, la mayor parte de dos en dos: no veia el movimiento de sus pies, que volaban á flor de tierra. Estaban pálidos ó amarillos; tenian una barba larga; su voz tenia un sonido estraño é inaudito. Estaban amortajados segun el uso del tiempo en que vivian. En los sitios en donde la sentencia de muerte de Jesus fue proclamada antes de ponerse en marcha para el Calvario, se pararon un momento, y gritaron: «¡Gloria á Jesus, y maldicion á sus verdugos!» Todo el mundo temblaba y huia: el terror era grande en toda la ciudad, y cada uno se escondia

en lo último de su casa. Los muertos entraron en sus sepulcros á las cuatro. El sacrificio fue interrumpido, la confusion reinaba por todas partes, y pocas personas comieron por la noche el cordero pascual.

XLVII.

José de Arimatea pide á Pilatos el cuerpo de Jesus.

Apenas se restableció un poco la tranquilidad en la ciudad, cuando el gran consejo de los judíos envió á pedir á Pilatos que mandara romper las piernas á los crucificados para que no estuvieran en cruz el sábado. Pilatos dió las órdenes necesarias. En seguida José de Arimatea vino á verlo. Habia sabido la muerte de Jesus, y habia formado con Nicodemus el proyecto de enterrarlo en una sepultura nueva que habia hecho construir á poca distancia del Calvario. Habló á Pilatos, inquieto y agitado; le pidió que le diese el cuerpo de Jesus, el Rey de los judíos, para enterrarlo. Pilatos estrañó que un hombre tan considerable pidiese con tanta instancia el permiso de rendir los últi-

mos honores al que habia hecho morir tan ignominiosamente. Mandó llamar al centurion Abenadar, que habia vuelto despues de haber conversado con los discípulos escondidos en las cavernas, y le preguntó si el Rey de los judíos se habia muerto ya. Abenadar le contó la muerte del Salvador, sus últimas palabras y su último grito, el temblor de tierra y la roca abierta por el terremoto. Pilatos pareció estrañar solo que Jesus se hubiera muerto tan pronto, porque ordinariamente los crucificados vivian mas tiempo; pero interiormente estaba lleno de angustia y de terror, por la coincidencia de esas señales con la muerte de Jesus. Quizás quiso hacerse perdonar su crueldad dando á José de Arimatea la órden de librar el cuerpo de Jesus. Tambien tuvo satisfaccion en dar esa bofetada á los príncipes de los sacerdotes, que hubiesen visto con gusto á Jesus enterrado sin honor entre dos ladrones. Envió un agente al Calvario para ejecutar sus órdenes. Yo pienso que fue Abenadar, pues le vi asistir al descendimiento de la cruz.

José de Arimatea, al salir de casa de Pilatos, fue por Nicodemus, que lo esperaba en casa de una mujer bien intencionada. Esta

casa estaba situada en una calle ancha, cerca de la callejuela á donde Nuestro Señor fue tan cruelmente ultrajado al principio del camiño de la cruz. Esta mujer vendia yerbas aromáticas, y Nicodemus le habia comprado lo que era necesario para embalsamar el cuerpo de Jesus. José fue á comprar una rica sábana; sus criados cogieron en un portal, cerca de la casa de Nicodemus, escaleras, martillos, clavos, jarros llenos de agua, esponjas, y pusieron los mas pequeños de estos objetos sobre unas angarillas, semejantes á aquellas en que los discípulos de Juan Bautista pusieron su cuerpo cuando lo sacaron de la fortaleza de Macherunt.

XLVIII.

Abertura del costado de Jesus.—Muerte de los ladrones.

Mientras tanto, el silencio y el duelo reinaban sobre el Gólgota. El pueblo atemorizado se habia dispersado; María, Juan, Magdalena, María hija de Cleofás, y Salomé, estaban de pie ó sentadas en frente de la cruz, la cabeza cubierta, y llorando. Algunos

soldados estaban recostados sobre el terraplen que rodeaba la llanura; Cassio, á caballo, iba de un lado al otro. El cielo estaba oscuro, y la naturaleza parecia enlutada. Pronto llegaron seis alguaciles con escalas, azadas, cuerdas y barras de hierro para romper las piernas á los crucificados. Cuando se acercaron á la cruz, los amigos de Jesus se apartaron un poco, y la Vírgen Santísima temia que ultrajasen aun el cuerpo de su Hijo. Aplicaron sus escalas á la cruz para asegurarse de que Jesus estaba muerto. Habiendo visto que el cuerpo estaba frio y tieso, lo dejaron, y subieron á las cruces de los ladrones. Dos alguaciles les rompieron los brazos por cima y por bajo de los codos con sus martillos, y otro les rompió las piernas y los muslos. Gesmas daba gritos horribles, y le pegaron tres golpes sobre el pecho para acabarlo de matar. Dimas dió un gemido, y murió. Fue el primero de los mortales que volvió á ver á su Redentor. Desataron las cuerdas, dejaron caer los cuerpos al suelo, los arrastraron en el bajo que habia entre el Calvario y las murallas de la ciudad, y allí los enterraron.

Los verdugos dudaban todavía de la muerte de Jesus, y el modo horrible con que

habian quebrado los miembros de los ladrones hacia temblar á las Santas mujeres por el cuerpo del Salvador. Mas el oficial inferior Cassio, hombre de veinticinco años, muy activo y muy apresurado, cuya vista endeble y cuyos ojos bizcos escitaban la mofa de sus compañeros, recibió una inspiracion súbita. La ferocidad bárbara de los verdugos, las angustias de las Santas mujeres, y el ardor grande que escitó en él la Divina gracia, le hicieron cumplir una profecía. Cogió su lanza, y dirigió su caballo hácia la elevacion donde estaba la cruz. Se paró entre la cruz del buen ladron y la de Jesus, y cogiendo su lanza con las dos manos, la clavó con tanta fuerza en el costado derecho del Señor, que la punta atravesó el corazon, un poco mas abajo del pecho izquierdo. Cuando la retiró, salió de la herida una cantidad de sangre y agua que llenó su cara como un caño de salvacion y de gracia. Se apeó, se arrodilló, se dió golpes de pecho, y confesó á Jesus altamente.

La Vírgen Santísima y sus amigas, cuyos ojos estaban siempre fijos sobre Jesus, vieron con inquietud la accion de este hombre, y se precipitaron hácia la cruz dando

gritos. María cayó en los brazos de las Santas mujeres, como si la lanza hubiese atravesado su propio corazon, mientras que Cassio, de rodillas, alababa á Dios; pues los ojos de su cuerpo y de su alma se habian curado y abierto á la luz. Todos estaban conmovidos profundamente á vista de la sangre del Salvador, que habia corrido en un hoyo de la peña, al pie de la cruz. Cassio, María, las Santas mujeres y Juan recogieron la sangre y el agua en frascos, y limpiaron el suelo con paños.

Cassio, que habia recobrado toda la plenitud de su vista, estaba en una humilde contemplacion. Los soldados, sorprendidos del milagro que se habia operado en él, se hincaron de rodillas, dándose golpes de pecho, y confesaron á Jesus. Cassio, bautizado con el nombre de Longinos, predicó la fe como diácono, y llevó siempre sangre de Jesus sobre sí. Se habia secado, y se halló en su sepulcro en Italia, en una ciudad á poca distancia del sitio donde vivió Santa Clara. Hay un lago con una isla cerca de esta ciudad. El cuerpo de Longinos debe haber sido trasportado á ella. Los alguaciles, que mientras tanto habian recibido órden de Pilatos de no

tocar al cuerpo de Jesus, no volvieron.

Todo esto pasó cerca de la cruz, un poco despues de las cuatro, mientras José de Arimatea y Nicodemus buscaban lo que era necesario para la sepultura de Jesus. Pero los criados de José, habiendo venido á limpiar el sepulcro, anunciaron á los amigos de Jesus que su amo iba á quitar el cuerpo para ponerlo en un sepulcro nuevo. Entonces Juan volvió á la ciudad con las Santas mujeres para que María pudiera reparar un poco sus fuerzas, y tambien para coger algunas cosas necesarias para el entierro. La Vírgen Santísima tenia una pequeña habitacion en los edificios contiguos al Cenáculo. No entraron por la puerta mas inmediata al Calvario, porque estaba cerrada y guardada al interior por los soldados que los fariseos habian puesto, sino por la puerta meridional que conduce á Belen.

XLIX.

Algunas localidades de la antigua Jerusalen.

Ponemos aquí algunas descripciones de lugares que hemos coordinado segun los de-

talles dados por la hermana Catalina Emmerich diferentes veces. Sigue la descripcion del sepulcro y del jardin de José de Arimatea, para no interrumpir la historia del entierro del Señor.

La primera puerta, situada al Oriente de Jerusalen, al Mediodía del ángulo Sudoeste del templo, es la que conduce al barrio de Ofel. La puerta de las Ovejas está al Norte del ángulo Nordeste del templo. Entre estas dos puertas hay otra que conduce á algunas calles situadas al Oriente del templo, habitadas la mayor parte por picapedreros y otros obreros. Las casas de que se componen se apoyan en los cimientos del templo, y pertenecen casi todas á Nicodemus, que las ha hecho construir, y casi todos esos obreros trabajan para él. Nicodemus ha hecho construir nuevamente una hermosa puerta que conduce á esas calles, y que se llama puerta de *Moriah*. Se acababa de construir, y Jesus entró por ella en la ciudad el domingo de Ramos. Así entró por la puerta nueva de Nicodemus, por donde nadie habia pasado; y fue enterrado en el sepulcro nuevo de José de Arimatea, donde no habia reposado todavía nadie. Esta puerta fue tapiada posterior-

mente, y hay una tradicion que dice que los cristianos deben de entrar otra vez por ella en la ciudad. Ahora hay todavía de ese lado una puerta murada que los turcos llaman la *Puerta de Oro.*

El camino que va al Occidente, saliendo de la puerta de las Ovejas, pasa entre el lado Noroeste del monte de Sion y el Calvario. Desde esta puerta hasta el Gólgota hay tres cuartos de legua: desde el palacio de Pilatos hasta el Gólgota habrá cinco octavas partes de una legua. La fortaleza Antonia está situada al Norte de la montaña del templo sobre un peñasco que está separado. Cuando se va á Poniente, saliendo del palacio de Pilatos, esta fortaleza está á la izquierda: sobre una de sus murallas hay un terrado que domina el *Forum.* Desde allí Pilatos hace las proclamaciones al pueblo: por ejemplo, cuando promulga nuevas leyes. Sobre el camino de la cruz, en el interior de la ciudad, Jesus tenia con frecuencia la montaña del Calvario á su derecha. Este camino, que debia estar en parte en la direccion del Sudoeste, conducia á una puerta abierta en un muro interior de la ciudad que se dirige hácia Sion. Fuera de ese muro hay una especie de arrabal que

tiene mas jardines que casas; hay tambien hácia el muro esterior de la ciudad hermosos sepulcros con entradas de albañilería. De ese lado hay una casa perteneciente á Lázaro, con jardines magníficos hácia el sitio donde la muralla occidental de Jerusalen vuelve al Mediodía. Creo que una pequeña puerta particular, abierta en la muralla de la ciudad por donde Jesus y los suyos pasaban con frecuencia con la autorizacion de Lázaro, conduce á esos jardines. La puerta situada al lado Noroeste conduce á Betsur, que está mas al Norte que Emaus y Joppé. Esta parte occidental de Jerusalen es la menos elevada: baja hácia la parte de la muralla, pero se levanta antes de llegar á ella. En este terreno hay jardines y viñas, detras de las cuales pasa un camino ancho de donde salen veredas para subir á las murallas y á las torres. Del otro, al esterior de la ciudad, el terreno declina hácia el valle; de suerte que las murallas que rodean esta parte baja de la ciudad, parecen construidas sobre un terraplen elevado. Sobre el declive esterior se ven tambien jardines y viñas. Jesus, al llegar al fin del camino de la Cruz, tenia á su derecha esta parte de la ciudad donde hay tanto jar-

din, y de ahí venia Simon Cirineo. La puerta por donde salió Jesus no está enteramente vuelta á Poniente, sino al Sudoeste. La muralla de la izquierda, saliendo de la puerta, va al Sur, vuelve al Oeste y se dirige otra vez al Sur alrededor del monte de Sion. De ese lado hay una torre muy ancha, que parece una fortaleza. La puerta por donde Jesus salió está cerca de otra mas al Mediodía que conduce al valle, donde comienza un camino que vuelve despues á la izquierda en la direccion de Belen. Poco despues de la puerta de donde sale el camino se dirige al Norte hácia el Calvario. De ese lado, á donde se ve el camino de Emaus, hay un prado donde vi á Lúcas coger diversas plantas cuando fue con Cleofás á Emaus, despues de la Resurreccion, y encontraron á Jesus en el camino. Cerca de la muralla, al Levante y al Norte del Calvario, hay tambien jardines, sepulcros y viñas. La cruz fue enterrada al Nordeste, al pie del Calvario.

El jardin de José de Arimatea está situado cerca de la puerta de Belen, á siete minutos del Calvario; es un hermoso jardin con grandes árboles, bancos y bosques que dan sombra: va subiendo hasta las murallas de

la ciudad. Cuando se entra en él viniendo de la parte setentrional del valle, el terreno sube á la izquierda hasta la muralla, y á la derecha, al fin del jardin, hay una peña separada, donde está el sepulcro. La gruta donde está abierto, tiene la entrada al Levante. Al Sudoeste y al Noroeste de la misma peña hay dos sepulcros nuevos con la entrada baja. Al Oeste de la peña pasa una vereda que la rodea. El terreno, delante de la entrada del sepulcro, está mas elevado y hay escalones para bajar á él. La bóveda puede contener cuatro hombres á cada lado, sin que estorben á los que deponen el cadáver: en frente de la puerta está el sepulcro, elevado dos pies sobre el suelo; está unido á la peña por un lado como un altar: dos personas pueden estar á la cabecera y á los pies, y aun se puede poner otra persona delante, aunque la puerta esté cerrada. Esta puerta es de metal; quizás de cobre: tiene dos postigos, y una piedra delante para impedir que se abran. La piedra destinada á este uso está todavía delante de la entrada de la gruta. Despues del entierro del Salvador, la pusieron delante de la puerta. Esta piedra es muy gruesa, y para menearla son menester mu-

chos hombres. En frente de la entrada hay un banco de piedra; desde él se puede subir á la peña, que está cubierta de yerba, y desde donde se ven, por cima de las murallas, los puntos mas elevados de Sion y algunas torres. Se ve tambien la puerta de Belen y la fuente de Gihon. La peña interiormente es blanca, con venas encarnadas y azules.

L.

Descendimiento.

Mientras la cruz estaba abandonada y rodeada solo de algunos guardias, vi cinco personas, que habian venido de Bethania por el valle, acercarse al Calvario, elevar los ojos hácia la cruz y alejarse furtivamente: yo pienso que serian discípulos. Encontré tres veces en las inmediaciones á dos hombres examinando y deliberando: eran José de Arimatea y Nicodemus. Una vez era en las inmediaciones y mientras la crucifixion (quizás cuando hicieron comprar los vestidos de Jesus); otra vez estaban mirando si el pueblo se iba, y fueron al sepulcro para preparar alguna cosa: volvieron á la cruz, mirando á

todas partes como si esperasen una ocasion favorable. Despues hicieron su plan para bajar de la cruz el cuerpo del Salvador, y se volvieron á la ciudad.

Se ocuparon de trasportar los objetos necesarios para embalsamar el cuerpo; sus criados cogieron algunos instrumentos para desclavarlo de la cruz, y dos escaleras, que consistian en un madero atravesado de distancia á distancia por palos que formaban los escalones. Habia ganchos que se podian colgar mas arriba ó mas abajo, y que servian para fijar las escaleras ó para colgar lo que necesitaran en su trabajo.

Nicodemus habia comprado cien libras de raices, que equivalian á treinta y siete libras de nuestro peso, como me lo han esplicado. Llevaba esos aromas en pequeños corchos colgados del cuello sobre el pecho. En uno de esos corchos habia unos polvos. Tenian algunos paquetes de yerbas en sacos de pergamino ó de cuero. José llevaba tambien una caja de ungüento, no sé de qué sustancia: en fin, los criados debian llevar sobre unas angarillas jarros, botas, esponjas y herramientas. Llevaron fuego en un farol cerrado. Los criados salieron de la ciudad

antes que sus amos, y por otra puerta, quizás la de Bethania, y despues se dirigieron hácia el Calvario. Pasaron por delante de la casa donde la Vírgen, Juan y las Santas mujeres habian venido á coger diversas cosas para embalsamar el cuerpo de Jesus; Juan y las Santas mujeres siguieron á los servidores á poca distancia. Habia cinco mujeres; algunas llevaban debajo de las capas un grueso paquete de tela. Las mujeres tenian la costumbre, cuando salian por la noche ó para hacer secretamente alguna accion piadosa, de cubrirse con una sábana larga y de mas de una vara de ancha. Comenzaban por envolverse un brazo, y se envolvian el resto del cuerpo tan estrechamente, que apenas podian andar. Yo las he visto así envueltas; esa sábana les llegaba de un brazo al otro, y las cubria la cabeza. Hoy presentaba un aspecto estraño; era un vestido de luto. José y Nicodemus tenian tambien vestidos de luto; tenian mangas negras y una cintura ancha. Sus capas, que se las habian puesto sobre la cabeza, eran anchas, largas y de color pardo. Les servian para tapar lo que llevaban. Se dirigian hácia la puerta que conduce al Calvario.

Las calles estaban desiertas; el terror general hacia que cada uno estuviese encerrado en su casa; la mayor parte comenzaban á arrepentirse. Muy pocos observaban la fiesta. Cuando José y Nicodemus llegaron á la puerta, la hallaron cerrada, y todo alrededor, el camino y las calles, llenos de soldados. Eran los mismos que los fariseos habian pedido á las dos, y como temian una insurreccion popular, los conservaban sobre las armas.

José presentó una órden firmada de Pilatos para dejarle pasar libremente. Los soldados se alegraron; mas le dijeron que habian querido abrir muchas veces la puerta sin poderlo conseguir; que sin duda en el terremoto se habia desnivelado por alguna parte; que por esa razon los alguaciles encargados de romper las piernas á los crucificados habian tenido que pasar por otra puerta. Pero cuando José y Nicodemus cogieron el cerrojo, la puerta se abrió sola, dejando á todos atónitos.

El cielo estaba todavía oscuro y nebuloso cuando llegaron al Calvario: se encontraron con sus criados y las Santas mujeres que lloraban sentadas en frente de la cruz. Cassio y muchos soldados, que se habian converti-

do, estaban á cierta distancia tímidos y respetuosos. José y Nicodemus contaron á la Vírgen y á Juan todo lo que habian hecho para librar á Jesus de una muerte ignominiosa, cómo habian obtenido que no rompiesen los huesos al Señor, y cómo la profecía se habia cumplido. Hablaron tambien del lanzazo de Cassio. Así que llegó el centurion Abenadar, comenzaron en medio de la tristeza y del recogimiento la obra piadosa del descendimiento de la cruz y de embalsamar el sacratísimo cuerpo del Señor.

La Vírgen Santísima y Magdalena estaban sentadas al pie de la cruz, á la derecha, entre la cruz de Dimas y la de Jesus: las otras mujeres estaban ocupadas en preparar los paños, los aromas, el agua, las esponjas y los vasos. Cassio se acercó tambien, y contó á Abenadar el milagro de la cura de sus ojos. Todos estaban conmovidos, llenos de dolor y de amor, y al mismo tiempo silenciosos y con una gravedad solemne. Solo cuando la prontitud y la atencion que exigian esos cuidados piadosos lo permitian, se oian lamentos y gemidos comprimidos. Sobre todo, Magdalena se abandonaba enteramente á su dolor, y nada podia distraerla, ni la presen-

cia de los circunstantes, ni alguna otra consideracion.

Nicodemus y José pusieron las escaleras detras de la cruz, y subieron con una sábana, á la cual estaban atadas tres correas; ataron el cuerpo de Jesus por debajo de los brazos y de las rodillas al árbol de la cruz, y fijaron los brazos atados por la muñeca. Entonces sacaron los clavos empujándolos por detras, apoyando un hierro en la punta. Las manos de Jesus no se movieron mucho á pesar de los golpes, y los clavos salieron fácilmente de las llagas, porque estas se habian abierto mucho con el peso del cuerpo, y el cuerpo ahora, suspendido con las sábanas, no cargaba sobre los clavos. La parte inferior del cuerpo, que á la muerte del Salvador habia cargado sobre las rodillas, reposaba en su posicion natural, sostenida por una sábana que estaba atada á los brazos de la cruz. Mientras José sacaba el clavo izquierdo y dejaba el brazo envuelto caer despacito sobre el cuerpo, Nicodemus ataba el brazo derecho á la cruz, y tambien su cabeza coronada de espinas, que se habia torcido sobre el hombro derecho: entonces arrancó el clavo derecho, y dejó caer despacio el

brazo sobre el cuerpo. Al mismo tiempo el centurion Abenadar arrancaba con esfuerzo el grande clavo de los pies. Cassio recogió religiosamente los clavos y los puso á los pies de la Vírgen.

En seguida José y Nicodemus pusieron las escaleras delante de la cruz, casi derechas y muy cerca del cuerpo; desataron la correa de arriba y la colgaron á uno de los ganchos que estaban en las escaleras; hicieron lo mismo con las otras dos correas, y bajándolas de gancho en gancho, descendieron despacio el santo cuerpo hasta en frente del centurion, que, montado sobre un banco, lo recibió en sus brazos por debajo de las rodillas y lo bajó, mientras que José y Nicodemus, sosteniendo lo alto del cuerpo, bajaban escalon por escalon con las mayores precauciones, como cuando se lleva el cuerpo de un amigo gravemente herido. Así el cuerpo del Salvador llegó hasta abajo.

Era un espectáculo muy tierno; tenian el mismo cuidado, las mismas precauciones que si hubiesen temido causar algun dolor á Jesus: guardaron con el santo cuerpo todo el amor y toda la veneracion que habian tenido con el Salvador durante su vida. Todos

los circunstantes tenian los ojos fijos sobre el cuerpo del Señor y seguian todos sus movimientos; á cada instante levantaban las manos al cielo, derramaban lágrimas y daban todas las señales del dolor mas profundo. Sin embargo, todos estaban penetrados de un respeto profundo, hablando solo en voz baja para ayudarse ó avisarse. Mientras los martillazos se oian, María, Magdalena y todos los que estaban presentes á la crucifixion, tenian el corazon partido. El ruido de esos golpes les recordaba los padecimientos de Jesus: temblaban de oir otra vez el grito penetrante de su dolor, y al mismo tiempo se afligian del silencio de su boca divina, prueba demasiado cierta de su muerte. Cuando descendieron el santo cuerpo, lo envolvieron desde las rodillas hasta la cintura, y lo pusieron en los brazos de su Madre, que se los tendia en el del dolor y del amor.

LI.

El cuerpo de Jesus embalsamado.

La Vírgen Santísima se sentó sobre un cobertor tendido en el suelo: su rodilla dere-

cha un poco levantada, y su espalda, estaban apoyadas sobre unas capas juntas. Lo habian dispuesto todo para facilitar á esta Madre llena de dolor los tristes honores que iba á dar al cuerpo de su Hijo. La sagrada cabeza de Jesus estaba apoyada sobre la rodilla de María; su cuerpo estaba tendido en una sábana. La Vírgen Santísima tenia por la última vez en sus brazos el cuerpo de su querido Hijo, á quien no habia podido dar ninguna prueba de amor en todo su martirio; contemplaba sus heridas, cubria de besos su cara ensangrentada, mientras Magdalena reposaba la suya sobre sus pies.

Los hombres se retiraron á una pequeña hondonada, situada al Sudoeste del Calvario, á preparar los objetos necesarios para embalsamar el cadáver. Cassio, con algunos soldados que se habian convertido al Señor, estaba á una distancia respetuosa. Toda la gente mal intencionada habia vuelto á la ciudad, y los soldados formaban solo una guardia de seguridad para impedir que nadie interrumpiese los últimos honores rendidos á Jesus. Algunos prestaban su ayuda cuando se lo pedian. Las Santas mujeres daban vasos, esponjas, paños, ungüentos y aromas cuando

se necesitaba, y el resto del tiempo estaban atentas á corta distancia; Magdalena se hallaba siempre á los pies de Jesus: Juan ayudaba continuamente á la Vírgen, servia de mensajero entre los hombres y las mujeres, y ayudaba á los unos y á los otros. Las mujeres tenian á su lado botas de cuero y un jarro de agua, puesto sobre un fuego de carbon. Ellas presentaban á María y á Magdalena, conforme lo necesitaban, vasos llenos de agua pura y esponjas que esprimian despues en las botas de cuero.

La Vírgen Santísima conservaba un valor admirable en su indecible dolor. No podia dejar el cuerpo de su Hijo en el horrible estado en que lo habia puesto el suplicio, y por eso comenzó con una actividad infatigable á lavarlo y á limpiarle las señales de los ultrajes que habia recibido. Sacó con la mayor precaucion la corona de espinas, abriéndola por detras y cortando una por una las espinas clavadas en la cabeza de Jesus, para no abrir las heridas con el movimiento. Pusieron la corona junto á los clavos; entonces María sacó las espinas que se habian quedado en las heridas con una especie de tenazas redondas, y las enseñó á sus amigos con tris-

teza. Pusieron estas espinas con la corona: sin embargo, algunas deben de haber sido conservadas aparte.

Apenas se podia conocer la cara del Señor: tan desfigurado estaba con las llagas que lo cubrian. La barba y el cabello estaban pegados con la sangre. María alzó la cabeza y pasó esponjas mojadas por el pelo para lavar la sangre seca. Conforme la lavaba, las horribles crueldades ejercidas contra Jesus se presentaban mas distintamente, y su compasion y su ternura se acrecentaban de una herida á otra. Lavó las llagas de la cabeza, la sangre que cubria los ojos, las narices y las orejas, con una esponja y un pañito estendido sobre los dedos de su mano derecha: limpió, del mismo modo, su boca entreabierta, su lengua, sus dientes y sus labios. Partió lo que restaba del pelo del Salvador en tres partes, una sobre cada sien, y la tercera sobre la nuca; y cuando hubo limpiado y desenredado los cabellos de adelante, se los puso detras de las orejas. Habiendo limpiado la cara, la Vírgen la cubrió despues de haberla besado. Luego se ocupó del cuello, de las espaldas y del pecho, de los brazos y de las manos. Todos los huesos del pecho,

todas las coyunturas de los miembros, estaban dislocados, y no podian doblarse. El hombro que habia llevado la cruz tenia una herida enorme; toda la parte superior del cuerpo estaba cubierta de heridas y rasgada con los azotes. Cerca del pecho izquierdo habia una pequeña abertura por donde habia salido la punta de la lanza de Cassio, y en el lado derecho estaba la abertura ancha por donde habia entrado la lanza que habia atravesado el corazon. María lavó todas las llagas, y Magdalena, de rodillas, la ayudaba de cuando en cuando, sin dejar los pies de Jesus, que regaba con lágrimas abundantes y que limpiaba con sus cabellos.

La cabeza, el pecho y los pies del Salvador estaban lavados: el sagrado cuerpo, blanco, azulado, como carne sin sangre, lleno de manchas moradas y coloradas en los sitios donde se le habia arrancado el pellejo, reposaba sobre las rodillas de María, que cubrió con un velo las partes lavadas, y se ocupó de embalsamar todas las heridas. Las Santas mujeres, arrodillándose en frente de María, le presentaban á su vez una caja, de donde cogia algun ungüento precioso con que untaba las heridas. Untó tambien el pelo: cogió

en su mano izquierda las manos de Jesus, las besó con respeto, y llenó de ungüento ó de aromas los agujeros profundos de los clavos. Llenó tambien las orejas, las narices y la llaga del costado. Magdalena embalsamaba los pies del Señor: los regaba muchas veces con sus lágrimas, y los limpiaba con su rostro.

No tiraban el agua que habian usado; pero la echaban en botas de cuero, á donde esprimian las esponjas. Yo vi muchas veces á Cassio y á otros soldados ir por agua á la fuente de Gihon, que estaba bastante cerca. Cuando la Vírgen untó todas las heridas, envolvió la cabeza en paños, mas no cubrió todavía la cara. Cerró los ojos entreabiertos de Jesus, y dejó reposar su mano sobre ellos algun tiempo. Cerró tambien su boca, abrazó el sagrado cuerpo de su Hijo, y dejó caer su cara sobre la de Jesus. José y Nicodemus hacia rato que esperaban, cuando Juan, acercándose á la Vírgen, le pidió que se separase de su Hijo para que pudieran acabarlo de embalsamar, porque se acercaba el sábado. María abrazó otra vez el cuerpo de su Hijo, y se despidió de Él en los términos mas tiernos. Entonces los hombres lo cogieron de los

brazos de su Madre en la sábana donde estaba puesto, y lo llevaron á cierta distancia. María, sumergida en su dolor, que sus tiernos cuidados habian distraido un instante, cayó, la cabeza cubierta, en los brazos de las piadosas mujeres. Magdalena, como si hubieran querido agarrarle su amante, se precipitó algunos pasos hácia adelante con los brazos abiertos, y se volvió con la Vírgen Santísima.

Llevaron el cuerpo á un sitio mas bajo que la cumbre del Gólgota, sobre una roca, que presentaba un sitio cómodo para embalsamar el cuerpo. Vi primero un paño de mallas de un trabajo parecido al encaje, que me recordó la cortina que se pone delante del altar en la Cuaresma (1). Sin duda estaba trabajado con calados para dejar pasar el agua. Vi tambien otra gran sábana estendida. Pusieron el cuerpo del Salvador sobre el paño calado, y algunos hombres tuvieron el otro estendido sobre él. Nicodemus y José se arrodillaron, y debajo de este cubierto quitaron el paño que habian atado á la cin-

(1) En la diócesi de Munster cuelgan en las iglesias una cortina con bordados calados que representan las cinco llagas y los instrumentos de la Pasion.

tura al bajarlo de la cruz. Despues pasaron esponjas debajo de ese paño, y lavaron la parte inferior del cuerpo: despues lo alzaron con los paños atravesados debajo de las rodillas, y lo lavaron por detras, sin volverlo, hasta que el agua que echaban las esponjas estaba clara. En seguida echaron agua de mirra sobre todo el cuerpo, y manejándolo con respeto, lo estendieron á todo su largo, pues se habia quedado en la posicion en que habia muerto, con las rodillas y los riñones encogidos. Despues colocaron debajo de sus hombros un paño de una vara de ancho y tres de largo, pusieron manojos de yerbas como las que veo en las mesas celestiales, y echaron por encima unos polvos que Nicodemus habia traido. Entonces envolvieron la parte inferior del cuerpo, y la ataron fuertemente alrededor de la sábana que habian puesto por debajo. Untaron las heridas de los muslos, pusieron manojos de yerba entre las piernas en todo su largo, y las envolvieron en los aromas de abajo arriba.

Entonces Juan llevó cerca del cuerpo á la Vírgen y á las Santas mujeres. María se arrodilló cerca de la cabeza de Jesus, puso por debajo un lienzo muy fino que le habia

dado la mujer de Pilatos, y que llevaba ella alrededor de su cuello debajo de su capa; despues, con ayuda de las Santas mujeres, puso desde los hombros hasta la cara manojos de yerbas, aromas y polvos odoríficos; despues ató fuertemente este lienzo alrededor de la cabeza y de los hombros. Magdalena echó un frasco de bálsamo en la llaga del costado, y las piadosas mujeres pusieron tambien yerbas en las llagas de las manos y de los pies. En seguida los hombres envolvieron el resto del cuerpo en aromas, cruzaron los brazos sobre su pecho, y apretaron la grande sábana blanca alrededor de su cuerpo hasta el pecho, como se envuelve á un niño, y ataron una venda alrededor de la cabeza y de todo el cuerpo. En fin, pusieron al Salvador en la grande sábana de seis varas que habia comprado José de Arimatea, y lo envolvieron, puesto diagonalmente; una punta de la sábana estaba doblada desde los pies hasta el pecho, y la otra sobre la cabeza y los hombros; las otras dos envueltas alrededor del cuerpo.

Como todos rodeaban el cuerpo del Señor y se arrodillaban para despedirse de Él, un milagro se operó á sus ojos: el sagrado cuer-

po de Jesus, con sus heridas, apareció representado sobre la sábana que lo cubria, como si hubiese querido recompensar su celo y su amor, y dejarles su retrato al través de los velos que lo cubrian. Abrazaron el cuerpo llorando, y besaron con respeto su milagrosa efigie. Su asombro se aumentó cuando alzando la sábana vieron que todas las vendas que ataban al cuerpo estaban blancas como antes, y que la sábana superior habia recibido sola la milagrosa efigie. No era la marca de heridas echando sangre, pues todo el cuerpo estaba envuelto y cubierto de aromas; era un retrato sobrenatural, un testimonio de la divinidad creadora que residia siempre en el cuerpo de Jesus. He visto muchas cosas relativas á la historia posterior de esa sábana, mas me seria imposible coordinarlas. Despues de la Resurreccion estuvo en poder de los amigos de Jesus; cayó tambien dos veces en las manos de los judíos, y fue venerada mas tarde en diferentes lugares. La he visto en Asia, en casa de cristianos no católicos. Se me ha olvidado el nombre de la ciudad, que está situada en un pais cercano de la patria de los tres Reyes Magos.

LII.

Jesus metido en el sepulcro.

Los hombres pusieron el sagrado cuerpo sobre unas angarillas de cuero, cubiertas con un cobertor oscuro. Esto me recuerda el Arca de la Alianza. Nicodemus y José llevaban sobre sus hombros los palos de delante, y Abenadar y Juan los de atras. En seguida venian la Vírgen, María de Helí, su hermana mayor, Magdalena y María Cleofás; despues las mujeres que habian estado sentadas á cierta distancia, Verónica, Juana Chusa, María, madre de Márcos; Salomé, mujer del Zebedeo; María Salomé, Salomé de Jerusalen, Susana y Ana, sobrina de San José; Cassio y los soldados cerraban la marcha. Las otras mujeres, Maroni de Nain, Dina la Samaritana, y María la Sufanita, estaban en Bethania con Marta y Lázaro. Dos soldados con luces iban delante para alumbrar en la gruta del sepulcro; anduvieron así cerca de siete minutos, cantando salmos en un tono dulce y melancólico. Vi sobre una altura del otro lado del valle á Santiago

el Mayor, hermano de Juan, que los veia pasar y que volvió á anunciar á los otros discípulos lo que habia visto.

Se pararon á la entrada del jardin de José; lo abrieron arrancando algunos palos, que sirvieron despues de palancas para llevar á la gruta la piedra que debia tapar el sepulcro. Cuando llegaron á la peña, levantaron el santo cuerpo sobre una tabla larga, cubierta de una sábana. La gruta, que estaba recientemente abierta, habia sido barrida por los criados de Nicodemus; el interior estaba limpio y elegante. Las Santas mujeres se sentaron en frente de la entrada. Los cuatro hombres entraron el cuerpo del Señor, llenaron de aromas una parte del sepulcro, y estendieron una sábana, sobre la cual pusieron el cuerpo; le mostraron otra vez su amor con sus lágrimas y sus brazos, y salieron de la gruta. Entonces entró la Vírgen; se sentó al lado de la cabeza, y se bajó llorando sobre el cuerpo de su Hijo. Cuando salió de la gruta, Magdalena se precipitó en ella; habia cogido en el jardin flores y ramos que echó sobre Jesus; cruzó las manos, y besó llorando los pies de Jesus; pero habiéndole dicho los hombres que querian cer-

rar el sepulcro, se volvió con las otras mujeres. Doblaron las puntas de las sábanas sobre el cuerpo, y pusieron la tapa de un color oscuro, y cerraron la puerta; delante había dos palos, uno horizontal y otro vertical, que formaban la cruz.

La gruesa piedra destinada á cerrar el sepulcro, que estaba aun delante de la puerta de la gruta, tenia la forma de un cofre, ó de una piedra tumular; era bastante grande para que un hombre pudiera estenderse á lo largo; era muy pesada, y solo con palancas pudieron los hombres empujarla delante de la puerta del sepulcro. La primera puerta de la gruta era de ramas entretejidas. Todo lo que se hizo en la gruta fue con faroles, porque la luz del dia apenas penetraba.

LIII.

Vuelta del sepulcro.—José de Arimatea, preso.

El sábado iba á comenzar; Nicodemus y José entraron en Jerusalen por una pequeña puerta vecina del jardin, abierta en la muralla por una gracia especial concedida á José.

Dijeron á la Vírgen, á Magdalena, á Juan y á algunas mujeres que volvian al Calvario á orar, que hallarian esa puerta abierta siempre que llamaran, así como la del Cenáculo. La hermana mayor de la Vírgen, María de Helí, volvió á la ciudad con María, madre de Márcos, y algunas otras mujeres. Los criados de José y de Nicodemus volvieron al Calvario para recoger los objetos que habian dejado.

Los soldados se juntaron con los que guardaban la puerta de la ciudad, vecina al Calvario, y Cassio se fue á casa de Pilatos con la lanza. Le contó lo que habia visto, y le prometió una relacion exacta si le confiaba el mando de la guardia que los judíos pedirian para el sepulcro. Pilatos escuchó sus palabras con un terror secreto, mas lo trató como á un supersticioso.

José y Nicodemus encontraron en la ciudad á Pedro, á Santiago el Mayor y á Santiago el Menor; todos lloraban. Pedro, sobre todo, sentia un dolor violento; los abrazó, se acusó de no haber estado presente á la muerte del Salvador, y les dió las gracias por haberle dado sepultura. Se convinieron en que les abririan las puertas del Cenáculo cuando

llamaran, y se fueron á buscar á otros discípulos dispersados en diversos sitios. Vi despues á la Vírgen Santísima y á sus compañeras entrar en el Cenáculo; Abenadar fue tambien introducido, y poco á poco la mayor parte de los Apóstoles y de los discípulos se reunieron en él. Las Santas mujeres se reunieron en la parte donde habitaba la Vírgen. Tomaron algun alimento, y pasaron todavía algun rato reunidos llorando y contando lo que habian visto. Los hombres se mudaron de vestido, y los vi debajo de una lámpara observar el sábado. Comieron corderos en el Cenáculo, pero sin hacer ninguna ceremonia, pues habian comido la víspera el Cordero pascual; todos estaban llenos de angustia y de tristeza. Las Santas mujeres rezaron tambien con María debajo de una lámpara. Cuando fue del todo de noche, Lázaro, la viuda de Naim, Dina la Samaritana y María la Sufanita, vinieron de Bethania: contaron de nuevo lo sucedido, y derramaron lágrimas.

José de Arimatea volvió tarde del Cenáculo á su casa; seguia tristemente las calles de Sion, acompañado de algunos discípulos y de algunas mujeres, cuando de pron-

to una tropa de hombres armados, emboscados en las inmediaciones del tribunal de Caifás, se echó sobre ellos, apoderándose de José, mientras sus compañeros huian dando gritos. Lo encerraron en una torre de la muralla, cerca del tribunal. Caifás habia encargado esta espedicion á los soldados paganos, que no tenian que observar el sábado. Tenian el proyecto de dejarlo morir de hambre, y de no decir nada de su desaparicion.

Aquí se acaba la relacion del dia de la Pasion del Salvador: añadiremos algunos trozos relativos al Sábado Santo, al descendimiento á los infiernos y á la Resurreccion.

LIV.

Sobre el nombre del Calvario.

Meditando sobre el nombre de *Gólgota*, Calvario, lugar del Cráneo, que tiene la peña en donde Jesus fue crucificado, estuve en una contemplacion profunda sobre la serie de los tiempos desde Adan hasta Jesus, en la cual se me reveló el orígen de ese nombre. Ved aquí de lo que me acuerdo.

Yo vi á Adan, despues de su espulsion del Paraiso, llorar en la gruta en donde Jesus sudó sangre y agua sobre el monte de las Olivas. Vi cómo Seth fue prometido á Eva en la cueva del nacimiento de Jesus en Belen, y cómo nació en esa misma cueva. Vi á Eva habitar en las grutas donde despues estuvo el monasterio eseniano de Masfa, cerca de Hebron.

El territorio de Jerusalen se me apareció despues del diluvio, revuelto, negro, pedregoso, bien diferente de lo que era antes. Á una grande profundidad, debajo de la peña que forma el Calvario (la cual fue trasportada á este sitio por las aguas), vi el sepulcro de Adan y de Eva. Faltaba la cabeza y una costilla á uno de los esqueletos, y la cabeza restante estaba puesta al esqueleto á quien no pertenecia. Los huesos de Adan y de Eva no estaban todos en este sepulcro. Noé tenia algunos en el arca, que se los trasmitieron los Patriarcas. Noé y Abraham, cuando ofrecian un sacrificio, los ponian sobre el altar para recordar á Dios su promesa. Cuando Jacob dió á José su vestido de diversos colores, le dió tambien algunos huesos de Adan para servirle de reliquias.

José los llevaba siempre sobre el pecho, y fueron metidos con sus propios huesos en el primer relicario que los hijos de Israel llevaron de Egipto. He visto muchas cosas, pero se me han olvidado las unas y me falta tiempo para contar las otras.

En cuanto al orígen del nombre del Calvario, hé aquí lo que sé. La montaña que tiene ese nombre se me apareció en el tiempo del Profeta Eliseo. Entonces no estaba como en el tiempo de Jesus: era una altura con muchas murallas y grutas que parecian sepulcros. Vi al Profeta Eliseo bajar á esas grutas (no sé decir si lo hizo realmente ó si era simplemente una vision). Lo vi sacar un cráneo de un sepulcro de piedra, donde reposaban huesos. Uno que estaba á su lado, yo creo que era un Ángel, le dijo: «Es el cráneo de Adan.» El Profeta quiso llevárselo, mas el que estaba con él no se lo permitió. Vi sobre el cráneo algunos pelos rubios esparcidos.

Supe tambien que el Profeta, habiendo contado lo que le habia sucedido, el sitio recibió el nombre de Calvario. En fin; yo vi que la cruz de Jesus estaba puesta verticalmente sobre el cráneo de Adan, y supe que

ese sitio era precisamente el medio de la tierra; al mismo tiempo conocí los números y las medidas propias á todos los paises, cada una en particular, y la relacion que tenian entre sí. He visto ese medio desde arriba, y como de un vuelo. Desde allí se ven mas claramente que en un mapa los diversos paises, las montañas, los desiertos, los mares y los rios, los pueblos y los lugares mas pequeños, lo mismo los mas cercanos que los mas remotos.

LV.

La cruz y el lagar.

Meditando sobre esta palabra ó este pensamiento de Jesus sobre la cruz: «Estoy esprimido como el vino que se ha puesto aquí en el lagar por la primera vez: debo dar toda mi sangre hasta que venga el agua, mas no se hará aquí mas vino;» esto me fue esplicado por una vision relativa al Calvario.

Yo vi, en una época posterior al diluvio, este terreno menos escabroso y menos estéril que lo fue despues: habia viñas y prados. Vi al Patriarca Jafet, un viejo alto, moreno,

rodeado de inmensos rebaños y de una posteridad numerosa; sus hijos y él tenian habitaciones abiertas en la tierra, y cubiertas con techos de yerbas y de flores. Alrededor habia viñas y ensayaban sobre el Calvario, en presencia de Jafet, una nueva manera de hacer vino.

Tambien vi las antiguas maneras de preparar el vino: no me acuerdo mas que de lo siguiente: Primero se contentaban de comer la uva; despues la pisaron en tinas de piedra con pilones y en grandes tajos de madera. Esta vez habian imaginado un nuevo lagar que se parecia á la santa cruz; era un tronco de árbol vaciado y elevado verticalmente; un saco de uva estaba colgado arriba; sobre ese saco habia un pilon y encima un peso, y de los dos lados del tronco habia brazos que llegaban al saco por aberturas dispuestas á propósito, y que estrujaban la uva cuando los movian, bajando las estremidades. El mosto corria fuera del árbol por cinco aberturas, y caia en una cuba de piedra; desde ahí llegaba por un caño de corcho untado de resina á esa especie de cisterna abierta en la peña, á donde encerraron á Jesus antes de crucificarlo; al pie del tronco, en la

cueva de piedra, habia una reja para no dejar pasar los pezones, que se ponian á un lado. Cuando alzaron el lagar, llenaron el saco de uvas, lo clavaron en lo alto, pusieron y maniobraron los brazos para hacer correr el vino. Todo eso me recordó la crucifixion, á causa de la semejanza del tronco y de la cruz. Tenian una caña larga con una estremidad llena de puntas, de suerte que parecia una cabeza de cardo, y la pasaban por el tronco ó por el conducto cuando se obstruian. Eso me recordó la lanza y la esponja. Habia pellejos y corchos. Vi muchos hombres jóvenes que tenian solo un lienzo por la cintura, como Jesus, trabajando en ese lagar. Jafet era muy viejo; tenia una barba larga y un vestido de pieles; miraba con placer el nuevo lagar. Era una fiesta; sacrificaron sobre un altar de piedra animales que corrian por la viña, borriquitos, cabras y ovejas. No fue en este sitio en el que Abraham vino á sacrificar á Isaac; fue quizás sobre el monte de Moriah. He olvidado muchas instrucciones relativas al vino, al vinagre, á los escobajos, á las diferentes distribuciones á derecha y á izquierda: lo siento, pues las menores cosas en esta materia tie-

nen una profunda significacion simbólica. Si Dios quiere que las haga conocer, me las mostrará otra vez.

LVI.

Estracto de una vision anterior.

En una vision del último mes de la vida de Jesus, la hermana Emmerich vió tres caldeos de un lugar cuyo nombre se parece á Siedor, y á donde esos paganos tenian una escuela de sacerdotes, ir á visitar al Señor en Bethania, en casa de Lázaro. Ya en otra ocasion Ana habia contado lo siguiente de su religion y de su templo: «Á poca distancia de ese templo habia una pirámide con galerías, á donde observaban los astros. Anunciaban lo porvenir por la marcha de los animales, é interpretaban los sueños. Sacrificaban animales; pero siempre con horror de la sangre que dejaban caer al suelo. Tenian un fuego consagrado y un agua consagrada: conservaban el zumo de una planta y panecitos consagrados, segun el rito de su religion. Su templo, de forma ovalada, estaba lleno de imágenes de metal muy bien trabajadas. Te-

nian el presentimiento de una Madre de Dios. El objeto principal de su templo era un obelisco triangular. En uno de los lados habia una figura con pies de animales, que tenia en sus manos una bola, un aro, un manojito de yerbas, una manzana gruesa con el pezon, y otras cosas. Su cara era como un sol con rayos; tenia muchas telas, y significaba la produccion y la conservacion de la naturaleza: su nombre era como Miter ó Mitras. En el otro lado habia una figura de animal con un cuerno: era un unicornio, y se llamaba Asfas ó Aspax. Combatia con su cuerno contra un animal malo que estaba en el tercer lado. Este tenia una cabeza de lechuza con un pico encorvado, cuatro patas con uñas, dos alas y una cola que acababa como la de un escorpion. Se me ha olvidado su nombre, pues no me acuerdo fácilmente de esos nombres estranjeros; los confundo uno con otro, y solo puedo indicar á qué se parecen. Al ángulo de la columna, encima de los dos animales que reñian, habia una estatua, que debia representar la madre de todos los dioses. Su nombre era como Alva ó Alvas: la llamaban tambien un granero lleno de trigo, y salia de su cuerpo un haz de espigas. Su ca-

beza estaba agachada, pues llevaba en el pescuezo un cántaro de vino. Tenia una doctrina que decia: «El trigo se debe volver »pan; la uva se debe volver vino, para man»tener todas las cosas.» Encima de esta figura habia una especie de corona, y sobre la columna dos letras que me parecian una O y una W (quizás Alfa y Omega).

»Pero lo que mas me admiró en el templo fue un altar de metal con un jardincito redondo, cubierto de un enrejado de oro, y debajo de él se veia la figura de una Vírgen. En medio habia una fuente compuesta de muchos estanques sellados, juntos el uno al otro, y delante de ella una cepa verde con un hermoso racimo colorado que entraba en un lagar, cuya forma me recordó la de la cruz. En la punta de un tronco hueco habia un embudo ancho, cuya estremidad llegaba á un saco de uvas: sobre el saco habia dos brazos móviles que entraban en el árbol por los lados, y destripaban las uvas, cuyo zumo corria por aberturas. El jardincito redondo tenia cinco ó seis pies de diámetro: estaba lleno de flores, de arbustos y de frutos, todos bien ejecutados y con una significacion profunda.

»Esta representacion profética de la sal-

vacion futura habia sido hecha muchos siglos antes por los sacerdotes de ese pueblo, segun lo que habian aprendido por la observacion de los astros. Habian visto tambien esta representacion sobre la escala de Jacob. Habian visto tambien otras figuras proféticas de la Madre de Dios, pero mezcladas con otras tradiciones no comprendidas. Poco tiempo antes habian sabido la significacion del jardin cerrado y de la fuente sellada: les habia sido revelado que Jesus era la cepa cuya sangre debia regenerar al mundo, el grano de trigo que puesto en la tierra debia resucitar. Habian sabido que poseian muchos símbolos y muchos anuncios de la verdad, pero mezclados con invenciones de Satanás. Para tener mayores instrucciones, habian sido enviados á los tres Reyes, que, desde su vuelta de Belen, habitaban mas cerca de la Tierra de Promision, y estaban distantes dos jornadas del camino de los caldeos.

»Jesus habló con brevedad á esos estranjeros. Los envió á Cafarnaum, en casa del centurion Zorobabel; Jesus habia curado á su criado, que habia sido pagano como ellos, y que debia instruirlos. Eran hombres de

gran estatura, jóvenes, bellos y esbeltos: tenian otra conformacion que los judíos: sus pies y sus manos eran de una rara pequeñez.»

Á esto se puede referir lo que dijo la monja en otra ocasion: «Cuando veo parábolas relativas á la viña, ó cuando rezo por algunas diócesis ó por algunas parroquias que se me presentan bajo la forma de viñas á donde me parece que debo hacer trabajos penosos, veo siempre en ellas el lagar parecido á la cruz, pero elevado en medio de una cuba ó de un hoyo profundo. Los brazos del tronco se pueden mover con los pies.»

LVII.

Aparicion á la muerte de Jesus.

Entre los muertos resucitados en Jerusalen, cuyo número llegó á ciento, no habia ningun pariente de Jesus. He visto en otros lugares de la Tierra Santa otros muertos aparecer y dar testimonio de Jesus. Así vi á Sidoch, hombre muy piadoso, que habia dado todo lo que poseia á los pobres y al templo, y que habia fundado una comunidad de esenianos, aparecerse á mucha gente en las inmediaciones de Hebron. Este Sadoch habia

vivido un siglo antes de Jesus; habia deseado ardientemente la venida del Mesías, y habia tenido sobre esto muchas revelaciones. Vi otros muertos aparecerse á los discípulos del Señor, que estaban escondidos, y darles avisos.

El terror y la desolacion se estendieron hasta los lugares mas remotos de la Palestina, y no solo en Jerusalen hubo prodigios espantosos. En Tirza, las torres de la cárcel, donde habian estado presos los cautivos que Jesus rescató, se hundieron. En Galilea, donde Jesus habia viajado tanto, vi caerse muchos edificios, sobre todo las casas de los fariseos que habian perseguido al Salvador con mas rencor, y que estaban todos en la fiesta: esas casas se hundieron sobre sus mujeres y sobre sus hijos. Hubo muchos desastres en las inmediaciones del lago de Genesareth. Muchos edificios se derribaron en Cafarnaum: el muro que estaba delante del hermoso jardin del centurion Zorobabel, se abrió. El lago inundó el valle, y llegó hasta Cafarnaum, que está á media legua. La casa de Pedro y la habitacion de la Vírgen, situadas al salir del pueblo, se quedaron intactas. El lago estuvo muy agitado; sus orillas se hundieron por

muchas partes; su configuracion se mudó totalmente, y se acercó á la que tiene hoy. Hubo, sobre todo, grandes mutaciones en su estremidad Sudoeste, cerca de Taricheo, porque habia una calzada larga de piedra, construida entre el lago y una especie de laguna, y que daba una direccion constante al curso del Jordan, á su salida del lago. Toda la calzada se destruyó con el terremoto.

Hubo muchos desastres al Este del lago, en el sitio donde los cerdos de los habitantes de Gergesa se habian precipitado en el lago; tambien hubo muchos en Gergesa, en Gerasa y en todo el distrito de Chorazin. La montaña donde se hizo la segunda multiplicacion de los panes fue conmovida, y la piedra donde se habia operado el milagro se partió por medio. En la Decápolis, ciudades enteras se hundieron: en Asia muchos sitios sufrieron bastante, sobre todo al Este y al Noroeste de Paneas. En la Galilea superior muchos fariseos hallaron sus casas arruinadas al volver de la fiesta. Muchos de ellos recibieron la noticia en Jerusalen: por eso los enemigos de Jesus emprendieron tan poco contra la comunidad cristiana en la fiesta de Pentecostés.

Una parte del templo de Garizim se arruinó. Habia un ídolo sobre una fuente, en un pequeño templo, cuyo techo se hundió en la fuente con el ídolo. La mitad de la Sinagoga de Nazareth, de donde habian echado á Jesus, se hundió, así como la parte de la montaña de donde habian querido precipitarle. Hubo muchas perturbaciones en el curso del Jordan por causa de las conmociones, y su curso mudó de direccion en muchos sitios. En Macherus y en las otras ciudades de Herodes todo estuvo tranquilo: este pais estaba fuera de la penitencia y de las amenazas, semejantes á aquellos hombres que no se cayeron, y por consiguiente no se levantaron en el jardin de las Olivas.

En otros muchos sitios donde habitaban espíritus malos, yo vi á estos desaparecer á bandadas en medio de los edificios y de los montes que se hundian. Las conmociones de la tierra me recordaron las convulsiones de los poseidos cuando el enemigo siente que va á alejarse. En Gergesa, una parte de la montaña, desde donde los demonios se habian echado en un lago con los cerdos, rodó dentro de ese lago; y entonces vi una multitud

de malos espíritus precipitarse en el abismo como una nube oscura.

En Nicea, si no me equivoco, vi un acontecimiento singular, de que me acuerdo de una manera imperfecta. Habia un puerto con muchos barcos, y cerca de ese puerto una casa con una torre elevada, donde vi un pagano encargado en vigilar esos barcos. Tenia que subir con frecuencia á la torre y mirar lo que pasaba en el mar. Habiendo oido un grande ruido sobre los barcos del puerto, subió de prisa para ver qué sucedia, y vió volar sobre el puerto figuras siniestras, que le gritaron con una voz lastimera: «Si quieres conservar los barcos, hazlos salir de aquí, pues vamos á entrar en el abismo: el grande Pan se ha muerto.» Le dijeron otras cosas; le recomendaron que contara lo que le decian en un viaje de mar que tenia que hacer pronto, y que recibiera bien los mensajeros que vendrian á anunciar la doctrina del que acababa de morir. Así los malos espíritus estaban obligados por el poder de Dios á avisar á ese hombre y á encargarle que anunciara su derrota. Mandó poner los navíos en seguridad, y entonces se levantó una tempestad horrible: los demonios se

precipitaron aullando en el mar, y la mitad del pueblo se hundió. Su casa se quedó de pie. Poco tiempo despues hizo un gran viaje y anunció la muerte del grande Pan, si es ese el nombre que dieron al Salvador. Despues vino á Roma, donde se admiraron mucho de lo que contó. Su nombre era como Tamus ó Tramus.

LVIII.

Los judíos ponen guardia en el sepulcro.

En la noche del viérnes al sábado vi á Caifás y á los principales judíos consultarse sobre lo que habia que hacer, vistos los prodigios que habian sucedido y la disposicion del pueblo. Al salir de esta deliberacion, fueron por la noche en casa de Pilatos, y le dijeron que como ese seductor habia asegurado que resucitaria el tercer dia, era menester guardar el sepulcro tres dias: porque si no sus discípulos podrian llevarse su cuerpo y esparcir el ruido de su Resurreccion, y esa nueva decepcion seria peor que la primera. Pilatos, no queriendo mezclarse en ese negocio, les dijo: «Teneis una guardia: man-

dad que guarde el sepulcro como lo entendais.» Sin embargo, les dió á Cassio, que debia de observarlo todo, para hacer una relacion exacta de lo que viera. Los vi salir de la ciudad, doce, antes de levantarse el sol: los soldados que los acompañaban no estaban vestidos á la romana: eran soldados del templo. Tenian faroles puestos en palos para verlo todo á pesar de la oscuridad de la noche, y para alumbrarse en la oscura gruta donde estaba el sepulcro.

Así que llegaron se aseguraron de la presencia del cuerpo de Jesus, despues ataron una cuerda atravesada delante de la puerta del sepulcro, y ataron otra segunda sobre la piedra gruesa que estaba delante, y lo sellaron todo con un sello semicircular. Los fariseos se volvieron al pueblo, y los guardas se pusieron en frente de la puerta esterior. Habia cinco ó seis hombres cada uno á su turno. Cassio no se meneó de su puesto: estaba sentado ó de pie delante de la gruta, para poder ver los pies del sepulcro. Habia recibido grandes gracias internas y la inteligencia de muchos misterios. No acostumbrado á estar en ese estado de iluminacion espiritual, estuvo todo el tiempo en una especie

de embriaguez, sin ver los objetos esteriores. Se trasformó en un nuevo hombre, y pasó todo el dia en la penitencia y en la adoracion.

LIX.

Los amigos de Jesus el Sábado Santo.

Habria unos veinte hombres juntos en el Cenáculo; tenian vestiduras largas, blancas, con cinturones, y celebraban el sábado. Se separaron para acostarse, y muchos se fueron á sus casas. El sábado por la mañana se juntaron otra vez, rezando y leyendo alternativamente; de cuando en cuando introducian á los que llegaban.

En la parte de la casa donde estaba la Vírgen Santísima habia una grande sala con celdas separadas para los que querian pasar la noche. Cuando las piadosas mujeres volvieron del sepulcro, una de ellas encendió una lámpara colgada en el medio de la sala, y se sentaron debajo de ella alrededor de la Vírgen; rezaron con mucha tristeza y mucho recogimiento. Pronto llegaron Marta, Maroni, Dina y Mara, que habian venido de Betha-

nia con Lázaro; este se habia ido con los discípulos al Cenáculo. Les contaron con mucho llanto la muerte y la sepultura del Salvador; despues, como era tarde, algunos hombres, y entre ellos José de Arimatea, vinieron por las mujeres que querian volver á la ciudad. Entonces fue cuando á José le cogieron preso.

Las mujeres que se quedaron en el Cenáculo entraron en las celdas dispuestas alrededor de la sala para tomar algun reposo. Á media noche se levantaron y se reunieron debajo de la lámpara, alrededor de la Vírgen, para orar. Cuando la Madre de Jesus y sus compañeras acabaron ese rezo nocturno, que yo veo continuar en todos los tiempos por los fieles hijos de Dios y las almas santas que una gracia particular escita, ó que se conforman con las reglas dadas por Dios y su Iglesia, Juan llamó á la puerta de la sala con algunos discípulos, y en seguida cogieron sus capas y lo siguieron al templo.

Á las tres de la mañana, cuando fue sellado el sepulcro, vi á la Vírgen ir al templo, acompañada de las otras Santas mujeres, de Juan y de otros muchos discípulos. Muchos judíos tenian costumbre de ir al templo antes de amanecer el dia, despues de haber comi-

do el cordero pascual; el templo se abria á media noche, porque los sacrificios comenzaban temprano. Pero como la fiesta se habia interrumpido, todo se quedó abandonado, y me pareció que la Vírgen Santísima venia sola á despedirse del templo donde se habia educado. Estaba abierto, segun la costumbre de ese dia, y el espacio alrededor del Tabernáculo, reservado á los sacerdotes, estaba abierto al pueblo, segun se acostumbraba ese dia; mas el templo estaba solo, y no habia mas que algunos guardas y algunos criados; todo estaba en desórden por los acontecimientos de la víspera: habia sido profanado con las apariciones de los muertos, y yo me preguntaba á mí misma: «¿Cómo podrá purificarse de nuevo?»

Los hijos de Simeon y los sobrinos de José de Arimatea, llenos de tristeza por la prision de su tio, condujeron por todas partes á la Vírgen y á sus compañeros, pues estaban de guardia en el templo: todos contemplaron con terror las señales de la ira de Dios, y los que acompañaban á la Vírgen le contaron los acontecimientos de la víspera. Todavía no habian reparado los estragos causados por el temblor de tierra. La pared que sepa-

raba el santuario se habia abierto tanto, que se podia pasar por la raja; la cortina del santuario, rasgada, colgaba de los dos lados; por todas partes se veian paredes abiertas, piedras hundidas, columnas inclinadas. La Vírgen fue á todos los sitios que Jesus habia consagrado para Ella; se prosternó para besarlos, y los regó con sus lágrimas: sus compañeras la imitaron.

Los judíos tenian una gran veneracion á todos los lugares santificados con alguna manifestacion del poder divino; los besaban prosternándose la cara contra la tierra. Yo no lo estrañaba, pues sabiendo y creyendo que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob era un Dios vivo, que habitaba con su pueblo en el templo, era natural que lo hicieran así. El templo y los lugares consagrados eran para ellos lo que es el Santísimo Sacramento para los cristianos. La Vírgen Santísima, penetrada de ese respeto, condujo á sus compañeras á muchos sitios del templo; les mostró el sitio de su presentacion cuando era niña, el sitio donde habia sido educada, donde se habia desposado con San José, donde habia presentado á Jesus, donde Simeon habia profetizado; ese recuerdo la hizo llo-

rar amargamente, pues ya se habia cumplido la profecía, y la espada habia traspasado su alma. Se paró tambien en el sitio donde habia hallado á Jesus niño enseñando en el templo, y besó respetuosamente el púlpito. Habiendo honrado con sus recuerdos, con sus lágrimas y con sus oraciones los sitios santificados por Jesus, se volvieron á Sion.

La Vírgen se separó del templo llorando: la desolacion y la soledad en que estaba, en un dia tan santo, atestiguaban los crímenes de su pueblo; María se acordó que Jesus habia llorado sobre el templo, y que habia dicho: «Destruid este templo, y yo le reedificaré en tres dias.» María pensó que los enemigos de Jesus habian destruido el templo de su cuerpo, y deseó con ardor ver relucir el tercer dia en que la palabra eterna debia cumplirse.

María y sus compañeras habian llegado antes de amanecer al Cenáculo, y se retiraron á la parte del edificio situado á la derecha. Juan y los discípulos entraron en el Cenáculo, donde los hombres, cuyo número se elevaba á veinte, rezaban alternativamente debajo de la lámpara. Los recien venidos, de cuando en cuando, se instruian tímidamente

y conversaban llorando: todos mostraban á Juan un respeto mezclado de confusion, porque habia asistido á la muerte del Señor. Juan era afectuoso para con todos, tenia la simplicidad de un niño en sus relaciones con ellos. Los vi comer una vez: la mayor tranquilidad reinaba en la casa, y las puertas estaban cerradas.

Vi á las Santas mujeres juntas hasta la noche en la sala oscura, alumbrada por la luz de una lámpara, pues las puertas estaban cerradas y las ventanas tapiadas. Unas veces rezaban alrededor de la Vírgen debajo de la lámpara, otras se retiraban aparte, se cubrian la cabeza con un velo de luto, y se sentaban sobre ceniza en señal de dolor, ó rezaban con la cara vuelta á la pared. Las mas endebles tomaron algun alimento; las otras ayunaron.

Mis ojos se volvieron muchas veces hácia ellas, y siempre las vi rezando ó mostrando su dolor del modo que he dicho. Cuando mi pensamiento se unia al de la Vírgen, que estaba siempre ocupada de su Hijo, yo veia el sepulcro y los guardias sentados á la entrada: Cassio estaba arrimado á la puerta sumergido en la meditacion. Las puertas del sepulcro estaban cerradas, y la piedra por

delante. Sin embargo, vi el cuerpo del Señor rodeado de esplendor y de luz, y dos Ángeles en adoracion. Pero en mi meditacion, habiéndose dirigido sobre el alma del Redentor, vi una pintura tan grande y tan complicada del descendimiento á los infiernos, que solo he podido acordarme de una pequeña parte; voy á contarla como mejor pueda.

LX.

Jesus baja á los infiernos.

Cuando Jesus, dando un grito, exhaló su alma Santísima, yo la vi, como una forma luminosa, entrar en la tierra al pie de la cruz; muchos Ángeles, entre los cuales estaba Gabriel, la acompañaban. Vi su divinidad estar unida con su alma y tambien con su cuerpo suspendido en la cruz: no puedo espresar cómo eso se hacia. El sitio donde entró el alma de Jesus estaba dividido en tres partes: eran como tres mundos; tuve el sentimiento que eran de forma redonda, y que cada uno de ellos tenia su esfera separada.

Delante del limbo habia un lugar mas claro y mas sereno; en él veo entrar las al-

mas libres del purgatorio, antes de ser conducidas al cielo. El limbo, donde estaban los que esperaban una redencion, estaba rodeado de una esfera parda y nebulosa, y dividido en muchos círculos. El Salvador resplandecia de luz y era conducido en triunfo por los Ángeles entre los dos círculos: en el de la izquierda estaban los Patriarcas anteriores á Abraham; en el de la derecha estaban las almas de los que habian vivido desde Abraham hasta San Juan Bautista. Cuando Jesus pasó así, no le conocieron; mas todo se llenó de gozo y de deseo, y hubo como una dilatacion en esos lugares estrechos donde estaban apretados. Jesus pasó entre ellos como el aire, como la luz, como el rocío de la redencion, mas con la rapidez de un viento impetuoso. Penetró entre esos dos círculos hasta un sitio cubierto de niebla, donde estaban Adan y Eva; les habló, y ellos le adoraron con un gozo indecible. El Señor, acompañado de los dos primeros humanos, entró á la izquierda en el círculo de los Patriarcas anteriores á Abraham: era una especie de purgatorio. Entre ellos habia malos espíritus, que atormentaban é inquietaban el alma de algunos. Los Ángeles llamaron, y mandaron

abrir, pues habia una especie de puerta que estaba cerrada: me pareció que los Ángeles decian: «Abrid las puertas.» Y Jesus entró en triunfo. Los malos espíritus se alejaron, gritando: «¿Qué hay entre Tú y nosotros? ¿Qué vienes á hacer aquí?. ¿Quieres crucificarnos?» Los Ángeles los encadenaron y los echaron delante. Las almas que estaban en ese lugar no tenian mas que un leve presentimiento y un conocimiento oscuro de Jesus; el Salvador se presentó á ellas, y cantaron sus alabanzas. El alma del Señor hacia el limbo propiamente; encontró el alma del buen ladron conducida por los Ángeles al seno de Abraham, y la del mal ladron que los demonios llevaban á los infiernos. El alma de Jesus, acompañada de los Ángeles, de las almas libertadas y de los malos espíritus cautivos, entró en el seno de Abraham.

Ese lugar me pareció mas elevado; como cuando se sube de una iglesia subterránea á la iglesia superior. Los demonios encadenados resistian, y no querian entrar; mas los Ángeles les obligaron á ello. Allí se hallaban todos los Santos israelitas: á la izquierda los Patriarcas, Moisés, los Jueces y los Reyes; á la derecha los Profetas, los antecesores de

Jesus y sus parientes, como Joaquin, Ana, José, Zacarías, Isabel y Juan. No habia malos espíritus en ese lugar: la sola pena que en él se padecia era el deseo ardiente del cumplimiento de la promesa, el cual estaba satisfecho. Una alegría y una felicidad indecibles entraron en esas almas, que saludaron y adoraron al Redentor. Algunos de ellos fueron enviados sobre la tierra para tomar momentáneamente sus cuerpos y dar testimonio de Jesus. Entonces fue cuando tantos muertos se aparecieron en Jerusalen. Se me aparecian como cadáveres errantes, y depusieron otra vez sus cuerpos en la tierra, como un enviado de la justicia deja su capa de oficio cuando ha cumplido con la órden de sus superiores.

Despues vi á Jesus, con su acompañamiento triunfal, entrar en una esfera mas profunda, á donde se hallaban los paganos piadosos que habian tenido un presentimiento de la verdad y la habian deseado. Habia entre ellos malos espíritus, pues tenian ídolos. Vi á los demonios obligados á confesar su fraude, y esas almas adoraron al Señor con grande alegría. Los demonios fueron encadenados y llevados cautivos. Vi tambien

á Jesus atravesar, como libertador, muchos lugares donde habia almas encerradas; pero mi triste estado no me permite el contarlo todo.

En fin, vi á Jesus acercarse con una cara severa al centro del abismo. El infierno se me apareció bajo la forma de un edificio inmenso, tenebroso, alumbrado con una luz metálica; á su entrada habia enormes puertas negras con cerraduras y cerrojos. Un aullido de horror se elevaba sin cesar; las puertas se hundieron, y apareció un mundo horrible de tinieblas.

La celestial Jerusalen se me aparece ordinariamente como una ciudad donde las moradas de los bienaventurados se presentan bajo la forma de palacios y de jardines llenos de flores y de frutos maravillosos, segun su condicion de beatitud: lo mismo aquí, creí ver un mundo entero, una reunion de edificios y de habitaciones muy complicadas. Pero en las moradas de los bienaventurados todo está formado bajo una ley de paz infinita, de armonía eterna: todo tiene por principio la beatitud, en lugar que en el infierno todo tiene por principio la ira eterna, la discordia y la desesperacion. En el cielo son

edificios de gozo y de adoracion, jardines llenos de frutos maravillosos que comunican la vida. En el infierno son prisiones y cavernas, desiertos y lagos llenos de todo lo que puede escitar el disgusto y el horror, la eterna y terrible discordia de los condenados; en el cielo todo es union y beatitud de los Santos. Todas las raices de la corrupcion y del error producen en el infierno el dolor y el suplicio en un número infinito de manifestaciones y de operaciones: cada condenado tiene siempre presente este pensamiento: que los tormentos á que están entregados son el fruto natural y necesario de su crímen: pues todo lo que se ve y se siente de horrible en este lugar, no es mas que la esencia, la forma interior del pecado descubierto, de esa serpiente que devora á los que la han mantenido en su seno. Todo esto se puede comprender cuando se ve; mas es casi imposible espresarlo con palabras.

Cuando los Ángeles echaron las puertas abajo, fue como un mar de imprecaciones, de injurias, de aullidos y lamentos. Algunos Ángeles echaron á ejércitos enteros de demonios. Todos tuvieron que reconocer y adorar á Jesus, y este fue el mayor de sus suplicios.

Muchos fueron encadenados en un círculo que rodeaba otros círculos concéntricos. En el medio del infierno habia un abismo de tinieblas: Lucifer fue precipitado en él encadenado, y negros vapores se estendian sobre él. Todo esto se hizo segun ciertos secretos divinos. He sabido que Lucifer debe ser desencadenado por algun tiempo, cincuenta ó sesenta años antes del año 2000 de Cristo, si no me equivoco. Otros muchos nombres de que no me acuerdo fueron marcados. Algunos demonios deben de ser suéltos antes para castigar y tentar al mundo. Algunos han sido desencadenados en nuestros dias, otros lo serán pronto. Me es imposible contar todo lo que me ha sido mostrado: es demasiado para que yo pueda coordinarlo. Ademas estoy muy mala, y cuando hablo de esos objetos se representan delante de mis ojos, y su vista podria hacerme morir.

Vi multitudes innumerables de almas rescatadas elevarse del purgatorio y del limbo detras del alma de Jesus, hasta un lugar de delicias debajo de la Jerusalen celestial. Ahí he visto, hace poco tiempo, uno de mis amigos que ha muerto. El alma del buen ladron vino y vió al Señor en el Paraiso segun su

promesa. No puedo decir cuánto duró todo eso, y en qué tiempo; hay muchas cosas que yo no comprendo; hay otras que serian mal entendidas si las contara. He visto al Señor en diferentes puntos, sobre todo en el mar: parecia que santificaba y libertaba toda la creacion: por todas partes los malos espíritus huian delante de Él y se precipitaban en el abismo. Vi tambien su alma en diferentes sitios de la tierra. La vi aparecer en el interior del sepulcro de Adan debajo del Gólgota: las almas de Adan y de Eva vinieron con él, y les habló. Lo vi visitar con ellas los sepulcros de muchos Profetas, cuyas almas vinieron á juntarse con él sobre sus huesos. Despues con esas almas, entre las cuales estaba David, lo vi aparecerse en muchos sitios marcados con alguna circunstancia de su vida, esplicándoles con un amor inefable las figuras de la ley antigua y su cumplimiento.

Esto es lo poco que puedo acordarme de mis visiones sobre la bajada de Jesus á los infiernos y la libertad de las almas de los justos. Pero ademas de este acontecimiento cumplido en el tiempo, vi una figura eterna de la misericordia que ejerce hoy con las

pobres almas. Cada aniversario de este dia echa una mirada libertadora en el purgatorio: hoy mismo, en el momento en que he tenido esta vision, ha sacado del purgatorio las almas de algunas personas que habian pecado cuando su crucifixion. Hoy he visto la libertad de muchas almas conocidas y no conocidas, mas no las nombraré.

El descendimiento de Jesus á los infiernos es la plantacion de un árbol de gracia destinado á comunicar sus méritos á las almas que padecen. La redencion continua de esas almas, es el fruto que da este árbol en el jardin espiritual de la Iglesia. La Iglesia militante debe cuidar ese árbol y recoger sus frutos para comunicarlos á la Iglesia paciente, que no puede hacer nada para sí misma. Lo mismo sucede con todos los méritos de Cristo; para participar de ellos hay que trabajar para Él. Debemos comer nuestro pan con el sudor de nuestra frente. Todo lo que Jesus ha hecho por nosotros en el tiempo, da frutos eternos: pero hay que cultivarlos y recogerlos en el tiempo; si no, no podríamos gozar de ellos en la eternidad. La Iglesia es un padre de familia; su año es el jardin completo de todos los frutos eter-

nos en el tiempo. Hay en un año bastante de todo para todos. ¡Desgraciados los jardineros perezosos é infieles si dejan perder una gracia que hubiera podido curar un enfermo, fortificar un débil, satisfacer á un hambriento! Darán cuenta de la mas pequeña yerbita el dia del juicio.

LXI.

La noche antes de la Resurreccion.

Cuando se acabó el sábado, Juan vino con las Santas mujeres, lloró con ellas, y las consoló. Se fue poco despues; entonces Pedro y Santiago el Menor vinieron á verlas con la misma intencion, pero estuvieron poco con ellas. Las Santas mujeres mostraron otra vez su dolor envolviéndose en sus capas y sentándose en la ceniza.

Mientras la Vírgen Santísima oraba interiormente, llena de un ardiente deseo de ver á Jesus, un Ángel vino á decirla que fuera á la pequeña puerta de Nicodemus, porque el Señor estaba cerca. El corazon de María se inundó de gozo: se envolvió en su capa, y dejó á las Santas mujeres sin decir á

nadie nada. La vi ir de prisa á la pequeña puerta de la ciudad por donde habia entrado con sus compañeras al volver del sepulcro.

Podian ser las nueve de la noche: la Vírgen se acercaba á pasos precipitados hácia la puerta, cuando la vi pararse en un sitio solitario. Miró á lo alto de la muralla de la ciudad, y el alma del Salvador resplandeciente bajó hasta María, acompañada de una multitud de almas de Patriarcas. Jesus, volviéndose hácia ellos y mostrando á la Vírgen, dijo: «María, mi Madre.» Pareció que la abrazaba, y desapareció. La Vírgen se arrodilló y besó la tierra en el sitio donde habia aparecido. Sus rodillas y sus pies se quedaron marcados sobre la piedra, y se volvió llena de un consuelo inefable con las Santas mujeres, que encontró ocupadas en preparar ungüentos y aromas. No les dijo lo que habia visto, pero sus fuerzas se habian renovado; consoló á las otras, y las fortificó en la fe.

Cuando María volvió, vi á las Santas mujeres cerca de una mesa larga, cubierta con un paño que llegaba al suelo. Encima habia muchos manojos de yerbas que ellas arreglaban, mezclándolas; tenian botes de bálsamo

y agua de nardo, y ademas flores frescas, entre las cuales habia, me parece, una íris rayada y una azucena. Mientras la ausencia de la Vírgen, Magdalena, María de Cleofás, Salomé, Juana y María Salomé, habian ido á comprar todo esto á la ciudad. Al dia siguiente querian cubrir con ello el cuerpo del Salvador.

LXII.

José de Arimatea puesto en libertad.

Poco despues de la vuelta de la Vírgen Santísima, vi á José de Arimatea rezando en la cárcel. De pronto la prision se llenó de luz, y oí una voz que lo llamaba por su nombre. El tejado se levantó, dejando una abertura, y vi una forma luminosa echarle una sábana, que me recordó la que sirvió para amortajar á Jesus. José la cogió con ambas manos, y se dejó levantar hasta la abertura, que se cerró detras de él. Cuando llegó á lo alto de la torre, la aparicion desapareció. No sé si fue el Salvador ó un Ángel quien lo libertó.

Siguió la muralla hasta cerca del Cenáculo, que estaba á la inmediacion de la meri-

dional de Sion. Entonces bajó, y llamó en el Cenáculo. Los discípulos juntos habian cerrado la puerta: estaban muy afligidos por la desaparicion de José, creyendo que lo habian echado en una cloaca, porque así se habia corrido la voz. Cuando le vieron entrar, su alegría fue grande, como lo fue mas tarde cuando San Pedro fue libertado de la prision. Contó lo que le habia sucedido: le dieron de comer, y dieron gracias á Dios. Él salió de Jerusalen por la noche, y se fue á Arimatea, su patria; volvió, sin embargo, cuando supo que ya no corria peligro.

Vi tambien al fin del sábado á Caifás y á otros sacerdotes hablar con Nicodemus en su casa. Le hicieron muchas preguntas con una benevolencia fingida. Estuvo firme en su fe, defendió siempre la inocencia de Jesus, y ellos se retiraron.

LXIII.

La noche de la Resurreccion.

Pronto vi el sepulcro del Señor; todo estaba tranquilo alrededor: habia seis ó siete guardias de pie, ó sentados. Cassio estaba

siempre en contemplacion. El santo cuerpo, envuelto en la mortaja y rodeado de luz, reposaba entre dos Ángeles que yo habia visto constantemente en adoracion á la cabeza y á los pies del Salvador, desde que se le puso en el sepulcro. Esos Ángeles parecian sacerdotes; su postura y sus brazos cruzados sobre el pecho me recordaron los querubines del Arca de la Alianza, mas no les vi las alas. El Santo Sepulcro todo entero me recordó muchas veces el Arca de la Alianza en diversas épocas de su historia. Quizás la luz y la presencia de los Ángeles eran visibles para Cassio, pues estaba en contemplacion delante de la puerta del sepulcro, como uno que adora al Santísimo Sacramento.

Vi el alma del Señor, acompañada de las almas de los Patriarcas, entrar en el sepulcro por medio del peñasco, y mostrarles todas las heridas de su sagrado cuerpo. La mortaja se abrió, y el cuerpo apareció cubierto de llagas; era lo mismo que si la divinidad que habitaba en él hubiese mostrado á esas almas de un modo misterioso toda la estension de su martirio. Me pareció trasparente, y se podia ver hasta el fondo de sus heridas. Las almas estaban llenas de un res-

peto mezclado de terror y de una viva compasion.

En seguida tuve una vision misteriosa, que no puedo esplicar ni contar bien claramente. Me pareció que el alma de Jesus, sin estar todavía completamente unida á su cuerpo, salia del sepulcro en Él y con Él: me pareció ver á los dos Ángeles que adoraban á las estremidades del sepulcro levantar el sagrado cuerpo, desnudo, cubierto de heridas, y salir hasta el cielo por medio de la roca que se conmovia; Jesus parecia presentar su cuerpo supliciado delante del Trono de su Padre celeste, en medio de los coros innumerables de Ángeles prosternados: quizás fue de este mismo modo cómo las almas de los Profetas entraron momentáneamente en sus cuerpos despues de la muerte de Jesus, sin volver á la vida en realidad, pues se separaron de nuevo sin el menor esfuerzo.

En ese momento hubo una conmocion en la peña: cuatro de los guardias habian ido por algo á la ciudad; los otros tres cayeron casi sin conocimiento. Atribuyeron eso á un temblor de tierra. Cassio estaba conmovido, pues veia algo de lo que pasaba, aunque no era claro para él. Pero se quedó en su sitio

esperando lo que iba á suceder. Mientras tanto, los soldados ausentes volvieron.

Vi de nuevo á las Santas mujeres, que habian acabado de preparar sus aromas y se habian retirado á sus celdas. Sin embargo, no se acostaron para dormir; solo se recostaron sobre los cobertores enrollados. Querian ir al sepulcro antes de amanecer, porque temian á los enemigos de Jesus; pero la Vírgen, llena de un nuevo valor desde que se le habia aparecido su Hijo, las tranquilizó, diciéndoles que podian reposarse y sin temor ir al sepulcro, que no les sucederia ningun mal. Entonces se reposaron un poco.

Serian las once de la noche cuando la Vírgen, llevada por el amor y por un deseo irresistible, se levantó, se puso una capa parda, y salió sola de casa. Yo decia: «¿Cómo dejarán á esta Santa Madre, tan acabada, tan afligida, ir sola entre tanto peligro?» Fue á la casa de Caifás, al palacio de Pilatos, corrió todo el camino de la cruz por las calles desiertas, parándose en los sitios donde el Salvador habia sufrido los mayores dolores ó los mas malos tratamientos. Parecia que buscaba un objeto perdido; con frecuencia se prosternaba en el suelo, tocaba las piedras ó las

besaba como si hubiese habido sangre del Salvador. Estaba llena de un amor inefable, y todos los sitios santificados le aparecian luminosos. Yo la acompañé todo el camino, y sentí todo lo que Ella sintió, segun la medida de mis fuerzas.

Fue así hasta el Calvario, y conforme se iba acercando se paró de pronto. Vi á Jesus con su sagrado cuerpo aparecerse delante de la Vírgen, precedido de un Ángel, teniendo á sus lados á los dos Ángeles del sepulcro, y seguido de una multitud de almas libertadas. El cuerpo de Jesus estaba resplandeciente; yo no veia en Él ningun movimiento; pero salió de Él una voz que anunció á su Madre lo que habia hecho en el limbo, y le dijo que iba á resucitar y á venir á Ella con su cuerpo transfigurado; que debia esperarle cerca de la piedra á donde se habia caido en el Calvario.

La aparicion se dirigió del lado de la ciudad, y la Vírgen se fue á arrodillar al sitio que le habia sido designado. Podia ser media noche, porque la Vírgen habia estado mucho tiempo en el camino de la cruz. Vi al Salvador con su escolta celestial seguir el mismo camino; todo el suplicio de Jesus fue

mostrado á las almas con las menores circunstancias: los Ángeles recogian todas las partes de su sustancia sagrada que habian sido arrancadas de su cuerpo.

Me pareció despues que el cuerpo del Señor reposaba otra vez en el sepulcro, y que los Ángeles le restituian de un modo misterioso todo lo que los verdugos y los instrumentos del suplicio habian arrancado. Le vi otra vez resplandeciente en su mortaja con los dos Ángeles en adoracion á la cabeza y á los pies. No puedo espresar cómo sucedió todo eso, pues no lo alcanza nuestra razon. Ademas, lo que me parece claro é inteligible cuando lo veo, se vuelve oscuro cuando quiero espresarlo con palabras.

Cuando el cielo comenzó á relucir al Oriente, vi á Magdalena, María, hija de Cleofás, Juana Chusa y Salomé, salir del Cenáculo envueltas en sus capas. Llevaban aromas, y la una de ellas una luz encendida, pero escondida debajo de sus vestidos. Las vi dirigirse tímidamente hácia la puerta de José de Arimatea.

LXIV.

Resurreccion del Señor.

Vi como una gloria resplandeciente entre dos Ángeles vestidos de guerreros: era el alma de Jesus, que penetrando por la roca vino á unirse con su cuerpo santísimo. Vi los miembros menearse, y el cuerpo del Señor, unido con su alma y con su divinidad, salir de su mortaja resplandeciente de luz.

Me pareció que en el mismo instante una forma monstruosa salió de la tierra de debajo de la peña. Tenia una cola de serpiente, una cabeza de dragon que levantaba contra Jesus: me parece que ademas tenia una cabeza humana. Vi en la mano del Salvador resucitado una bandera flotante. Pisó la cabeza del dragon, y pegó tres golpes en la cola con su palo: despues el monstruo desapareció. He visto con frecuencia esta vision en la Resurreccion, y he visto una serpiente igual que parecia emboscada en la concepcion de Jesus. Me recordó la serpiente del paraiso; todavía era mas horrorosa. Yo pienso que esto se refiere á la profecía: «El Hijo de la mujer

romperá la cabeza de la serpiente.» Todo eso me pareció un símbolo de la victoria sobre la muerte; pues cuando vi al Señor romper la cabeza del dragon, ya no vi el sepulcro.

Jesus resplandeciente se elevó por medio de la peña. La tierra tembló: un Ángel parecido á un guerrero se precipitó del cielo al sepulcro como un rayo; puso la piedra á la derecha, y se sentó sobre ella. Los soldados cayeron como muertos, y estaban tendidos en el suelo sin dar señales de vida. Cassio, viendo la luz brillar en el sepulcro, se acercó, tocó los lienzos solos, y se retiró con la intencion de anunciar á Pilatos lo sucedido. Sin embargo, esperó un poco, porque habia sentido el terremoto, y habia visto al Ángel echar la piedra á un lado y el sepulcro vacío; mas no habia visto á Jesus.

En el momento en que el Ángel entró en el sepulcro y la tierra tembló, el Salvador resucitado apareció á su Madre en el Calvario. Estaba hermoso y radiante. Su vestido, parecido á una capa, flotaba tras de sí, y parecia de un blanco azulado, como el humo visto al sol. Sus heridas estaban resplandecientes; se podia meter el dedo en las aber-

turas de las manos: salian rayos del medio de la mano á la punta de los dedos. Las almas de los Patriarcas se inclinaron ante la Madre de Jesus. El Salvador mostró sus heridas á su Madre, que se prosternó para besar sus pies: mas Él la levantó, y desapareció. Se veian relucir faroles á lo lejos cerca del sepulcro, y el horizonte se esclarecia al Oriente encima de Jerusalen.

LXV.

Las Santas mujeres en el sepulcro.

Las Santas mujeres estaban cerca de la pequeña puerta cuando Nuestro Señor resucitó; pero no vieron nada de los prodigios que habian sucedido en el sepulcro. Tampoco sabian que habian puesto guardia, porque no habian ido la víspera, á causa del sábado. Se preguntaban entre sí con inquietud: «¿Quién nos levantará la piedra delante de la entrada?» Querian echar agua de nardo y aceite odorífico sobre el cuerpo de Jesus con aromas y flores: querian ofrecer al Señor lo mas precioso que habian podido encontrar para honrar su sepultura. La que habia lle-

vado mas cosas era Salomé. No era la madre de Juan, sino una mujer rica de Jerusalen, parienta de San José. Resolvieron poner sus aromas sobre la piedra, y esperar que algun discípulo viniera á levantarla.

Los guardias estaban tendidos en el suelo como atacados de una apoplejía: la piedra estaba echada á la derecha, de modo que se podia abrir la puerta sin dificultad. Los lienzos que habian servido para envolver el cuerpo de Jesus estaban sobre el sepulcro. La grande sábana estaba en su sitio, pero con los aromas solo: las vendas estaban sobre el borde anterior del sepulcro. Los paños con que María habia envuelto la cabeza de su Hijo estaban en el mismo sitio.

Vi á las Santas mujeres acercarse al jardin: cuando vieron los faroles y los soldados tendidos alrededor del sepulcro, tuvieron miedo, y se alejaron un poco. Pero Magdalena, sin pensar en el peligro, entró precipitadamente en el jardin, y Salomé la siguió á cierta distancia: las otras dos, menos osadas, se quedaron á la puerta. Magdalena, al acercarse á los guardias, tuvo miedo, y se volvió con Salomé; y las dos juntas, pasando entre los soldados tendidos en el suelo, en-

traron en la gruta del sepulcro. Vieron la piedra quitada; pero las puertas estaban cerradas. Magdalena las abrió llena de emocion, y vió los lienzos afuera. El sepulcro estaba resplandeciente, y un Ángel estaba sentado á la derecha sobre la piedra. No sé si Magdalena oyó las palabras del Ángel; mas salió perturbada del jardin, y corrió rápidamente á donde estaban reunidos los discípulos. No sé tampoco si el Ángel habló á María Salomé, que se habia quedado á la entrada del sepulcro: la vi salir muy de prisa del jardin, detras de Magdalena, y reunirse á las otras dos mujeres, anunciándoles lo que habia sucedido. Se llenaron de sobresalto y de alegría al mismo tiempo, y no se atrevieron á entrar en el jardin. Cassio, que habia esperado un rato alrededor, pensando quizás ver á Jesus, fue á contarlo todo á Pilatos. Al salir, dijo á las Santas mujeres lo que habia visto, y las exhortó á que fueran á asegurarse por sus propios ojos. Ellas se animaron, y entraron en el jardin. Estando en la entrada del sepulcro, vieron dos Ángeles vestidos de blanco, con vestidos sacerdotales. Las mujeres se asustaron; y cubriéndose los ojos con las manos, se prosternaron

hasta el suelo. Pero un Ángel les dijo que no tuvieran miedo; que no buscaran al Crucificado, porque habia resucitado y estaba lleno de vida. Les enseñó el sitio vacío, les mandó que dijeran á los discípulos lo que habian visto y oido; añadiendo que Jesus les precederia en Galilea, y que debian acordarse de sus palabras: «El Hijo del hombre será entregado á las manos de los pecadores; lo crucificarán, y resucitará al tercero dia.» Entonces los Ángeles desaparecieron. Las Santas mujeres, temblando, pero llenas de gozo, se volvieron hácia la ciudad: estaban conmovidas; no se apresuraban, y se paraban de cuando en cuando para mirar si veian al Señor ó si Magdalena volvia.

Mientras tanto, Magdalena llegó al Cenáculo; estaba como fuera de sí, y pegó con fuerza á la puerta. Algunos discípulos estaban todavía acostados durmiendo; otros estaban levantados. Pedro y Juan abrieron. Magdalena les dijo desde afuera: «Han sacado al Señor del sepulcro; no sabemos á dónde le han puesto.» Despues de estas palabras, se volvió corriendo al jardin. Pedro y Juan entraron en la casa, y dijeron algunas palabras á los otros discípulos: des-

pues la siguieron corriendo; Juan mas de prisa que Pedro. Magdalena entró en el jardin, y se dirigió al sepulcro, conmovida de su viaje y de su dolor. Estaba cubierta de rocío; su capa se habia caido de su cabeza y de sus hombros, y sus largos cabellos estaban descubiertos y flotantes. Como estaba sola, no se atrevió á bajar á la gruta, y se paró un instante á la entrada. Se arrodilló para mirar dentro del sepulcro por entre las puertas, y al echar atras sus cabellos, que le caian sobre la cara, vió dos Ángeles vestidos de blanco sentados á las estremidades del sepulcro, y oyó la voz de uno de ellos, que decia: «Mujer, ¿por qué lloras?» Ella gritó en medio de su dolor (pues no veia mas que una cosa, no tenia mas que un pensamiento; á saber: que el cuerpo de Jesus no estaba allí): «Se han llevado á mi Señor, y no sé á dónde lo han puesto.» Despues de estas palabras, viendo el sepulcro vacío, se salió, y se puso á buscar acá y allá. Le parecia que iba á encontrar á Jesus: presentia confusamente que estaba cerca de ella, y la aparicion de los Angeles no podia distraerla: parecia que no veia que eran Án-

geles, y no podia pensar mas que en Jesus. «¡Jesus no está allí! ¿Á dónde está Jesus?» La vi errante de un lado á otro como una persona que ha perdido su camino. Su cabello le caia por ambos lados sobre la cara. Una vez cogió todo su pelo con las manos, y despues lo partió en dos, echándolo atras. Entonces, mirando á su alrededor, vió á diez pasos del sepulcro, hácia el Oriente, en el sitio donde el jardin sube hácia la ciudad, aparecerse una figura vestida de blanco, entre los arbustos, á la luz del crepúsculo, y corriendo de ese lado, oyó estas palabras: «Mujer, ¿por qué lloras?» Ella creyó que era el jardinero; y, en efecto, el que la hablaba tenia una azada en la mano, y sobre la cabeza un sombrero ancho, que parecia hecho de corteza de árbol. Yo habia visto bajo esta forma al jardinero de la parábola que Jesus habia contado á las Santas mujeres en Bethania, poco antes de su Pasion. No estaba resplandeciente de luz; pero se parecia á un hombre vestido de blanco visto á la luz del crepúsculo. Á estas palabras: «¿Á quién buscas?» ella respondió: «Si tú lo has cogido, dime dónde está, y yo iré por él.» Y en seguida se puso á mirar á su rededor. Enton-

ces Jesus le dijo con su sonido de voz ordinario: «¡María!» Ella conoció su voz, y, olvidando la crucifixion, muerte y sepultura, le dijo como otras veces: «¡Rabboni! (Maestro).» Se puso de rodillas, y estendió sus brazos á los pies de Jesus. Mas el Salvador, deteniéndola, le dijo: «¡No me toques, pues aun no he subido hácia mi Padre! Vete á decir á mis hermanos que subo hácia mi Padre y el suyo, hácia mi Dios y el suyo.» Y desapareció.

Supe por qué Jesus habia dicho: «¡No me toques!» pero no me acuerdo bien distintamente. Yo pienso que habló así á causa de la impetuosidad de Magdalena, demasiado absorta en el pensamiento, que vivia de la misma vida que antes, y creia que todo estaba como antes. En cuanto á las palabras de Jesus: «Todavía no he subido hácia mi Padre,» me fue esplicado que no se habia presentado aun á su Padre despues de su Resurreccion, y que todavía no le habia dado gracias por su victoria sobre la muerte y por la obra cumplida de la Redencion. Fue lo mismo que decir que las primicias de la alegría pertenecian á Dios; que ella debia primero volver en sí y dar gracias á Dios

por el cumplimiento del misterio de la Redencion, pues habia querido besar sus pies como antes; no se acordó mas que de su amante, y habia olvidado con la violencia de su amor el milagro que tenia ante sus ojos. Magdalena, despues de la resurreccion del Señor, se levantó de prisa, y, como si hubiese visto un sueño, corrió otra vez al sepulcro. Vió sentados los dos Ángeles que le dijeron lo que habian dicho á las otras dos mujeres sobre la resurreccion de Jesus. Entonces, segura del milagro y de lo que habia visto, buscó á sus compañeras, y las encontró en el camino que conduce al Gólgota. Ellas andaban errantes, llenas de temor, esperando la vuelta de Magdalena, y con una esperanza vaga de encontrar á Jesus en alguna parte.

Toda esta escena no duró mas que dos minutos. Podian ser las tres y media de la mañana cuando el Señor se le apareció, y apenas salia del jardin cuando Juan entraba, y despues Pedro. Juan se paró á la entrada del sepulcro; miró por la puerta entreabierta, y vió el sepulcro vacío. Pedro llegó entonces y bajó á la gruta, á donde vió los lienzos doblados como se ha dicho. Juan lo

siguió, y á esta vista creyó en la Resurreccion. Lo que Jesus les habia dicho, lo que estaba en las Escrituras, se les hacia claro, y hasta entonces no lo habian comprendido. Pedro cogió los lienzos bajo su capa, y se volvieron corriendo.

Yo he visto el sepulcro con ellos y con Magdalena, y siempre he visto los dos Ángeles sentados á la cabeza y á los pies, como todo el tiempo que Jesus estuvo en el sepulcro. Me parece que Pedro no los vió. Mas tarde vi á Juan decir á los discípulos de Emaus, que, mirando desde arriba, habia visto un ángel. Quizás el espanto que le causó esta vista fue causa de que dejase á Pedro pasar adelante, y quizás no habla de ello en el Evangelio por humildad, por no decir que habia visto mas que Pedro.

Entonces vi á los guardias levantarse y coger sus picas y sus faroles. Estaban aterrados; salieron pronto del jardin, y llegaron presto á la puerta de la ciudad. Mientras tanto Magdalena se juntó con las Santas mujeres, y les contó que habia visto al Señor en el jardin, y despues á los Ángeles. Sus compañeras la respondieron que ellas tambien habian visto á los Ángeles. Entonces Magda-

lena corrió á Jerusalen, y las mujeres se volvieron al jardin, pensando, sin duda, encontrar á los dos Apóstoles. Al acercarse, Jesus se les apareció vestido de blanco, y les dijo: «Yo os saludo.» Ellas se echaron á sus pies, mas Él les dijo algunas palabras, y parecia indicarles algo con la mano, y desapareció. Entonces corrieron al Cenáculo, y contaron á los discípulos que habian visto al Señor. Estos no querian creer ni á ellas ni á Magdalena, y trataron todo lo que les decian de sueños de mujeres, hasta la vuelta de Pedro y de Juan.

Al volverse Juan y Pedro, encontraron á Santiago el Menor y á Tadeo, que los habian seguido, y estaban muy conmovidos, pues el Señor se les habia aparecido cerca del Cenáculo. Yo habia visto á Jesus pasar delante de Pedro y de Juan, y me parece que Pedro lo vió, pues me pareció haber sentido un terror súbito. No sé si Juan lo conoceria.

LXVI.

Relacion de los guardias del sepulcro.

Cassio fue á ver á Pilatos una hora des-

pues de la Resurreccion. El gobernador romano estaba aun acostado, y mandó entrar á Cassio. Le contó con grande emocion todo lo que habia visto; le habló de la conmocion de la peña, de la piedra alzada por un Ángel, y de los lienzos que se habian quedado vacíos: añadió que Jesus era ciertamente el Mesías, el Hijo de Dios, y que habia resucitado verdaderamente. Pilatos escuchó esta relacion con un terror secreto; pero sin dejarlo ver, dijo á Cassio: «Tú eres un supersticioso; has hecho una necedad en ponerte cerca del sepulcro del Galileo; sus dioses se han apoderado de ti, y te han hecho ver todas esas visiones fantásticas: te aconsejo que no cuentes eso á los príncipes de los sacerdotes, porque te harian un mal partido.» Hizo como si creyera que el cuerpo de Jesus habia sido escondido por los discípulos, y que los guardias contarian la cosa de otro modo, ó sea por escusarse de su negligencia, ó sea por haberse dejado engañar con hechizos. Habiendo hablado así, Cassio salió, y Pilatos fue á sacrificar á sus dioses.

Presto vinieron cuatro soldados á hacer la misma relacion á Pilatos; mas no se esplicó con ellos, y los mandó á Caifás. Vi una

parte de la guardia en un gran patio cerca del templo, donde se habian juntado muchos judíos ancianos. Despues de algunas deliberaciones, cogieron á los soldados uno por uno, y á fuerza de dinero ó de amenazas, los forzaron á que dijeran que los discípulos se habian llevado el cuerpo de Jesus mientras dormian. Los soldados respondieron que sus compañeros, que habian ido á casa de Pilatos, podrian contradecirlos, y los fariseos les prometieron que lo compondrian todo con el gobernador. Mas cuando los cuatro guardias llegaron, no quisieron volverse atras de lo que habian dicho en casa de Pilatos. La voz se habia estendido de que José de Arimatea habia salido milagrosamente de la prision, y como los fariseos daban á entender que esos soldados habian sido sobornados para dejar coger el cuerpo de Jesus, estos respondieron que ni ellos podian presentar el cuerpo de Jesus, ni los guardias de la prision podian presentar á José de Arimatea. Perseveraron en lo que habian dicho, y hablaron tan libremente del juicio inicuo de la antevíspera y del modo que se habia interrumpido la Pascua, que los pusieron en la cárcel. Los otros esparcieron la voz de que los discípulos se ha-

bian llevado el cuerpo de Jesus, y este embuste fue estendido por los fariseos, los saduceos y los herodianos: lo esparcieron por todas las sinagogas, acompañándolo de injurias contra Jesus.

Sin embargo, este embuste no tuvo efecto generalmente, pues despues de la Resurreccion de Jesus, muchos justos de la ley antigua se aparecieron á muchos de sus descendientes que eran capaces de recibir la gracia, y los escitaron á que se convirtiesen á Jesus. Muchos discípulos, dispersados por el pais y atemorizados, vieron tambien apariciones semejantes que los consolaron y los confirmaron en la fe.

La aparicion de los muertos, que salieron de sus sepulcros despues de la muerte de Jesus, no se parecia en nada á la Resurreccion del Señor. Jesus resucitó con su cuerpo renovado y glorificado, que no estaba sujeto á la muerte, y con el cual subió al cielo en presencia de sus amigos. Mas esos cuerpos que habian salido del sepulcro eran cadáveres sin movimiento, dados por vestido á las almas que los habian habitado, para volverlos á dejar en la tierra, hasta que resuciten como nosotros todos el dia del juicio.

Estaban menos resucitados que Lázaro, que vivió realmente y que murió una segunda vez.

LXVII.

Fin de estas meditaciones para la Cuaresma.

El domingo siguiente, si no me equivoco, vi á los judíos lavar y purificar el templo. Ofrecieron sacrificios expiatorios, sacaron los escombros, escondieron las señales del terremoto con tablas y alfombras, y continuaron las ceremonias de la Pascua, que no se habian podido acabar el mismo dia. Declararon que la fiesta se habia interrumpido por la asistencia de los impuros al sacrificio, y aplicaron, no sé cómo, á lo que habia pasado, una vision de Ezequiel sobre la resurreccion de los muertos. Ademas amenazaron con penas graves á los que hablaran ó murmuraran; sin embargo, no calmaron mas que la parte del pueblo mas ignorante y mas inmoral: los mejores se convirtieron primero en sigilo, y despues de Pentecostés abiertamente. Los príncipes de los sacerdotes perdieron una gran parte de su osadía al ver la

rápida propagacion de la doctrina de Jesus. En el tiempo del diaconado de San Estéban, Ofel y la parte oriental de Sion no podian contener la comunidad cristiana, y tuvo que ocupar el espacio que se estiende desde la ciudad hasta Bethania.

Vi á Anás como poseido del demonio; lo encerraron, y no volvió á aparecer. Caifás estaba como loco furioso: ¡tal era la violencia de la rabia secreta que le devoraba!

El juéves, despues de Pascua, la monja dijo: «Hoy he visto á Pilatos hacer buscar inútilmente á su mujer. Estaba escondida en casa de Lázaro, en Jerusalen. No lo podian adivinar, pues ninguna mujer habitaba en aquella casa; Estéban, que no era conocido por discípulo, le llevaba la comida y las noticias de fuera. Estéban era primo de Pablo: eran hijos de dos hermanos.»

Aquí se acaba la relacion de estas visiones, que duró desde el 18 de febrero hasta el 6 de abril de 1823.

APENDICE.

Relacion sobre Longinos.

El 15 de marzo de 1821, la hermana Emmerich comunicó estos trozos de una vision que por la noche habia tenido sobre San Longinos, cuya fiesta caia ese mismo dia, lo que la hermana ignoraba.

Longinos, que habia tenido otro nombre, hacia un servicio, medio civil, medio militar, al lado de Pilatos, que le encargaba de vigilar lo que pasaba y de contárselo. Era bueno y servicial; pero antes de su conversion le faltaba solidez y fuerza de carácter. Lo hacia todo con apresuramiento, le gustaba darse importancia, y como era bizco y tenia mala vista, sus compañeros con frecuencia le hacian burla. Lo he visto muchas veces esta noche, y con ese motivo he visto toda la Pasion: no sé cómo me vino esa idea; lo

que me acuerdo es que fue con motivo suyo.

Longinos era oficial inferior, y daba cuenta á Pilatos de lo que veia. En la noche en que Jesus fue conducido al tribunal de Caifás, estaba en el vestíbulo con los soldados: iba y venia sin cesar. Cuando Pedro tuvo miedo de las palabras de la criada, él dijo una vez: «Tú eres de los partidarios de ese hombre,» Cuando condujeron á Jesus al Calvario, estaba cerca de la escolta por órden de Pilatos, y el Salvador le echó una mirada que le conmovió. En seguida lo vi sobre el Gólgota con los soldados. Estaba á caballo, y tenia una lanza. Lo vi en casa de Pilatos despues de la muerte del Señor: decia que no se debian romper las piernas de Jesus. Volvió de prisa al Calvario.

Su lanza estaba hecha de muchos pedazos que entraban uno en otro, y estirándolos se le podia dar tres veces su largo. Así lo habia hecho cuando se determinó súbitamente á dar la lanzada á Jesus. Se convirtió sobre el Calvario, y manifestó á Pilatos su conviccion de que Jesus era el Hijo de Dios. Nicodemus obtuvo de Pilatos la lanza de Longinos. He visto muchas cosas relativas á esta lanza. Longinos, despues de su conver-

sion, dejó la milicia y se juntó con los discípulos. Fue uno de los primeros que recibieron el bautismo despues de Pentecostés, con otros dos soldados convertidos al pie de la cruz.

He visto á Longinos y á esos dos hombres volver á su patria vestidos con un traje largo y blanco. Habitaban en el campo, en un pais estéril y pantanoso. Fue en este mismo sitio en el que murieron los cuarenta mártires. Longinos era diácono, y, como tal, andaba por el pais anunciando á Cristo y contando la Pasion y la Resurreccion como testigo ocular. Convertia á mucha gente y curaba á muchos enfermos haciéndoles tocar un pedazo de la santa lanza que traia consigo. Los judíos estaban muy irritados contra él y contra sus dos compañeros porque publicaban por todas partes la verdad de la Resurreccion del Salvador, y revelaban sus crueldades y sus tramoyas. A instigacion de los judíos, mandaron soldados romanos á la patria de Longinos para cogerlo y juzgarlo por desertor y perturbador de la paz pública. Estaba cultivando sus tierras cuando llegaron, y los condujo á su casa, donde los hospedó. Ellos no lo conocian, y cuando le dijeron el objeto de

su viaje, mandó llamar á sus dos compañeros que vivian en una especie de ermita á poca distancia, y dijo á los soldados que ellos tres eran los que venian á buscar. Lo mismo sucedió con el jardinero Focas. Los soldados se afligieron, porque le habian tomado cariño. Los vi conducir á los tres á un pueblecito vecino, á donde fueron interrogados: no estaban en la cárcel; estaban presos bajo su palabra, pero tenian una señal particular sobre el hombro. Despues los decapitaron á los tres sobre una altura situada entre el pueblo y la habitacion de Longinos, y los enterraron allí. Los soldados pusieron la cabeza de Longinos en la punta de una lanza, y la llevaron á Jerusalen para probar que habian cumplido con su mision. Me parece que esto sucedió pocos años despues de la muerte del Señor.

Tuve despues una vision de una época posterior. Una mujer ciega del pais de San Longinos fue en peregrinacion á Jerusalen, esperando curarse en la ciudad Santa, donde se habian curado los ojos de Longinos. La conducia su hijo, pero este murió, y se quedó abandonada y sin consuelo. Entonces San Longinos se le apareció, y le dijo que re-

cobraria la vista cuando sacase su cabeza de una cloaca donde los judíos la habian echado. Era un hoyo con una bóveda donde se juntaban las inmundicias por diversos conductos.

Yo vi algunas personas conducir allí á la pobre mujer: ella entró en la cloaca hasta el pescuezo, y sacó la santa cabeza. Se curó, y se volvió á su patria; los que la habian acompañado conservaron la cabeza. Esto es todo lo que me acuerdo.

Relacion sobre el centurion Abenadar.

El 1.° de abril de 1823 la hermana Emmerich dijo que ese dia era la fiesta de San Ctesifon, el centurion que habia asistido á la crucifixion, y que por la noche habia visto muchas particularidades de su vida. Pero los padecimientos y las distracciones esteriores le hicieron olvidar la mayor parte. Ved aquí lo que contó.

Abenadar, llamado despues Ctesifon, era de un pais situado entre Babilonia y el Egipto, en la Arabia Feliz, á la derecha de la última habitacion de Job. Habia allí, sobre una montaña poco elevada, una reunion de casas

cuadrangulares, con tejados planos. Habia muchos arbolitos: se recogia incienso y bálsamo. Yo he estado en la casa de Abenadar, que es grande y espaciosa, como de un hombre rico, pero muy baja. Todas las casas están construidas así, sin duda por causa del viento, pues la posicion es muy elevada. Abenadar habia entrado como voluntario en la guarnicion de la fortaleza Antonia, en Jerusalen. Servia en el ejército romano para ejercitarse mejor en las artes liberales, pues era erudito. Era un hombre muy vivo; su cara era morena, y su talle corto.

Las primeras predicaciones de Jesus y un milagro de que habia sido testigo lo habian convencido de que los judíos tenian la salvacion, y habia adoptado la ley de Moisés: no era aun discípulo del Salvador: sin embargo, no tenia malas intenciones contra Él; al contrario, le tenia una veneracion secreta. Era un hombre muy grave: cuando vino sobre el Gólgota á relevar la guardia, mantuvo el órden y el decoro hasta el momento en que la verdad triunfó en él y dió testimonio delante de todo el pueblo de la divinidad de Jesus. Como era rico y voluntario, le fue fácil dejar al instante su empleo.

Ayudó al descendimiento de la cruz y al entierro de Nuestro Señor; esto le puso en relaciones íntimas con los discípulos de Jesus: despues de Pentecostés recibió el bautismo uno de los primeros en la piscina de Betesda, y tomó el nombre de Ctesifon. Tenia un hermano en Arabia; le contó los milagros de que habia sido testigo, y le llamó al camino de la salvacion. Este vino á Jerusalen, y fue bautizado con el nombre de Cecilio. Fue encargado con Ctesifon de ayudar á los diáconos en la nueva comunidad cristiana.

Ctesifon acompañó á España al Apóstol Santiago el Mayor, y volvió tambien con él. Mas tarde fue enviado á España por los Apóstoles, y llevó el cuerpo de Santiago, que habia sido martirizado en Jerusalen. Fue Obispo, y tenia su residencia habitual en una especie de Isla ó de Península cerca de Francia. Ese sitio fue despues destruido por una inundacion. El nombre de su residencia se parece á Vergui. No me acuerdo que Ctesifon fuese martirizado. Ha escrito muchas obras que contienen detalles sobre la Pasion de Jesucristo; pero algunos libros falsificados han corrido bajo su nombre, y libros suyos han sido atribuidos á otros. Roma ha desechado

mas tarde esos escritos, la mayor parte apócrifos, aunque habia en ellos algo suyo.

Uno de los guardias del sepulcro, que no habia querido dejarse corromper por los judíos, era su compatriota y su amigo. Su nombre se parecia á Sulei ó á Suleii. Despues de haber estado algun tiempo en la cárcel, se retiró á una caverna del monte Sinaí, donde vivió siete años. Este hombre recibió grandes gracias y escribió libros muy profundos, por el estilo de los de Dionisio el Areopagita. Otro escritor se ha aprovechado de sus obras, y así ha llegado algo de ellas hasta nosotros. He sabido todo eso, y tambien el nombre del libro, pero se me ha olvidado. Ese compatriota de Ctesifon lo acompañó despues á España. Entre los compañeros de Ctesifon en ese pais estaban su hermano Cecilio, Indalecio, Hesicio y Eufrasio. Otro árabe, llamado Sulima, se convirtió en los primeros tiempos, y mas tarde, en el tiempo de los diáconos, un compatriota de Ctesifon, cuyo nombre sonaba como Sulensis.

FIN.